



Luis Manuel Ruiz

Tormenta sobre Alejandría



Lectulandia

La destrucción del mayor templo del saber, la Biblioteca de Alejandría, y el fin de una época son los temas de esta novela ambientada en el mismo marco que *Ágora*, la película de Alejandro Amenabar.

Hubo un tiempo en que una ciudad fundada por un emperador adolescente abarcó el mundo entero. Hubo un tiempo en que en el centro de esa ciudad se elevó un edificio único, donde cabía toda la sabiduría humana. Hubo un tiempo en que una mujer, de nombre Hipatia, gobernó aquella Biblioteca y quiso adelantar a todos los hombres en la adquisición de la amargura que es el precio del conocimiento. Hasta que ese tiempo remoto tocó a su fin.

Lectulandia

Luis Manuel Ruiz

Tormenta sobre Alejandría

ePub r1.0

Titivillus 28.12.2018

Título original: *Tormenta sobre Alejandría*

Luis Manuel Ruiz, 2009

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

Tormenta sobre Alejandría

Primera parte: Tiempo de ceniza

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Segunda parte: El saber ocupa lugar

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Tercera parte: Tormenta sobre Alejandría

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Epílogo

Para Luis, que también se gestó entonces

Transient quae fecit ipse Deus; quanto citius quod condidit Romulus. Non ergo deficiamus, fratres: finis erit terrenis omnibus regnis.

AUGUSTINUS HIPPONENSIS

Sermo CV

[Las obras del propio Dios son perecederas; cuánto más no lo serán las de Rómulo. Por tanto, hermanos, no temáis: todos los reinos de la Tierra tendrán su fin].

Primera parte
TIEMPO DE CENIZA

Capítulo 1

Por lo que me han contado, el primer cadáver fue encontrado en la piscina del antiguo templo de Isis. Tiempo atrás, en esa misma piscina habían nadado los cocodrilos sagrados que protegían a la diosa; ahora sólo servía para acumular islas de liquen, desperdicios y flores podridas. El sol ácido de marzo rebotaba en la superficie del agua y cegaba el único ojo de Demeas, que indicó con un gesto a uno de sus asistentes que usara la pértiga para aproximar el cuerpo. En el aire se entreveraban la arena del desierto y la sal marina, recubriendo la piel de los presentes con una corteza blancuzca.

—Ahora izadlo, aquí —ordenó Demeas con desgana cuando el cadáver estuvo más cerca.

La multitud apiñada detrás de los soldados avanzó un paso para contemplar el bulto que emergía de las profundidades. Se habían ido congregando poco a poco, a pesar del calor del mediodía, indiferentes al hedor a sudor y la polvareda que desdibujaba las líneas de la plaza bajo una espesa niebla amarilla. La mayoría eran holgazanes, predicadores callejeros, mujeres que volvían de la lonja, mercachifles: curiosos que consideraban que la muerte ajena siempre supone una buena excusa para posponer las tareas monótonas de cada día.

—No debe de llevar mucho tiempo aquí —dictaminó el asistente mientras palpaba el pellejo pálido del cadáver, que se asemejaba al vientre de un sapo—. Los miembros aún no están rígidos, no hay signos de descomposición avanzada.

La cabeza de Demeas asintió mecánicamente, como para dar su aprobación: un acto rutinario, estereotipado, que permitía a su cerebro zafarse de la jaula en que vivía aprisionado y viajar a estadios de allí, fuera de la ciudad acosada por el desierto, del cielo abrasador que le castigaba con su luz, más allá de los rostros reunidos alrededor de aquel trozo de carne que se corrompía, sobre el que pronto hincarían su dentadura los gusanos. Igual que ocurriría con Dafne, sí; con Dafne en su ataúd debajo de la ladera, igual que los gusanos masticarían los brazos y las corvas de Dafne, las fronteras de esa piel que él había acariciado.

—¡Es el secretario del padre Hilario! —gritó alguien entre la multitud, elevando una uña ennegrecida.

Otras voces secundaron a la primera, alguien formuló una acusación, los insultos viajaron de boca en boca y una oleada de brazos y de piernas chocó contra los soldados formados frente a la piscina, que tuvieron que improvisar un dique cruzando sus escudos sobre el abdomen. Demeas los contempló sin comprender, al tiempo que una gota de sudor le resbalaba por la frente y se introducía en la cuenca de su ojo vacío, el derecho. El polvo se había espesado en torno a la plaza, el sol volvía el aire un vapor pesado y opaco que penetraba costosamente en los pulmones y Demeas no

sabía qué hacía allí, no sabía por qué sus piernas aún le sostenían y su espinazo se mantenía vertical si Dafne había muerto. Estaba muerta, sí, por todos los dioses de antaño, como las amapolas del último verano, como los pájaros con que jugaba de niño, igual que el trozo de carne blanca que empapaba el pavimento junto a la pila de los cocodrilos sagrados.

—No murió ahogado, duque —Grilo, el asistente principal, había apartado el pliegue de la túnica que cubría el pecho del cadáver—. Tiene una herida profunda. Por Cristo, una herida producida por un arma contundente, un hacha o un garfio. Obsérvala tú mismo.

Cierto, una fea herida, casi una sima que se internaba en las profundidades del torso en busca de los órganos y que de todas maneras no revestía ninguna importancia para Demeas, como no la suscitaban los objetos que seguramente habían pertenecido al difunto y que flotaban sobre el estanque, pliegos de papiro garrapateados, tabletas de cera, cálamos, fajos de páginas que habían sido libros, algunos incluso todavía en el interior de sus fundas de lino: parecían los restos de un naufragio. Él era el duque, el último responsable de las causas criminales en aquella ciudad de todos los demonios, y aunque intentaba cumplir su cometido rebañando las escasas fuerzas que le restaban en el fondo del alma, un perezoso desinterés le presentaba todos aquellos detalles bajo la forma de minucias superfluas que parecía mejor dejar pasar de lado. Suspiró, retirándose el sudor de la frente; a lo lejos, sobre las azoteas, brillaban las estatuas doradas del palacio del prefecto.

—¡Muerte a los paganos! —rugió un hombre de nariz abotargada sobresaliendo de la multitud.

Con cansancio, Demeas chasqueó los dedos y uno de sus soldados hundió el puño en la cara que acababa de hablar. Las cuatro o cinco personas que lo rodeaban retrocedieron, sin atreverse a refrendar su grito. No había mucho más que hacer allí, salvo aguardar a que los funcionarios de justicia retiraran el cuerpo y lo trasladaran al depósito del tribunal, pero el grupo reunido frente a la piscina y aquel vetusto templo que se desmoronaba no parecía dispuesto a disgregarse: la sangre atrae con insistencia a las moscas y a los haraganes. Uno de los asistentes del tribunal se había introducido en el agua y sorteaba con gesto de repugnancia las basuras acumuladas para recoger los libros y los útiles de escritura, que iba depositando a los pies del cadáver. Cerca del cenit, sin nubes que lo amordazaran, el sol no tardaría en hacerse sentir como un insidioso resquemor en los antebrazos y la nuca: Demeas mandó que cubrieran el cuerpo y que dispersasen a los curiosos. Y como si hubiera pronunciado un sortilegio, los presentes comenzaron a abrirse, a dejar claros, aunque no con la intención de abandonar la plaza. Alguien llegaba, alguien importante, un nuevo personaje para el que la muchedumbre improvisaba un corredor de rostros expectantes sin necesidad de la aspereza de una orden.

—Es el obispo, duque —susurró Grilo, después de contabilizar las posesiones del muerto—. Viene a reconocer el cuerpo.

El patriarca Cirilo siempre producía la misma impresión en quien lo miraba de frente: la de estar mirándolo de perfil. Acostumbraba a llevar una vara de fresno para apoyarse al caminar, y era tan delgado que a menudo la gente no identificaba quién era el cayado y quién su dueño. Una alarmante barba negra le manchaba la mitad de la cara y el pecho, creando la sensación de que alguien le había arrojado un balde de petróleo; en el fondo del cráneo rapado, dos ojos del tamaño de ronchas emitían un resplandor escarlata. Esos ojos descendieron hacia el cadáver abandonado junto a la pila con expresión sombría y a continuación interrogaron a Demeas, que prefirió apartar la mirada: encontrarse con el obispo cara a cara solía causarle las mismas molestias que aspirar amoníaco. El hombre y su cayado se inclinaron sobre la herida, la capa ribeteada con la púrpura episcopal ocultó por un momento el manto salpicado de sangre. Detrás de él, dos presbíteros con sayas blancas aguardaban cruzando las manos. Sobre la plaza se imponía ahora un silencio más compacto que la bruma con que la arena esponjaba el perfil de los edificios; sólo el entrecocar de las armas de los soldados quebraba ocasionalmente esa señal de duelo. Después de su examen, el obispo se puso de nuevo en pie y volvió a hacerse indistinto de su vara, en cuya cima un crucifijo parecía haber sido tallado a mordiscos. Las ronchas coloradas se giraron hacia Demeas y él vislumbró, con desaliento, qué iba a suceder a continuación.

—Estaba predicando mi tercer sermón de Cuaresma en la iglesia de San Policarpo Mártir —la voz del obispo parecía surgir de las profundidades de un pozo—, cuando mis fieles me han advertido que mi ayuda era necesaria aquí. Por la bondad de Cristo no quería creer sus palabras, pero ahora compruebo que son ciertas.

—Te agradezco tu presencia, eminente Cirilo —replicó Demeas aún más cansado—. Dispensa que este percance te robe tiempo de ocupaciones más importantes, pero sólo necesitamos de ti una señal de reconocimiento. ¿Era este hombre, como dicen, secretario del venerable Hilario, tu mentor y el de otros hombres santos?

La lumbre rojiza crecía en las cuencas de Cirilo, como si alguien hubiera soplado ascuas.

—Lo era, duque —roncó—. Su nombre era Epiménides, había nacido en Naucratis de Egipto y cumplía devotamente con los preceptos del buen cristiano. Y yo te pregunto ahora, duque, en nombre del poder del emperador que nos protege, ¿hasta cuándo vamos a tener que tolerar esta situación?

Lo que Demeas temía, lo que su fatiga apenas podría tolerar sin desinflarse, sin obligarle a apretar los nudillos: las palabras incendiarias, la arenga fácil, el gentío recalentado por un sol que se aproximaba a mediodía y unas frases que un herrero habría tenido que sostener con tenazas. Así era Alejandría, una tierra incandescente: en vez de cerebro, los cráneos de sus habitantes transportaban sobre los hombros ollas de aceite hirviendo.

—No te comprendo, eminente Cirilo —intentó a la desesperada.

—Sí, creo que sí me comprendes, duque —el eco del fondo del pozo se hizo más sonoro, rebotando en los muros de la plaza—. El emperador ha decretado que la

religión cristiana es la única verdadera y que los enemigos del Dios trino y uno deben sufrir el flagelo y la picota. Así que ¿hasta cuándo toleraremos que se nos persiga como el rebaño entregado a los zorros? ¿Hasta cuándo soportaremos que los inicuos propagadores del paganismo intenten estorbar el triunfo de la verdad con el recurso a dagas y cuchillos? —la voz se convirtió en un aullido—. ¡Que la sangre derramada no haga flaquear vuestro ánimo, hermanos, que no os desvíe del único camino que es a la vez verdad y vida! Dijo Cristo delante del Templo de Jerusalén: Se apoderarán de vosotros, y os perseguirán, y os entregarán a las sinagogas, y meterán en las cárceles, y os llevarán por fuerza a los reyes y gobernadores, por causa de mi nombre: lo cual os servirá de ocasión para dar testimonio.

La marejada de puños ya comenzaba a elevarse detrás de los escudos alzados de los soldados. Lo último que Demeas deseaba era ordenar que desenvainaran las espadas, pero sabía de sobra, porque la experiencia se lo había demostrado demasiadas veces, que la palabra es una estopa cuyas llamas no se pueden sofocar con cuatro pisotones.

—Te lo ruego, eminente Cirilo —dijo en un susurro—, no prosigas.

Como respuesta, el cayado con el crucifijo se irguió sobre las cabezas de la muchedumbre: su sombra dibujó un aspa en la frente del cadáver tendido junto a la piscina.

—¿Cómo no he de proseguir, duque? —bramó Cirilo—. Cuando los impíos oyen la verdad arden en cólera sus corazones y crujen sus dientes contra ella, como se cuenta que ocurrió con los asesinos de San Esteban. Y tú sabes dónde se oculta ese nido de serpientes, dónde se esconden esos que sin cesar enredan verdad y mentira y urden asechanzas contra la auténtica religión, aquellos que, como dijo Jesús a San Pablo en la visión, dan coces contra los agujones. A menos de un estadio de aquí, los que dicen hablar en nombre de la razón disfrazan a sus divinidades paganas bajo los títulos altisonantes de demiurgo, de motor inmóvil, de Uno Superesencial, de Intelecto. Tú sabes, igual que todos, cuáles son la Sodoma y la Gomorra de las que provienen todos nuestros males, dónde se guardan los cuchillos que acaban en los vientres de los fervientes cristianos. ¡Allí, en la cuna de herejes!

Un rugido de la multitud acompañó al brazo de Cirilo a medida que ascendía para señalar más allá de la plaza enturbiada por la niebla amarilla, más allá de las azoteas y el pórtico desquiciado del antiguo templo de Isis, en busca del mar. A breves pasos, como esforzándose por auparse entre las fachadas de su alrededor, se elevaba un edificio contrahecho, el resultado de ensamblar trozos de arquitecturas recogidas de una escombrera, que poco o nada tenían que ver entre sí. La cúpula, pintada de rojo teja, brotaba como un bubón del cuadrado amarillo de la construcción principal; una ringla de estatuas maltrechas sostenía el frontón, recortado por las tijeras de un niño; a los flancos, dos alas en forma de crujías luchaban por contradecirse. Aquel recinto cobijaba la Biblioteca y el Museo de Alejandría, y era una traducción al ladrillo de su contenido: objetos, ideas y páginas incongruentes que el tiempo había ido reuniendo

al azar y amontonando en las galerías, bajo una capota de polvo. Ambas instituciones basaban su supervivencia en una antigua superstición: que un techo y una estantería pueden servir para atenuar los efectos del olvido. Cuando la voz del obispo volvió a resonar, el coro de sus devotos la arropó con una salva de injurias. El calor, la furia hicieron palpar las sienas de Demeas igual que si alguien hubiera confundido su cráneo con un timbal.

—Acaso ignoras, duque —Cirilo resoplaba por las junturas entre los dientes—, que el buen Epiménides acudía diariamente a la Biblioteca por encargo del venerable Hilario, con el fin de consultar obras que luego el santo varón empleaba en sus sermones, siempre al servicio de la doctrina de Cristo. Acaso ignoras también que en esa madriguera de serpientes Epiménides se veía rodeado de paganos y de gentes impuras, que le odiaban y escarnecían públicamente por su devoción sincera y sus palabras en defensa de la fe verdadera. E ignorarás por tanto que cada tarde, al caer el sol, Epiménides regresaba de la Biblioteca a su casa del barrio de la muralla en la soledad de su inocencia, sin duda reflexionando sobre los textos piadosos que había recorrido durante la jornada, alimentándose y consolándose con su ejemplo cristiano. Y así desconocía que estaba ofreciendo su cuello al verdugo, según anunció el profeta: Fue llevado como oveja al matadero y como cordero estuvo mudo delante del que le trasquila. ¿No te das cuenta, duque, representante del poder terrenal de Roma? ¿No entiendes que los viles enemigos de la salvación lo siguieron al dejar la Biblioteca y aprovecharon la quietud de un lugar poco transitado para darle muerte?

Muerte, una palabra que Demeas conocía demasiado bien, una palabra de la que jamás podría desprenderse, un estigma imposible de erradicar, como las cicatrices con que un pasado de espadas y venablos había asperjado su cuerpo: muerte, el abismo en que se diluían todos los recuerdos que aún atesoraba de Dafne, las dos sílabas que ahora repetían con acento histérico las bocas reunidas detrás del obispo, la jauría hambrienta dispuesta a devorar a su presa.

—Aún es pronto, eminente Cirilo —objetó débilmente el duque—. Es prematuro aventurar nada...

Por mucho que le disgustara ese desenlace, comenzaba a entrever que sólo una lluvia de mandobles y la elocuencia de las lanzas harían retroceder a la multitud, sólo el acero saciaría su apetito de santidad. El pobre Grilo no parecía menos agotado que él cuando le palpó el brazo y le indicó que alguien deseaba hablarle: un joven despeinado, con una astrosa túnica de algodón cubriéndole la delgadez de las costillas, acababa de atravesar la plaza por la zona trasera del templo de Isis y le tendía una carta. Demeas apenas tuvo ocasión de reconocer el sello que rubricaba el papiro; un ladrido se elevó sobre las cabezas alineadas frente a los yelmos de los soldados y las piedras reemplazaron a los gritos.

—¡Lo conozco! ¡Es uno de los ordenanzas de la Biblioteca!

Una col podrida alcanzó a Demeas en la frente y le permitió agacharse a tiempo de esquivar objetos más contundentes: trozos de cerámica y ladrillo, tarugos, cabezas

de pescado, higos, frutos a medio morder, piedras, muchas piedras. Un canto redondo y pesado en forma de puño voló sobre su hombro y fue a impactar contra el pómulo derecho del joven ordenanza, que se desplomó de inmediato y a punto estuvo de precipitarse en el estanque. Era demasiado: con todo su pesar, el duque dio la orden de cargar. En medio de una caótica turbamulta de chillidos y blasfemias, envuelto en el polvo amarillo que antes había recubierto las aceras, el gentío se disgregó en todas direcciones, buscando ponerse a salvo del filo de las armas.

—¿Te encuentras bien? —inquirió Demeas, acucillándose frente al ordenanza con una aparatosa flor roja en el lugar de la mejilla—. ¿Puedes incorporarte?

Por encima del estruendo de ganado en desbandada, más allá del muro de polvo que enfoscaba el resplandor del sol, la voz cavernosa del obispo continuaba tronando:

—¡Lo anunció la revelación del apóstol! ¡La bestia que sube del abismo moverá guerra contra ellos, y los vencerá, y les quitará la vida! ¡Y sus cadáveres yacerán en las plazas de la gran ciudad, que se llama místicamente Sodoma, y Egipto, donde asimismo el Señor de ellos fue crucificado!

El viento contaminado de arena provocó un escozor en el ojo de Demeas cuando consiguió, con mucho esfuerzo, descifrar el contenido de la carta:

De Hipatia Teónida, ilustre directora de la Biblioteca de Alejandría, a Demeas Antioqueno, óptimo duque militar de la plaza: se te saluda. Por la presente solicito tu asistencia a mi despacho de la Biblioteca, con el fin de conversar sobre ciertas cuestiones relativas a la muerte del secretario Epiménides que juzgarás del mayor interés. Me permito apremiarte para que realices tu visita, se trata de asuntos que no admiten demora. Ten salud.

—Mi ama me pide, duque, que insista en que te des prisa en presentarte ante ella —articuló a duras penas el ordenanza, que se enjugaba la sangre con un trapo sucio.

Todo el mundo tenía mucha prisa. Como si al fin y al cabo, pensó Demeas, no fuéramos a alcanzar la misma meta: la que ya había rebasado el cuerpo exangüe que yacía junto a la piscina.

Capítulo 2

Hay sueños que imitan la arquitectura de un palacio oriental: el visitante abre puertas, atraviesa dinteles, cruza patios y columnatas y vestíbulos para jamás alcanzar la salida. Dentro de una de esas pesadillas sin escapatoria creyó hallarse atrapado Demeas cuando, rodeado de su cohorte, se detuvo frente a la fachada roñosa del Museo. Otra muchedumbre, o tal vez la misma de antes, otra masa confusa de puños, lenguas, sudor y mugre sobre la que se elevaba el mismo fragor que creía haber dejado atrás, hostigaba ahora la tapia de acceso al edificio, protegida por una escuálida cancela de bronce. Los insultos eran idénticos, las mismas las acusaciones, se repetían las peticiones de muerte y destierro: el odio es una fuente probada de unanimidad. La escena resultaba habitual en aquel punto de la ciudad; grupos de cristianos soliviantados por los sermones de los presbíteros montaban constantemente guardia delante del Museo, vivero de herejes y último reducto de los dioses paganos, atentos a si algún descarriado entraba o salía y dispuestos a expresarle su disconformidad con una indignada salva de piedras. Sin entender del todo por qué continuaba con aquello, por qué no se marchaba a casa de una vez y se escondía debajo de las mantas por el resto de su vida, Demeas desplegó a los soldados con el fin de que el metal enfriara los ánimos y dejó que el ordenanza que le antecedió le franqueara el paso a través de la cancela. Mientras aguardaba a que se descorriera el cerrojo, se entretuvo en leer los improperios pintarrajeados en la tapia: *Cuando necesitéis rezar, mirad en el trastero; Mi perro merece un altar: también copula con su hermana; El Olimpo y la taberna de Bethesda en un día de carreras: demasiada gente*. El calor pegaba la túnica a la espalda del duque como una capa de resina.

—¿Sirve de algo la cancela? —interrogó con mirada distraída.

—No demasiado —dijo el ordenanza, haciendo girar los goznes—. Las dos anteriores fueron derribadas a empujones, y siempre pueden saltar el muro, aunque se coloquen cristales en lo alto. No les importa herirse: adoran a un dios con llagas en las manos.

Las pedradas habían mutilado las estatuas de las musas que velaban en el pórtico, bajo el triángulo isósceles del frontón: Terpsícore había perdido los crótalos y en vez de máscara Melpómene sostenía un corcho mordido. El ordenanza abandonó a Demeas en el umbral del edificio, donde le recibió una bocanada de aire fresco y de olor a yeso sin cuajar, y corrió a curarse la herida de la mejilla, de la que manaba aún un reguero de sangre. Al cambiar repentinamente el resplandor dorado del mediodía por la penumbra que imperaba en el interior del Museo, el ojo del duque sufrió un eclipse: por eso no reparó en que un cuerpo avanzaba hacia él a través de la vasta sala recubierta de mármoles con la intención de recibirle. Esa sombra se apostó por un instante detrás de la jamba, como si jugara al escondite, y miró con desconfianza

hacia la multitud que afuera, al otro lado de la tapia, seguía disparando guijarros y palabrotas.

—¿Estamos seguros, duque? —dijo la sombra, a la que poco a poco la vista de Demeas fue dotando de rasgos, de perfil, de consistencia—. ¿No atravesarán la cancela?

—Tranquilízate, ilustre Crátilo —replicó Demeas—. No pasarán. Se limitarán a gritar durante un rato, hasta que se cansen, y luego correrán al basurero en busca de más munición contra los enemigos de Cristo. Como de costumbre.

No era la primera vez que Demeas se veía obligado a acudir al Museo en compañía de una docena de hombres armados, antes de que una manada de fanáticos con demasiado entusiasmo por el fuego y los proyectiles acabaran por reducirlo a una escombrera.

—No sé si compartir tu optimismo, duque —sobre la sombra acababan de dibujarse una sarta de legañas y una barba grisácea que se expandía como una llamarada—. He estado calculando los horóscopos para este día y he advertido una serie de señales desasosegantes: los astros andan inquietos y temo alguna desgracia. ¿No has reparado en que estamos en el cuarto día del tercer mes, que sumados dan siete, el mismo número de lunas que nos separa de la luna nueva? ¿Ignoras que siete fueron las plagas de Egipto según el libro sagrado de los judíos, cuatro los jinetes del Apocalipsis en la revelación cristiana, tres las Erinias emisarias del infierno? ¿No son acaso motivos sobrados para no andar tranquilo?

A medida que hablaba el hombre de la barba se volvía lleno de recelo hacia la tapia y acariciaba con la mano izquierda el amuleto que le pendía del cuello, una rama seca del color del carbón. A pesar de su posición como director del Museo, Crátilo de Apamea era un hombre supersticioso: existen incertidumbres a las que la ciencia no puede ofrecer consuelo. Demeas lo había conocido tiempo atrás, durante la investigación motivada por la desaparición del viejo yelmo de Patroclo, que se conservaba en la sala de antigüedades griegas. Se especuló con la posibilidad de que un traficante se hubiera hecho con la pieza con el fin de subastarla entre los coleccionistas de fetiches homéricos, que abundaban entre la clase de los eruditos y los millonarios aburridos; en el mercado negro solían ofertarse a veces espinilleras de Aquiles o puntas de la lanza de Áyax que en realidad habían sido exhumadas de cacharrerías de arrabal. Mediante una compleja indagación en que cotejó pruebas y se entrevistó con diversos testigos, Demeas concluyó que un albañil había confundido el yelmo con un mortero de cemento durante una de las obras de remoción del edificio para luego venderlo a un cabrero del barrio de Rakotis: apareció en un solar invadido de malas hierbas, entre cajas rotas y heces, donde servía de escupidera.

—Yo temo más al suelo que a los astros: mirar a las alturas puede hacerte tropezar —formuló Demeas, poniéndose filosófico sin querer—. Dispénsame, Crátilo, la ilustre Hipatia me aguarda en su despacho. Ten salud.

A menudo el tiempo se comporta como un analfabeto y pisotea los logros de la cultura; los siglos habían ajado el Museo sin respeto por cuanto contenía, royendo sus cimientos, descoyuntando sus columnas y cubriendo de caries el mármol de los zócalos. Un ejército de obreros, armados de palustres y artesas, se hallaba en constante pie de guerra y escalaba andamios y escarbaba zanjas en lucha contra la descomposición de los muros: de ahí el olor a argamasa sin secar que flotaba insistentemente sobre el atrio principal. Las paredes, fracturadas, mostraban aberturas en las que podría haberse cobijado un nido de palomas; los frescos se desteñían bajo los ventanales como los sueños de madrugada; la mampostería del techo hacía encanecer a los visitantes rociándoles con una minuciosa nieve gris: aquella construcción estaba librando una batalla contra la ruina perdida de antemano, que forzosamente debía concluir, como la vida de los hombres, en la arena y el albañal.

La amargura de esos pensamientos hizo virar la mente de Demeas, una vez más, hacia los recuerdos de Dafne. Dafne, la adorable Dafne de tobillos de mazapán; esos brazos en que buscaba una residencia confortable siempre que el destino se revelaba más áspero de la cuenta le rodeaban ahora la garganta casi sin permitirle respirar, sin concederle un instante de tregua. Demeas tenía la costumbre de acudir con ella al Museo cuando sus obligaciones le dejaban algún resquicio, y de pasear displicentemente por las salas desconchadas contemplando los cristales de las geodas y los huesos monumentales de la ballena; las manos de Dafne, que parecían hechas para sostener mariposas, rozaban con dulzura la superficie rugosa del meteoro y se demoraban en acariciar los faisanes disecados. No supo si era el sudor enfriado en sus omóplatos o la memoria terca de una mujer muerta lo que le provocó un estremecimiento mientras avanzaba hacia la escalinata principal, que conducía a la segunda planta del recinto y a la zona de la Biblioteca. Pocas personas, fantasmas vagos, se aventuraban a visitar el Museo: a veces una sombra erraba silenciosamente a través de las galerías. Antes de alcanzar la escalera, Demeas sorprendió a un anciano sentado en un banco que miraba fijamente la grieta de una pared; tenía una verruga sobre la sien izquierda y dos ojos azules que no parpadeaban, abstraídos en la contemplación de aquel espectáculo deslumbrante.

Había penetrado en la célebre Biblioteca de Alejandría pocas veces en el curso de su vida, más por motivos de curiosidad o de ejercicio de su cargo que en busca del consejo de los libros. Por eso no fue capaz de llegar más allá de la estatua de Anacrites, el arquitecto causante de toda aquella sucesión de pasillos y cámaras, que saludaba al visitante desde lo alto de la escalinata con una mano en que sostenía un compás de mármol. Demeas se detuvo frente al pedestal, vacilante, sin saber qué dirección tomar: un corredor se abría a su izquierda hacia rincones en que se entreveían anaqueles imprecisos, a su derecha el camino desaparecía detrás de una tajante puerta de bronce. Hubiera permanecido allí el resto del día, el resto de esos días monótonos que le separaban de la muerte, en un mundo en el que Dafne ya no existía, de no ser porque alguien acudió en su ayuda y se tomó la libertad de servirle

de guía. Dio un brinco al sentir que un objeto suave y liviano, como la pluma de un avestruz, le refregaba la pantorrilla: un gato negro estaba haciéndole señas con la cola. Era ágil: cuando Demeas se acuclilló para pasarle los dedos por el lomo se zafó de sus piernas y se perdió detrás de la puerta de bronce que se abría a la derecha. La indiferencia o un poso de intuición sugirió al duque seguir sus pasos.

En persecución del animal, que se desplazaba acrobáticamente por los aleros y las balaustradas, atravesó dos o tres pasillos decorados con grecas e irrumpió en habitaciones donde ardían trípodes solitarios. Al girar en un recodo, el gato le hizo desembocar en la sala principal de la Biblioteca, la sala de consulta, que se extendía en círculo bajo la pesada bóveda grabada con figuras geométricas; la luz del sol se convertía en una columna amarilla al introducirse por el óculo, para luego repartirse por las mesas en las que los estudiosos permanecían inclinados sobre sus libros, algunos de ellos tan pegados a las páginas que en lugar de leerlas parecían escuchar su voz. Las estatuas de los antiguos directores de la Biblioteca, Demetrio de Fálero, Calímaco de Cirene, Eratóstenes y Zenódoto, presenciaron desde el polvo de sus nichos cómo Demeas importunaba el silencio de la sala con el eco de sus sandalias y desaparecía tras un dintel del fondo, en pos de una sombra negra.

Antes de advertirlo se halló en un despacho que olía a sándalo y malabatro, cuyas ventanas mostraban el Gran Puerto y el asta lejana del Faro. El gato culebreó por debajo de las sillas y de un salto se posó en la mesa cubierta de documentos, desde la que la mujer daba instrucciones a los ordenanzas reunidos a su alrededor.

—Ah, querido Faraón —dijo la mujer con voz masculina hundiendo sus uñas en el pelaje de la criatura—, has traído al duque hasta aquí. Muy bien. En fin, basta de cháchara, estoy harta de vuestras excusas estúpidas y de tener que disculpar vuestros estropicios en el archivo, que parece verdaderamente un muladar. Creo que no hay nada más que añadir, conocéis vuestras instrucciones: el inventario debe ser actualizado cada dos lunas y no toleraré más volúmenes con desperfectos en las varillas. Ahora marchaos, tengo otros asuntos que tratar.

La bandada de ordenanzas se retiró con cabezas gachas y ojos de rencor, ofendidos por el tono autoritario de la mujer. Hipatia, hija de Teón, siempre fue así, y lo digo yo que la conocí bien, desde que sólo era una niña que tropezaba en las aceras de la Vía Canópica del brazo de su padre: una persona voluntariosa, enérgica, brusca a veces, inflexible con las torpezas del prójimo cuando consideraba que la razón figuraba en su bando. En la época de mi relato hacía ya tiempo que Hipatia había dejado de ser joven: la piel había comenzado a cuartearse en las palmas de sus manos y las arrugas acosaban los ojos verdes que había oscurecido el hábito de los libros. Aun así continuaba siendo esa mujer espigada, de carnes magras y pelo del color del óxido que había distraído del estudio de Platón y Epicuro a muchos devotos de la filosofía. Las ajorcas de sus muñecas sonaron rítmicamente cuando dio la vuelta a la mesa para saludar a Demeas con un varonil apretón de manos; luego, sosteniendo al gato en su regazo, le rogó que tomara asiento. Había alguien más en el despacho,

aparte de la mujer, el hombre y el felino: un nubio que rozaba el techo, con los brazos cruzados sobre el torso descubierto; los únicos puntos de luz en la penumbra de su piel eran el blanco de los ojos y el alambicado tatuaje en forma de mano que le ocupaba el plexo.

—No receles de Zonaras, mi sirviente personal —rogó Hipatia volviéndose hacia aquel bloque oscuro—. Comparte todos mis secretos y estoy segura de que no los hará caer en oídos extraños: los amos a los que perteneció en el pasado le cortaron la lengua. Él es el cayado de que me sirvo para recorrer las galerías de la Biblioteca. En cuanto a Faraón, creo que ya has tenido oportunidad de conocerlo.

Una mascota negra, un esclavo negro: era patente que la directora sentía predilección por el color de la noche, el color que patrocina a los ladrones y a los enamorados. La brisa procedente del mar irrumpía a través de las ventanas abiertas y hacía retemblar los mapas extendidos en las paredes, en que se representaban las tres partes del mundo; los frescos con mirlos y gacelas habían sufrido tiña y ahora sólo retrataban animales decapitados. Cuando Hipatia lo dejó sobre la mesa, el gato mojó una uña en el tintero y comenzó a garabatear una hoja de papiro en blanco, con el mismo gesto de un escriba que copia al dictado. Trazaba signos asimétricos, violentos, simulacros bárbaros de las letras del alfabeto.

—Lo hace desde que sólo era un cachorro —sonrió la directora—. Hay quien opina que se limita a imitar a los copistas de la sala de lectura, junto a los que ha crecido, pero yo creo que en realidad escribe, está redactando algo. Guardo un cajón lleno de papiros poblados de esos mismos signos, una obra larga y prolija a la que dedica todo su tiempo y que nadie puede descifrar; salvo, tal vez, otro gato. Quizá se trate de su propia biografía, o de una crónica de cuanto sucede en la Biblioteca. ¿Puedo ofrecerte una copa de vino de Quíos? Si lo deseas, ordenaré que te lo calienten.

Demeas hizo un gesto negativo con la cabeza y aceptó el recipiente de metal labrado con espirales y hojas de laurel. Buscó alivio a su desorientación en aquel caldo espeso, que resbalaba perezosamente por su garganta, pero el mundo no perdió opacidad después del primer trago.

—Creo que tenías prisa por verme, ilustre Hipatia —dijo.

Aunque podría haber recurrido a un sirviente o despertar al esclavo nubio de su pose escultórica, Hipatia prefirió desplazarse hasta la esquina del despacho, donde se hallaba una mesa de tres pies con un jarro y varias copas, y servirse el vino ella misma. Los abalorios de su cuello y sus muñecas entrechocaron sordamente al caminar como dados en el interior de un vaso. Antes de hablar, sostuvo su copa con las dos manos y bebió; el destello verde de sus ojos se repitió en el acero bruñido del recipiente.

—Alejandría es una ciudad difícil —comenzó—. Sus habitantes sienten un extraño favoritismo por la metafísica y la teología, y están dispuestos a llegar a las manos por discrepancias en materia de divinidades con el mismo fervor con que en

otras partes discuten por las carreras de caballos. La diferencia es que aquí el equipo de los azules o de los verdes ha sido sustituido por el toro de Mitra y la cruz de Cristo. Eso convierte a la ciudad en un hervidero y hace que los palos y las piedras frecuenten las calles más de lo deseable.

—Perdóname, ilustre Hipatia —Demeas contemplaba el embaldosado, donde se alternaban rombos blancos y negros—, pero después de ocupar mi cargo durante diez años puedo asegurarte que conozco bien los disturbios de esta ciudad, la locura que se apodera de sus vecinos cuando oyen hablar de dioses y los motivos que suelen hallarse detrás de reyertas y linchamientos. Presumo que tu urgencia en verme no estará relacionada con el orden público.

La directora buscó las palabras con que replicar en el silencio que siguió a la hosca aclaración de Demeas. El único sonido que llenaba la habitación era el rumor de la uña del gato al rascar el papel.

—Está bien, duque —ella dejó su copa sobre la mesa, junto a una revolución de folios y el busto de un hombre con los ojos demasiado abiertos—. La muerte del escriba Epiménides coloca a la Biblioteca en una situación incómoda. Más incómoda de lo habitual, si cabe.

—Las noticias tienen alas en Alejandría. Epiménides murió anoche.

—Y yo he sido culpada de haberlo matado esta misma mañana —los ojos verdes se incendiaron con furia—. Acaso ignoras que no existe crimen en esta ciudad, robo, asalto, asesinato que no se impute inmediatamente a los paganos que se refugian en el Museo y la Biblioteca, sobre todo si son perpetrados contra cristianos. Ven, Demeas, asómate a la ventana. Contemplantas el séquito que me recibe cada mañana al entrar en este edificio a cumplir con mi labor y el orfeón que solaza mis oídos mientras trabajo a lo largo de la jornada. Asómate y te regalarás con su música.

No era el mar que se extendía como una cristalera sobre el semicírculo del Gran Puerto, no eran las naves alineadas en la dársena, cargadas de especias y esclavos, haciendo ondear sus velas bermejas al viento de poniente, no era el Faro que la luz del mediodía convertía en un obelisco de sal y arena, nada de aquello era a lo que Hipatia deseaba que prestara atención. Más cerca, al otro lado de la tapia que rodeaba la zona posterior del edificio, detrás de los troncos podridos y las enramadas invadidas de insectos que eran los últimos vestigios del jardín botánico, un tropel de hombres desarrapados aullaban y arrojaban desperdicios. El eco llevó a la ventana trozos de insultos, amenazas de muerte, alaridos entreverados con un estruendo de cacerolas. El odio no descansa: es el mejor antídoto contra el olvido.

—Haré que los dispersen —aseguró Demeas desde el fondo de la fatiga, allí donde las sensaciones se vuelven resbaladizas y las ideas se quedan a oscuras. En realidad, tampoco aquello le importaba lo más mínimo.

—Y ellos regresarán mañana —dijo amargamente Hipatia, dedicando a los agitadores la misma mirada de repugnancia con que habría contemplado los gusanos que muerden un cadáver—. ¿Entiendes por qué te he hecho venir, Demeas?

No se conocían de tan lejos después de todo, su relación cabía dentro de los márgenes de un puñado de encuentros casuales en el palacio de la prefectura durante los festejos oficiales y a las puertas del Museo cada vez que los enemigos de la idolatría se volvían más molestos de la cuenta. Y sin embargo entre ambos había surgido una especie de sentimiento que no se atrevían a llamar franqueza, esa facilidad de trato que a veces vuelve las apostillas ociosas y suele allanar las conversaciones, alisando los senderos para despejarlos de socavones y baches. Hipatia encontraba en el duque un hombre sólido, armado de unos valores mucho más resistentes a las eventualidades que los cimientos sobre los que se asentaba el maltrecho edificio en que se habían encontrado; para Demeas, ella era una personificación del coraje dotada de una perturbadora cabellera rojiza. Aquella mañana el camino que ambos acostumbraban a recorrer sin tropiezos se mostraba más tortuoso de lo habitual; con el fin de no lesionarse con pasos inoportunos, Demeas resolvió hablar a las claras:

—En realidad, no tienes ninguna información novedosa que ofrecerme sobre Epiménides y su muerte. Sólo quieres convencerme de tu inocencia. La Biblioteca no ha sido verdugo, sino víctima.

La garra de Faraón crujió sobre la hoja de papiro, como si hubiera anotado a toda prisa la última frase pronunciada por el duque.

—Así es, Demeas —Hipatia retomó su copa—. No te oculto que me preocupa nuestra situación, la situación de la institución que dirijo. Sabemos ya que los cristianos son gentes prontas a perder los estribos, no en vano están habituados a las coronas de espinas, los flagelos y las crucifixiones, y además tienen a las autoridades imperiales detrás de ellos. Les resulta cómodo tachar de paganismo todo lo que huelga a filosofía griega, todo lo que no se pliegue a su credo monótono de dioses que crean mundos a partir de la nada, como prestidigitadores de feria, y jóvenes vírgenes que fueron preñadas por un palomo.

—Ilustre Hipatia —el duque adoptó un tono severo—, te recomiendo que atemperes tus comentarios.

—Sí, es cierto, tú eres un representante de la autoridad, del emperador que ha decretado que la religión cristiana es la única verdadera. Además de Gran Meretriz, concubina del diablo y perra idólatra, tus amigos de la cruz me han acusado de practicar la brujería y la adivinación, cosa que sabes de sobra es falsa. De todos modos, no me hacen falta poderes de esa clase para prever el futuro inmediato: la muerte de Epiménides va a ser utilizada en nuestra contra y el obispo no va a escatimar esfuerzos en mezclarnos entre los culpables.

—Pero vosotros sois inocentes.

A pesar de haber sido educada en la filosofía y de haber aprendido desde pequeña la doctrina estoica que enseña a sumergir el ardor de las pasiones en la indiferencia, a veces Hipatia, hija de Teón, era víctima de un corazón demasiado fogoso. Faraón huyó espantado del tintero cuando la copa de su ama golpeó violentamente la mesa.

—No capto tu ironía, óptimo Demeas, o digamos que prefiero no hacerlo. Por supuesto que somos inocentes: no sentimos la misma devoción por la sangre que los feligreses de esa religión de esclavos y viejas. Nuestros ámbitos son la ciencia y el pensamiento puro, no los aperos de la matanza. Si alguno de los estudiosos de esta casa tenía sus diferencias con Epiménides habría recurrido al filo de la palabra antes que al del acero.

—¿Es cierto que Epiménides contaba con enemigos en la Biblioteca?

—Abusas de los términos al calificarlos de enemigos —la directora entornó los ojos y respiró con tesón, luchando por serenarse—. Debo confesarte que no se trataba de una persona precisamente popular: a menudo su comportamiento importunaba al resto de escribas de la sala de lectura. Sé que tenía el hábito de silbar tonadas o murmurar por lo bajo a la vez que escribía, lo cual estorbaba el trabajo de los demás; si alguien le reprendía, contestaba ásperamente con algún desaire. Ocupaba siempre el mismo puesto, una esquina de banca en la zona más alejada de la entrada, junto a la estatua de Demetrio, que tanto habían calentado sus posaderas que ya la consideraba de su exclusiva propiedad: montaba en cólera y se deshacía en insultos cada vez que otra persona se apropiaba del asiento. También me han contado que se negó a prestar el cálamo a un compañero que había olvidado el suyo.

—¿Asistía todos los días?

—Todos los días, infaltablemente, durante seis semanas seguidas. Solía esperar al bedel en la cancela, impaciente por entrar, antes incluso de que los pájaros comenzaran a trinar y sus amigos cristianos iniciaran sus prácticas de tiro contra las efigies de las musas. Se marchaba el último, cuando la luz del sol ya se ha vuelto tacaña en los ventanales y la lectura casi se vuelve un suplicio a la lumbre de los pebeteros. Luego desaparecía durante dos o tres semanas: he oído que se retiraba periódicamente a un convento del desierto a orar y a mortificar su carne, para congraciarse con los sufrimientos de su dios. Día a día, del crepúsculo del alba al de la tarde, desentrañaba manuscritos sobre la madera de su pupitre y hacía anotaciones en el fardo de legajos que siempre llevaba consigo.

—¿Qué libros consultaba?

—Libros de su secta —Hipatia devolvió a Faraón a lo alto de la mesa, donde él mojó el dedo en el tintero una vez más—. Hay un fondo de escritos cristianos en la Biblioteca que reúne textos de su evangelio y otras obras apócrifas, legados todos por Simeón el Amanuense, de quien quizá hayas oído hablar: un erudito que invirtió su juventud exhumando testimonios sobre la vida de Cristo de diversos archivos, así como las doctrinas prohibidas de su gran muchedumbre de herejes, y que después se retiró a vivir a una cueva, desencantado del mundo. No me extraña: no es literatura que convenza a nadie de la belleza de la vida.

Un escrúpulo detuvo la siguiente pregunta de Demeas en el umbral de sus labios: qué pretendía con sus inquisiciones, qué buscaba en realidad, adónde pensaba llegar con la vacilante aproximación de aquellas pistas. Se agitó en la silla, incómodo,

agotado, volviendo a sentir que todas aquellas pesquisas, como el edificio contrahecho de la Biblioteca, la monstruosa ciudad que se desplegaba detrás del pórtico y el universo en general le venían demasiado grandes. Giró su único ojo hacia un lado, en la esperanza de que Hipatia no se apercibiese de su extravío, y durante un rato contempló la mano tatuada en el pecho del gigante nubio. Había advertido que el esclavo lucía el mismo dibujo en el dorso, en medio del potente triángulo que marcaban sus omóplatos: al volverse para tomar unos documentos que su ama le había ordenado recoger mostró a la luz metálica del mediodía otra palma llena de líneas confusas, que recordaba los garabatos que Faraón grababa con su uña sobre las hojas en blanco. En realidad, para qué proseguir preguntando, para qué alargar esa estéril pantomima: Demeas se limitaría a escoger algún culpable en los bajos fondos de la ciudad, en Rakotis o en el barrio judío, con el fin exclusivo de limpiarse los dedos de toda aquella ponzoña que se los contaminaba; y a continuación se marcharía a casa, haría que sus esclavos corriesen otra vez las cortinas y seguiría llorando en silencio, lamentándose de vivir en un mundo amputado, aquel arriate del que habían arrancado las únicas flores valiosas, igual que el jardín que se divisaba desde la ventana.

—Epiménides era secretario del venerable Hilario —profirió por fin, más con objeto de camuflar su desinterés que por querer decir algo—. Tengo entendido que el santo varón compartió amistad con tu padre en el pasado. Me permito presumir que él podría serte de mayor ayuda que yo.

La mano de Demeas se retiró con cautela cuando Hipatia hizo el amago de rellenarle el vaso: no deseaba acrecentar el torpor de su cerebro ensuciándolo aún más con aquel líquido pesado. En ese momento los iris de la mujer dejaron traslucir un destello amarillento: Demeas percibió cómo ese rayo penetraba en la oquedad de su cráneo, donde se mezclaban, como ropas olvidadas en un vestidor, los retazos de su desesperación, su dolor, su indiferencia. Fue así como Hipatia supo, en el lapso de un parpadeo, que aquel crimen no revestía ningún valor para el duque de la plaza y que no estaba dispuesto a accionar un solo músculo con el vano propósito de esclarecerlo.

—El venerable Hilario es el único cristiano que no pronuncia mi nombre entre escupitajos —reconoció, repentinamente meditabunda—. Dices bien, él fue amigo de mi padre y después de su muerte tuteló lo que me quedaba de infancia, hasta que se le hizo evidente que yo no aceptaría sin más que el vino se convierte en sangre, no sin que medie la correspondiente fórmula química, que él no podía ofrecerme —sonrió, y su mirada se volvió oblicua y feroz, como la del gato—. Pero Hilario es demasiado buen hombre, cree a pies juntillas en esas sandeces de la otra mejilla y el reino entregado a los mansos: no comprende que hace tiempo que sus correligionarios abandonaron el bando de las ovejas para decantarse por el de los lobos, a los que también deslumbra la sangre. Hilario es admirado en toda Alejandría y su actitud sirve de ejemplo a muchos fieles, pero la púrpura episcopal está en poder de Cirilo. Y

te aseguro que cada vez que el obispo menciona mi nombre es algo más que aire lo que brota de sus labios. A decir verdad, Demeas, no te he invitado a venir a mi despacho sólo por un trámite criminal. Sé que se trata de una cuestión delicada, pero creo que la mutua confianza que nos profesamos me permite abordarla sin incomodarte.

Un viento procedente del mar, el mismo viento que hacía a los barcos cabecear en el muelle, se coló por la ventana y removi6 el mapa de la pared, arrugando las praderas de Asia con un impaciente terremoto. De pronto el duque entrevió con pánico de qué iba a hablarle aquella mujer, con qué había chocado en la habitación oscura de sus pensamientos al saquearla con su mirada. Y el sudor regresó a su espalda, se le hizo más voluminosa la clámide de luto ribeteada con una espiga de oro, la espada pesó en su flanco, el pasado volvió a inmovilizarlo, a convertirlo en su presa, como la red de un gladiador que precede al golpe del tridente.

—Creo que es hora de que me marche —ancló los puños en los brazos del asiento, dispuesto a ponerse en pie—. Me reclaman otros asuntos en el tribunal.

—Es inútil que huyas, Demeas —los ojos de Hipatia compartían las propiedades de la piedra imán, que no permiten que ciertos objetos se divorcien: Demeas no pudo moverse—. Sé que has sufrido mucho, toda Alejandría lo sabe, sabemos que sigues sufriendo. Sabemos cuánto amabas a tu joven esposa y lo que ha significado para ti su pérdida.

El escándalo, la sensación de profanación y ultraje, estuvo a punto de alzar al duque de la silla. Cómo se atrevía ella, esa desconocida, esa ignorante de los sentimientos que Dafne encendía en su alma, a opinar sobre su muerte, a calibrar la espesura del dolor con que le martirizaba desde el día mil veces maldito en que expiró sobre su almohada. Presumía de conocer su sufrimiento, creía atisbar con la inteligencia o las palabras aquel abismo sobre el que flotaba, aquella noche oscura que le aguardaba en la soledad del dormitorio, la angustia inacabable e imposible de paliar de un futuro sin la única persona que podía prestarle apoyo. No, ella no sabía nada, nadie sabía nada. Demeas había entregado a su esposa adolescente su propia vida, con su dotación de esperanzas, inquietudes, certezas, y ella se lo había llevado todo al marcharse, dejándolo hueco, inútil y hueco, como una hucha vacía. Movi6 la cabeza a un lado y a otro para replicar a la mujer.

—No, ilustre Hipatia, tú no sabes nada.

En vez de corazón Demeas transportaba en el pecho un 6rgano descompuesto, podrido por la desdicha; tal vez para evitar el mal olor que desprendía, Hipatia volvi6 la cara y regresó a la zona posterior de la mesa, donde el gato escribía todavía. Sus ajorcas se estremecieron de nuevo cuando extendió las manos encima de los papeles.

—Algo sí sé, Demeas —la directora renunció al tratamiento para que él comprendiera que su sinceridad era auténtica—. Sé que tu mente no es tan transparente desde que el dolor la nubla y que la búsqueda de la verdad ha quedado

supeditada para ti a la búsqueda de consuelo. Mira tu brazo: también él tiembla y ha perdido la energía de otros días. Demeas, Dafne te ha arrastrado con ella al infierno.

Tal vez debería haberse ofendido por la acusación, de no ser porque en el fondo, en ese resquicio último de su conciencia que no oscurecían el sufrimiento ni la fatiga, reconocía que tenía razón. Volvió a añorar la soledad de su alcoba, el olor a incienso enfriado en los sahumeros, las cortinas corridas y su llanto debajo de la almohada.

—¿Insinúas acaso que no estoy capacitado para cumplir con mi labor? —dijo.

Los ojos verdes de Hipatia le devolvieron una mirada llena de dureza.

—Eres un buen duque —respondió con cautela—, pero la fortuna te ha puesto en un trance difícil. Me permito recordarte lo que sucedió con el ladrón de dientes de la Puerta del Sol o con la mano cortada del Soma. Demeas, estoy siendo franca contigo porque nuestra amistad me autoriza esa licencia: la Biblioteca no puede permitirse un fallo de esa clase.

Por supuesto que tenía razón, a pesar de que una sogas parecía enredarse y hacer nudos en el estómago de Demeas no había más alternativa que callarse y asentir. Todo ocurrió después de la muerte de Dafne, cuando su cuerpo aún estaba caliente sobre el lecho de crisantemos y los gritos de las plañideras hacían retemblar los vidrios de la casa. Su cerebro no podía distraerse de esas imágenes de angustia y aniquilación, ni siquiera para atender a los datos de los crímenes que los funcionarios del tribunal habían colocado encima de su mesa; de pronto, su vida era un edificio ajeno por el que él vagaba a tientas en busca de una salida, por cuyos pasillos cegados tropezaba sin reparar en nada más que la necesidad de aire. Así apenas entendió que algún desaprensivo se dedicaba a violar los cadáveres del Cementerio Judío, los desenterraba aprovechando la caída de la noche y les arrancaba los dientes. Enfrascado en sus padecimientos, Demeas dejó pasar de largo los indicios que conducían a los cambistas de la Vía Canópica y a aquellas sortijas y colgantes cuyo oro y plata nadie sabía de dónde habían salido. Sólo cuando, para que le dejaran tranquilo, se limitó a detener a un adivino del barrio de la muralla y los verdugos del tribunal le retorcieron el esqueleto sobre la picota hasta desbaratarlo, se descubrió que un orfebre judío pagaba a bandas de profanadores para que le suministraran dientes de oro y plata con que elaborar sus joyas. La evidencia llegó demasiado tarde al caótico despacho de Demeas; el judío huyó a Corinto con una bolsa que podría haber alicatado las encías de una docena de reyes. En cuanto a la mano cortada del Soma, mejor ni mencionarla. Prefería no acordarse de cómo había confundido la pata de cerdo que un perro vagabundo masticaba junto al albañal del mercado con la mano de un niño, de cómo había acusado de infanticidio a una pareja de tintoreros sirios cuyos huesos tampoco volvieron a poder sostenerse después de la visita preceptiva a la cámara de tortura, esa sala con manchas negruzcas en los muros y olor a carnicería que ocultaban los sótanos del tribunal y hasta donde jamás llegaba la luz del día. De pronto el duque sentía la lengua polvorienta, sucia, como si hubiera lamido el

desierto. Adivinando el rumbo de sus pensamientos, Hipatia le ofreció una segunda copa que él no rechazó.

—Está bien, ilustre Hipatia —emitió al fin con voz quejumbrosa, mientras el vino volvía su culpa menos grave—. Tienes mi palabra de que haré todo cuanto esté en mi mano.

El gato detuvo su escritura sobre el papiro y fijó sus ojos amarillos en el rostro de Demeas, con gesto de no creer del todo lo que acababa de oír. El duque tuvo una sospecha loca: aquello era un juicio sumarísimo, la mujer de las ajorcas estaba a punto de condenarle y en los papeles del gato estaba siendo consignado cada uno de los cargos que le precipitarían en la destrucción. Hipatia producía el mismo sonido del sistro y los crótalos al desplazarse por la habitación; ese rumor de metal y madera circundó de nuevo la mesa y se situó delante del asiento en que el duque combatía contra los remordimientos.

—Jamás se me ocurriría dudar de tu palabra, óptimo Demeas —aseguró ella—. Pero conociendo el estado presente de tus fuerzas considero que una ayuda suplementaria te será de valor. He solicitado a un viejo amigo de mi padre, docto en la ciencia del razonamiento y en el arte de desentrañar verdades, que se instale en Alejandría con el fin de aclarar la muerte de Epiménides.

—¿Quién es?

—Su nombre no te dirá nada. Vive apartado del mundo público en una ciudad del norte, despreocupado de la política y las cuitas de los hombres, entregado exclusivamente a la investigación. Se llama Lámaco de Éfeso.

Tampoco esta vez se enfureció, aunque evidentemente le habría asistido el derecho a hacerlo: cualquier otro menos humillado por la desolación y el cansancio habría respondido con una violenta rebelión al intento de desposeerle de su cargo, de colocar sus responsabilidades en manos de un desconocido, de convertirlo en un espantapájaros inútil que debía limitarse a asentir y añorar a su esposa muerta. Pero algo en Demeas, una especie de lecho o de poso parecido al cerco negro que el vino dejaba en el fondo de la copa, se declaraba de acuerdo, le convencía de que todo estaba bien tal y como estaba, de que era más cómodo y tal vez hasta correcto que otros se encargaran de escarbar en la basura en busca de esa cosa idiota, la verdad, que carecía de poder para remediar sus males. De modo que bebió de nuevo, y con la marea calmosa del vino percibió que penetraban en su corazón la indiferencia y aun el sosiego.

—No discutiré la idoneidad de tu decisión, ilustre Hipatia —se rindió, antes de girar la vista en dirección a la cabeza negra del nubio, a la cabeza blanca del busto que reposaba sobre el escritorio—. De todas maneras, permíteme abrigar dudas sobre la capacidad de los viejos amigos de tu padre, el ilustre Teón. Todos tenemos en las mientes el desdichado caso de Onesandro.

La mención de aquel nombre volvió a atizar ascuas en los ojos de Hipatia. Su sangre volvía a arder, a quemarla por dentro; asió con dedos blancos el filo de la

mesa para replicar:

—No te atrevas, óptimo Demeas, a insultar el nombre de la ciencia y la contemplación de las ideas ensuciando la memoria del sapientísimo Onesandro, del modo en que lo hacen los adoradores chuscos de la cruz y el pan ácimo. Pocas mentes han existido más clarividentes que la de Onesandro de Cirene, a pesar de que la superstición y el despropósito se aliaran para luchar en su contra, y pocas voluntades podrán hallarse dotadas de su celo para perseguir la solución a un enigma, por tremendos que fueran los obstáculos que debía arrostrar.

—Ni siquiera si esos obstáculos consistían en la blasfemia y el robo, ¿no es cierto?

Onesandro de Cirene, un nombre que conozco bien, que todos los habitantes de Alejandría conocían de sobra porque había sido repetido hasta el hartazgo en todas las tabernas, sacristías y zaguanes de la ciudad. A Onesandro, el genio, el sacrílego, el poseo, pertenecía la cabeza que decoraba la mesa de Hipatia y que ahora dedicaba a Demeas una mirada de mármol, mientras el gato, Faraón, retomaba la redacción de sus obras completas. Esa cabeza había correspondido a un hombrecito nervioso, insignificante, tocado con una aureola de cabello blanco que casi podía confundirse con el humo que producía su cerebro al funcionar: un cerebro entretenido en ideas extravagantes, desorientadas y peligrosas, que no cesaba de hacerse preguntas y de indagar los misterios, por recurrir a un par de ejemplos, de la composición del ojo, que él imaginaba lleno de agua como una cantimplora, o de la naturaleza de los volcanes, que comparaba con pedos y eructos del vientre de la Tierra. Esa curiosidad inacabable y esa fiebre por las respuestas le habían hecho chocar, como no podía ser de otro modo, contra los muchos libros sagrados y las muchas revelaciones de dioses que por entonces pululaban por Alejandría. Y así, sin pretenderlo, había conseguido por sí solo lo que la administración del imperio y las autoridades civiles llevaban intentando durante décadas con pésimos resultados, poner de acuerdo a todas las sectas religiosas de la ciudad: todas coincidían en que Onesandro de Cirene era un canalla. El obispo Cirilo le tenía ojeriza desde que comenzara a proclamar a los cuatro vientos que los huesos muy venerados que se custodiaban en el altar de la iglesia de las Once Mil Vírgenes no pertenecían al patriarca Adán, como pretendían los devotos que cada Viernes de Adviento procesionaban hasta el templo para que aliviaran sus fiebres, diarreas y cólicos, sino a un animal monstruoso que había vivido antes del diluvio. Solicitó en diversas ocasiones al párroco de la iglesia y a la oficina del obispado que le autorizaran a examinar minuciosamente los restos preservados en una urna de oro con filigranas con el fin de dirimir cuál de las partes estaba en el error, pero la negativa se repitió una vez y otra. Y, por fin, una noche de primavera en que las Once Mil Vírgenes permanecía abierta para celebrar el Oficio de Tinieblas, se deslizó hasta el altar disfrazado con un sayo de presbítero y metió los huesos milagrosos en un petate. La ciudad entera estalló en un clamor de horror y rabia, la devoción decidió reclamar sus derechos con palos, piedras y antorchas: Onesandro

fue buscado sin descanso a través de los cinco barrios por una multitud que exigía solución a sus problemas digestivos. Desde entonces Onesandro se hallaba en paradero desconocido, y con él los huesos de Adán o del monstruo antediluviano. Y mejor era que siguiera así, porque la muchedumbre no olvidaba y podía hacerle acabar, también a él, engordando algún osario del otro lado de la muralla.

—No discutiré más sobre este punto —resopló Hipatia torciendo la vista hacia la ventana, hacia la luz de cal del mediodía—. Simplemente deseaba informarte de la llegada de Lámaco y agradecerte tu comprensión por la decisión que he debido tomar. Mi primer interés, créelo, ha sido evitarte más zozobras de las que ya padeces. Pero mi puesto, la Biblioteca y todo cuanto represento se encuentran en peligro y debo defenderlos de alguna manera. La Biblioteca es mi vida, y dime, ¿no pelearías tú por protegerla de la fiera salvaje que busca arrebatártela?

No ahora, pensó lúgubrementemente Demeas antes de entregarse al letargo tal vez confortable que el vino le proponía. La espada pesaba menos en su muslo, el luto de su clámide parecía menos severo y su cuerpo no le oprimía con la pesadez, el torpor y la ansiedad con que solía atosigarlo desde el día fatídico, el día que ahora no deseaba recordar: la vida era un estúpido artículo de lujo del que podía prescindir sin duelo y que habría entregado sumisamente a cualquier fiera que hubiera tenido a bien apreciarlo. No, en realidad no tenía vida que defender, su vida pertenecía a Dafne y ella se la había gastado. Sólo cabía hacerse a la idea de que estaba muerto, de que era un cadáver y de que debía comportarse como tal: no había nada que temer del futuro, porque el futuro no existía en absoluto. Los muertos son afortunados; no tienen que preocuparse de qué lado de la cama elegir para levantarse cada mañana.

Capítulo 3

El hombre que le guió por los corredores, a través del subsuelo del edificio, era un individuo del color de la caoba, con un montón de salpicaduras blancas en el lugar de la barba. Conforme descendían por las escaleras, franqueando cámaras que sólo alumbraba la llama de las antorchas, percibió que la temperatura disminuía sobre su piel y que la ferocidad del sol de primavera perdía su poder de atormentarle. El hombre de la barba blanca se detenía cada pocos pasos con el fin de cerciorarse de que su acompañante no se había perdido; luego volvía a echarse el himatión sobre el hombro izquierdo y proseguía el camino, intentando reprimir los bostezos con una mano. Tenía los ojos sucios, opacos, como si no los hubiera cerrado mucho la última noche.

—Es aquí, duque —dijo el hombre—. Al fondo.

Aún no había tenido ocasión de visitar el nuevo depósito de cadáveres del tribunal, seguramente más por desatención que por cualquier otro motivo: su apertura había coincidido con la enfermedad de Dafne y desde entonces convivía con la muerte en casa y no necesitaba buscarla en otras partes. Hasta el verano anterior, aquel recinto desahogado, macizo, con bóvedas en aspa sostenidas por recios pilotes de mampostería, había servido para alojar la cisterna del hipocausto; los cadáveres levantados por la autoridad solían disponerse en el patio, bajo un toldo, para proteger a los funcionarios del olor y los miasmas, pero el calor no tardaba en convertirlos en carne podrida que apenas podía examinarse. Así que se había decidido acondicionar aquella sala subterránea, tal vez demasiado próxima a la cámara de tortura, donde la frescura de la piedra frenaría la corrupción de los cuerpos al menos hasta que alguien decidiera qué se debía hacer con ellos. Unos ventanucos rectangulares abiertos a ras del techo ayudaban a la ventilación y colaboraban con las lámparas de aceite a la hora de iluminar la sala. De todos modos el resplandor era más bien precario y Demeas tuvo que parpadear varias veces con su único ojo antes de reconocer las mesas de mármol y los bultos cubiertos con frazadas que las ocupaban. El aceite que ardía en las lámparas emitía una fragancia espesa, azucarada, que atascaba la garganta: su misión era enmascarar la presencia de olores menos refinados.

—Éstos son los miembros de la Banda del Pulgar —el hombre de la barba señaló los bultos cubiertos, en torno a los que se secaba un suero negro—. Una patrulla de la guarnición Oeste se cruzó con ellos durante la ronda nocturna. No han caído todos, pero es de presumir que pasará un tiempo antes de que vuelvan a atreverse con los viajeros de la carretera de Naucratis. Llegaron a la hora prima y hemos estado distribuyéndolos hasta el amanecer, con lo cual no hemos dispuesto de mucho tiempo de descanso. Supongo, duque, que tus servidores te habrán informado.

—Por supuesto —se desentendió Demeas, en cuyo cerebro aún retumbaban los ecos de la borrachera de la noche previa, y que seguía esforzándose con toda su desesperación en no comprender dónde se encontraba.

En el muro más alejado de la entrada, desde donde los ventanucos derramaban una luz azulada, un desconocido aguardaba junto a un último bulto. Al aproximarse, Demeas comprobó que se trataba de un sujeto achatado, de cabello pálido, cuyos atributos más remarcables eran una toga pasada de moda, al tradicional estilo romano, y dos alarmados ojos grises. Con aire satisfecho, apretó la mano del duque y a continuación hizo un gesto en dirección al bulto que ocupaba la mesa de mármol, como mostrándole un paisaje desde la terraza. Los pies del cadáver sobresalían del manto; en vez de uñas tenía unas cáscaras abultadas, del color del fango.

—Demeas de Antioquía, óptimo duque de la plaza, si no me engaño —pronunció el desconocido con voz meliflua—. Me llena de alegría y aun de regocijo este encuentro.

—No creo conocerte —respondió Demeas—. ¿Hemos sido presentados?

—No, óptimo Demeas —de la toga en miniatura brotó un documento enroscado en un lazo—. Mi nombre es Pólux Poncio, de Siracusa, y aspiro a un puesto en el tribunal de justicia de Alejandría. El excelentísimo prefecto Orestes ha tenido a bien asignarme a tu departamento con el fin de perfeccionar mis estudios. Reitero que es para mí un honor y aun una distinción hallarme a tu servicio, óptimo Demeas: tu fama te precede. Encontrarás los detalles pertinentes en esta orden.

El documento iba rubricado con el sello del prefecto en persona, una abeja con las estrías en diagonal y la leyenda, en griego y latín, *Sé diligente*. A pesar de su aspecto, de la ridiculez de sus ropas y de los ojos que parecían mirar debajo del agua, debía de tratarse de alguien de importancia para que el mismísimo Orestes se hubiera tomado el trabajo de redactarle una carta de presentación. Algún familiar lejano, llegado de provincias, atraído por el exotismo y las posibilidades profesionales del próspero Egipto, el hijo de algún cliente al que le ligaba algún favor sin saldar, un préstamo en un momento de apuro o el apoyo a una candidatura que supuso algún tipo de ascenso en el escalafón del funcionariado: Demeas sabía de sobra que el éxito consistía en ese cálculo secreto, en la búsqueda del equilibrio entre lo que se da y lo que se recibe; para triunfar, el artículo más útil es un libro de cuentas. Desplegó la hoja que el hombrecito le había tendido y leyó sin interés:

Es mi voluntad que el portador de este documento, que responde al nombre de Pólux Poncio, natural de Siracusa en Sicilia, reciba en cualquiera de las administraciones de la provincia de Egipto el socorro requerido para completar su instrucción como ayudante del tribunal imperial de justicia, y que el funcionario cuyos servicios requiera no escatime fatigas, medios, tiempo ni industria en servirle de ayuda. Y con mi nombre lo rubrico yo, Orestes Argónida, excelentísimo prefecto de la provincia imperial de Egipto, en el quinto día del

mes de marzo del año sexto del reinado del emperador Teodosio, segundo de este nombre.

Cuando terminó de recorrer las frases, el ojo de Demeas se volvió hacia el hombrecito. Agitaba las manos sobre la tela de su manto y una sonrisa de necio entusiasmo le amplificaba la cara: era un niño con juguetes nuevos, el cadáver situado encima de la mesa era ese juguete. Aceptó el documento enrollado cuando el duque se lo devolvió y lo introdujo en uno de los pliegues de su uniforme.

—Tengo entendido que el interfecto es Epiménides de Naucratis —dijo—, secretario del venerable Hilario, santo varón que todos conocemos. Creo que éste será un caso idóneo para ayudarme a mejorar mi educación, si no me engaño.

En esa parcela minúscula de su mente donde aún quedaba espacio para la reflexión, Demeas se preguntó cuántas molestias iba a suponerle la aparición de aquel perrito faldero, del alumno aplicado que sin cesar se dedicaría a buscar pretextos para demostrar lo bien que se había aprendido las lecciones de sus libros. Sintió horror y se vio arrastrado de punta a cabo de Alejandría en persecución de aquel mamarracho diminuto, examinando cada mínima boñiga de perro y las ascuas de las hogueras de cada taberna en busca de un indicio que pudiera resultar crucial. Aunque también cabía la posibilidad de examinar la cuestión desde una perspectiva distinta. El tal Pólux Poncio podía, por qué no, constituir más una bendición que un suplicio. Si tantos deseos tenía de señalarse, si tanto ansiaba demostrar al mundo lo capacitado que se encontraba para aquel puesto en el tribunal, mejor poner el caso en sus manos y permitir que él se encargara de todo, mejor ceder el timón y regresar al lugar del que nunca debería haber salido, a sus recuerdos de Dafne, a la memoria de Dafne que se desenvolvía entre aromas de glicina y el destello vegetal de las esmeraldas que ella tallaba sobre el torno de su taller.

—Sea —se limitó a responder después de respirar varias veces, con el fin de serenarse, y ordenó al hombre de la barba blanca, que le había conducido hasta el depósito, que retirara el manto del cadáver.

No pudo soslayar una sonrisa de crueldad cuando el joven Pólux retrocedió llevándose una mano a la cara: sus libros no le habían enseñado a enfrentarse a un cuerpo en descomposición, eso no viene en los libros. Él no había leído muchos libros, si exceptuamos algún que otro compendio de técnica militar y algún florilegio de versos con que distraía a Dafne mientras ella tallaba, pero no le habían hecho falta para comprender qué es la muerte y de qué modo deshace la endeble cáscara en que se cobija el alma de los hombres. La carne es un material blando, indefenso, frágil, que se rompe con facilidad ante el acoso del metal o la lumbre; la carne cede a la intemperie, la carne se amorata con el paso del tiempo, con la sucesión de las lluvias y los vientos, y se convierte en aquella pulpa desmenuzada, en la gelatina hedionda que ahora ocupaba lo alto de la mesa. Demeas no estaba impresionado: había presenciado cuerpos más desfigurados que aquél, más descoyuntados por la

podredumbre y el fuego. Casi sin querer, su mente retrocedió a un atardecer de más de una década atrás, a la orilla de un río en que se cimbreaban unos juncos y el lentisco silbaba, y las garzas y los arrendajos giraban en torno a una montaña de cuerpos apilados junto a la última cabaña de una aldea, cuerpos a los que habían arrancado la cabeza y los brazos casi a mordiscos, como si sus verdugos no hubieran dispuesto de espadas de las que servirse. El olor de aquella montaña espantosa atravesaba las galerías del pasado y parecía regresar a la nariz de Demeas, haciéndole flaquear.

—Se encuentra en un avanzado estado de descomposición, si no me engaño — tartamudeó Pólux protegiéndose la boca con un pañuelo.

El hombre de la barba blanca volcó una mirada cargada de legañas sobre los restos de Epiménides.

—Pasó toda la noche sumergido en el estanque del templo de Isis —dijo—, con lo cual sus tejidos acumularon mucha más humedad. Luego estuvo expuesto al sol varias horas. Llegó aquí sólo pasado el mediodía. Créeme si te digo que después de todo su aspecto resulta saludable.

A una indicación de Demeas, el hombre de la barba destapó los retazos de la túnica que recubrían el torso del cadáver. El pañuelo presionó con más fuerza sobre la boca de Pólux cuando quedó al descubierto la salvaje fisura que dividía el cuerpo en dos, trazando una línea serpenteante del hombro izquierdo a la zona derecha de la cintura. La sangre se había secado en los rebordes de la herida para convertirse en una corteza cárdena, de la textura de un pétalo de flor seca. La muerte había arrebatado a Epiménides su rostro: los rasgos apenas eran reconocibles entre los glóbulos hinchados y las salpicaduras en forma de algas que le surcaban la frente y las mejillas.

—¡Por Cristo! —exclamó Pólux, y por un momento cometió la imprudencia de dejar la boca desprotegida—. ¿Qué clase de herida es ésta?

A pesar de su cansancio y de los bostezos con que cerraba cada frase, el hombre de la barba pareció recuperar un poco de animación a la vista de la masacre. Sin duda era una masacre de primera, él había visto muchas y lo sabía bien.

—Debo reconocer —dijo— que a pesar de mis muchos años de profesión he contemplado pocas heridas como ésta. La violencia del golpe debió de ser extraordinaria, si atendemos al hematoma que muestra a la altura de la clavícula, aquí. El arma homicida, dotada de una hoja puntiaguda o de un pincho, penetró por este punto, junto a la carótida, y luego bajó en zigzag hasta el abdomen. Como si se tratara de un cochino, para entendernos. Debió de desangrarse en pocos minutos, aunque sin duda la agonía fue dolorosa, sobre todo por ese zigzag. No soy capaz de imaginar con demasiada claridad de qué arma se trata, esos rebordes aspados hacen pensar en algo con dientes, o en un desquiciado que iba moviendo la empuñadura a un lado y a otro igual que una palanca a medida que cortaba la carne. No lo sé, tal vez un hacha, o un garfio o un bichero.

—Jamás había visto nada igual —los labios de Pólux retemblaban.

Demeas lamentaba sinceramente no poder decir lo mismo. Porque no podía, o algo le sugería no hacerlo: esa figura, esa silueta truncada en forma de efe latina, los festones que rodeaban el contorno de la herida y que se asemejaban de alguna manera nebulosa a las agallas de un ruibarbo, todos esos detalles figuraban en algún cuarto cerrado de su memoria que no se atrevía a abrir. Ya bastaba, bastaba de una maldita vez, odiaba sus recuerdos, odiaba todo ese utillaje y esa cacharrería inútil que transportaba en el interior del cráneo y que le atormentaba con su rumor de bronces entrechocados cada vez que pretendía orientar el pensamiento en alguna dirección. Bastante tenía ya con las escenas de la agonía de Dafne, bastante era ya repasar constantemente, sin resuello, la fiebre y la almohada empapada y la mano que iba quedándose sin peso y los ojos en que crecía una siniestra capa de vidrio. Sin darse cuenta, extendió la mano hacia la carnicería y a punto estuvo de palpar la marca que había dejado el arma desconocida al avanzar, pero se detuvo. Ya tenía bastantes recuerdos dentados a los que exponerse, no iba a liberar las cadenas de uno solo más.

—Tres codos —replicaba el hombre de la barba a una pregunta de Pólux que Demeas no había oído—. Una herida respetable. O el arma era de un tamaño desacostumbrado o el brazo que la manejaba era inusualmente fuerte, o las dos cosas —hubo un bostezo minucioso, detallado, casi artístico—. Compárala con la degollina vulgar de aquellos de allí, los de la Banda del Pulgar. Puros aficionados. Esto es otra cosa.

—¿Te ha sido de provecho el examen, aspirante Pólux? —exhaló el duque, no menos harto de muerte que el médico del depósito—. ¿Podemos cubrir de nuevo el cadáver?

El hombrecito de la toga parecía jugar a las tabas con sus pensamientos: los agitaba en el interior de la cabeza, examinaba sus combinaciones, calculaba el valor de las piezas en juego. Tenía el hábito, según había comprobado Demeas durante su breve estancia en el depósito, de rascarse la muñeca izquierda mientras reflexionaba, a la vez que removía mudamente los labios, como si rezara en voz baja. Era joven, risueño, estúpido, estúpido de esa manera cándida y perfecta como sólo pueden serlo quienes no han avanzado dos calles más allá del umbral de casa; pensaba demasiado, y eso preocupaba a Demeas, que desconfiaba del pensamiento. Quien piensa cree conocer las cosas, cuando se conforma con meras imágenes o sucedáneos de ellas. Sólo quien actúa está en el mundo, él había aprendido a actuar desde su infancia.

—De manera que el primer golpe se produjo en la clavícula, si no me engaño —murmuró—. De manera que el asesino le atacó de frente. ¿Por qué no huyó Epiménides al verle llegar? ¿Cómo no le dio la espalda?

El avaro resplandor de las lámparas, la escasez de la luz azul que se filtraba a través de los tragaluces les impidieron al principio comprender que otras dos personas habían ingresado en la sala. Antes que verlos, percibieron su presencia a través del sonido, o de la carencia de él: un aura de silencio envolvía a las dos figuras

y hacía pensar de algún modo enigmático en buceadores, en individuos que encogen la respiración. El más alto poseía una piel del color de la anchoa y dos ojos apagados, oscurecidos por alguna enfermedad o por una desgracia antigua. Conducía por el hombro al otro, un hombre aún más diminuto que Pólux Poncio, envuelto en una basta saya blanca, que se apoyaba en un cayado que le duplicaba en estatura para no caer. Todo en aquel hombre era blanco: el tejido que lo cubría, los cabellos arracimados en torno a las sienes y la barba, la córnea de los ojos de donde habían sido borrados iris y pupilas. La ceguera le obligó a estudiar con la punta del cayado el suelo que rodeaba la entrada, luego le invitó a avanzar un pie y por último se rió de él haciéndole chocar contra una de las mesas de mármol en que se encontraban los miembros de la Banda del Pulgar. Al palpar la carne entumecida del cadáver, el hombre blanco dejó caer su bastón con un chasquido y comenzó a llorar melodiosamente sobre el manto manchado de sangre.

—¡Hijo mío! —sollozaba con voz tenue, que el dolor partía intermitentemente en dos—. ¡Aquí hemos de vernos, como toda criatura nacida de hembra! ¡Esto somos: carne entregada al matarife, nido de buitres y de lombrices! Llenas mi alma de aflicción con tu muerte, hijo de mi corazón, pero no quiero dar pábulo a la tristeza porque no es cosa santa. La tristeza es un gusano del corazón, dice Evagrio del Ponto, y se come a la madre que lo ha generado. Sufre la madre cuando da a luz al hijo, prosigue, pero una vez alumbrado se ve libre del dolor; la tristeza, en cambio, mientras es generada, provoca largos dolores y sobreviviendo, después del esfuerzo, no trae sufrimientos menores. No penemos, pues.

El hombre de la barba blanca había corrido hacia la entrada del depósito al percatarse del error. Interrogó con la mirada al más alto de los recién llegados y a continuación trató de disimular su embarazo para asir al más pequeño por el brazo y susurrarle:

—Venerable Hilario, temo que te estás equivocando. El cuerpo sobre el que te lamentas no perteneció a tu amado Epiménides, cuya muerte te ha sumido en la desdicha.

El anciano se quedó mirando algo, el aire, el silencio, una cosa que sólo podía figurar en el universo tapiado de su ceguera.

—¿Quién es este hombre, entonces? —dijo sin alzar la voz.

—Un forajido, venerable Hilario —respondió el de la barba blanca—. Un malhechor que no merece tus oraciones.

—Te equivocas, hijo mío —el anciano buscó a tientas el bastón hasta que su ayudante se lo colocó en la mano—, no hay alma que no merezca la oración y el perdón del Altísimo, por reprobables que hayan sido sus actos durante su vida carnal. Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, dijo el Señor, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Y en la hora postrera prometió al buen ladrón que tras la muerte se hallaría con él en el paraíso, como testimonia San Lucas. Bueno, ¿dónde está Epiménides?

Una vez que se hubo encontrado frente al muerto correcto, el anciano retomó los gestos académicos de duelo, arrojó de nuevo el bastón y besó los pies con las uñas negras, sin inmutarse a causa del olor. Había que reconocer que el venerable Hilario era un profesional.

—¡Hijo mío! —entonó de nuevo—. ¡Aquí tenemos que vernos, como toda criatura parida por hembra! ¡Pues esto somos: carne entregada al hacha, nido de lombrices y de cuervos! Pero no deseo penar porque no es cosa santa. Sólo ha muerto en ti la vil envoltura de la carne, pero el espíritu se halla ahora en un lugar más alto. Porque si viviereis según la carne, moriréis, dijo San Pablo a los romanos: mas si con el espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis. No deseo penar por tu muerte, hijo mío, sino congratularme porque eres afortunado. Abracemos el día que a cada uno señala su domicilio, dice San Cipriano, que nos restituye a nuestro reino y paraíso, una vez escapados de este mundo y libres de sus lazos. ¿Quién, estando lejos, no se apresura a volver a su patria? Y tu patria, ahora, carísimo hijo de mi corazón, es el reino de la gloria. El lugar del gozo eterno de los bienaventurados, como en la visión del apóstol de Patmos. La sede de la dicha perpetua, según la vio Amonas al proclamar: Saldremos de esta vida y nos recibiremos los unos a los otros en esa mansión donde no hay tristeza, ni mal pensamiento, ni enfermedad, ni tribulación, sino gozo y alegría, gloria y luz eterna, paraíso y fruto que no pasa. Y en el libro de los Hebreos está escrito: Llegaremos a las moradas de los ángeles y a la asamblea de los primogénitos, cuyos nombres están inscritos en los cielos. Es palabra de Dios.

—Amén —recitaron todos a la vez e inclinaron las cabezas.

El ayudante del anciano tenía un modo demasiado blando de hablar y de hacer gestos, como si en su mundo particular las paredes y los árboles y el resto de las personas estuvieran fabricados de algodón. Tal vez creía deslizarse a través de una piscina de aceite cuando avanzó un paso y anunció con voz tranquila al duque, a quien ya conocía:

—El venerable Hilario desea conocer los detalles de la muerte de Epiménides. ¿Es cierto que fue asesinado, como dicen en las plazas?

—Me temo que es cierto y aun correcto —intervino Pólux rascándose la muñeca izquierda—. Y con franqueza, venerable Hilario, eres afortunado al contar con unos ojos ciegos que te impidan ver en qué ha convertido el asesino a tu bienamado discípulo.

La cara de Hilario se hallaba arrasada por una sucesión de viejas cicatrices; alrededor de los ojos en blanco, la piel se cuarteaba como un cristal partido. Esas rajaduras se hicieron aún más angustiosas cuando clamó:

—Pero ¿quién? Y, Dios bendito, ¿por qué razón?

El cuerpo de Epiménides estaba envuelto en una gelatina verdosa, igual que la que recubre el dorso de los sapos: era el sudor de la muerte. Al contemplar esa película repulsiva, algo similar a la compasión se elevó sobre el abrumado cansancio

de Demeas, que abortaba sus respuestas y las volvía inútiles aun antes de que tuvieran lugar. Hizo un gran esfuerzo para articular:

—Eso es lo que tratamos de averiguar, venerable Hilario. Ten paciencia y estate seguro de que llegaremos a la verdad.

Hilario asintió con una inclinación brusca de cabeza, como si pretendiera sacudirse los cabellos o los retazos blanquecinos y en desorden que ocupaban su lugar.

—No será de otro modo, duque —prometió—. La paciencia es el mayor patrimonio del buen cristiano, como escribió Cipriano: Tenga la paciencia robustas y hondas raíces en el corazón, y nunca se manchará con el adulterio el cuerpo consagrado como templo de Dios, ni un alma dedicada a la justicia se corromperá con el espíritu de fraude, ni jamás se teñirán de sangre las manos que han llevado la Eucaristía.

El hombre de la barba volvió a bostezar: ofreció un rugido mudo, que permitió comprobar a todos los presentes su perfecta inmunidad a la caries. Luego interrogó con la mirada al duque, cansado de estar allí, deseoso de enterrar la cabeza bajo una manta como los cadáveres que llevaba cuidando toda la mañana, y obtuvo permiso para volver a cubrir los despojos de Epiménides: el santo anciano no notaría la diferencia. Las esperanzas de Demeas habían supuesto que después de ese trámite final la reunión se daría por concluida; la sala de las bóvedas que había sido cisterna quedaría detrás de ellos con su olor a carne descompuesta y esos inquilinos que ya no podían quejarse del frío del mármol bajo sus espaldas; el médico podría refugiarse en el interior de sus párpados, el llanto en un rincón de la alcoba, entre almohadones y cortinas corridas, podría continuar celebrando tranquilamente la ausencia de Dafne. Pero se equivocaba. El hombrecito del cabello rubio, sobre cuyo abdomen la toga recordaba los jirones restantes de una momia, se rascaba todavía la muñeca y miraba al venerable Hilario y al ayudante con cara de descubrir dos peces gigantes y bien sabrosos en la red de arrastre, dos ejemplares por los que podría exigir un precio respetable en la lonja. La comparación no estaba de más, se dijo Demeas: el ayudante de Hilario, el antipático Cármides, no habría desentonado en el mostrador de una pescadería, o en una tienda de conservas. Su piel reseca, escamosa, mortecina, estaba emparentada con la de los arenques ahumados.

—Por supuesto, nos será de gran valor toda la información que puedas suministrarnos, venerable —intervino Pólux—. Por ejemplo, ¿podemos preguntarte qué labor realizaba exactamente Epiménides para ti?

—Consultaba obras en la Biblioteca —aclaró Cármides con una voz que desfallecía, y en la que había algo de polvo y arena.

—¿Qué tipo de obras?

—Obras heréticas —dijo Cármides, como hundiéndose en una tinaja—. Obras que vulneran la santa doctrina de Cristo.

—¿Qué obras?

La juventud es energía, tesón, empuje, se lamentaba Demeas mientras soportaba a duras penas la insistencia del fardo que acababa de caerle encima en calidad de ayudante o de aprendiz; no sabía qué nombre otorgarle, ni le importaba. Giró y su único ojo, al atravesar el tragaluz que rozaba el techo, envidió la libertad de las moscas que volaban en el aire de la tarde, autorizadas a rebozarse perpetuamente en las basuras.

—Obras que redactaron los enemigos del Evangelio —concluyó Cármides antes de prorrumpir en un estruendoso ataque de tos.

—Descansa, hijo —Hilario le colocó una mano en el hombro y le sugirió buscar apoyo en la mesa sobre la que reposaban los restos de Epiménides, pero el ayudante dio un paso atrás. Dentro de sus pulmones alguien parecía partir leña.

—Necesitamos saber qué tipo de obras son ésas, venerable —proseguía Pólux, que, entre otras, desconocía el sentido de la palabra diplomacia—. Puede ser de vital importancia para nuestra investigación, si no me engaño.

—Inmundicias, fango, nidos de sabandijas —tronó repentinamente Hilario, para sobreponerse a la tos del arenque ahumado—. Libros pestilentes en que los acólitos del diablo tratan de pervertir la doctrina de la Iglesia y arrojar las perlas de la salvación al hocico de los cerdos. ¿Quieres saber de qué libros hablo? De un tal *Evangelio de Pedro*, donde se afirma que Cristo no sufrió ni murió en la cruz por nosotros, sino que en su lugar lo hizo un simulacro de humo que se desvaneció tras la agonía. Del llamado *Evangelio secreto de Marcos*, en que se acusa a nuestro Señor de mantener relaciones sodomitas con un joven al que habría rescatado de la muerte por milagro. Del *Evangelio de Felipe*, en que María Magdalena saluda al Salvador besándole en los labios, como si ambos compartieran algo más que la promesa de una salvación en el Reino de los Cielos, que es la buena nueva que Él vino a anunciar a los hombres. Del *Evangelio de los Hebreos*, que hace al Espíritu Santo hembra y le atribuye la maternidad del Señor. ¿Son suficientes para ti? ¿Calman esas injurias tu curiosidad? Por cierto, creo no conocer tu voz. ¿Quién eres tú que con tal obcecación quieres saber cosas que es mejor que permanezcan en la sombra, y que si saco ahora a colación es sólo para hundirlas aún más en el lodazal y la escombrera de la que jamás debieron salir? Dime tu nombre.

—Se trata de mi ayudante, venerable Hilario —intervino Demeas, a la vez que atenazaba al hombrecito por debajo de la axila con la intención de hacerle callar definitivamente—. Su nombre es Pólux Poncio y es aún joven e inexperto, por cuanto te solicito que no repares en su excesiva vehemencia. No ha querido importunarte.

—Y no lo has hecho, hijo mío —sobre el rostro de cristal partido se dibujó una nueva grieta, algo que al rato podía identificarse como una sonrisa—. La búsqueda de la verdad es algo santo en los hombres, porque ella nos conduce a la salvación, y a la doctrina del Señor, que nos dijo: Yo soy el camino, la verdad y la vida, quien cree en mí se salvará. Epiménides copiaba y comentaba para mí esos libros porque me sirvo de ellos en mis sermones dominicales. Es preciso conocer las obras y los términos del

enemigo con el fin de poder usarlos en su contra, de poder volverlos del revés y confundir a la serpiente. Eso es lo que Epiménides hacía para mí.

—¿Desde cuándo? —Pólux se zafó con un codazo de la mano del duque.

—¿Cuándo? —el venerable Hilario rebuscó en el interior de su ceguera—. Es difícil decirlo. ¿Lo sabes tú, hijo?

La leña había cesado de crujir en el pecho de Cármides: después de sorber el interior de una cajita de marfil, su respiración se había normalizado y le permitía hablar de nuevo. De sus ojos ennegrecidos brotaban, en lugar de lágrimas, gotas de mercurio; se las enjugó con el revés de la mano y apuntó:

—Epiménides de Naucratis llevaba año y medio al servicio del venerable Hilario, desde la penúltima fiesta de la Epifanía del Señor. Como él bien ha explicado, indagaba en los libros que tuercen la enseñanza de Cristo con el fin de refutar más fácilmente las insidias y embustes que en ellos se perpetran. Con esa misión visitaba todos los días la Biblioteca y trabajaba en las salas de consulta del alba a la noche.

—¿Todos los días?

Cármides comenzó una frase y la amenaza de la tos volvió a oscurecer su voz: extrajo la cajita de marfil de su morral. Aferrando el cayado con dos manos no menos nudosas que la madera que rodeaban, Hilario respondió en su lugar.

—Todos los días —dijo—, porque Epiménides era un hombre laborioso y entregado a la causa de Dios. Era yo el que debía insistirle para que tomara sus labores con mayor ligereza, para que aliviase su ánimo del contacto con tanta ponzoña y oscuridad, y le recomendaba retirarse periódicamente al desierto, donde él se dedicaba a la oración y la penitencia. Por muy castos que puedan ser los oídos de un hombre, el trato diario con el veneno acaba por hacerle enfermar, y resulta saludable buscarles un antídoto. Revestíos de toda la armadura de Dios, dijo el apóstol a los efesios, para poder contrarrestar las asechanzas del malo, porque no es nuestra pelea contra carne y sangre, sino contra los príncipes y potestades, contra los adalides de estas tinieblas del mundo, contra los espíritus malignos en los aires. Una vez cada seis u ocho semanas, el fiel Epiménides buscaba consuelo en el convento de los Hermanos Sedientos, al sur de Terenutis junto al Nilo, donde esa congregación de santas almas elevan preces continuas a la obra del Señor.

—Te agradecemos tu atención, venerable —Demeas volvió a atrapar al hombrecito de la toga con su mano izquierda, y se llevó la derecha a la empuñadura de la espada, para hacerle entender que en cuestiones de paciencia estaba bastante menos dotado que el anciano ciego—. Ahora es momento de que nos retiremos.

Antes de marcharse, Hilario destapó una última vez los pies del muerto y recorrió con sus labios aquella capa viscosa, aquella muerte licuada que había despertado la repugnancia y el pesar de Demeas.

—A estas horas, hijo mío, ya te hallarás en compañía del Altísimo —sus ojos estériles parecieron dirigirse a un interlocutor invisible que permanecía a la altura del tragaluz—. Fuiste un cristiano devoto y no mereces menos que la gloria y la

compañía de los santos mártires y las almas bienaventuradas que cantan junto a su trono. Tu humildad te hizo rey entre los pordioseros, tu paciencia te convirtió en el más valeroso de los soldados, con la caridad te granjeaste un escaño en el palacio de los que nunca han de morir. Así cultivaste tú las virtudes cristianas, las que garantizan la vida eterna. Como recomendó Atenágoras, no heriste a quien te hirió, no llevaste al tribunal a quien vino a despojarte, diste a todo el que pedía y amaste a tu prójimo como a ti mismo. Dijo Demetrio de Gaza: Ni el temor de Dios, ni la limosna, ni la fe, ni la temperancia, ni ninguna otra virtud pueden existir sin la humildad. Y por eso tú, hijo mío, elegiste la humildad sobre el resto, para poder decir al Creador, igual que el Salmo: Mira mi humildad y mis trabajos y perdona todos mis pecados. Te espera el mejor de los destinos. La mansedumbre del hombre es recordada por Dios, nos dice Evagrio del Ponto, y el alma apacible se convierte en templo del Espíritu Santo. Que así sea.

Al salir del depósito Demeas aspiró y espiró varias veces, en el intento de depurar su organismo del aire viciado de muerte que imperaba bajo las bóvedas. Le hubiera gustado hacer lo propio con sus pensamientos: practicar una abertura en el cráneo que lograra oxigenarlos, que se llevara en un vendaval la niebla y los recuerdos acumulados. Con un paso automático, tomó sin querer la dirección que le conducía hacia el ala este del edificio de los tribunales y ascendió la escalinata decorada con leones esculpidos que desembocaba en su despacho. Entonces, al girar su ojo hacia la izquierda, descubrió que no estaba solo. Una toga minúscula arrastraba sus pliegues por las baldosas junto a él.

—Es éste un caso turbio y aun oscuro —murmuraba Pólux Poncio entre dientes, al tiempo que se tocaba con el índice la punta de la nariz—. Hay muchas cuestiones que resolver, si no me engaño. Espero no pecar de inmodestia si te digo que mi colaboración te será de valor, óptimo duque.

—En absoluto.

—La Biblioteca —pronunció el hombrecito después de un silencio de reflexión—. ¿No es la Biblioteca punto de reunión reconocido de filósofos y librepensadores paganos? ¿No es su directora una integrista de la ciencia que niega los misterios cristianos? He oído que Epiménides no era bien visto entre sus compañeros de pupitre, precisamente por su orientación religiosa. ¿No deberíamos indagar en esa dirección?

—No —cortó drásticamente Demeas—. Esa vía no conduce a ninguna parte. Yo mismo me he entrevistado con la ilustre Hipatia y puedo asegurarte que nadie de la Biblioteca está comprometido en el asunto.

Pólux masticó algo o murmuró por lo bajo, molesto por la convicción del duque, como si le pareciera de mal gusto que los filósofos de la Biblioteca no aceptaran el papel de villanos que les había tocado en el drama.

—De acuerdo, óptimo Demeas —dijo por fin—. Te rogaría por favor que me hicieras partícipe de los datos de que dispones hasta el momento. Y que me

permitieras acceder, si no te importuna, a los registros del caso que figuren en tus archivos.

—Por supuesto.

Desde la catástrofe, Demeas no visitaba su despacho con demasiada asiduidad. Tampoco su secretario, Grilo, un sirio con la inveterada costumbre de mascar hojas de tamarisco para combatir el mal aliento, se tomaba muy en serio la labor de ordenar y mantener limpia una habitación que el olvido parecía haber reclamado como suya y que cada vez más se asemejaba a esos viejos templos paganos estragados por la indiferencia y el abandono. El viento procedente del puerto de Eunostos hacía golpear las contraventanas contra el vano, produciendo un fúnebre compás; nadie se había preocupado de cerrar los pestillos y los papeles, la madera de la mesa, el alféizar y los muros y la venerable armadura que se conservaba en un rincón, sobre un pedestal, habían criado una corteza blanquecina de sal y arena. Demeas se aproximó al peto y rascó con las uñas de la mano izquierda: bajo sus dedos emergió una guirnalda de metal en relieve. Sobre esa guirnalda había chocado el filo de muchas espadas y la hoja de las lanzas en otro tiempo, lo que equivalía a decir en otro planeta. De pronto, el duque sintió que una silueta ensombrecía la luz de la ventana.

—Ah, eres tú, duque —Grilo se envaró y trató de dar a su pose un aire vagamente marcial—. No te esperaba. Me hallaba ultimando unas diligencias en mi escritorio.

—No tiene importancia, Grilo.

—Sé que eres un hombre ocupado, óptimo duque —intervino entonces Pólux, barriendo con la vista el despacho en ruinas—. Por eso me tomo la libertad de eximirte de mi compañía, siempre que tengas a bien satisfacer un trámite simple y aun sencillo. Creo que será lo más beneficioso para ambos, si no me engaño. Sólo preciso de tu sello.

De la toga del hombrecito rubio surgió un segundo documento, éste sin la rúbrica del prefecto. En realidad carecía de firma, y lo que Pólux le estaba solicitando era la conformidad de su nombre, la presión del sello que transportaba en el dedo para otorgarle validez oficial. Mientras leía las líneas de letras apretadas, que seguramente el hombrecito había compuesto a toda prisa bajo el candil de su mesa de trabajo, en Demeas amaneció algo similar a la esperanza, a la promesa de aire libre: quizá después de todo no se viera obligado a cargar con aquel lastre y dispusiera de tiempo para seguir sufriendo en paz. Lo que Pólux requería era simplemente que diese aprobación a un salvoconducto: una mera incisión de sus nudillos sobre el papel a cambio de la desaparición de las cadenas.

Todo aquel que examinare el presente documento entenderá que su portador, Pólux Poncio de Siracusa, ejerce como representante de la autoridad del duque de Alejandría, el óptimo Demeas Antioqueno, y le ha de servir de sostén y aun de ayuda en cuantas empresas le solicite, facilitando su labor y ahorrándole fatigas en su empeño como funcionario del tribunal de justicia de la plaza; que

de no cumplir con lo dispuesto incurrirá en grave delito contra el poder del emperador y su ministerio y podrá ser castigado por su causa; que de ello doy fe yo, el mencionado Demeas Antioqueno, óptimo duque de la ciudad, en las nonas de marzo del año sexto del reinado de Teodosio, segundo de este nombre.

—Aquí tienes, aspirante Pólux —Demeas tendió el papel con ademán de derrota después de marcarlo con su anillo.

—Tienes mi gratitud, óptimo duque.

Antes de convertirlo en un cilindro y refugiarse en las profundidades de sus bolsillos, Pólux Poncio revisó el signo que ahora confería a su salvoconducto el poder de la autoridad imperial. Era un ojo con una cresta de pestañas o de rayos de luz brotando del límite superior, como en el dibujo del sol realizado por un niño. Una extraña idea visitó momentáneamente el cerebro de Pólux: el duque había canjeado el ojo que le faltaba por aquella sortija que le permitía disponer de la vida y la muerte de los súbditos de Alejandría. No era un precio elevado; a cambio otros hubieran entregado mucho más que un inocuo globo de albúmina que sólo sirve para apercibirse de la fealdad del mundo.

Capítulo 4

Un crepúsculo de estío, una rosa embalsamada, un río de magma en la ladera de un volcán, la sangre, los muchos borbotones y salpicaduras de sangre que había presenciado durante sus años de campaña y que no le permitieron conciliar el sueño al regresar. Todos tenían el mismo color, el mismo profundo carmesí que se removía en el fondo de la copa de bronce labrado mientras Demeas, con la percepción ya notablemente deteriorada, buscaba respuestas bajo los remolinos y el agradable sabor a especias tibias. Había también otra cosa en las profundidades de aquel color. Así, con ese fuego cristalino, relucían también los rubíes que Dafne tallaba sobre su torno, sirviéndose de la espátula, del escariador y de un pequeño cincel del tamaño de una aguja. Tarde a tarde, en el taller que abría su terraza hacia las azoteas y la sucesión de casas escalonadas que concluían en la desembocadura de la Vía Canópica y la Puerta de la Luna, bajo la luz de un sol que se apagaba poco a poco, ella recortaba diamantes, zafiros y ópalos para extraer de ellos geometrías fantásticas que recordaban a los cristales del calidoscopio. Al derramarse sobre la mesa del torno, el crepúsculo se filtraba a través de los restos de piedras preciosas y fabricaba destellos de colores, versiones reducidas de fuegos artificiales que decoraban fugazmente la habitación y que para Demeas constituían una celebración diaria de la felicidad de su matrimonio.

—Espero que te diviertas, Demeas —dijo la mujer, colocando la mano con brusquedad sobre su hombro y haciéndole derramar parte del vino—. Creo que el espectáculo será de tu agrado.

Se volvió a medias para dedicar una sonrisa de conformidad a la mujer y en su lugar, bajo la penumbra teñida de rojo del salón (el mismo color del ocaso, de la rosa muerta, del magma y de la sangre), divisó una pesada túnica copta, una confusión de dijes, un cabello estrambótico que más parecía un pastel nupcial y dos ojos violentamente marcados sobre una plasta de cosmético blanco. Se le antojó que Antígona le sonreía a su vez mientras se alejaba hacia el diván en que otro cliente apresaba a una adolescente cuyas piernas se removían en el aire, aunque no habría podido decirlo con seguridad. No podía decir nada con seguridad: el vino aliñado con camomila, del que ya bebía la cuarta copa, anegaba su mente y hacía tiempo que había rebasado la línea de flotación de sus pensamientos. Con torpeza, trató de acomodar su costado derecho sobre el almohadón de raso y sintió que sus ideas buceaban más y más en un océano escarlata cuando volvió a beber de la copa. Por mucho que parpadeaba con su único ojo, apenas lograba registrar con claridad los pormenores de la sala que le rodeaba: había tal vez lámparas aseguradas al techo por cordeles y cadenas, de las que, además del frágil resplandor que multiplicaba las sombras, emanaba un sofocante aroma a mirra y cedro del Líbano. Cuando las

sombras dejaban de agitarse y reír, podían entreverse los frescos pornográficos que poblaban los muros, hombres y mujeres y animales y criaturas monstruosas que intimidaban a Demeas con su efusión de carne y órganos y por su modo bestial de acoplarse unos contra otros, en todas las combinaciones imaginables y aun otras a las que apenas se atrevía la fantasía. A dos divanes de distancia, un hombre recluido en el interior de una masa amorfa de grasa abrazaba a una niña; lejos, bajo las arcadas, entre tinieblas difíciles de penetrar, cuerpos oscuros gemían. Alguna vez, quizá en alguno de los sermones del obispo Cirilo, había oído que el infierno es un sitio semejante a aquél, sumido en una niebla cegadora, donde seres desnudos y tristes se liberan al pecado y sufren sin enterarse. De ser así, a Demeas no le importaba lo más mínimo haberse condenado.

Intentó buscar una posición más adecuada sobre el diván y su codo empujó sin querer la copa. Al caer, el choque del bronce sobre la solería apagó brevemente el rumor del tambor y los crócalos con que se anunciaba el comienzo del espectáculo: allá al otro lado, junto a las columnas y las pinturas de sexos enredados, varios músicos hacían sonar sus instrumentos. Dio inicio entonces una danza, o un extraño ritual al que la escasez de luz del recinto apenas permitía otorgar ese nombre. De las brumas que las lámparas no lograban conjurar emergió el cuerpo de una mujer etíope, con la piel, según es común en su raza, del color del fango y el pan tostado; sobre su vientre, su pecho y sus hombros desnudos se desplegaba una colección de tatuajes bárbaros que imitaban quizá el ramaje de un árbol o los tentáculos de un calamar. Una presencia invisible parecía capturar a la mujer y la atraía hacia las sombras; allí la doblaba, la estiraba y retorcía su espinazo para reducirla a un ovillo; a continuación hacía estallar sus extremidades hasta arrojarla contra el muro. Antes de advertirlo, Demeas, igual que el resto del auditorio, seguía casi hipnotizado las evoluciones de la bayadera y atendía sin escatimar un gesto a su modo de arañar la penumbra, como si estuviera infestada de insectos, o de recorrer de puntillas la pista con los pies descalzos. De parte de ese embrujo era responsable el ritmo monótono de los tambores, su imitación pausada, continua, fatal del latido del pulso o la percusión de la lluvia en los tejados, así como la melodía rota de las zampoñas que se elevaba casi inadvertidamente sobre ellos. La conciencia comenzó a volverse caprichosa y traicionera bajo la frente del duque: de pronto no se hallaba en uno de los prostíbulos más afamados de Alejandría, de pronto penetraba en una gruta profunda que excavaba la falda de una ladera y descendía hacia el corazón de la Tierra, allí donde el aire está hecho de azufre y los volcanes tienen su abrevadero. Y a cada paso que daba, el corazón de la Tierra, enorme, rojo y caliente como metal fundido, le recibía con una pulsación, un monstruoso golpe de timbal que hacía vibrar todo su ser.

Por fin, el compañero de la bayadera se hizo visible. La llama de los candiles dibujó en la negrura sus escamas, la sinuosa columna vertebral que se deslizaba entre los tobillos del color del barro y luego ascendía, la cabeza en forma de punta de flecha que buscaba impudicamente el sexo de la mujer. Durante unos instantes se

celebró una especie de ceremonial amatorio en que la bailarina se dejaba conducir por la serpiente, la oprimía contra su pecho, buscaba su lengua bífida por debajo de la sucesión de anillas con que el animal la iba envolviendo; y luego la mujer se dejaba apresar, permitía que la piel viscosa, historiada de rombos y surcos, se enroscara sobre sus muñecas, viajara a través de la espalda teñida con cerusa y alheña, y volviera a rozarle el pubis descubierto en una versión explícita del acto de la cópula. La bayadera cayó derrumbada sobre la pista entre una explosión de espasmos, como quien ha alcanzado la cima del amor. La serpiente recorría la ensenada de sus pechos, visitaba por última vez el cráter que se abría entre las piernas y abandonaba el escenario lentamente, dibujando una ese torcida bajo las columnas. Nadie aplaudió.

—¿Deseas que llene tu copa?

Sin duda todo era atribuible a la maldita precariedad de las lámparas, que hacían ver cuerpos donde no existían y otorgaban a los hombres rostros que no eran suyos. Al oír la voz, Demeas alzó la cabeza y regresó con mucho esfuerzo de la caverna en cuyo centro retumbaba un corazón. Lo que vio le cortó el aliento de súbito: atrapó rápidamente el brazo de la joven que se había dirigido a él para que no huyera. La jarra que ella transportaba en una bandeja se precipitó contra las baldosas con un chasquido.

—Ah, mi querido Demeas, veo que ya has escogido —Antígona se encontraba ahora tan cerca de su oreja que casi podía sentir la frialdad del cosmético de plomo que le embadurnaba las mejillas—. La linda Cíane es aún joven e inexperta, pero te hará bien. Dispondré para ti la Cámara de las Sirenas.

La habitación del primer piso recibía aquel nombre porque en la pared junto a la ventana, si el cliente se encontraba menos borracho que Demeas, podían reconocerse, tras el lecho, la palangana y la estatua de marfil con un falo descomunal, pinturas donde se representaban mujeres entre olas, reclamando lánguidamente a un navío que se alejaba. Allí había algo más de luz que en la caverna asfixiante de la planta baja: al precipitarse sobre las contraventanas, el sol de la tarde dibujaba vetas naranjas en el vacío y convertía la espalda de la joven en el lomo de un tigre. Ahora, derribado en el colchón de paja, no sabía con exactitud qué había visto en ella; durante un instante abismal, de lejos, había reconocido tal vez una expresión, cierta manera de desplazarse por los corredores en tinieblas, o quizá todo se debía al cabello cortado en forma de almocela que rodeaba su rostro con un óvalo negro. Pero cuando ella se inclinó para tenderle la redoma llena de un vino agrio y fuerte como el desamor, el embrujo se esfumó y se halló simplemente en el prostíbulo, junto a una puta demasiado joven con la nariz estrujada y en cuyos ojos no había restos de piedras preciosas, nada de esos rubíes, ópalos ni zafiros que ocupaban la mesa del torno. De manera que Demeas optó por volver a beber y el vino le acunó un poco más en su lenta marea. Pronto comenzó a parecerle que viajaba en el velero pintado en la pared, que navegaba sobre un mar ondulado como la cabellera de una adolescente, y que si

ponía atención podría oír los cantos de unas hermosas mujeres que se apagaban en el horizonte.

El vino tenía la virtud de arrancarle de sí mismo a trechos, de permitirle un paréntesis, de dejar su cuerpo vacío en el jergón sin necesidad de preocuparse de sus incomodidades ni del dolor del gusano que alimentaba en su interior, la memoria. Al regresar de uno de esos entreactos, descubrió que la joven se refregaba obscenamente contra él y que con un masaje enérgico trataba de reanimar su sexo dormido: la apartó de un manotazo, como a una mosca que se posa en el plato.

—¿No deseas que te dé placer? —dijo Cíane, visiblemente ofendida—. Puedo ser joven, pero he aprendido mi profesión entre las maestras de Panópolis y Antínoe. No te defraudaré.

—No te molestes, niña —a Demeas le bastaba con el contenido de la redoma, que salpicó la almohada y las sábanas al precipitarse en su boca—. Sólo necesito que estés quieta y me dejes en paz.

La joven volvió a avanzar a cuatro patas, retiró la faldilla del quitón y buscó el miembro de Demeas con los labios. Antes de que lo hallara, él la hizo retroceder de una rotunda bofetada que la derrumbó al lado opuesto de la cama, contra la ventana. Durante un rato la habitación permaneció en silencio; otra persona menos ofuscada que el duque podría haber percibido el orgullo lesionado de la muchacha y su lento odio creciendo desde el rincón como la tibieza de una lumbre. Después de un rato de inmovilidad, Cíane volvió a gatear entre las sombras, y el pellejo del tigre relampagueó de nuevo sobre el mar en que las sirenas nadaban. La muchacha tenía algo de la lealtad del perro, que busca la amistad del amo luego del grito y la patada. Se acurrucó al costado del hombre borracho, que olía a una combinación incierta de sudor, salitre y desamparo, y dejó resbalar las yemas de sus dedos por la oscuridad de su rostro. El día declinaba, las rayas naranjas iban enrojeciendo sobre la pared; en el alma de Demeas, embotada, reinaba una agradable ausencia, sin ruido, sin imágenes ni celos. El índice de Cíane recorrió la frente del hombre como si estuviera trazando un signo con ceniza, se desplazó por el puente de la nariz y cayó en el ojo derecho, en el hueco vacío en que había figurado su ojo y que ahora no era más que una ratonera abierta.

—¿Dónde perdiste tu ojo? —dijo entonces ella.

Demeas se tomó un tiempo para regresar de la nada: aquel espacio infinito, sin cielo ni tierra, por donde su ánimo podía fluir sin chocar contra una superficie sólida que lo detuviera, era demasiado comfortable para renunciar a él. Despacio, poco a poco, fue haciéndose cargo de que disponía de un cuerpo, de que ese cuerpo se hallaba demolido sobre un catre de paja en una habitación sin luz, de que una joven que acariciaba sus cicatrices le había hecho una pregunta.

—La guerra —dijo por fin, y sintió la lengua ajena, torpe, un trozo de esparto alojado en su boca.

—¿En la rebelión de los bárbaros? ¿Estuviste en Adrianópolis?

—No, niña, no soy tan viejo, aunque te lo parezca —el ojo solitario de Demeas se abrió sobre el techo: el destello del crepúsculo se había convertido en una sucesión de arañazos que sangraban—. Fue en Mesia, en el Danubio. Luchaba contra los hunos, entre otros.

La muchacha se acuclilló a los pies de la cama, como el perro que había aprendido a ser. La redoma de barro gimió débilmente cuando bebió un trago largo.

—Los hunos —repitió, pensativa—. He oído hablar de ellos. Aquí en la casa he conocido soldados que combatieron contra los hunos y me contaron cosas. ¿Es cierto que son hombres sólo a la mitad y que el resto de ellos se parece al oso y la hiena? ¿Es cierto que ven el futuro en los huesos de los muertos y que cada una de sus mujeres puede yacer con cinco esposos alternativos? Dime una cosa —bajó la voz—. ¿Es verdad que cortan a sus prisioneros en dos con una sierra sobre la entrepierna?

Entonces la deliciosa nada desapareció y se vio poblada de escenas, de más voces, de cuerpos y ráfagas de luz que no se hallaban en aquel cuarto miserable sobre el que se despintaban las sirenas. Años y años había tardado Demeas en despojarse de aquellas imágenes, si no despojarse al menos en buscarles un puesto en algún sótano de su mente donde no hicieran daño al removerse, donde le permitieran acogerse al sueño y comportarse como un individuo común y corriente que aún puede confiar en la benevolencia del amanecer. De regreso a Alejandría había pretendido buscar consuelo y una parcela de silencio imposible en la continuación del mismo tipo de vida que había llevado hasta el inicio de la campaña, en la rutina del cuartel, las maniobras, las intrigas de los ascensos y el quehacer diario de la guarnición, pero todo fue inútil. Aceptó el ofrecimiento del cargo más por contentar a quien había sido su superior directo en Dierna, que había quedado sorprendido por su valor o por su desesperación en la lucha, que por cualquier otro motivo, aunque también entraba en juego, por qué no, la fe lejana en una vida nueva, a salvo de la sangre y el olor a carnicería. Y fue sólo Dafne, las manos de insecto de Dafne, las diminutas maravillas de coral y vidrio y magia que sabía extraer de su torno y sus herramientas las que le devolvieron al país de los vivos, las que le convencieron de que ser hombre todavía constituía un empleo al que merecía la pena no renunciar.

Pero súbitamente la nada se había transformado en una espesa selva de sauces, alerces y helechos, sobre cuyos pantanos caía sin cesar una perenne cortina de lluvia y en cuya tierra húmeda se hundían las sandalias de los hombres al avanzar. La selva era un monstruo, una criatura viva, un gigantesco reptil que los centinelas vigilaban con desconfianza desde las atalayas del campamento, cada vez que un alarido remoto les traía nuevas de la presencia del enemigo y los troncos parecían adelantarse como lanzas hacia los linderos. El estómago del monstruo se hallaba repleto de secretos siniestros. Al internarse en sus profundidades, con la espada desenvainada, atentos a cualquier movimiento que se produjera entre los arbustos, rezando al dios de la cruz o al del toro o al del sistro para no ser sorprendidos por la espalda y una andanada de jabalinas que el escudo sería incapaz de resistir, muchos robustos jóvenes criados

alegremente en las provincias más prósperas del imperio entendían por primera vez lo que significa el miedo: esa hambre sin límites, esa ausencia de techo, ese esqueleto al descubierto sin una fina película de piel o acero que lo proteja de las cosas. El enemigo brotaba inesperadamente de la selva, un virote que vuela, el canto de una espada que hace rodar la cabeza de un incauto, un círculo de hachas y mazos contra los que no se puede hacer nada porque es demasiado tarde para despejar la retaguardia. La selva arrojaba contra ellos sus enjambres, como un avispero tocado por una pedrada, a los carpos de ojos bizcos, que siempre parecían estar mirando una llama, a los esciros con las orejas perforadas por anillas, a los taifalos que empleaban hondas, igual que los baleares, a los extraños costobocos, de la estatura de escabeles, que se ocultaban debajo de caparzones de madera como los galápagos. Los hunos golpearon más al norte, en el meandro sobre el que se asentaba Singidunum, él había visto poco a aquellos diablos amarillos, aunque le habían hablado de sus tatuajes en forma de estrella y sus dioses con cabeza de caballo. No, en realidad hubo algo peor, algo mucho peor.

—Los hunos eran los comandantes y solían mantenerse detrás, al otro lado del río, en las praderas que anteceden a los Alpes Bastárnicos. Yo peleé en los bosques.

—¿Qué fue lo más terrible que viste?

Algo mucho peor que los enjambres que enviaba la selva, peor incluso, estaba seguro de ello, que esos hunos de monturas osadas que habían assolado las estepas de la Europa de la tundra. Avanzando poco a poco hacia el norte, en el recodo del Danubio que se extendía frente a los fuertes de Drobeta y Bononia habían comenzado a tropezar con indicios del infierno. No meros caídos en la batalla, nada de los habituales soldados con las corazas partidas ni el asta de las lanzas quebrado por el choque. Al principio, fue un claro en el bosque. Sus hombres no se atrevieron a mirar al comprender que muchos de los camaradas que permanecían en lo alto de las estacas, empalados por el ano o los genitales, aún agonizaban y que su dolor era tan espantoso que ni siquiera conseguían gritar. Luego, en la ribera de un manantial, las cabezas cortadas: rodaban por la orilla como cantimploras vacías, y uno de sus suboficiales rompió a llorar cuando una le cayó encima al lavarse las sandalias. A medida que se introducían más y más en las tierras del norte, en esa selva que parecía reservar para ellos las más refinadas y exóticas de sus atrocidades, se preguntaban quién era el autor de aquellas exhibiciones repugnantes de crueldad, qué hombre, si hombre era, se atrevía a tratar con tal deshonor los cuerpos del rival vencido. A punto de regresar al sur, una vez que se hizo evidente que la expedición había fracasado, encontraron, tras una aldea hecha cenizas, una pila de cadáveres con unas misteriosas heridas en aspa, causadas por un arma desconocida. Lo más inquietante era que los cadáveres presentaban amputaciones: les habían arrancado las vísceras, los dedos, las mejillas a dentelladas.

—Niña, ¿has oído tú hablar de los lestriges?

—No. ¿Quiénes son?

Al otro lado de la selva, entre los páramos, habitaba una raza de criaturas que rendían culto al lobo y recubrían con pieles sus cuerpos desnudos. Lllamarlos hombres seguramente era excederse en las palabras: como pudieron comprobar después del primer combate en un calvero, en que varios de los miembros de la cohorte de Demeas murieron a causa de mordiscos en la yugular, los restos de aquellos seres de cráneo en forma de ánfora y dientes serrados sólo lejanamente se asemejaban a los humanos. Atacaban con una fiereza insólita, sirviéndose de sus espadas con espolones y de sus garras, y recurriendo a las mordeduras cuando se producía el cuerpo a cuerpo; muchos de los hombres de Demeas estaban aterrados y desertaron en mitad del bosque, donde finalmente murieron entre las raíces o encontraron las hachas de un enemigo menos salvaje. Su lugarteniente, Festo, mantuvo la cordura hasta la emboscada en el valle que conducía al fuerte de Ratiana, en que la expedición fue diezmada y los intestinos del aguador quedaron desparramados sobre la maleza igual que una guirnalda. Festo, el fiel Festo, su compañero de penurias, el hombro junto al que había soportado marchas interminables por los tremedales, el escudo bajo el que había buscado amparo cuando las azagayas o los venablos amenazaban con convertirle en pasto de las moscas. Festo había hecho prometer a Demeas que, de sucederle algo, se encargaría del sustento de su esposa y de su hijo al regresar a Alejandría: y para refrendar su pacto, ambos habían dividido en dos un as de oro con ayuda de un hierro al rojo y cada uno de ellos se había guardado una mitad. Festo fue capturado en la escaramuza junto con una docena de compañeros, así que Demeas se vio en el amargo trance de obedecer su juramento. Pero fue una sorpresa volverle a encontrar algunos estadios más al este, cuando buscaban los últimos vestigios de un puente que les permitiera cruzar a la otra orilla antes de que el deshielo convirtiera el caudal en una avalancha. Festo ya no era él, sino su sombra: los lestriges le habían limado los dientes y obligado a comerse los pulmones de un prisionero vivo. Desde entonces su razón habitaba en un pozo, a oscuras, lejos de una mirada opaca que no parecía decir nada. En un diminuto estuche de marfil, sobre la mesa del despacho del duque, aún se guardaba la mitad de un as de oro.

—Es mejor que no lo sepas —musitó Demeas al fin, tratando de asir una vez más el recipiente lleno de vino—. Conciliar el sueño es una de las mayores bendiciones que se ha otorgado a los hombres.

Cíane estaba a punto de arrojarse sobre el pecho del hombre borracho para protestar, exigía su historia macabra: los jóvenes tienen muchas cosas que hacer y no se arredran ante el insomnio. Pero algo la detuvo antes de saltar sobre el jergón; fuera, en el pasillo, un revuelo de voces se aproximaba. Una mujer, tal vez la propia Antígona, gritaba a alguien que se detuviera porque no tenía derecho a irrumpir así en su casa, hablaría con las autoridades, por supuesto que sí, ella era amiga personal del duque. Una palmada, un súbito chasquido, la voz grave de un esclavo que pretende dar una orden terminante y por fin la de otro hombre, órdenes del tribunal, señora, espero que no pretendas enemistarte con un emisario del emperador. La puerta de la

habitación tembló cuando sonaron los cuatro golpes. A una indicación de Demeas, la joven, cubriéndose ridículamente con la sábana salpicada de manchas ocres, corrió a descorrer el pasador. Un monstruo de tres cabezas se asomó al interior; una era blanca, enfoscada de cosméticos, con el cabello ordenado de tal manera que recordaba a un pastel; otra, cerril, cuadrada, había sido tallada sobre un bloque de granito; la tercera entornaba los ojos para distinguir lo que sucedía bajo las sirenas desconchadas de las paredes.

—Le he avisado de que no podía molestarte, duque —se lamentó Antígona—, pero este joven no ha querido oírme. Éstas no son maneras de presentarse en un establecimiento decente.

—Duque —el joven vaciló antes de avanzar e introducirse en la estancia, donde imperaba un hedor turbio a vinagre, a cuerpos ensamblados—. Si te molesto es porque se trata de un asunto de urgencia. Me envía tu ayudante Pólux Poncio con la misión de informarte de que ha descubierto un dato de vital importancia relativo, ha dicho él, a algo que tú ya conoces. Me ordena que te diga que debes asistir de inmediato a la calle pequeña de los ceramistas, entre el Teatro Romano y la muralla este, para que él te comunique de viva voz sus hallazgos.

En el momento de ponerse en pie, Demeas comprendió que su cráneo era como la redoma que acababa de abandonar en un rincón, junto a la estatua de marfil: una vasija llena de vino. Se ciñó como mejor pudo el cinturón, enderezó la posición de la espada, se echó la clámide sobre el hombro izquierdo y siguió al mensajero del tribunal sin hablar. Antes de cruzar la puerta del pasillo pareció acordarse de algo; dio la vuelta y colocó medio sólido sobre la mano de la muchacha, que permanecía aovillada contra el rincón en un rebujo de sábanas, igual que si también ella fuera ropa sucia.

—No me has dicho cómo perdiste tu ojo —le recordó, apretando la moneda en el centro del puño.

—Lo vendí para ser feliz —respondió Demeas con la cosa de esparto que le ocupaba la boca—. Ahora sólo veo la mitad de las cosas. En esto consiste la felicidad: en no llegar al final, en no conocer del todo.

Con la caída de la noche, una suave brisa del norte soplaba desde el Gran Puerto y hacía retemblar las enseñas tendidas en los edificios oficiales, las ropas de las azoteas, los escasos cabellos que sobrevivían sobre la frente de Demeas, a medida que el carro le conducía entre las calles atestadas de puestos de fritanga y mendigos con alcancías. Un rebaño de cuerpos grises se arracimó en torno al vehículo cuando embocaron el brazo este de la Vía Canópica, en dirección a la Puerta del Sol: rostros sin dientes, cabezas enfermas de tiña, postillas y mugre que el auriga tuvo que espantar recurriendo a dos golpes de látigo. Los caballos giraron repentinamente hacia el sur y se internaron por el laberinto de callejuelas que ocupaba la zona trasera de la muralla; el estómago de Demeas, o el odre repleto de alcohol que ocupaba su lugar, saltó con espanto en mitad de su vientre y estuvo a punto de derramarse contra

las aceras. El inmueble frente al que se detuvieron era una casa de vecinos con la cal de la fachada atacada de lepra. La escalera que conducía a los pisos superiores daba la vuelta a la propia fachada; los peldaños caían de arriba abajo en desorden, como un montón de fichas de dominó. El soldado que montaba guardia abajo, junto al portal, improvisó un saludo reglamentario que Demeas no pudo ver, porque la jaqueca había comenzado a velarle el único ojo. Desde el recodo de la escalera que conducía al primer piso, donde le esperaba otro funcionario del tribunal, se divisaba el ajedrezado de casas, techumbres y callizos del Bruquión, los jardines del Cesarión, las columnas rematadas por genios alados del palacio del prefecto, y allí al cabo, compitiendo con el sol poniente, la explosión plateada del Faro, que recubría por un momento la entera ciudad con una blancura de plenilunio.

—Ah, aquí estás, duque —dijo el hombrecillo volviéndose a medias—. He querido que vinieras porque estoy seguro de que juzgarás todo esto curioso y aun interesante.

Procuró sobreponerse a la tormenta que ahora le torturaba las sienas para reparar en que se hallaba en un domicilio pequeño, modesto, de una o quizá dos habitaciones, que había sufrido el ataque de un huracán. Porque un viento rabioso había penetrado a través de la escalera y había descuartizado los muebles, arrojado la mesa contra las esquinas, colocado los taburetes bocabajo, arrancado los muchos libros de las estanterías para desparramarlos sobre el suelo, donde el colchón de paja también aparecía maltrecho y exhausto, como si lo hubieran molido a golpes. El joven Pólux paseaba entre los restos del holocausto arremangándose la toga a la altura de los tobillos; tal vez se imaginaba en la playa, recogiendo cangrejos: avanzaba de puntillas algunos pasos, se agachaba, capturaba un objeto que sostenía meditabundo durante algunos segundos antes de dejarlo caer de nuevo y sacudirse los dedos sobre los pliegues de la tela.

—¿Qué es todo esto? —suspiró Demeas.

La mesa era sólida, de haya, con vetas profundas y nervios que recordaban las arterias del Nilo en los mapas. Pólux la rescató del rincón y la puso de pie para colocar en lo alto algunos de los enseres esparcidos por la habitación: libros, cálamos, tablillas de cera, un frasco de grasa de oca, una cajita de hollín para fabricar tinta. La cajita se había abierto y un polvo negro y denso manchaba todas las páginas, el suelo de losa, los dedos del propio Pólux.

—Alguien ha hecho una visita a la casa del difunto Epiménides —informó mientras se limpiaba y decoraba su toga con dibujos de sombras, puntos y comas, agujeros negros—. Alguien más bien poco cortés, si no me engaño, o que tenía mucha prisa. Tanto que no podía dedicarse a mirar los libros uno por uno sin amontonarlos en el suelo, con las jarras, la palangana, los almohadones y el resto de propiedades del buen Epiménides.

En el dormitorio, sobre el catre, dominaba la pared una gran cruz de palo.

—Buscaban algo —dijo Demeas.

—Sí, por supuesto que sí —Pólux hojeó algunos de los volúmenes que iba depositando sobre la mesa—. Y me atrevería a decir que quienes buscaban algo aquí lo buscaron también en el cuerpo de Epiménides, al que tuvieron que dar muerte para registrarlo más cómodamente. Es decir, que quienes han saqueado la casa son los mismos que desangraron al secretario del venerable Hilario, si no me engaño.

Los libros eran más bien monótonos, previsibles: actas de santidad, consejos espirituales, herejes desenmascarados. Había ediciones precarias, desgastadas por el uso y abarrotadas de notas y subrayados, de los evangelios canónicos, de las epístolas de Pablo de Tarso, de los diversos tratados de Arístides de Atenas, Justino, Taciano, Teófilo de Antioquía y Melitón de Sardes. Los títulos estaban llenos de ira y fuego: *Refutación de todas las herejías*, de Hipólito, *Siete libros de historias contra los paganos*, de Orosio, *Contra los gentiles*, de Arnobio, *Exhortación al martirio dirigida a Fortunato*, de Cipriano, *Sobre las muertes de los perseguidores*, de Lactancio, *Contra los herejes*, de Ireneo de Lyon en la Galia, y finalmente un fajo de cuadernillos con un encabezamiento casi tan largo como el texto al que precedía, la *Crónica universal de la herejía y de las blasfemias y los infundios vertidos contra la doctrina verdadera de la palabra de Cristo*, de Simeón de Cartago, llamado el Amanuense. Demeas casi sintió fiebre ante el derroche de santidad acumulado en el papel.

—¿Cuándo sucedió? —dijo el duque.

—¿El saqueo? —Pólux entrecerró los párpados—. No se sabe del todo. He acudido a realizar una inspección rutinaria y me he dado de bruces con esto. Yo diría que esta misma noche o ayer tarde, a lo sumo: después de que el asesino comprobara que Epiménides no llevaba encima lo que iba buscando. Las pertenencias que se hallaron junto al cadáver corroboran las explicaciones del padre Hilario: apuntes, anotaciones, resúmenes y versiones de obras heréticas que estudiaría en la Biblioteca. Aquí hay también muchos libros al respecto, como puedes ver: *Apocalipsis de Pablo*, *Apócrifón* o *Libro secreto de Juan*, *Evangelio secreto de Marcos*, del que creo que el propio Hilario nos habló, los *Hechos de Pilatos*, la *Gran Exposición* de Simón Mago. El casero dice que tumbaron la puerta de una patada, pero los vecinos no oyeron nada. El de abajo ha sido desahuciado, después de arruinarse en las carreras de caballos, y el de la pared de al lado es un barbero que sufre de sordera desde que en su juventud fue primer tuba de su legión. Una suerte, si tenemos en cuenta la profesión a que se dedica. Así no tiene que soportar los gritos de sus clientes cuando les saca las muelas o les cose las brechas de las heridas, si no me engaño.

En un extremo de la sala, bajo cuatro o cinco tejas de cerámica que antes del asalto habrían compuesto seguramente una tinaja o un búcaro, Demeas detectó que había otra clase de libros. Éstos parecían más viejos y como majestuosos, y al percatarse del aire de autoridad arcana que dimanaba de sus fundas de cuero y de las varillas de nogal pulidas, se acordó instintivamente de su armadura cubierta de salitre en el despacho, testigo silencioso de unas batallas que el olvido enterraba bajo la

basura y el polvo un poco más cada día. Con delicadeza, porque comprendía que se hallaba frente a objetos de valor, extrajo algunos de los volúmenes de sus estuches y examinó los títulos: *Historia de los animales*, de Claudio Eliano, *Sistema de los Cielos*, de Ptolomeo, *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia*, de Calístenes Gramático. En estas obras no había la histeria y el ruido de las que ocupaban la mesa, un mundo pacífico de escribas e ilustradores con meticulosidad de orfebres se insinuaba en cada página, decorada con grecas y frisos, y en los dibujos exuberantes en que se retrataban bestias fabulosas de los confines de la Tierra y héroes armados que partían al combate entre una jungla de lanzas. El único ojo del duque recorrió con una mezcla de estupor y devoción aquellas joyas del arte de la copistería.

—Sí, también a mí me ha sorprendido —la cabeza de Pólux asomó por encima del codo de Demeas—. Parece que Epiménides tenía otras devociones aparte de la cruz y la persecución de los herejes. Una afición bella y aun hermosa, me parece a mí. Se dedicaba a la bibliofilia. Poseía un fondo discreto pero bien selecto de obras de arte, historia, filosofía que estoy seguro de que podrían alcanzar sumas elevadas en el mercado, si no me engaño. Mira estas de aquí: *Comentarios sobre la vanagloria*, de Aristón de Quíos, llamado Sirena; *De la utilidad de los hombres*, de Dionisio de Heraclea, el Desertor. Y, ah, vaya, la *Ciencia de reconocer el alma de los hombres a través de las trazas de sus rostros*, de Anacarsis el Escita, que pasó cuarenta años durmiendo en una cueva. He oído hablar de esta obra. ¿Conoces tú la ciencia de la fisiognómica?

—No —Demeas se llevó los dedos a las sienes para intentar refrenar la cabalgata que se estaba produciendo en su interior—. De esos asuntos se ocupa mi sastre o mi cocinera.

—Es el arte de identificar el carácter de los hombres a partir de sus rasgos — Pólux desenrolló el primer volumen y se encontró con dos hileras de dibujos paralelos en que el perfil de un individuo era cotejado con la testuz de un buey, con el pico de un albatros, con el hocico de un jabalí—. Veamos. «Los ojos azul claro raramente son de personas enérgicas. Si estas personas los tienen de este color, se oscurecen siempre bajo el imperio de la decisión». ¿Conoces tú a alguien con los ojos azul claro, duque?

—No —la conoció, pero ya no tenía ojos. Ni piel, ni apenas hueso, seguramente.

—Bueno. «Las orejas de las personas elocuentes están bien formadas, bien rebordeadas y de una ligera coloración rosa». Ah, aquí hay que reconocer que el viejo Anacarsis no se equivoca. Mi aya siempre alabó la forma de mis orejas y me decía que parecían fabricadas en el taller de un ceramista. Es por eso que siempre llevo el cabello cortado a navaja. Pero ¿y esto?

En la página inicial, sobre la cenefa que embellecía el título y la apertura del primer capítulo, una mano había garrapateado en letras aceleradas: *Para el rinoceronte azul*.

—El rinoceronte azul —repitió el duque después de estudiar la página, con voz átona.

—¿Sabes tú lo que es un rinoceronte, duque?

—Un animal con un cuerno en la frente, creo. Vive en la India, pero por lo que sé no existen rinocerontes azules.

Pólux volvió a plegar el volumen y lo dejó con el resto, sobre la mesa acaparada por los desechos. Desde la única ventana, el Faro les envolvió por un instante con su luz de leche y metal. De pronto a ambos les pareció que era muy tarde y no entendieron del todo qué hacían allí, en mitad de la casa en ruinas de un hombre que había muerto. Quizá visitaban el futuro sin saberlo: algún día sus propias casas serían aquella, ellos ya no estarían en el mundo y nadie se ocuparía de evitar que el caos irrumpiera a través del umbral igual que un ciclón, que redujera a un muladar la memoria de que habían sido testigos todas sus pertenencias.

—Un libro dedicado a un rinoceronte —murmuró el hombrecito de la toga, pensativo, antes de indicar al funcionario del tribunal que había llegado la hora de marcharse—. Sí, quizá él lo aproveche más que muchas personas. Siempre he pensado que los animales serían mucho mejores lectores que nosotros: en la selva no existen críticos literarios.

Capítulo 5

Había ocasiones en que el duque Demeas dejaba de cobijar una ratonera en mitad de la frente y su ojo izquierdo recibía la visita de un compañero. Solía tratarse de una delicada esfera de loza pintada de blanco, en cuyo hemisferio, diminuta, se abría una gota de ámbar, la salpicadura de un rubí, una lasca de zafiro que brillaba al sol de la mañana. Frente al espejo de plata de su tocador, fue probándose uno a uno esos sucedáneos, exigiendo de algunos de ellos que borrarán de su rostro esa mueca de desesperación y fiereza con que había sido maldecido desde hacía tres, no, cuatro meses ya. Y al mirar la sombra que le devolvía la superficie pulida, Demeas hallaba un desconocido cuya compañía estaba obligado a soportar, el gesto de una estatua muerta, una figura de cera como la que recibía homenajes en los antiguos templos paganos pero en cuyo interior sólo existía una oquedad y un vacío.

Los ojos, una media docena, habían sido regalos de aniversario de su esposa durante los breves cinco años en que el destino le había permitido compartir su vida con ella. Encerrados en sus estuches de marfil, entre un tapete de seda, se alineaban sobre la mesita de su dormitorio igual que grillos en sus jaulas, criaturas preciosas y minúsculas que había que proteger de la crudeza del mundo bajo una tapadera. Cuatro meses, se dijo Demeas tratando de rescatar la fecha exacta, pretendiendo reconstruir sin conseguirlo el perfil de la vida que había sobrellevado desde el día aciago en que el futuro saltó en mil pedazos. Mientras paseaba por el corredor a media luz, en cuyas paredes había dado orden a los esclavos de cegar las ventanas, apretando la llave labrada con una hoja de parra en su mano izquierda, divisó de nuevo aquella mañana distante pero no distante en absoluto en que tuvo que dirigir la procesión hacia el Cementerio del Oeste, entre una nube de incienso y el acorde de los oboes que imitaban el gañido del viento en los postigos. El dolor era tan intenso que se sorprendía de no haberse partido en dos: de que su cuerpo continuara sosteniéndose verticalmente al tiempo que ascendían el montículo salpicado de estelas y mausoleos y las plañideras, desgredadas, aumentaban la intensidad de sus llantos. Extrajo la llave de la parra labrada, la introdujo en la puerta que cerraba el pasillo y dio inicio al ceremonial de cada jornada, el que tenía por objeto evitar que el olvido, esa carcoma abominable, terminara por roer los cimientos de su casa. El sol se agolpaba sobre las contraventanas y trazaba figuras geométricas en las tinieblas de los muebles y las baldosas. Acarició la mesa del torno, repasó con las yemas de los dedos los pacíficos instrumentos distribuidos sobre la madera, parecidos a las herramientas de un cirujano, inventarió los restos de piedras preciosas que formaban arcoíris en miniatura en un rincón. El taller había servido de cámara mortuoria y hasta él había sido conducido el cuerpo después de que expulsara su último vómito de sangre negra; allí lo lavaron las mujeres una vez que él hubo pronunciado su nombre

en voz alta en una última ocasión, una vez que le hubo cerrado los ojos con la mano, unos ojos cuyo esmalte su maestría en el tallado de joyas jamás había conseguido imitar. Los ojos que sorprendía a veces, encendidos en la oscuridad de su alcoba, cuando se despertaba con la espalda empapada de sudor creyendo haber sufrido un mal sueño: pero el verdadero mal sueño estaba en el otro lado, la verdadera pesadilla comenzaba al despertar.

—Amo —dijo la vieja Eco sin atreverse a penetrar en el taller, para no estorbar las ensoñaciones ni el sufrimiento de Demeas—. Hay aquí un hombre que solicita verte.

—He dado órdenes de que no se me moleste —respondió el duque sin volverse, demorándose todavía en contemplar el arco de color que se elevaba de los trozos de jaspe, ónice y diamante—. Di a ese hombre que estoy ocupado. No recibo a nadie.

—Y así se lo he dicho, amo —Eco estaba incómoda—, pero él insiste en verte. No le sirven las excusas. De hecho, Laertes no ha podido evitar que se introduzca en el vestíbulo, donde no cesa de repetir que le es de vital importancia entrevistarse contigo.

Demeas comprendió con espanto quién se había infiltrado en su casa. Sería inútil tratar de seguir consagrándose a su dolor: aquel moscón pesado, aquel tábano impertinente no cesaría de atormentarle con su zumbido.

—Está bien, Eco. Hablaré con él.

Se encontraba en el patio, junto a las columnas que se abrían hacia el mirador y la silueta compacta de la isla de Faros, rematada por el esqueleto del viejo templo de Poseidón, por la ceniza gris que había sido el templo. Demeas había comparado alguna vez la paciencia, esa necesaria virtud, con una roca que ninguna eventualidad debe arrancar de su puesto; pero aquel hombrecito engolado, con una toga que le venía grande, y que ahora se rascaba la muñeca de la mano izquierda mientras oteaba con ensimismamiento el panorama que se desplegaba al otro lado de la columnata, disponía de un martillo muy potente que estaba a punto de reducir la piedra a gravilla. En el mirador había una mesita de bronce y varios escabeles, pero Demeas no le invitó a tomar asiento.

—Ah, te has dado prisa, óptimo duque —sonrió Pólux Poncio, y un flequillo del color del trigo le cayó traviesamente sobre la frente—. Me alegro de hallarte en ropa de calle, una nueva misión nos espera fuera de aquí. Es esencial y aun crucial que me acompañes, óptimo Demeas, y por eso me he tomado la libertad de venir a molestarte.

—Creí haberte expedido un salvoconducto, aspirante Pólux —respondió Demeas con tono agrio—. Ese documento te autoriza a recorrer Alejandría a tu buen criterio y a recurrir a los servicios de sus ciudadanos sin necesidad de mi intervención. Aspirante, soy un hombre ocupado. Ya ayer tuviste la falta de delicadeza de enviar a buscarme a un lugar poco apropiado.

Del interior de la toga brotó una franca carcajada. Por la vaharada de su aliento, Demeas supo que el enano había desayunado riñones en adobo.

—No te sulfures, óptimo duque —asíó el antebrazo de su anfitrión—. Todo el mundo sabe que eres un cliente habitual y aun asiduo de la casa de Antígona y a nadie se le ocurrirá criticar que busques solaz para tu ánimo después de tu reciente desdicha. Recurrí ayer a ti porque la gravedad de la situación así lo aconsejaba, si no me engaño. Y ahora hago lo propio: necesito entrevistarme con la ilustre Hipatia, directora de la Biblioteca. Tu salvoconducto me será de ayuda, no lo niego, pero sé que te hallas en relaciones fluidas con esa mujer y prefiero tenerte conmigo.

—¿Qué necesitas de ella?

—Conocimiento —Pólux volvió a rascarse la muñeca—. La ilustre Hipatia es una mujer sabia, ¿no dicen eso? Veremos si sabe qué libros estudiaba exactamente el malhadado Epiménides cuando lo destriparon.

La pesadilla se repitió una vez más con su minuciosa coreografía de pormenores, con su dotación insoportable de escenas, voces y rostros: la multitud arremolinada frente a la tapia y sus desconchones, los mensajes biliosos en que se comparaba a los viejos dioses con taberneras y eunucos, la rabia, el polvo, el sol que calentaba febrilmente los cráneos hasta evaporar de ellos todo rastro de cordura, las efigies de las musas ametralladas por las piedras. Dos soldados con las espadas desenvainadas tuvieron que abrir paso entre el gentío para permitir el acceso del duque y su ayudante hasta la cancela principal del Museo, donde una lluvia de escupitajos estuvo a punto de historiarles las túnicas. Encogido, Pólux Poncio optó por cubrirse la cabeza debajo del pliegue de la toga, como para protegerse de un chaparrón. Un ordenanza abrió la verja y los condujo rápidamente hacia el interior del edificio y el olor a argamasa fresca que se entreveraba con la penumbra. Los albañiles seguían trepando por los andamios, cerrando las cicatrices de las columnas y procurando convencer al techo de que aún no era momento para dejarse caer. En la sala de acceso, a la derecha de la cual se abría la escalinata que conducía al piso superior, se exhibía una piedra negra del tamaño de una tienda militar, llena de abolladuras: según la inscripción del zócalo, se trataba de un trozo del cielo, que había caído en Egospótamos en el año tercero de la trigésima quinta olimpiada, reduciendo un rebaño de cabras a esterillas.

—Son malos tiempos —suspiró el ordenanza mirando aquella monstruosidad—. También el cielo se viene abajo, como este museo, como el imperio de Roma. Es por aquí.

La escalera era empinada y puso en serias dificultades al pobre Pólux, que sintió que de repente su toga se convertía en una coraza de plomo. Arriba, presidiendo el rellano, se elevaba la escultura del arquitecto Anacrites, con un compás que más parecía una flauta doble o uno de esos abanicos con que los antiguos egipcios solían retratar a sus soberanos en los frisos. Según la leyenda, Anacrites había diseñado el edificio de la Biblioteca para el monarca Ptolomeo Sóter, como compensación por la

muerte de la hija del propio Anacrites, de la que el rey se había enamorado y a la que pretendía desposar. Tendrás a mi hija, le prometió solemnemente el arquitecto cuando Ptolomeo le solicitó su mano; y para ser fiel a su voto le hizo entrega no de la obra de su carne sino de la de su destreza. En el pedestal, unos versos proclamaban enigmáticamente: *Tierra, agua, aire y fuego son la materia de los hombres y las letras. El silencio es la quintaesencia.* Ya en el primer piso, Demeas se dejó conducir por el ordenanza hasta un gabinete lateral mientras Pólux recuperaba el resuello apoyándose en una pared.

—El óptimo duque Demeas y su ayudante solicitan audiencia a la ilustre Hipatia —pronunció el ordenanza.

Se encontraban frente a un rotundo escritorio de roble cubierto de papeles, de cuya orilla emergía un extraño ser anfibio, casi sin pelo en el cuerpo de no ser por el lacio yelmo negro que le ocupaba la coronilla. Algo en él, quizá su modo de moverse, o los dedos casi palmeados que extendía sobre la madera para retener los documentos, hizo pensar a Demeas en un reptil, en un animal de ciénaga que pasaba sus horas libres tostándose al sol sobre los abrojos de los cañaverales.

—Ahora no es posible —croó el anfibio—. La directora se encuentra ocupada.

—El óptimo duque desea verla —repitió el ordenanza.

—La directora se encuentra ocupada.

—Pero el óptimo duque desea verla.

—Pues se encuentra ocupada.

En las bibliotecas, los museos y las salas de espera de los hospitales el tiempo corre a paso de alacrán, sin apresurarse, y las conversaciones, más que decir algo, sólo pretenden convertir el aburrimiento en un trámite menos fastidioso: el intercambio de frases del ordenanza y el anfibio no constituía más que un entretenimiento privado, del que no se esperaba ni se exigía ningún resultado práctico. Tenían todo el tiempo del mundo para seguir repitiendo las mismas fórmulas, igual que se repiten los abracadabras, a ver si sucede algo.

—Sólo deseamos examinar los archivos —atajó entonces Pólux—. Necesitamos comprobar los títulos que cierto estudioso consultó en la última semana.

—Imposible, la directora está ocupada.

—No queremos ver a la directora, sino hacer una comprobación en los archivos.

—Imposible. La directora está ocupada y sin su autorización expresa y por escrito nadie tiene acceso a los archivos.

—Queremos comprobar un dato.

—Imposible. Es necesaria una autorización de la directora y ella está ocupada.

—Está bien —decidió el ordenanza—. Iremos a ver al director del Museo. Quizá él pueda extendernos un permiso.

El ilustre Crátilo de Apamea se encontraba en la sala de antigüedades griegas, orquestando los movimientos de una cuadrilla de operarios que cambiaban de lugar lanzas, trajes y estatuas, entre otros artículos de ropavejería. En aquel punto de la

construcción los pilares habían decidido de común acuerdo desobedecer las órdenes de los albañiles y la pared del extremo norte se tambaleaba, por lo que parecía más prudente mudar de puesto los pedestales y las vitrinas que daban al mar. En el momento de ingresar en la sala, el duque y su ayudante presenciaron cómo media docena de hombres destrozaban sus músculos tratando de aupar un descomunal toro de bronce, sobre cuyo lomo el óxido había comenzado a trazar mapas de islas y ríos. La operación era complicada porque los operarios no sabían del todo dónde debían colocar la mole, y las indicaciones se perdían en el camino. El ilustre Crátilo tomaba una decisión; esa decisión se convertía en una orden imprecisa, apoyada por un ademán de la mano izquierda; la orden llegaba hasta su asistente, un sujeto recio con brazaletes de cuero y la piel del mismo color que la herrumbre del toro; el asistente interpretaba la orden a su buen entender y finalmente los operarios tiraban de las patas, los cuernos y el rabo cada uno en una dirección, como si quisieran repartirse un pastel de aniversario. En conclusión, el enorme juguete permanecía estático en mitad del recinto, cabeceando, escorándose peligrosamente hasta rozar el embaldosado, donde también rodaban restos de obras de arte no menos egregias.

—Ilustre Crátilo —dijo el ordenanza de la Biblioteca—, el óptimo duque Demeas desea hacerte una solicitud.

—A la derecha, hacia el Apolo, por todos los cielos —el director hizo el gesto de dibujar un lazo en el aire, o de ahuyentar un mal olor—. Un poco más arriba, ahí le caerá el revoque de las vigas superiores. ¿Invertiremos en esto todo cuanto nos queda de mañana? ¿Necesitaremos un mes suplementario para concluir la reforma de toda la sala? ¿Poseeré la paciencia necesaria para soportarlo? Óptimo duque, te saludo.

Las muchas responsabilidades habían ido desgastando al ilustre Crátilo, limando sus hombros y sus mejillas, erosionando su cuerpo hasta reducirlo a un muñeco de barro enfundado en una túnica. El muñeco se giró hacia Demeas y, antes de concederle un apretón de manos, se tocó el lóbulo de la oreja izquierda con el índice de la derecha y acarició la rama negra que le pendía del cuello en un colgante. Era el ritual que le prevenía contra los tuertos, mancos, cojos y mudos, gentes todas emisarias del mal agüero y de los que había que protegerse con la receta precisa. El infortunio se parece a un niño pequeño o a un profesor de gimnasia: exige complicadas muecas y contorsiones para mostrarse satisfecho.

—El toro de Fálaris, duque —abrió la palma de su mano en dirección al animal que se tambaleaba bajo la fatiga de los seis hombres—. Una pieza única, como la mayoría de las que se preservan en este museo. Traído directamente de Delfos, donde el tirano lo consagró a Apolo con intención de purgar sus nefandos crímenes. ¿Oirás la historia del toro de Fálaris, óptimo duque? ¿O tal vez ya la conoces? El cruel dictador de Acragas ordenó a un artífice llamado Perilao que creara para él el instrumento de suplicio más perfecto que hubiera conocido la industria humana. Y Perilao, no menos pérfido que su amo, fabricó esta maravilla del genio del dolor. ¿Comprenderás cómo funciona si te digo que el vientre, que ahora ves oscilar, cuenta

con una trampilla por donde puede penetrar un ser humano hasta el interior de la criatura, que es hueco? ¿Y lo que sucede una vez que el desdichado queda allí prisionero y se le aplica fuego al bronce desde fuera? El metal no tarda en calentarse y el condenado gime y aúlla entre terribles sufrimientos. Pero lo más prodigioso es que la boca cuenta con unas lengüetas y unos tubos de flauta que convierten dichos gemidos en una música exquisita. ¿Cabe imaginar alma más retorcida que la de este infame Fálaris, que se sentaba junto al toro a gozar de los gráciles sonidos que emitía mientras los miembros del reo se abrasaban dentro como Heracles bajo la túnica de Deyanira?

—Venimos a hacerte una solicitud, ilustre Crátilo —terció Pólux, que nunca apreció demasiado la carne a la brasa.

—Sí, por supuesto —el director se limitó a mirar de reojo al insecto impertinente que se atrevía a ningunear aquel prodigio del arte de hacer sufrir—. Acompañadme a mi despacho y os concederé lo que me pedís. Y, entretanto, ¿me permitirás, duque, que te muestre algunos de los más recientes tesoros que se guardan entre nuestros muros? Por cierto, óptimo Demeas, he sabido de la muerte de tu esposa y aún no he tenido ocasión de presentarte mis condolencias. Ahora ella se hallará en el reino de las cosas que no se corrompen, donde la rosa no pierde sus pétalos ni el agua se estanca. Astrágalo.

—Agradezco tus atenciones, ilustre Crátilo —respondió Demeas, indiferente—. Y espero que goces de salud.

En torno al rostro, el muñeco de barro contaba con una barba recortada del cepillo de una escoba: se frotó aquella paja maltrecha a la vez que elevaba los ojos al techo con aire abstraído y su mano acariciaba de nuevo la rama negra del colgante.

—Saturno se eleva sobre Marte para el cuarto día de las nonas —informó con voz sombría—. No es algo que me alegre, la verdad. ¿Ves este vendaje sobre mi brazo? ¿Crearás que tuve un accidente el mismo día de las nonas, cuando Marte coincidió en su cuadrante con la luna creciente, y que mientras organizábamos las armas de Aquiles en la hoploteca su espada cayó del aplique y a punto estuvo de sajar me el codo? La muerte nos ronda por todas partes y nunca se está demasiado prevenido contra ella. Astrágalo.

—Ilustre Crátilo —Pólux se rascaba la muñeca como persiguiendo un sarpullido—, estamos aguardando.

—Filomeno —el director se volvió al asistente de los brazaletes de cuero—, ¿te encargarás tú del resto? ¿Podré marcharme tranquilo a mi despacho a atender a estos caballeros?

Tantas veces deambulé por aquellas mismas galerías, tantas veces me detuve a apreciar un detalle de las vitrinas o a comprobar cómo el polvo se aposentaba sobre las estatuas, que ahora me parece estar contemplando de nuevo las largas naves del Museo de Alejandría, con sus arcadas en que el mármol revenido iba dejando paso al aserrín y la argamasa sin asentar, y creo ir detrás del duque Demeas y del hombrecito

de la toga mientras Crátilo de Apamea, rozando siempre la ramita de su colgante, les presenta las maravillas alojadas en los muestrarios. En su día el Museo había sido concebido como un compendio de la naturaleza; al recorrer sus pasillos el visitante aprendía que el universo es un lugar extravagante y confuso y que en poco se diferencia del trastero de casa. Objetos inocuos, enseres de la más absoluta trivialidad se volvían fantásticos al penetrar en sus salas: para convertir cualquier cosa en un prodigio, basta con dotarla de un pedestal. En su recorrido, los visitantes admiraron el anillo de Giges, que otorgaba la invisibilidad y fue hallado en el interior de una caverna; sirviéndose de él, Giges se convirtió en el amante de la reina de Lidia y llegó a gobernar la ciudad. Tras un cristal, sobre un tapete de tafetán, se conservaba el pecho de una amazona, el derecho para ser exactos, que es el que ellas se amputan en la adolescencia para poder manejar el arco con mayor destreza. Junto a él, un diminuto vial contenía una sustancia del color de la jalea que Crátilo identificó como ícor, el fluido que reemplazaba a la sangre en las venas de los dioses antiguos, como se puede leer en el quinto canto de la *Ilíada*, donde Diomedes hiere a Afrodita con su lanza.

—También guardábamos un frasco de néctar y otro con ambrosía —explicó el director—, que, según sabes, era el alimento que permitía a las divinidades paganas conservarse inmortales y eternamente bellas. Pero un bedel ambicioso se atrevió a ingerir el contenido de los frascos en secreto, en la esperanza de ser admitido en el Olimpo. ¿Crearás que comenzó de inmediato a sentir espantosos dolores y que la fuerza sobrenatural del alimento le devoró las entrañas, abrasándolas como hojas secas bajo el sol del estío?

En la misma sala, una maqueta de madera representaba vertiginosamente el laberinto que Dédalo construyó en Creta para el rey Minos, donde encerró a un monstruo con cabeza de toro que cada doce meses devoraba a siete mancebos y a siete doncellas. Sobre un estrado, como esperando algo, permanecía el esqueleto de un hombre gigantesco. Un relicario tallado en un trozo de cuarzo contenía uno de los dorados rizos de Helena, que fue el principio de la guerra de Troya; otro, la punta de la flecha que mató a Aquiles al clavarse en su talón, que fue el final. Después de revistar algunos bustos y yelmos confusos, dejaron la sección de antigüedades griegas para introducirse en la de ciencia natural. Allí continuaban los frascos: unos preservaban el rocío de la mañana, otros el aire contaminado de ceniza bajo el que sucumbió Pompeya, en otros, repletos de aceite, nadaban fetos torturados por exóticas deformidades que recordaban medusas o peces de los abismos; en otro recipiente, una tenia dibujaba un nudo con su larga cola blanca; en otro más, bajo un tapón de rosca, se guardaba una porción de éter o quintaesencia, el elemento perfecto del que se hallan compuestos los cuerpos celestiales, según Aristóteles.

—Y a continuación tendrás ocasión de apreciar nuestra sobresaliente colección de animales disecados —Crátilo avanzaba por los corredores con cuidado de no pisar jamás las juntas entre las baldosas, y menos todavía con el pie izquierdo si el

derecho aún permanecía en el aire—. Puedo afirmar sin temor a errar que se trata de la mayor colección zoológica que jamás ninguna institución ha conseguido reunir. Dicen que un rey de Babilonia tuvo una vez un jardín con todas las especies de criaturas de pezuña, todas las aves y todas las clases de mosca, pero que los ejemplares morían diariamente a decenas debido a lo inapropiado del clima y a la alimentación, perdiéndose para siempre. ¿No es mejor, digo yo, concluir desde el principio con el trámite de la muerte y rellenar el bello semblante de algodón y alambre?

—Ilustre Crátilo —Pólux, a punto de desfallecer, se cubría la cara con las manos como si los objetos del Museo fueran demasiado terribles para él—, tienes que extender un documento para nosotros.

Sin inmutarse, Demeas se detuvo ante el cuello inacabable de la jirafa, a la que algunos llaman camelopardo, y que se asemeja al tronco de un abedul. También pudo ilustrarse acerca del aspecto del pelícano, que guarda una mochila bajo el pico. Se estremeció ante la mirada de cristal ciego de la leucrocota, bestia en que se funden el león, el ciervo y el burro y que cuenta con una espina dorsal rígida que no le permite volver el cuello, así como con una boca enorme con un bloque de huesos en lugar de dientes; imita la voz humana. La lamprea, también presente, es un monstruo acuático que vive en los ríos, que carece de cabeza y que se nutre de la sangre de los animales a los que se aferra con unos dientes afilados como agujas, que le nacen del cuello. Allí estaba también el hipopótamo, o caballo de río, tan grueso y potente que puede pasar cuarenta días y cuarenta noches sangrando a chorros sin desfallecer; o la mantícora, con cara y orejas de hombre, cuerpo de león rojo y cola de alacrán, en cuya boca las tres filas de dientes calzan unas con otras igual que si fueran peines. El reino de las serpientes estaba bien representado: desde escaparates paralelos saludaban al espectador la víbora común, el crótalo, que suena a los juguetes que ayudan a dormir a los niños, la parca, que avanza erguida, como un hombre. El yáculo se arroja desde los árboles y se clava sobre el cuello o los costados de su víctima, de modo que muchos viajeros lo confunden con una saeta; la anfisbena tiene dos cabezas, una a cada extremo del cuerpo, a cual más venenosa. Y qué decir, por otra parte, de la singularísima cebra, con el cuerpo de mula rayado al estilo de los tigres, o del cruel catoblepas, que vive en Etiopía y al que pesa tanto la cabeza que no puede mirar al cielo; una suerte, porque sus ojos emiten unos rayos malignos que convierten a los incautos en piedra, del mismo modo que dicen que hacía aquel animal fabuloso llamado basilisco, pero eso es mentira.

—Ah, ya estamos aquí —Crátilo sonrió al señalar una puerta baja, cuyo dintel decoraba una hoja de muérdago seco clavada en una alcayata—. Ten la bondad de seguirme, duque.

Piedras con vetas y sombras de óxido, pajareras vacías, una espada con la hoja curva como las que emplean los habitantes de la Arabia Pétreá, sandalias desparejas, restos de una cubertería, una cabeza de Apolo con el yeso picado de viruela, una

mesa tapizada de papeles sobre la que se extraviaban lentes, compases, artificios ópticos: cuando, después de realizar una complicada danza sobre la pentalfa pintada con tiza en el suelo, Crátilo de Apamea ocupó su sillón entre aquella confusión de trastos irreconciliables, Demeas creyó comprender que el director era otra pieza del Museo, quizá la más exótica y misteriosa de todas. El despacho carecía de ventanas; la única luz que malamente permitía distinguir los enseres que se apelotonaban contra las paredes eran cuatro lámparas de sebo y aceite que barnizaban los rostros con una luz grasienta. Al sentarse a la mesa, Crátilo jugó al prestidigitador: iba alzando papeles y libros de lo alto para descubrir dados, estuches de escritura, un pincel, una pulsera, un óbolo con el rostro del César marcado con una muesca.

—¿Eso son ratas? —dijo Pólux con un sobresalto.

Algo hormigueaba en una jaula de palo, sobre un cesto de mimbre trenzado. En el momento en que la jaula viajó a lo alto de la mesa, Pólux retrocedió sin disimular su repugnancia: las colas eran largas, rosadas, carnosas, igual que tentáculos.

—Ellas son las auténticas dueñas de la Biblioteca y el Museo —Crátilo contempló con ternura los ojos rojizos, el pelaje erizado sobre los lomos que corcoveaban—. Corretean por los sótanos, practican aberturas en las yeserías de las bóvedas, roen pacientemente, al caer la noche, las piezas guardadas en el almacén. Así que he decidido convertirlas en mis mascotas y alimentarlas con leche y galletas. ¿No son hermosas? ¿No tienen derecho todas las criaturas de Dios a gozar de la vida, por ínfimas o repulsivas que nos parezcan? Si algo me ha enseñado este museo es que no existe criatura en el cosmos que no resulte imprescindible a su manera: el universo es más perfecto cuanto mayor variedad posee, y precisa del concurso de todas las cosas para existir. Pero ¿no me equivoco al pensar que venías a mi despacho a solicitarme un documento, duque?

—Necesitamos un salvoconducto —dijo Pólux sin apartar la mirada de las ratas, dispuesto a brincar hacia la salida si se producía algún movimiento sospechoso en el interior de la jaula.

—Un salvoconducto —Crátilo removi6 más papeles, se colocó la punta roma de la pluma en los dientes—. ¿Puedo preguntarte, duque, qué puerta deseas abrir con ayuda de mi firma?

En el suelo, junto a una trampilla enrejada y los pedazos de un instrumento de bronce que no logró identificar, Pólux descubrió dos salpicaduras que tal vez habían sido rojas, como fresas pisadas. Decidió retirarse aún más hacia la puerta, con cuidado de no tocar nada; temía despertar una legión de cucarachas o chocar contra un murciélago dormido si colocaba la mano en algún lugar inoportuno.

—Quería consultar unos libros —exhaló por fin Demeas, que hasta ese momento se había limitado a observar al director y al hombrecito de la toga desde lejos, sin interés, como si también ellos figurasen detrás de una vitrina.

—Quieres un salvoconducto —la mano de Crátilo escarabajó rápidamente sobre un papiro—.Quieres consultar unos libros. Pero... No sé si te he entendido con

claridad. ¿Me hablas, duque, de la Biblioteca? ¿Crees acaso que los libros se guardan en el Museo?

El duque despertó de un sueño: de pronto la cabeza se le aclaró, de pronto la niebla se disipó en su cerebro y dio con su cuerpo en un lugar extraño, en el que no deseaba estar, en el que no tenía sentido que estuviese.

—No te comprendo, ilustre Crátilo —articuló con dificultad, para ganar tiempo.

La pluma regresó al tintero, los dedos de la mano izquierda de Crátilo se ensamblaron con los de la derecha, como si quisieran evitar que un pájaro huyera.

—Óptimo Demeas, mucho me temo que te han informado mal —dijo—. ¿Crees acaso que la Biblioteca se halla bajo mi jurisdicción existiendo una directora muy capaz encargada de ello?

—Luego entonces —resumió Demeas—, no puedes suministrarme ese salvoconducto.

—¿Podría ser de otro modo? Si mi cargo es el de director del Museo, ¿crees que tengo potestad sobre los libros que llenan las estanterías de la planta superior, destinada a la Biblioteca? ¿Puede un boticario realizar una operación de cirugía? ¿Acudes a tu zapatero para que te confeccione una túnica?

—No puedo creerlo —murmuró Pólux con la mirada fija en las fresas pisadas, antes de ser apartado de la entrada de la estancia por un enérgico empujón.

Acababa de entrar el asistente del director. Se enjugaba el sudor de la frente con el brazalete de cuero y los jadeos rompían cada una de sus frases cuando intentaba comenzar a hablar. Avanzó hasta el centro del despacho; al darse cuenta de que sus botas ocultaban la pentalfa inscrita en las baldosas, dio dos pasos atrás.

—Traigo malas noticias, ilustre Crátilo —resopló.

Para protegerse de la contaminación, Crátilo elevó frente a sí una barrera de signos, visajes y palabrotas: se palpó el apéndice de la oreja izquierda, rozó la ramita negra con las puntas de los dedos, se puso en pie y realizó tres pasos de baile sobre la pentalfa mientras canturreaba una letanía salpicada de oes y de enes.

—Astrágalo —concluyó por fin—. Dime qué sucede.

—El toro ha caído —informó el sirviente—. El pobre Elio no pudo soportar el peso y creo que la pata trasera izquierda le ha partido un pie.

—¿Es cierto lo que oigo? —el director se llevó las manos a la paja apulgarada que le cubría la sotabarba—. ¿A qué dioses he injuriado para merecer semejante incompetencia? ¿Hasta cuándo soportaré vuestros desmanes, cabestros de mala baba? Duque, si no te retiene nada más en mi despacho te agradecería que me permitieses regresar a mis asuntos.

Una última visita a la planta superior no ofreció mejores resultados; el ser anfibio sentado detrás del escritorio de roble dejó por un instante de perseguir con la vista el vuelo de las moscas a través de la habitación para comunicarles que la directora seguía ocupada, que se encontraba revisando unos volúmenes en el interior de la Biblioteca y que había dado instrucciones precisas de no ser molestada.

—Pero se trata de una cuestión de sumo interés —gimió Pólux Poncio con desesperación—. Es el mismísimo duque quien la reclama.

—La directora sigue ocupada —repitió el anfibio, feliz de poder entregarse a su deporte favorito—. Se encuentra revisando ciertas obras en el interior de la Biblioteca y ha dado órdenes estrictas de que no la molesten.

—¿Ni siquiera en nombre del emperador?

—La directora está ocupada —era un anfibio, pero parecía admirar a las aves: a los papagayos, en concreto—. Se encuentra en el interior de la Biblioteca, estudiando unos textos.

—Espera, déjame adivinar: ha dado instrucciones de que no la molesten.

Por primera vez en varias semanas, Demeas experimentaba una efervescencia a la altura del estómago que no estaba relacionada con el duelo, la fatiga ni las ganas de prender fuego al mundo. Demeas sentía ganas de reír. Una risa torpe, cierto, no exenta de amargura ni de la comprensión de que el universo es una pésima pantomima que no merece nuestra atención ni nuestro asombro, pero risa al fin y al cabo. Seguía riéndose, a retazos, sin partitura, cuando dejó el edificio del Museo en compañía del enano de la toga y la multitud reunida en torno a la verja volvía a elevar su coro de insultos y amenazas.

—Triste y aun lamentable —Pólux se rascaba la muñeca: el hueso estaba a punto de asomar por debajo de la piel rastrillada—. Si no me engaño, este Crátilo no ha oído en su vida ese proverbio según el cual el tiempo es oro.

—Te referirás al tiempo del rey Midas —opinó Demeas sin girar su ojo solitario para mirarle—. El del resto de los humanos está hecho de un material mucho más modesto, de arena, para ser exactos —se calló de pronto y pareció reflexionar, el ojo volcado sobre sus sandalias—. Y para ciertos condenados, el tiempo es mera ceniza —alzó la frente—. El sol se aproxima a mediodía. Si no tienes nada más que disponer, me aguardan ciertas gestiones en casa.

El oro se había apagado en las alas de las estatuas que custodiaban el palacio del prefecto. Sobre el mármol y los peristilos de la Vía Canópica se cernía una sombra quieta, una especie de velo de niebla que atenuaba los contornos de las molduras y convertía el aire en el agua embalsada en un estanque: tal vez esa misma agua que se pudría en la piscina de los cocodrilos del antiguo templo de Isis, donde ahora flotaban escribas degollados. Una masa negra avanzaba desde el este asfaltando la mitad del horizonte.

—Parece que se aproxima tormenta —comentó Pólux usando su mano como visera para estudiar el cielo—. Me han dicho que las tormentas no son comunes en Alejandría, pero que en primavera sorprenden al visitante desprevenido. En realidad sí tendría algo más que pedirte, Demeas, una última visita.

Los músculos de Demeas se cargaron de guijarros, el cuerpo le pesaba espantosamente, alguien había fijado un lastre a sus tobillos y planeaba arrojarle a un canal, de cuyo légamo no podría elevarse jamás. Un destino no tan indeseable,

después de todo: conseguiría librarse del maldito aprendiz de inquisidor que le había tomado por niñera.

—¿Adónde? —se limitó a interrogar con voz desmayada.

—Tenemos que enterarnos como sea de qué consultaba Epiménides antes de morir —Pólux reclamó al auriga con un gesto de los dedos, como si tarareara una música—. Estoy convencido de que en ese detalle se oculta el motivo y aun la causa de su asesinato. Por cierto, duque, ¿reparaste en las manchas en el despacho del ilustre Crátilo?

Demeas ascendió con esfuerzo a la plataforma del carro. Su cuerpo no sólo remolcaba carne y hueso, llevaba sobre los hombros aquella remota armadura de la que había creído desprenderse tanto tiempo atrás.

—¿Las manchas? —frunció las cejas—. ¿Aquellas salpicaduras rojizas bajo la jaula de las ratas?

—Justo —Pólux encerró las manos en los pliegues de la toga y por un momento pareció reír, o masticar una brizna de paja—. Era sangre, duque. Sangre, si no me engaño.

Estuvo a punto de caer a plomo sobre la calzada cuando el carro se puso en marcha. Habría sido el sueño predilecto de Demeas: soltar lastre y echar a rodar.

Capítulo 6

—Hermano Hesiquio, hemos de comprender que vivimos en un mundo de engaño. Si comprendemos que estamos en el engaño, el error ya no nos seduce. Es algo similar a lo que les sucede a quienes sueñan: si reparan, mientras sueñan, en que están contemplando un sueño y no la realidad, no se extraviarán detrás de su visión; del mismo modo aquel que ha sido capaz de advertir que este mundo se encuentra en el error, no se ve agitado por el amor a las cosas.

La voz fluía armoniosamente del otro lado de la cortina de cuentas de hueso, la única barrera que protegía la casa del callizo bullicioso, poblado de buhoneros y alcahuetas, que se extendía frente a ella. En esos barrios polvorientos del sur, la calzada dejaba paso a un albañal de piedras, fruta podrida, restos de lo que podían haber sido aparejos o vestimentas que los perros husmeaban arrugando el hocico y que Pólux tuvo que ir sorteando con pudor antes de alcanzar el umbral del edificio. En cuanto a esa palabra, edificio, tal vez resultaba demasiado distinguida y lustrosa para referirse a la construcción que ahora se elevaba delante del duque y su némesis: un revoltijo de cal y adobe con jorobas en las aristas, que recordaba lamentablemente a los desechos que se cubren de arena a las orillas de las canteras. Cuando alcanzaron la entrada, apartando de su camino a una vieja que pretendía leer la buenaventura en el ojo vacío de Demeas (buenaventura, pensó él, qué expresión irónica, sus reservas de eso se habían agotado hacía ya tiempo) y a un tullido que vendía asaduras, la voz del interior se quebró. Las frases melodiosas de un momento atrás habían sido sustituidas por una agresiva salva de toses.

—Solicito permiso para ingresar en tu casa, venerable Hilario —recitó asomándose a medias a la tibieza sombría del dintel.

El ojo huérfano del duque sufrió al cambiar bruscamente el resplandor del mediodía por aquel crepúsculo de un incierto olor a sebo donde tal vez se perfilaban sombras de cosas. Después de parpadear dos veces y sentir cómo la pupila se dilataba bajo su ceja izquierda, creyó reconocer una basta sala de estar en cuyo centro, sobre una estera, permanecía un brasero apagado. La pared, de un blanco marchito, carecía de adornos, si se exceptuaba la cruz de madera que junto al nicho practicado para almacenar los libros imitaba el trazo de un niño. A la izquierda, una puerta se abría hacia un patio y una probable cocina, al lado de una mesa cubierta de objetos oscuros que parecían recogidos de la basura. Demeas se giró instintivamente en aquella dirección para rastrear el origen de las toses que aún no habían cesado: poco a poco distinguió a Cármides, el secretario del venerable Hilario, con el rostro volcado sobre una cajita de marfil. La tos cesó en cuanto Pólux penetró en el recinto, como la risa de un chiste que no es decoroso celebrar en presencia de extraños.

—¿Es tu voz, óptimo Demeas, la que oigo? —entonó el anciano desde el extremo opuesto a la mesa, donde se adivinaban la silueta de un lecho y unas mantas hechas burujos.

—Yo soy, venerable. Traigo conmigo a mi ayudante Pólux Poncio, al que creo que también conoces.

El fantasma de ojos blancos, con el mismo sayal y los cabellos creciéndole como malas hierbas del cráneo y la mandíbula, se aproximó en compañía de su cayado. Estrechó la mano del duque buscando apoyo para no caer y luego repasó las facciones de Pólux Poncio con las yemas de los dedos, despacio, registrando cada pliegue y la situación de los eccemas: en su mundo a oscuras, se dijo el duque, el hombrecito de la toga no sería más que una máscara grasienta sobre la que se cimbrea un flequillo sin color.

—Sed bienvenidos, hijos míos, a esta humilde morada de un servidor de Cristo —sonrió—. Cármides, da asiento a nuestros invitados y ofréceles algo de comida. Me perdonaréis si no os recibo con vino, pero mi devoción sólo me permite beber agua enfriada en una tinaja. También tenéis a vuestra disposición, si es sed lo que traéis.

—No te importunaremos más de lo necesario, venerable —intervino Pólux dedicando una mirada fugaz a los bultos que ocupaban la mesa, donde ahora era posible identificar rollos de libros a medio abrir, papiros, tinta, plumas—. Observo que dedicabas tu tiempo al solaz de la lectura, si no me engaño.

—Mi fiel Cármides es el único antídoto con el que cuento contra el mal de la soledad —el anciano volvió a sentarse en el lecho, su sayo perdió la blancura—. Dios me impidió disfrutar de los escritos piadosos al arrancarme la vista, pero a cambio me concedió la compañía de este buen hijo mío, que alivia mi pobre vejez con su voz. No lamento el canje, porque qué es la vista sino la más inicua y triste de las fuentes del pecado: Antorcha de tu cuerpo son los ojos, dice el Señor. Si tu ojo fuera sencillo, todo tu cuerpo estará iluminado. Mas si tienes malicioso tu ojo, todo tu cuerpo estará oscurecido. Mi buen Cármides lee para mí escritos de los santos hasta que se le quiebra la voz. Más que en cualquier otra ascesis, nos aconseja el perfectísimo Juan el Solitario, esfuérate en la lectura, porque muchas veces en la oración la mente divaga, pero en la lectura hasta una mente que divaga se halla recogida. Eran precisamente las enseñanzas de Juan con las que me enriquecía en el momento en que habéis llegado. ¿Son de vuestro gusto las aceitunas y los higos que os han servido?

De alguna manera, el anciano sabía que Cármides había depositado sobre la mesa, entre un libro repleto de fórmulas devotas y una lámpara con el aceite consumido, un cuenco. Los higos, macerados en miel, convertían el paladar en una riada de saliva; las aceitunas eran gordas y amenazadoras como proyectiles de honda. Mirándolas, Demeas se acordó de las alcaparras aliñadas que le preparaba Níobe, su cocinera, y se preguntó de nuevo qué hacía allí, embarrado en aquel asunto que no le incumbía lo más mínimo. Pólux entornaba ahora la vista en dirección al padre Hilario, con gesto de intentar distinguirlo de lejos o de leer un signo escrito en su frente. El anciano

retorció la piel de su rostro y nuevas arrugas y surcos dividieron su barba: era la mueca que en él quería significar una sonrisa.

—Quizá os sorprenda mi percepción de las cosas, a pesar de la esterilidad de mis ojos —dijo—. Pero los sonidos y los olores y los cambios de aire pueden resultar transparentes como el más fino vidrio de Cos para quien sabe estudiarlos. El aceite y la miel son presencias más punzantes que el sebo, cuando uno se ha habituado a su olor. Y bien, duque, ¿supongo bien al creer que vienes a traerme noticias sobre el destino de mi buen Epiménides, a quien Cristo tenga en su gloria?

—En realidad, venerable —replicó Pólux—, más que a traerte noticias venimos a solicitarlas de ti.

—Y dime, hijo, ¿de qué modo puedo ayudaros?

—Padre, sabemos que Epiménides consultaba unas obras para ti en la Biblioteca en el momento de morir. Creemos que nos sería de ayuda conocer de qué obras se trataba exactamente con el fin de capturar a quien lo mató.

El sayo variaba de tonalidad cada vez que Hilario se removía sobre el asiento, en busca de la mejor posición o de la mejor respuesta: igual que los pensamientos de un enamorado, pasaba de la oscuridad al color de la mañana, del gris plomizo a un resplandor blanco que se entenebrecía poco a poco hasta desaparecer.

—Observo que tu ayudante es perseverante, duque —el cayado tembló en la mano del anciano—, una virtud muy encomiable que ya alaba el santísimo Doroteo, cuando dice: Aunque no hayamos alcanzado todavía la perfección, el solo hecho de desearlo es ya el comienzo de nuestra salvación. Porque del deseo pasamos con ayuda de Dios a la lucha, y en la lucha encontraremos el auxilio de Dios para adquirir las virtudes. Pero permitidme preguntaros: ¿qué sentido posee dar con el hombre que mató a mi querido hijo? ¿Qué puede la justicia de los hombres contra él? Más confío yo en el brazo ejecutor de Dios, en su dictamen inapelable. Los hombres se dejan arrastrar por la apariencia de verdad, mas no así el Todopoderoso. Sabiendo el temor que se debe al Señor, escribe el apóstol Pablo, procuramos justificarnos delante de los hombres, mas Dios conoce bien lo que somos.

—Aun así, venerable —insistió Pólux—, no molestará a Dios que tratemos de adelantarle un poco de trabajo.

—No oigo tu voz, óptimo Demeas —Hilario olfateó el aire de la habitación—, ¿por qué no hablas? ¿Te escudas en este joven cachorro con tanta ansiedad por conocer la maldad de los hombres? ¿Persigues tú también al asesino?

—Así es, venerable —Demeas asintió—. Sería de gran ayuda que nos concedieras lo que te pedimos.

Algo se quebró en los pulmones del anciano en el momento en que espiró, una hoja de papel muy fino que parecía rasgarse en dos, como si la arrancaran de un cuaderno. Sus ojos, o las larvas blancas que ocupaban el lugar de ambos bajo su frente, se alzaron para estudiar la altura del cayado.

—No soy amigo de difundir esas doctrinas sin la preparación precisa —confesó en un tono súbitamente severo—. La herejía encuentra abono en los corazones incautos y crece como la cizaña de la parábola, emponzoñando las almas y estorbando el camino de la salvación. Estudio las obras de los sacrílegos para poder refutarlos en mis sermones, no para entregarlos a los cuatro vientos y dejarles germinar en el terreno del buen pasto.

—Tu casa es pequeña, venerable Hilario, y aun estrecha —dijo Pólux—. Ninguno de los cuatro vientos entrará aquí. ¿Eran obras paganas? ¿Insultos de los enemigos de Cristo? ¿Las invectivas de Luciano el de Samosata, conocido por sus majaderías? ¿Los himnos de Juliano el Apóstata? ¿El libro de Proclo el egipcio?

Bajo la piel ajada del mentón un músculo se endureció en el semblante de Hilario.

—Peor, algo peor —sentenció—. Desoír la palabra de Dios es impío, pero mucho peor es atender a ella, recogerla y restregarla por las letrinas. No deis a los perros las cosas santas, dice el Señor, ni echéis vuestras perlas a los cerdos, no sea que las huellen con sus pies y se vuelvan contra vosotros y os despedacen.

—Los gnósticos —pronunció una voz de oboe desde el fondo opuesto de la estancia.

El criado del venerable Hilario, su lector y asistente, permanecía de pie junto a la puerta del patio, desde la que ahora la luz del sol avanzaba para abrir sobre las baldosas una deslumbrante trampilla cuadrada. Al volverse hacia él, Demeas regresó al mismo pensamiento que le había visitado otras muchas veces al contemplar a aquel hombre: que una enfermedad tenebrosa se alimentaba del interior de sus vísceras e iba royéndole al ritmo que marcaba su tos. Sobre la piel sin luz, dos ojos enterrados en unas cuencas demasiado hondas parecieron interrogar a Hilario, que inclinó la cabeza abrumado por un peso intolerable.

—Los partidarios de la mal llamada gnosis —aclaró el venerable—, los buscadores del conocimiento. Monstruos que retuercen y tergiversan la doctrina de Cristo para introducir en ella las más promiscuas abominaciones.

—¿Esas obras de que nos hablaste en el depósito del tribunal? —dijo Pólux.

—Y aun otras peores —aseguró Cármides—. Los seguidores de la gnosis se dicen auténticos discípulos de Cristo, custodios de su enseñanza secreta. Según su perversa interpretación de la Escritura, el Señor dio a la muchedumbre una doctrina vulgar, de valor sólo aparente, y reservó la verdadera palabra de Dios para unos pocos iniciados, que se transmiten dicho conocimiento bajo el velo del silencio. Sólo ese conocimiento, o gnosis, puede conducir a la salvación. Se amparan para disculpar sus blasfemias en unos versículos amputados del Evangelio de San Marcos.

—A vosotros se os ha concedido el saber el misterio del reino de Dios —citó Hilario—; pero a los que son extraños, todo se les anuncia en parábolas; de modo que viendo, vean y no reparen; y oyendo, oigan y no entiendan.

—Pretenden que este mundo es la creación de un dios estúpido y cruel —las tinieblas en torno a la mirada de Cármides se espesaban por momentos—, un dios

menor, bastardo y de escasas entendederas, que ellos identifican con el Yahvé del Antiguo Testamento. Este dios, dicen, sólo es un hijo remoto y degenerado del verdadero Dios, que permanece más allá, en lo alto, oculto en su majestad. Ese otro Dios, el verdadero, ha enviado a Cristo a la Tierra para prevenir a los hombres del embuste de que son víctimas. Con unas leyes que ellos califican de arbitrarias, Yahvé ha encadenado las almas a la materia y las hace resbalar por el fango. Para liberarse, los gnósticos deben desobedecer sistemáticamente los diez mandamientos y acercarse así poco a poco al Dios Desconocido, el único al que cabe servir.

—¿Y se entregan, pues, al pecado? —concluyó Pólux.

—A toda clase de tropelías y aberraciones —confirmó el venerable Hilario con tristeza—: Se afanan en cometer actos impuros so pretexto de que todo lo que Yahvé ha prohibido es lo que agrada al Verdadero Padre, según lo llaman. Así piensan todos los gnósticos, aunque luego cada una de sus sectas añade matices distintos y aun más diabólicos: porque el mal es como la maleza, le basta con unos brotes insignificantes para medrar e infestar todo el campo de la siembra. El hereje Menandro de Antioquía se presentaba entre sus fieles como el mismísimo Redentor, y en su soberbia aseguraba que gracias a su bautismo convertía a los hombres en ángeles; el loco Cerinto se atrevió a afirmar que Cristo era un mero ser humano, que el hálito divino descendió sobre él sólo en el momento en que fue ungido por Juan el Bautista, en forma de paloma, pero que luego lo abandonó mientras expiraba en el madero, de modo que murió no el Dios, sino sólo el hombre; algo semejante a la enseñanza disparatada de Basílides, el de los trescientos sesenta y cinco cielos, para quien Jesús, que podía cambiar de forma a voluntad, se transformó en Simón el Cirineo en el momento en que éste le ayudaba a sostener la cruz camino del Calvario y luego huyó, permitiendo que inmolaran en su lugar a la persona equivocada. Por no mencionar, y que el Altísimo purifique mi lengua, al lamentable Carpócrates y su cofradía de los cainitas, cuyo nombre procede, como podréis suponer, del mismísimo Caín, al que veneran como el más sabio y perfecto de los patriarcas. Junto a él adoran a Judas, el discípulo elegido, al que atribuyen un evangelio, el primero que les hizo comprender que el delito constituye el camino más recto hacia la salvación. Según ellos, el alma debe realizar todos los actos despreciables de que es capaz para limpiarse de ellos, para dejarlos atrás, y así ganarán la libertad de la carne. Por ello se lanzaron al pillaje, la sodomía, el asesinato y la traición.

—No fueron los únicos, si no me equivoco —el duque Demeas tuvo un vago recuerdo—. Mi antecesor en el cargo, el duque Arnobio, me habló de una secta conocida como los Pirómanos o algo similar, que sometieron al terror a la ciudad de Alejandría unas décadas atrás. Asaltaban a los viajeros en los caminos como vulgares forajidos, violaban a sus mujeres y se entregaban a orgías desenfundadas de vino y manjares, ¿no fue así? Su intención era acelerar el fin del mundo llevando a cabo todos los actos inicuos que restaban por perpetrarse.

—Sí, así es —cabeceó Hilario—. De las buenas obras no se preocupaban porque son pocas y pueden llevarse a cabo en una sola tarde: las malvadas exigen más dedicación y más tiempo. Hablas, en efecto, duque, de los Incendiarrios del hereje Margolis, que estuvo en activo durante mi juventud. Lo recuerdo: un hombre pequeño, vivaz, de una ambición desmedida, que pretendía suplantar al propio Jesucristo en las efigies de los templos. Fueron precisamente sus crueldades y las pestilencias que salían de su boca las que me convencieron para abrazar el ministerio de Cristo, con el fin de combatir a todos los que son como él, y así marché al desierto. Gracias a Dios, el vil Margolis fue capturado con sus acólitos y todos sufrieron el suplicio que merecían. Ya que tanto amaban el fuego, a él fueron entregados.

El duque, su ayudante y el secretario de piel de anchoa no eran los únicos que atendían a las denuncias del padre Hilario; un coro de moscas viajaba por la habitación, rajando la penumbra con un zumbido sordo. A veces discutían la blancura de la cal de las paredes salpicándola de manchas oscuras, otras se posaban sobre el tintero y los libros y se confundían con el polvo negro que sirve para cuajar la tinta. Cuando alguna descendía sobre el antebrazo desnudo de Demeas, él creía percibir una especie de llamada en su roce, un mensaje en clave que pretendía comunicarle algún secreto, pero que no era capaz de desentrañar. Quizá el ilustre Crátilo, el director del Museo, tenía razón y la realidad nos hace señas continuamente y trata de comunicarse con nosotros a través de un lenguaje cifrado en presagios y alertas: un código que, por desgracia, la mayoría de los hombres no estamos capacitados para comprender.

—Luego entonces, por resumir y aun por abreviar —Pólux introdujo una rotunda aceituna en su boca—, en el momento de su muerte Epiménides consultaba una obra gnóstica.

Algo volvió a agitarse en los ojos de Cármides, una pregunta callada que iba dirigida al anciano ciego y que aclaró por un breve instante las brumas enfermizas de su rostro. Como si hubiera detectado de algún modo el gesto, el anciano asintió y empuñó su cayado con más fuerza. En ese momento, Demeas creyó comprender algo: la fe es terrible, la fe no se detiene ante la vacilación ni el desánimo, la fe es una avalancha como el Danubio deshelado de su juventud, la fe nunca se equivoca, Dios nos libre de la fe.

—Epiménides consultaba el *Libro de los Anillos* —informó Cármides al fin con esa voz suya, demasiado blanda—, un manual de una secta gnóstica conocida como los ofióltras, o los ofitas, o los perates, los del Otro Lado, los Adoradores de la Serpiente. Son quizá uno de los grupos más señalados y nauseabundos de su rebaño, y aún se encuentran entre nosotros. San Epifanio describe sus ritos en su *Panarion*, y sus palabras mueven al vómito con sólo oírlas. Adoran a la serpiente, la misma que engañó a Adán y Eva en el paraíso, porque ven en ella no un emisario de Satanás, sino del Dios Extraño que se halla por encima de Yahvé. Por eso, dicen, pudo Moisés apaciguar al pueblo de Israel en el desierto.

—¿Con una serpiente? —Pólux acababa de sacar el hueso de la aceituna y lo sostenía entre los dedos, sin saber qué hacer con él.

—Léenos el Libro de los Números —dijo el venerable Hilario—. Capítulo veintiuno, versículos del cinco al nueve.

En el hueco excavado en la pared, entre polvo y revoque, había una montaña de rollos de la que Cármides extrajo uno después de comprobar los encabezamientos con un sucinto examen. El papiro estaba desgastado por el uso y casi se había convertido en una película transparente, en una fina membrana que dejaba entrever la luz que procedía del patio, donde las moscas celebraban su conciliábulo. El secretario prologó su lectura con un amago de tos, que por fortuna se detuvo a la altura de la primera frase.

—Mandó entonces Yahvé contra el pueblo serpientes venenosas que les mordían y murió mucha gente de Israel —recitó—. El pueblo fue entonces a Moisés y le dijo: Hemos pecado, murmurando contra Yahvé y contra ti; pide a Yahvé que aleje de nosotros las serpientes. Moisés intercedió por el pueblo, y Yahvé dijo a Moisés: Hazte una serpiente de bronce y ponla sobre un asta; y cuando los mordidos miren, sanarán. Hizo, pues, Moisés una serpiente de bronce, y la puso sobre un asta; y cuando alguien era mordido por una serpiente, miraba a la serpiente de bronce y se curaba.

—Y andan convencidos, así, de que Cristo también es una serpiente —Hilario volcó sus ojos rotos hacia el suelo, abrumado por lo que acababa de decir—. Se atreven a citar el Evangelio de San Juan en su defensa: A la manera que Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es preciso que sea levantado el Hijo del Hombre.

—Cuenta San Epifanio que los ofióltras veneran a una serpiente sagrada, que guardan en una cesta y que participa de ese modo en sus ceremoniales —prosiguió Cármides—. La han amaestrado para que salga de la cesta siempre que los cánticos de los fieles la inciten a ello, y para que se enrosque alrededor de unas hogazas de pan que los muy necios distribuyen encima de la mesa. Una vez que dicho trámite se ha realizado, consideran el pan santificado y corren, por turnos, a besar a la serpiente en la boca, luego de lo cual el animal regresa a la cesta y el pan se reparte en ágape bajo el nombre sacrílego de eucaristía.

—En efecto, es todo terrible y aun espantoso —los ojos grises de Pólux buscaron el de Demeas para hacerle llegar un destello de ironía.

—Niño, no rías de las blasfemias del diablo —replicó Hilario con un tono semejante al que usa la tijera para segar un retal: parecía disponer de un sentido oculto que percibía por alguna variación del ambiente el movimiento en el humor de los hombres—. Se le dijo a Moisés en la cumbre del Sinaí: No tomarás el nombre de Dios en vano. Y el perfectísimo Bernabé agrega: Cuando hables la palabra de Dios, cuida que no salga tergiversada de tus labios, como hacen algunos. En efecto, la liturgia de estos descarriados es tremenda, y tú sólo has oído el principio. Después de

rendir pleitesía al reptil, se atracan, hombres y mujeres, de vino y viandas hasta quedar saciados, sin respetar ningún límite, llenando sus venas hasta la saturación, según señala San Epifanio. Y seguidamente, oídllo bien, se dedican a fornicar los unos con los otros de manera indiscriminada, sin respetar a las esposas del prójimo, a la madre, la hermana o a quienes tengan delante. Pero el horror no cesa ahí, ni mucho menos. Antes de la consumación del acto, el hombre eyacula sobre sus manos y las de su compañera y ambos elevan la simiente al cielo, con las palabras, supuestamente dirigidas al Señor: Te traemos esta oblación, que es el Cuerpo de Cristo. Luego lo tragan, y prosiguen: Éste es el Cuerpo de Cristo, el Sacrificio Pascual en virtud del cual nuestros cuerpos sufren y son obligados a reconocer los sufrimientos de Cristo. Y si la mujer tiene la menstruación repiten el detestable ritual: la comen juntos pretendiendo que se trata de la sangre del Salvador. Hay una frase en el Apocalipsis de Juan que ellos leen como una invitación a esa barbaridad, donde Juan dice: Había un árbol de vida que daba doce frutos, cada fruto en su mes.

—Creo que ya basta por ahora, venerable —suplicó Pólux llevándose una mano al vientre, en cuyo interior las aceitunas habían comenzado a sentirse incómodas.

—Ya te resulta menos divertido, ¿no es cierto, niño? —las cicatrices se hicieron más ansiosas, más dramáticas en el semblante del anciano—. Pues escucha algo más: si por ventura el hombre no lograra eyacular fuera del útero durante la cópula y la mujer quedara encinta, estos animales aguardan a que el embrión progrese durante cuarenta días y luego lo extraen del cuerpo de la madre, convertido en una masa sanguinolenta. Lo echan en un almirez antes de mezclarlo con pimienta, miel y otros bálsamos, y por último toda la congregación lo consume, entre grandes preces y solemnidades, pues llaman a este canibalismo la Misa Perfecta. Dime tú, ¿es todo esto digno de risa?

—Te agradezco tus precisiones, venerable Hilario —dijo el hombrecito con el rostro del mismo color de su toga y del sayal del anciano—. Pero regresemos a la cuestión principal. En resumidas cuentas, Epiménides estaba trabajando en el *Libro de los Anillos* cuando lo mataron.

El rumor de las moscas se volvía insistente por momentos, como si esos animales ínfimos pretendieran intervenir de algún modo en la conversación. En las escasas ocasiones en que el duque resolvía prestar oídos a cuanto se decía a su alrededor o al menos fingir que oía, las moscas le arrastraban hacia otra parte con su música monótona. Estaban en el patio, había muchas, giraban y giraban sin cesar alrededor de algo que Demeas no conseguía atisbar, que prefería no atisbar. Envidió a las moscas, como uno o dos días atrás en el sótano del tribunal; deseó unas alas tornasoladas y un abdomen con estrías con los que poder huir por las ventanas, a través del patio, con los que poder zafarse de la estulticia de las palabras y los ademanes de los hombres.

—Epiménides cotejaba toda clase de libros heréticos para mí —confirmó el venerable Hilario—. Es necesario conocer convenientemente al malo para determinar

sus puntos flacos, para poder combatir contra él con mayor rigor. Me traía semanalmente extractos de las obras de Marción, de Simón Mago, de Valentín, de los naasenos y otros individuos repugnantes, para que yo pudiera determinar cuáles son los ingredientes con que está fabricado su veneno y lograra improvisar un antídoto. Si dichas obras eran importantes porque merecían una atención más detenida, Epiménides las mandaba copiar, para disponer de ellas por más tiempo.

—¿Quiere eso decir que la Biblioteca le permitía llevárselas a casa? —dijo Pólux.

—Habitualmente la Biblioteca sólo autoriza la consulta de sus fondos en la sala de estudio —explicó Cármides, cuyo cuerpo parecía ir destiñéndose progresivamente en el aire de la habitación—. Sin embargo, Epiménides contaba con una dispensa especial de la propia directora de la Biblioteca, la ilustre Hipatia, por deferencia hacia el venerable Hilario.

—¿Hipatia? —las cejas de Pólux se arrugaron—. ¿No es una filósofa pagana? Un tipo de amistad que no se me antoja muy conveniente para un hombre devoto como tú, padre Hilario.

El rostro del anciano experimentó una súbita transfiguración. Las agrias cicatrices se suavizaron en la frente y los pómulos, el cabello dejó de flamear sobre la coronilla para asentarse con docilidad, las blancas córneas reflejaron algo más que imágenes atroces de bacanales y sacrilegios. Incluso la voz era más suave y poseía una temperatura menos dañina cuando replicó:

—Habéis oído que fue dicho: Amarás a tu prójimo y tendrás odio a tu enemigo. Yo os digo más: Amad a vuestros enemigos: haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen y calumnian. Fui amigo personal del ilustre Teón, padre de Hipatia, y cuidé a esa niña hasta que tuvo edad de ejercer la filosofía en igualdad de condiciones con los mejores hombres. Por desgracia ella no quiso guardar la enseñanza de Jesús en su pecho, pero eso no merma el amor que enciende en mi corazón, ni el respeto que ambos nos profesamos. No juzguéis a los demás si no queréis ser juzgados: porque con la misma medida que midiereis, seréis medidos vosotros.

—Pero ella es pagana, padre. Adora a los dioses de Roma.

—El paganismo no es un enemigo peligroso —Hilario giró la frente hacia las sombras—. Los viejos dioses están a punto de jubilarse o han muerto entre sus templos cubiertos de escombros. Yo temo más a los niños: los niños que desobedecen a sus mayores, los niños que mienten y que no se doblegan ante la amenaza de la vara, los que no respetan el cuarto mandamiento.

—Y sin embargo —Demeas habló para sí mismo—, ¿no dice tu Cristo que sólo los niños serán admitidos en el Reino de los Cielos?

Como reclamado por el último comentario, un niño penetró en la casa. Tras la cortina de huesos trenzados apareció una criatura cubierta de harapos, que procuraba orientarse en la penumbra mientras se sostenía sobre una muleta a punto de deshacerse. Le acompañaba una mujer: un hato de ropa sucia bajo el que se entreveía

un rostro cuarteado de fatiga, un echarpe mal zurcido, de la misma tela del manto de los caballos, que se arrastraba al caminar y que se prosternó ante el catre del anciano al ingresar en la habitación. Del interior de aquel revoltijo de telas brotaron dos manos como tenedores que atraparon las del venerable Hilario.

—¡Ay, Hilario, santísimo varón! —sollozó la mujer con el acento inconfundible de las clases más bajas de la ciudad, las que infestaban como piojos los barrios del sur y del oeste—. Hilario, vengo a suplicar tu poder benigno para que sanes a mi hijo, al que aflige un mal que los curanderos no logran restañar. Hilario bendito, tu fama te precede a través de los cinco barrios de Alejandría y dicen que eres capaz de expulsar demonios, resolver fiebres y depurar la carne de las postillas que la atormentan. Ay, venerable Hilario, reconozco que no he sido devota de tu Cristo, pero prometo sacrificar un gallo en su honor si tienes a bien remediar la enfermedad de mi pobre Elpidio, que nació con una pierna trastornada y que presencia cómo, día a día, sus huesos se retuercen más y más igual que alambres mohosos. Hilario, impetro tu ayuda y la de tu Dios misericordioso. Hilario venerable, sana a mi hijo.

El niño miraba al vacío con expresión de apatía, sin extrañar la casa en que se hallaba, tal vez porque la enfermedad le había dotado de una sabiduría temprana y le había hecho comprender que nada hay extraño en el mundo, no hay humillación ni maravilla con la que logre sorprendernos. Bajo la túnica andrajosa, Demeas, que se había puesto en pie a la vez que su ayudante, creyó percibir un esqueleto no menos precario que ese palo que usaba como muleta: en vez de articulaciones, el pobre rapaz contaba con desechos de carpintería. En un silencio profundo, el venerable Hilario se elevó de su catre y palpó el rostro del recién llegado, la frente, el cabello, las mejillas donde se había concentrado una mojama que pretendía pasar por carne. Probablemente, pensó el duque, a través de aquellos movimientos el hombre santo rastreaba los coletazos y las sacudidas del alma que se agitaba debajo y aprendía así sus secretos, igual que había hecho con la de Pólux; los ojos ciegos de Hilario penetraban mucho más allá que otros que gozan de salud probada. El silencio hizo más estruendosos, más insolentes, los rumores de la casa: las moscas que vibraban en el patio, el sollozo de la mujer arrodillada, en cuyo interior parecía producirse una lluvia, el vendedor de asaduras que gritaba fuera, al otro lado de la calle.

—Es Dios, y no yo, quien cuenta con poder para devolverte la salud —proclamó el anciano inclinándose hacia el brasero apagado y manchando sus dedos en ceniza—. Cree, hijo mío, y sanarás. Señor, dijo el centurión a Jesús estando cerca de su casa, no merezco yo que Tú entres dentro de mi morada, por cuya razón tampoco me tengo por digno de salir en persona a buscarte; pero di tan sólo una palabra, y sanará mi criado. Así te lo pido yo, señor Jesús, intercede por esta de tus ovejas que sufre bajo el oprobio de la enfermedad y el duelo.

Pólux Poncio había vuelto la vista hacia la biblioteca de Hilario, caóticamente empotrada contra el nicho de la pared, y no pudo presenciar cómo el anciano dibujaba un aspa de ceniza en la frente del niño mientras de su boca se derramaban palabras o

trozos de palabras, un bordoneo no demasiado distinto a aquel que emitían las moscas al planear por la habitación. La mano de Hilario volvió a acariciar las mejillas del rapaz y luego descendió a su cuello: allí arrancó un colgante con un amuleto, un lagarto hecho estopa o una caracola untada de fango, que arrojó sumariamente al patio.

—Basta de esto —dijo el venerable con severidad—. Desde hoy, Jesús el Cristo reclama a este niño como suyo y le impone vivir de acuerdo con su enseñanza. Regocijaos conmigo, porque he hallado a la oveja mía que se me había perdido. Podéis ir en paz.

Del fondo de la mujer, en señal de agradecimiento, brotó un tarro de cerámica sellado con cera que probablemente contenía aceite de oliva, mirra o algún otro producto lo suficientemente valioso como para compensar un milagro. Al palpar el tarro, Hilario negó con la cabeza y se lo devolvió a la mujer, que se lo tendió de nuevo con la vista baja, tal vez temerosa de recibir de frente el esplendor de la santidad. Durante un rato se repitió el mismo juego; el recipiente viajó de una mano a otra y estuvo a punto de resbalar y de aumentar las basuras que llenaban la casa. Por último, asiéndose al cayado para no perder el equilibrio, el anciano lo depositó sobre el regazo de la desconocida, que murmuró una plegaria y emprendió el camino de la salida. El niño y su muleta la siguieron, sin que se supiera muy bien quién sostenía a quién.

—Es responsabilidad del padre Hilario atender las necesidades espirituales del pueblo —aclaró Cármides en voz baja, como si admitiera un defecto—. Los fieles insisten en ofrecerle regalos, pero él nunca los acepta. La mayor dádiva es el ingreso en el Reino del Señor.

Indiferente, Pólux recorría un volumen recién tomado del estante donde se mencionaba que en el paraíso los bienaventurados se dedican a la contemplación de Dios por toda la eternidad. Dios debía de ser una persona muy interesante para prescindir de otras atracciones y mantener satisfechos a sus huéspedes por los siglos de los siglos. A pesar de que la mujer y el niño ya habían desaparecido, el silencio persistía en la estancia, similar al vacío que deja tras de sí un gran estruendo: el roce de las mantas fue mudo cuando Hilario volvió a tomar asiento sobre el catre, su suspiro no dejó rastro en el aire. Demeas recordó el día en que ambos, el venerable y su escriba, se presentaron en el depósito del tribunal, y la densidad del espacio que parecía rodearlos, como si se movieran debajo del agua.

—¿Sabías tú que Epiménides coleccionaba libros? —bisbiseó entonces Pólux al oído de Cármides—. ¿Que era bibliófilo, si no me engaño?

—¿Lo dices por los libros que guardaba en casa? —dijo el venerable Hilario, espantando una mosca con la mano—. Pertenecieron a su padre, que a su vez los había heredado de un señor al que había servido. Son libros valiosos. Epiménides recurría a ellos para venderlos cuando necesitaba dinero. Es virtuoso vivir de la limosna pública, pero difícil. Sin embargo, Dios siempre halla el medio de sostener a

sus criaturas. Fijaos cómo crecen los lirios del campo: no trabajan ni hilan. Mirad a los pájaros: ni siembran, ni riegan, ni almacenan y, sin embargo, vuestro Padre celestial los alimenta.

—En efecto, la cultura enriquece —acotó el duque.

—El padre de Epiménides fue esclavo en Damasco y ganó la libertad sólo en su vejez —dijo Cármides—. Durante años tuvo como amo a un caballero que sufría una prodigiosa enfermedad: no podía cesar de leer. Al parecer, resultaba algo terrible; vivía enfrascado en los libros del alba al crepúsculo, y al dormir soñaba con libros que se abrían sobre los anaqueles de una biblioteca infinita. Por ese motivo, el caballero amasó una ingente colección. Los libros fueron apropiándose poco a poco de su casa, como de otras casas se apropian los hijos o las cucarachas; comenzaron por conquistar el estudio y luego viajaron a la salita, tomaron la cocina y el patio, terminaron por interponerse en el vestíbulo y las visitas dejaron de acudir porque la puerta de la calle apenas podía abrirse. Creo que aquel pobre enfermo llegó a leer todos los libros, o la mayoría: llegado a cierto punto, no sé cuántos millares, decía que el resto era lo mismo pero con discretas variaciones en los pormenores o el énfasis. Así que se le metió en la trastornada cabeza la idea de que el mundo en sí es también un libro, y de que los objetos que contiene, árboles, playas, insectos y piedras, son los caracteres en que dicho libro ha sido escrito. Durante sus últimos días antes del colapso, el caballero estudió las nubes, las manchas de leche en los establos, los lunares de sus esclavos incluyendo los del padre de Epiménides, el dibujo que produce la humedad al atacar las paredes, el trazado de las hormigas al abandonar su nido. Una noche, mientras pretendía leer las constelaciones, el cerebro se le congestionó y cayó en una zanja, muerto. El padre de Epiménides heredó la biblioteca. Pudo afirmar, más que nadie, que vivió gracias a la literatura.

Los ejemplares de la colección de Hilario pertenecían a la misma familia que los del difunto Epiménides: manuales de geografía del paraíso, libros de instrucciones para la salvación, normas de higiene con que se garantizaba un alma limpia y en perfectas condiciones. Mientras atendía al relato de Cármides con uno solo de sus oídos, Pólux iba revistando aquellos volúmenes tediosos, reiterativos, que parecían admitir con resignación que el único método para alcanzar la santidad consiste en el aburrimiento. Pero al abrir uno de ellos, uno que ocupaba un puesto apartado, en una esquina del nicho, chocó con un detalle inesperado. En la primera página, inocente, amable y casi hermoso, figuraba un rinoceronte de tinta azul.

—Dime, venerable Hilario —Pólux no logró contenerse—. ¿Sabes tú lo que es un rinoceronte?

El anciano pareció regresar del país al que le habían conducido el silencio y la exploración de su ceguera.

—¿Un rinoceronte? —musitó—. ¿No es un animal con un cuerno en la frente?

—¿Conoces tú rinocerontes azules?

—Yo sí los conozco —terció Cármides, y la luz indirecta del patio dio a su piel un tono de cobre—. Pero no es un animal, sino una casa.

—No te comprendo.

—Todos los amantes de los libros de Alejandría conocen El Rinoceronte Azul. Es la casa de copias más popular de la ciudad: vende, compra, reproduce, edita. Era allí precisamente donde el buen Epiménides, que Cristo tenga en su seno, encargaba sus versiones.

Entonces existían rinocerontes azules: no era un color exclusivo del firmamento y los príncipes.

Capítulo 7

Imposible ofrecer un motivo, no había excusa posible para que siguiera tolerando las injerencias de aquel enano impertinente de la toga y corriera detrás de sus talones por toda la ciudad en persecución de la solución a un acertijo que sólo era un ruido de fondo, el vuelo de un moscardón por detrás de sus preocupaciones y sus congojas, algo, en suma, completamente carente de valor. Había intentado amurallarse del mundo en las habitaciones interiores de su casa, en la repetición maniática de los mismos rituales; pero el enano se inmiscuía una vez y otra, trasponía ese espacio sagrado, hacía caso omiso de las balizas que le indicaban que debía retroceder y volvía a arrastrarlo a esa feria de banalidades, estridencias y humo que comenzaba al otro lado de su porche. Y así había sido también esa mañana de marzo en que Demeas, doblegado por la melancolía, había intentado fugarse por la puerta de atrás, la que daba a la pescadería y la que Laertes, Eco y el resto de los esclavos usaban para introducir las mercancías, entre los arroyuelos de basura y las cáscaras pisadas. Envuelto en un manto de áspera lana parda pretendía pasar desapercibido y dirigirse a casa de Antígona, pero la toga, siempre lustrosa y ridícula y bien planchada como para recibir la visita de un embajador, le aguardaba al final del callejón, en compañía de una sonrisa meliflua y un flequillo mal colocado. De la piedra que antaño había sido la paciencia del duque no quedaba más que arenisca: el maldito Pólux Poncio habría sido un excelente picapedrero en las canteras de Menfis.

—Tu esclava me indicó que habías salido, pero observo que estaba mal informada —sonrió el enano—. Pasaba por aquí con intención de comprar congrios y fíjate. Te buscaba, duque, una nueva misión nos aguarda. Qué afortunada y aun espléndida casualidad.

—Espléndida, sin duda —suspiró Demeas añorando las sirenas pintadas de la casa del amor—. ¿Qué quieres de mí ahora, aspirante?

—Podemos ir andando, nuestro destino no se halla lejos —Pólux elevó imprecisamente la mano derecha—. Hoy nos dedicaremos a la zoología. Vayamos en busca de un rinoceronte azul.

Remontaron en silencio la Vía de los Toldos, en dirección al palacio de la prefectura y el Puerto Real. Las nubes de unos días atrás habían pasado de largo y sobre los tejados de Alejandría volvía a lucir el mismo sol autoritario que convertía el mármol y los metales en espejos, en estallidos de luz a los que el ojo de Demeas no podía asomarse sin sufrir. Pasaron de largo frente a los tenderetes de los astrólogos, los vendedores de empanadas, las brujas que prometían descifrar el porvenir en las rayas de la mano y el poso de vino en las copas, como si el destino eligiera los lugares más miserables para ocultar sus secretos. Pero a pesar de la frescura con que soplaba desde el muelle, la brisa de la mañana no tenía poder para evacuar el malestar

de la conciencia del duque. Todo aquel asunto se le estaba yendo de las manos. Debería haber sido más tajante y enviarlo todo al diablo antes de que las circunstancias le cercaran; debería haber gritado al enano, al prefecto, a la ciudad y al universo entero que aquella muerte y la locura religiosa de sus convecinos no eran de su incumbencia y que sólo deseaba desaparecer. Nada le tocaba de veras: era impermeable a las herejías que atemorizaban al padre Hilario, a la herida quebrada sobre el pecho de Epiménides, a la carta de la ilustre Hipatia que había recibido aquella misma mañana y que le presentaba sus disculpas por no haber podido recibirles, a él y a su ayudante, dos días atrás. Era una mujer ocupada y las obligaciones de su cargo la distraían en exceso. En el futuro, sugería la carta, el duque haría bien en concertar una cita previa.

—He oído, óptimo Demeas —entonó el enano, para espantar el silencio que les mantenía en habitaciones separadas—, que luchaste en el Danubio. Debió de ser una experiencia terrible, si no me engaño.

—No menos terrible que someterse a tu compañía, aspirante —se franqueó Demeas—. Sobre todo cuando desayunas riñones en adobo y tu aliento lo proclama a los cuatro vientos.

—En realidad, son mollejas —Pólux rió y retuvo una flatulencia—. Muy buenas para estimular la atención, decía mi aya. Lamento que mi presencia te resulte gravosa y aun pesada, óptimo duque, porque al contrario a mí la tuya me es de lo más estimulante. Siempre deseé dedicarme a la detección criminal y disfruto verdaderamente ejerciendo como tu ayudante. En confianza, presumo que el Danubio debió de ser más severo.

Al cerebro de Demeas regresaron por un instante las lluvias, las raíces bajo los saúcos, las tormentas de flechas, las cabezas cortadas, la fiebre.

—Sí, lo fue —murmuró para sí—. Allí me labré con dolor lo que soy. Ningún padrastro ni ninguna niñera redactaron para mí una carta de recomendación.

La última frase pinchó en hueso. El joven Pólux no era tan invulnerable como parecía: su orgullo no estaba muy bien blindado.

—Sólo necesito una oportunidad para demostrar lo que valgo —se detuvo junto al puesto de un calderero con los ojos llenos de chispas—. Únicamente los necios dejan huir las oportunidades que se les ofrecen, aunque sean nimias. A veces creo que Dios te dotó de una mente demasiado nublada, duque: si insisto en que me acompañes es para que veas por ti mismo que esa carta no era un mero regalo.

Antes de desembocar en el Cesarión, a la derecha, la Vía de los Toldos se partía en un mosaico de callejones estrechos, protegidos del rigor del sol por lonas y techos de junco. Herido en algún órgano de su interior, el joven Pólux no volvió a insistir con ningún comentario el resto del trayecto, lo cual Demeas encontró de agradecer: ambos caminaban distanciados, observando el polvo que cubría sus sandalias. Cuando se dieron cuenta, habían rebasado el solar de El Rinoceronte Azul: tuvieron que dar la vuelta a la altura de una tienda de perfumes y desandar media calle. Pero

El Rinoceronte Azul no existía. En su lugar, sólo figuraba el rastro de un edificio sobre el que se elevaba un montículo de escombros y los costillares de varias vigas quemadas.

—¡Una catástrofe! —clamaba una voz compungida desde el interior de las ruinas—. No puedo hacer nada. ¡Una verdadera catástrofe!

El montículo estaba compuesto por vestigios de muebles, caliche ennegrecida, ceniza, cosas retorcidas que tal vez habían sido útiles de escritura y pinceles. En el fondo, después de escalar los desperdicios con cuidado de no ensuciarse los tobillos, Demeas y su ayudante encontraron dos sombras que discutían. La más delgada aguantaba las lágrimas a duras penas y se agachaba a recoger objetos del suelo, como si se le hubiera abierto un collar de perlas; el otro no aguantaba lágrimas, sino unas ganas imperiosas de estrangular a alguien, a su vecino, a su ángel de la guarda, a la humanidad en general.

—Pero ¿qué me cuentas, Meleagro? —la desesperación quebraba las palabras del último—. ¿Sabes de lo que te estoy hablando? ¡Un *Critias*, un ejemplar único que me traje de Pérgamo! ¡No hay otro igual en el imperio de Roma!

—Una catástrofe —gemía el hombre delgado, sobre cuyos hombros parecían haberse desplomado de golpe todos los templos y los palacios y los obeliscos de Alejandría—. El negocio ha ardido por completo, según puedes ver. No queda nada: las copias, los originales, el material, los seiscientos pies de papiro que almacenábamos y los setenta sextarios de grasa para fabricar tinta, todo comido por las llamas, por no hablar de los empleados y de mis ingresos. Una catástrofe, una hecatombe, dioses del averno.

El hombre grueso contemplaba las cenizas que le rodeaban los pies con una mirada de incredulidad, con la expresión de quien acaba de descubrir la verdad sobre algo, la verdad sobre todo: la misma capa de hollín que embreaba lo que habían sido las paredes recubría sus ojos ciegos. De repente, esa capa se aclaró y detrás de ella brotó algo más terrible: la furia.

—¿Qué me cuentas, majadero? —se arrojó sobre Meleagro y atrapó el cuello de su túnica entre los puños—. ¿Es que no entiendes lo que te digo? ¡El *Critias* de Platón, el último diálogo del maestro! ¡Una obra que se daba por inconclusa hasta que yo hallé un ejemplar completo en Pérgamo! ¡La obra en que el maestro revelaba la situación exacta de la Atlántida y su destino final! ¡No existe otro libro igual en la Tierra! ¡Yo te encargo cincuenta copias y tú lo haces arder como rastrojo!

—Una catástrofe —resumió el hombre delgado, sin más.

Entre el yeso calcinado y las pavesas a veces flotaban trozos de papel, esquinas sobre las que sobrevivía una frase. Al acuclillarse para recoger una de ellas, Demeas leyó: *mi amor es imperecedero como la danza de los astros*. El amor imperecedero también termina en los escombros.

—¿Todo? —Pólux apartaba las tejas rotas con una sandalia—. ¿Todo ha ardido? ¿No tenéis un libro de registro?

El hombre gordo liberó a Meleagro de sus puños y se marchó dando patadas a los desechos, condenado a no volver a saber del paradero de la Atlántida, como todos.

—Ardió, señor —el hombre delgado seguía recolectando trozos de cosas, en la esperanza tal vez de reconstruir algún libro: así, dicen, componen algunos autores sus obras, empalmando palabras al azar—. ¿También tú vienes por un pedido? Te prevengo ya de que no queda nada: lo que hay es lo que puedes ver. Una catástrofe. Éste es el fin de la casa de edición más próspera de Alejandría. Ya me dijo mi madre que acabaría quemado, pero nunca supuse que se referiría a esto.

En ese momento, un muchacho sudoroso trepó a través de la basura y recogió dos o tres pliegos hechos jirones que sobrevivían debajo de una mole de ladrillos achicharrados. Examinó brevemente los versos que contenían e hizo una pelota; repitió varias veces la misma operación con más despojos.

—Ahí tienes más, Telamón —dijo el hombre delgado señalando el cadáver de una estantería—. Sófocles y algo de Virgilio, creo. No vendrán mal para los buñuelos de tu amo —se giró hacia Pólux—. Son los únicos beneficios que puedo obtener de la catástrofe. El pastelero de enfrente me compra el papel superviviente para envolver sus dulces.

—¿Qué ha sucedido? —intervino Demeas.

—Una catástrofe —dijo Meleagro—. Eso quisiera saber yo, qué ha sucedido. Hasta hace tres días, ésta era la casa de copias más afamada de Alejandría. Sí, ya sé que el destino de todas las obras de los hombres es la ceniza, pero podrían haber esperado un poco. Homero, Safo, Anacreonte, Esquilo y todos los trabajadores, ceniza. Yo he sido el único superviviente porque estaba fuera, encargando más papiro. Ahora al menos tendré con qué limpiarme mejor las posaderas, veamos el lado positivo.

—¿Los trabajadores han muerto?

La palma derecha de Meleagro se extendió ante sus ojos y él pareció leer; quizá pensó que la vida es, como los restos que sostenía en la mano, un rompecabezas.

—No soy capaz de comprender qué ha sucedido —sollozó—. El incendio debió de originarse en el vestíbulo, porque las vigas de la fachada fueron lo primero en ceder impidiendo la salida. Todos, incluido el administrador, quedaron atrapados y ahora son leña consumida en el Cementerio del Oeste. Bueno, no todos. La suerte tiene caminos extraños, que me lo digan a mí. Ese idiota de Tersites se libró porque lo despedí la misma mañana. ¿Podéis creerlo? ¿Un copista que no sabe escribir las ypsilon de forma correcta y que constantemente las confunde con una tau? ¿Se puede ser más borrico? Se lo había dicho infinidad de veces hasta que no lo soporté más. Bueno, pues eso le ha salvado. Para que luego digan que las faltas de ortografía pueden arruinar nuestro futuro.

—Aquí no hay nada más que hacer, aspirante —decidió el duque—. Es hora de marcharse.

El hermetismo del hombrecito no varió durante el camino de regreso: seguía confinado en el interior de un silencio hosco del que Demeas se cuidó muy mucho de hacerle salir. Sin percatarse apenas de dónde colocaba los pies, fue siguiendo al duque a través del ovillo de callejuelas atestadas de basuras y puestos, preocupado en remover algún pensamiento debajo de su flequillo rubio. Decididamente, aquel pobre muchacho pensaba demasiado: se dejaba extraviar en esos laberintos del silogismo y la sospecha donde no había más que espejismos. En lugar de pensamientos, la mente de Demeas prefería las imágenes; escenas como la de un cuarto en tinieblas, entre un olor a aceite requemado y el sudor de cuerpos que forcejean, desde cuyas paredes efigies de sirenas invitaban al arrullo. Rememoraba los placeres de la casa de Antígona, donde gracias al cielo se encontraría muy pronto, a la vez que observaba de soslayo a Pólux, cuya espesa concentración le obligaba a rascarse la muñeca como de costumbre, hasta reducir su piel a un forro de cordobán. Al desembocar en la Vía de los Toldos, una carreta cargada de berenjenas y coliflores estuvo a punto de arrollarle; Demeas pudo salvarlo en el último segundo atrayéndole hacia la acera y despertándole momentáneamente de su ensimismamiento. Entonces el hombrecito consultó el cielo, como si estuviera comprobando el resultado de un augurio, y murmuró en un tono opaco:

—Aún no es mediodía. Contaremos con tiempo si nos apresuramos.

La toga casi se enredó sobre sus tobillos cuando emprendió la Vía Canópica en dirección oeste con gesto de oler una presa. Tal y como Demeas se temía, el pensamiento iba a volver a arruinarle: el enano había encontrado algo en el fondo de su cerebro que estaba a punto de echar su mañana a perder definitivamente.

—¿Apresurarnos? —jadeó—. ¿Adónde?

Pólux ni siquiera se molestó en volver el rostro hacia él para contestarle.

—Al tribunal, de momento. Elige a tres hombres fuertes y llévate al médico del depósito, necesitaremos de sus servicios. Si consigues palas o rastrillos, tampoco estarán de más.

—¿Para qué? —gimió Demeas—. ¿Vamos a plantar un huerto?

—No, no vamos de siembra, sino de recolección, si no me engaño.

Había dos ordenanzas en el patio del tribunal que se mostraron proclives al asesinato cuando el duque les ordenó dejar de jugar a los dados y acompañarles. El tercer elegido fue un esclavo que haraganeaba en un pasillo, ponderando cuál es el modo menos gravoso de sostener una escoba y de hacerla arrastrar por las baldosas sin importunar los rastros de suciedad acumulada. El médico pareció dichoso de poder abandonar el depósito por un rato y de compartir su aburrimiento con seres verticales a los que no cubrían mantas y que incluso poseían la capacidad de replicar a sus monólogos. Todos siguieron el ritmo endiablado de la toga y el flequillo a lo largo de la Vía Canópica, sorteando los atascos del tráfico rodado, dejando atrás profetas pintados de tiza que proclamaban la consunción de los tiempos y mujeres que transportaban capazos. Ninguno de ellos sabía a ciencia cierta para qué se les

reclamaba hasta que se dieron de bruces con la muralla y la Puerta de la Luna: entonces comprendieron que su destino era el más allá.

—Busquemos al sepulturero —acezó Pólux con el resuello al borde de sus fuerzas.

Detrás de la muralla nacía otra Alejandría, una caricatura y un sucedáneo y una versión en negativo de la capital populosa donde se enredaban diariamente los destinos de un centenar de millares de personas. Sobre las colinas verdecidas, regadas con el agua de los canales, se extendía entre el lago y la costa una muchedumbre de estelas, epitafios, mausoleos y estatuas con aspecto de haber sido abandonados al azar, como las ruinas de una civilización demolida. Observando aquel albañal de granito y mármol uno sospechaba que la auténtica ciudad se encontraba de este lado, que las calles y las tiendas y los edificios de más allá de la muralla eran sólo la preparación o el vestíbulo de esta residencia definitiva y total. En busca del sepulturero, ascendieron un sendero frente al que lloraban ancianas de color negro y se pudrían coronas de flores. Según les indicó un cuidador, el hombre al que buscaban era un individuo sin relieve, ausente, cuyo semblante rehuía una definición precisa, como visto de reojo. Cuando el duque y sus hombres se detuvieron frente a él, se entretenía en recoger pedazos de tierra de una tumba con un pañuelo de lino. En la lápida se leía: *Dios te arrebató en edad tierna; serás adulto en el paraíso.*

—¿Un entierro reciente? —repitió con lentitud las palabras que Pólux acababa de formular—. Cuatro o cinco cuerpos. Es difícil. Pueden ser varios.

Hablaba dificultosamente, masticando algo que no se podía distinguir. En realidad, lo que sucedía es que el sepulturero no hacía uso a menudo del don de la palabra y le costaba habituarse: sus convecinos preferían no tener cerca a un embajador de la muerte y el pobre hombre vivía apartado en un alpende, al borde del cementerio, sin más compañía que un perro que aullaba a los grajos y las ratas, a las que no importuna el sabor de la carne corrompida. Demeas comprendió lo que significaba el pañuelo de lino: el sepulturero se ganaba un sobresueldo vendiendo a las brujas la tierra de las tumbas; los niños muertos, en especial, curan enfermedades con una facilidad que ya quisieran para sí muchos médicos de carrera.

—Es importante —insistió Pólux—. Te ruego que trates de hacer memoria.

—Es difícil —el hombre sin relieve parecía disfrutar con cada sílaba igual que si fuera descubriendo sabores nuevos—. Venid por aquí.

La muerte redime a todos los hombres; no existía estela que no correspondiera a un marido amantísimo, a un amigo excepcional, a un maestro en la cima de la sabiduría: para honrar a los muertos lo conveniente no es recordar lo que fueron, sino olvidarlo. Anduvieron a lo largo de una avenida flanqueada de hibiscos, hasta una zona en que el suelo pasaba del esmeralda al amarillo y el mármol era reemplazado por toscos monumentos de madera, cruces e iconos. Los hombres se aplicaron a cavar en una parcela que el sepulturero señaló con el mismo ademán con que se quita importancia a una acusación o un insulto: el sol estaba alto y relucía sobre las azadas

y las espaldas cubiertas de sudor. A veces, propulsadas por la brisa marina, las golondrinas planeaban sobre los arbustos. A medida que la fosa se ahondaba y las palas se aproximaban al centro de la Tierra, el duque iba sintiendo el acoso de un agrio malestar: la memoria comenzaba a cercarle de nuevo y sentía sus patas de araña desplazándose en algún lugar de su interior. Por fin, entre resoplidos, los tres hombres hicieron emerger un cajón de pino mal cerrado por uno de los bordes, del que sobresalían las puntas de los clavos. Cuando el médico, después de usar el mango de una azada para hacer saltar la tapa, se asomó al interior, tuvo que retroceder con la cara refugiada en un pliego del himatión. Lo mismo les sucedió a los tres operarios y a Pólux Poncio: del ataúd brotaba un hedor espantoso, un efluvio que casi convertía en gelatina el aire de alrededor. Protegiéndose a medias los ojos con la tela de la toga para que no le lloraran, Pólux comprendió que había un error. La caja contenía una masa verde y purulenta que se escurría sobre las tablas y sobre las que, si uno dominaba las ganas de vomitar, podía reconocerse el resto de unas facciones de mujer.

—¡Éste no es el cadáver que buscamos! —aulló el hombrecito, volviéndose hacia el sepulturero con ira—. ¡Te hablamos de cuatro hombres que murieron en un incendio!

—Mi señor, no conozco a todos los inquilinos que llegan ni los motivos que traen a cada uno a esta residencia —el otro se encogió de hombros—. Ha habido una epidemia de gripe que trae a la ciudad de cabeza y he tenido que enterrar docenas en un mismo día. ¿Cómo puedo saber si tú los quieres crudos, hechos o en su punto?

—¿Sabes quién soy? —prorrumpió Demeas, para quien aquella pantomima con los cadáveres rebasaba las impertinencias habituales de Pólux y quería dar todo por zanjado cuanto antes—. Dudo que quieras pasar la noche en un lugar no menos lóbrego que éste, pero al que además no llega la brisa del mar. Mi ayudante representa a la autoridad imperial y te ha hecho una requisitoria. Así que agita tus recuerdos con mayor celeridad de lo que lo haces con las palabras y llévanos hasta los cuerpos que te pedimos.

En la mirada que el hombrecito de la toga dedicó al duque podía quizá leerse una declaración de agradecimiento o de solidaridad. Los tres hombres mascullaban blasfemias al ponerse de nuevo en camino hacia la zona sur de la necrópolis, mientras a sus pies los goterones de sudor iban trazando una estela sobre la arena. El calor apretaba; un velo pálido se extendía sobre los pedestales, imitando a la niebla que en las mañanas de otoño emborronaba el puerto de Eunostos, y el ojo de Demeas comenzaba a sentir un escozor. Aunque no era el único de sus órganos que sufría; conforme se internaban en nuevas parcelas con las tumbas más espaciadas sobre las que higueras y cipreses parecían guardar duelo, la sangre de su corazón dejaba paso latido a latido a un suero más amargo y penoso: él conocía aquel confín del cementerio, él había procesionado a través de aquellos montículos con la cabeza rapada y los vagidos de las plañideras a sus espaldas. Detrás del muro encalado que

marcaba el final del recinto, florecían plantaciones de nabos y calabazas; los agricultores apreciaban el suelo que orillaba el cementerio, porque el abono hacía crecer a las hortalizas más frondosas y valientes.

—Mirad aquí —el sepulturero se detuvo sobre otro amasijo de tierra recientemente removida.

Demeas trataba sin éxito de concentrarse en las paletadas, en el sonido que producía el contenido de la fosa al elevarse y caer, y todo para no volver la vista, para no asomarse al horizonte y atisbar, a través de la línea curva que dibujaba suavemente el otero más próximo, hacia una estela que conocía demasiado bien y que se hallaba al otro lado. En esta ocasión la caja era de madera virgen, sin desbatar, como montada a toda prisa; el olor, sin embargo, era el mismo o aún peor: acrecentado por el calor, abofeteó a todos los presentes obligándoles a esconder las narices en los rebozos o apartar la cara. Las moscas acudieron en escuadras, convocadas por una especie de reunión urgente; Pólux, usando la mitad de la toga como pantalla, hubo de espantarlas para asomarse al cadáver. Era una cosa sarmentosa y negra, un montón de leña a medio arder, una mancha de petróleo.

—Dime, médico —balbució el hombrecito—. Según tu opinión de experto, ¿murió este hombre a causa del fuego?

—Según mi opinión de experto, de gripe no murió —repuso el médico sin atreverse a exponerse al hedor.

—Examínalo —remachó Demeas.

Los operarios, que abrían ahora otra de las fosas, ya no se quejaban de tener que cavar: había cosas peores. El médico se había protegido la boca con un pañuelo y, en cuclillas sobre el ataúd, estudiaba la piel del difunto en los escasos rincones en que no la ocultaban el carbón, la tela quemada, las moscas. Tomó una pajita de un arbusto para usarla como herramienta y removió la carne en cierto punto, alrededor de lo que debía de haber sido el vientre; la mancha de petróleo mostró un color blancuzco y rosado.

—Es cierto, no murió a causa del incendio —confirmó el médico con voz ahogada—. Tiene una herida. Por Cristo, yo diría que se trata de una herida muy similar a la del escriba Epiménides. Observa tú mismo, duque.

—Te creo, médico —se desentendió Demeas.

Pero Pólux sí miraba: contemplaba triunfalmente aquel despojo de carne socarrada como quien evalúa un manjar exquisito antes de servírselo en el plato y saborea por anticipado su ternura y sus condimentos. El olor nauseabundo sobre el que flotaban las moscas le resultaba más succulento que la invención de ningún cocinero.

—Yo estaba en lo cierto y aun en lo correcto —dijo como para sí—. Los mataron antes de prender fuego a la tienda.

El resto de los cadáveres exhumados corroboró las palabras del hombrecito: todos, bajo la corteza de ceniza y mugre, mostraban rastros de una salvaje herida que

les dividía el abdomen en zigzag, como si no estuviera segura de su rumbo. Probablemente todo aquello quería decir algo, sobre todo teniendo en cuenta que Demeas conocía ese tipo de heridas y el instrumento capacitado para rasgar la piel de aquel modo, en imitación de los dientes de una fiera rabiosa, lástima que no le incumbiera lo más mínimo. El sol ya había rebasado el cenit, los hombres estaban cansados, a su alrededor olía de una manera que podía hacer desplomarse a las golondrinas y él sólo deseaba marcharse: sólo no mirar al otro lado de la colina, sólo dejar pasar de largo la estela que se levantaba en el declive, la tierra negra que la cubría, los huesos depositados en esa tierra. Intentaba ahuyentar sus angustias a la vez que las moscas que le acosaban el rostro cuando llegó un hombre corriendo hasta el grupo. Al tenerle cerca el duque entendió que conocía a aquel hombre: era Grilo, su secretario.

—Óptimo duque —resopló Grilo deteniéndose a llenar los pulmones—. Se te necesita. Vengo corriendo. Desde el tribunal. Es urgente.

—¿Qué sucede?

—Es la Biblioteca, mi señor —se limpió la cara empapada de sudor—. El eminente Cirilo y la ilustre Hipatia. Hay una cohorte de soldados, pero no es suficiente.

A pesar de abandonar el cementerio, Demeas sabía que no dejaba la muerte atrás.

Capítulo 8

Se acordó de las moscas, de su vuelo en círculos, de cómo giraban y volvían a girar alrededor de los mismos desechos, de los cuerpos aniquilados en los ataúdes, de la oscuridad en la casa del padre Hilario, y también él se sintió una mosca, era un insecto que rondaba una vez y otra aquella misma plaza, el edificio contrahecho sobre cuya entrada se apiñaba la multitud, las musas cobijadas llenas de terror bajo el frontón y las columnas, el sol que rebotaba en los yelmos de la guardia y el aire turbio que parecía espesarse más y más con los ecos de bravatas y juramentos. Debían de haber acudido a riadas de los cinco barrios de Alejandría, desatendiendo sus obligaciones, contentos de sustituir el tedio de una jornada doméstica por una nueva bacanal de aullidos y piedras, también como moscas al olor de la podredumbre. Los había de todas las edades, de todas las clases, de todos los rostros: estibadores del puerto calentados por el mal vino de las tabernas, alcahuetas sin clientes a los que atender, comerciantes que habían echado el toldo sobre sus tenderetes, incluso miembros de la guarnición que no encontraban nada mejor en que invertir el día de permiso que desgañitarse y rabiar. En medio de la masa, bajo el polvo, el duque Demeas creyó distinguir un manto decorado con una cinta púrpura, un cayado: la poca paciencia que le restaba en el ánimo iba a ser pisoteada de nuevo, ya ni siquiera era gravilla, era arena fina de la que alimenta los relojes.

—Ah, aquí llegas, duque —suspiró uno de los hombres refugiados en una esquina de la plaza, sin atreverse a atravesar el espacio que les separaba de la tapia de la Biblioteca—. Gracias a los dioses que te tenemos, hemos llegado a temer por nuestras cabezas.

Eran una media docena de animalillos asustados, envueltos en sus tribones, la vestimenta habitual de los filósofos y los estudiosos de la Biblioteca. Aquellos hombres presumían de dominar los arcanos de la mecánica celeste y la naturaleza oculta de las cosas; sí, podían conocer el misterio del origen de la vida, pero ignoraban el de su conservación.

—¿Qué está ocurriendo?

—La ilustre Hipatia pronuncia una conferencia en el Aula de Clío —explicó otro distinto al primero, con los ojos enrojecidos—. Los cristianos han debido de enterarse y han acudido en tropel, capitaneados por el patriarca Cirilo. El acto debería haber comenzado a mediodía, pero llevan casi una hora vociferando amenazas y arrojando piedras a la fachada y no nos atrevemos a acercarnos. Por Apolo, ¿qué les ha hecho la verdad para que la aborrezcan con tal saña?

—Lo que hace la verdad siempre —respondió Demeas—: Arruinar la fiesta. Quedaos aquí y no os mováis.

La multitud estaba organizada en forma de ciudad amurallada: para alcanzar el centro había que dejar atrás una primera barrera, avanzar por un claro y franquear otra pared, aproximarse poco a poco, apartando hombros y espaldas sin recurrir todavía a las espadas hasta el círculo interior que ocupaban el obispo y sus acólitos, cuatro presbíteros con ojos de buey y sayales blancos que miraban hacia los cuatro puntos cardinales, como si esperasen la llegada de un pájaro. Antes de internarse entre las murallas, Demeas había dado órdenes a sus hombres de mantener la calma y no responder a las provocaciones, aunque se trataba de una tarea complicada: un salvazo se estrelló contra la coraza de uno de los soldados y otro se vio obligado a un violento empujón cuando una pareja de aguadores se negaron a abrir paso. Las manos de los hombres de la cohorte se aproximaban peligrosamente al pomo de las espadas y el duque debía vigilar en todo momento que el acero no tomase el lugar de las palabras: ese modo drástico de zanjar un diálogo debía ser reducido a último recurso. El patriarca Cirilo no llevaba espada, ni falta que le hacía; ya había demostrado en más de una ocasión que su lengua podía cortar cabezas con mucha mayor facilidad.

—¡Óptimo duque, celebramos tu llegada! —bramó el prelado elevando su vara en una esperpéntica ceremonia de bienvenida—. ¡Vienes por fin a protegernos de las asechanzas de esta nación de malvados que pretenden enfangar el mensaje de Cristo! Ignoran que la Iglesia de los fieles está asentada sobre sólidos cimientos y que su ministerio ha de durar hasta el fin de los días. Pues dijo el Señor al apóstol: Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.

Cada frase del patriarca era arropada por una ovación y una marea de manos alzadas. No era difícil comprender por qué aquel hombre arrastraba de tal manera a la muchedumbre: la delgadez extrema que hacía pensar en pértigas y cordones, la barba echada amenazadoramente sobre el pecho como un jubón, la estatura y los surcos rojizos que ocupaban el lugar de su mirada desprendían en torno a él una especie de radiación sobrenatural, parecida a la luz de un hierro candente. Y, como a un hierro candente, Demeas no se atrevía a tocarlo, a aproximarse a él, a exponerse a la lumbre de sus palabras.

—Eminente Cirilo, te tengo por un hombre sabio —entonó el duque—. No quiero creer que busques soliviantar al pueblo y provocar disturbios en la ciudad que socavarían la augusta voluntad del emperador.

El cayado con la cruz malamente tallada se elevó hacia las alturas, en busca del sol.

—¡No te equivoques, óptimo duque! ¡Aquí nadie discute las augustas decisiones del emperador, digno súbdito de Dios y sus misterios, salvo los impíos que se ocultan en ese edificio! Pues ahí se reúnen y traman cómo pisotear la doctrina verdadera y convertir el trigo en cizaña, que no da fruto sino amargor y muerte. Pero, pregunta San Lucas, ¿dejará Dios de hacer justicia a sus escogidos que claman a Él día y noche, y que han de sufrir que se les oprima? Os aseguro que no tardará en vengarles.

—Por cuanto observo —insistió Demeas—, los filósofos de la Biblioteca no importunan a nadie. No los oigo gritar, ni veo sus piedras.

—¡No yerres, duque! —los ojos de Cirilo ardían—. ¡Que no te suceda lo que a Pablo antes de su rapto, que tu vista se encuentre cegada por escamas! Ellos cuentan con algo mucho peor que voces y piedras. ¿Sabes por qué estoy aquí? ¿Sabes qué misión me trae a esta plaza a proteger a este rebaño? ¿Conoces el plan inicuo de esta banda de malhechores?

—Su plan inicuo es discutir de la composición del cielo y de la tierra, creo. La patente de esas cuestiones no te pertenece.

La réplica del duque provocó una marejada en la multitud, de alguna parte se elevó un adjetivo poco obsequioso, la mano del soldado que Demeas tenía a su derecha se deslizó hacia la vaina, pero no llegó a tocarla. Hubo un insoportable segundo de tensión, el paréntesis que separa el relámpago del trueno que retumba a continuación.

—Cuidado, óptimo duque —le advirtió el obispo modulando la voz—. Tus afirmaciones orillan tenebrosamente la perversidad. Está escrito en el libro del Santo Job: ¿Acaso puedes tú comprender los caminos de Dios, o llegar al fondo de su omnipotencia? Es más alta que los cielos, ¿qué harás pues? Es más profunda que el abismo: ¿cómo has de poder conocerla? La miserable Hipatia, directora de este antro, ha reunido a su banda con la intención de aleccionarla sobre las doctrinas de uno de los más repulsivos herejes, al que sin duda identificarás. ¿Reconoces al aberrante Onesandro, recuerdas sus continuos despropósitos y sus insultos sin freno contra la palabra de Dios recogida en el Libro? ¿Recuerdas cómo hablaba de los santísimos huesos de Adán, comparándolos con los despojos de un animal antiguo y cómo al cabo se atrevió a robar esas venerables reliquias de la iglesia en que se custodiaban? ¿Te parece, oh, duque, que ese perro del infierno merece que se le admire y que sus ideas sean tenidas en devoción como si se tratara de los mismísimos anuncios del Evangelio?

El nombre de Onesandro, el ladrón de los huesos de Adán, produjo una explosión ensordecedora entre los cuerpos arremolinados en la plaza; la tapia de la Biblioteca fue atacada a puntapiés, la cancela tembló ante el choque de los puños y las rodillas; un monstruo enorme rugió palabras que apenas podían distinguirse, pero en las que viajaba una cantidad homicida de espanto y furia; el frontón y las musas se descascararon aún más bajo la lluvia de piedras que arreciaba. Demeas procuraba con todos sus redaños mantener las armas en sus fundas, encerrar aquella locura dentro de unos márgenes inofensivos; con desaliento, comprendió que estaba destinado a fracasar.

—Sólo se trata de una conferencia —dijo, como si aquella aclaración sirviera de algo.

El patriarca rió, o emitió un gruñido.

—Una conferencia dedicada a Onesandro —dijo—. Una conferencia dedicada al diablo. Duque, estamos en Cuaresma, el tiempo de ceniza, dedicado al recogimiento y la reflexión sobre el sumo sacrificio del Hijo del Hombre. ¿Debe esta estación de penitencia ser mancillada con la exaltación de la herejía y el paganismo? ¿Toleraremos que nuestros enemigos y nuestros asesinos se burlen en nuestras narices de lo que tenemos por sagrado? El hombre que maldijere a su Dios, pagará la pena de su pecado: Muera irremisiblemente el que blasfemare el nombre del Señor; acabará con él a pedradas todo el pueblo.

—¡Allí! —una garganta se elevó sobre las otras, las cabezas giraron hacia el extremo de la plaza por el que había accedido Demeas—. ¡Es uno de los herejes!

—¡A él!

—¡Muerte y sangre a los enemigos de Cristo! ¡Muera el que blasfemare el nombre del Señor! ¡Acabe con él a pedradas todo el pueblo!

La filosofía, según demuestra la Historia bastante a menudo, no vacuna a nadie contra la estupidez. Dicen los biógrafos que Heráclito se dejó morir en una piscina de estiércol y que el gran Tales se partió la crisma en un socavón por ir mirando las estrellas. Tampoco los filósofos que habían acudido a la conferencia de Hipatia, y a los que Demeas había advertido que debían permanecer resguardados bajo la arcada sin dejarse ver bajo ningún concepto, se señalaban siempre por su clarividencia: uno de aquellos idiotas había tenido la feliz idea de salir a correr hacia el extremo opuesto de la plaza, tal vez con la intención peregrina de evitar el linchamiento, y lo único que había conseguido era despertar a la fiera dormida. Ahora sí que era del todo inevitable, temió Demeas. Las piedras, la fruta podrida, las raspas de pescado y las pelotas de papel dejaron de apuntar a las musas para tratar de acribillar al pobre lebrato aterrado que huía entre los pórticos; algunos comenzaron a lanzarse en su persecución, los gritos se redoblaron. Con un siseo que apenas fue perceptible en medio del estruendo, el duque desnudó la espada y todos los miembros de la guardia hicieron lo mismo.

—¿Qué es toda esta algarada? Por Dios bendito, ¿qué sucede?

Al principio, la dulzura de la voz y su modo musical de expresar sorpresa habían pasado inadvertidos entre el terremoto de imprecaciones, carreras, chinos que impactaban contra las paredes. Pero de pronto, como si alguien hubiera zanjado en seco la improvisación de una orquesta, la plaza quedó en silencio: un silencio voluminoso, de varias toneladas, parecido a los edificios que les rodeaban por los cuatro costados. Como todos los milagros, éste había tenido un origen modesto: provenía del hombrecito vestido de blanco que acababa de internarse en la bulla y cuyos ojos ciegos escrutaban el aire sin comprender.

—¡Venerable Hilario! —pronunció el patriarca Cirilo con una incomodidad mal encubierta—. Es un placer tenerte entre nosotros.

La irrupción había salvado al filósofo tonto de la ira del pueblo de Dios: escapó en dirección a la prefectura dando traspiés, con una sucinta brecha en la frente. En el

aire, o en el fluido contaminado de vapor y arena que lo sustituía, flotaba el mismo embarazo del niño que es sorprendido por su padre perpetrando una travesura y que comprende que la reprimenda y el tirón de orejas son inevitables. Primero la gente se apartó y buscó parapetos entre las espaldas ajenas o las esquinas de los edificios más próximos, tal vez en el temor de que el anciano pudiera detectar la suciedad de las almas por un resquicio de su ceguera; luego algunos, rendidos, comenzaron a acercarse y se arrodillaron a sus pies. A un lado, Cármides, el lector y secretario, se esforzaba por no aspirar el polvo circundante: sus pulmones protestaron con un leve crujido en el que se anunciaba un nuevo arranque de tos.

—Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas, dijo el Señor —la mansedumbre de la voz de Hilario sabía convertirse en nervio cuando la situación lo exigía—. Vengo del lazareto de Santa Apolonia de consolar a los enfermos y de inculcarles la santa paciencia que ha de servirles para tolerar su desdicha y qué es lo que me encuentro. No es ésta la conducta que se espera de los hijos de Dios. Malas son las palabras que oigo; terribles resultan a mis sentidos los insultos y procacidades que cunden a lo largo de esta plaza. Escrito está que respondió Jesús a sus discípulos: Lo que sale de la boca, del corazón sale; y eso es lo que mancha al hombre.

—Y en el mismo Evangelio de San Mateo proclama el Salvador —Cirilo luchaba por controlar algún sentimiento que se desataba en su interior—: Dejad a éstos: son unos ciegos que guían a otros ciegos: y si un ciego se mete a guiar a otro ciego, entrambos caen en la hoya. Ciegos como estatuas de yeso son quienes pueblan ese nauseabundo edificio de la Biblioteca y el Museo, y pretenden ilustrar a otros ciegos sobre las cosas del mundo y lo que el cielo cobija. ¿Permitiremos que descarrien a las almas débiles con su cháchara? ¿No debemos oponernos al millar de añagazas que trama el demonio?

—No hay peor ceguera que la de la ira, hijo mío. Una piedra que cae en el agua la agita, escribe Evagrio el del Ponto, como un discurso malvado el corazón del hombre. Aleja de tu alma los pensamientos de la ira y no la alientes en el recinto de tu corazón, no lo turbes en el momento de la oración: efectivamente, como el humo de la paja ofusca la vista así la mente se ve turbada por el rencor.

—Y, sin embargo, el mismísimo Dios Padre concibió justa ira contra las ciudades contumaces de Sodoma y Gomorra y las aniquiló entre fuego y azufre. Y el Salvador, airado contra los mercaderes que profanaban el templo, tomó un látigo y les hizo sufrir la severidad del Señor.

—Jesús el Cristo vino a traernos una Nueva Ley, donde se dice: Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la Tierra; bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos; bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia; bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

—Y dice también: No tenéis que pensar que Yo haya venido a traer la paz a la Tierra: no he venido a traer la paz, sino la guerra; pues he venido a separar al hijo de

su padre, y a la hija de su madre, y a la nuera de su suegra: y los enemigos del hombre serán las personas de su misma casa.

—Lamento tu actitud, eminente hijo mío —Hilario atenazó con fuerza el asta de su bastón—, porque no es la adecuada para un fiel servidor de la Palabra. La púrpura que vistes no debe hacerte creer que compartes el rango de los príncipes ni debe abonar tu orgullo: antes bien, que te sirva mejor para estar al lado de los que de ti precisan.

—No sé si se debe hablar de fidelidad cuando la fe se vuelve confusa y turbia en nuestro corazón —los ojos de Cirilo adquirieron un brillo de ferocidad—. Ten cuidado de a quién defiendes y qué amistades frecuentes, porque puedes hallarte perdido en la noche, como el convidado que de regreso del banquete no halla el camino de casa. Dice Gregorio de Nisa, a quien en tan alta estima tienes: No se debe sembrar en la misma alma el vicio y la virtud, compartir su vida entre contrarios, cultivando al mismo tiempo las espinas y el trigo. La esposa de Cristo no debe cometer el adulterio con los enemigos de Cristo: no puede engendrar por una parte la luz y por otra las tinieblas. Recuerda a San Mateo: Nadie puede servir a dos amos, porque odiará a uno y querrá al otro, o será fiel a uno y despreciará a otro.

Algunas de las personas reunidas habían comenzado a desertar, persuadidas por el calor, la polvareda o el aburrimiento: las piedras suelen ser mucho más distraídas que los motivos por los que vuelan. El cinturón de espectadores se reducía en torno a los dos púgiles, que improvisaban sin detenerse llaves de combate, fintas y paradas con sus cayados como en un ejercicio de palestra. Cirilo había situado a sus cuatro peones a los flancos, dispuesto a frenar un ataque lateral; el venerable Hilario se conformaba con el apoyo de su ayudante de piel ahumada, cuya preocupación exclusiva consistía en hallar una manera de respirar que no le convirtiera el pecho en un arenal. Aprovechando la tregua y el ensimismamiento que se había apoderado de la muchedumbre, Demeas hizo escoltar a los filósofos que aguardaban al borde de la plaza y se cercioró de que atravesaban sin un rasguño la cancela de la Biblioteca, donde les aguardaba maternalmente una pareja de ordenanzas. Quizá debía volver a envainar el arma, pero una convicción le hacía mantenerla en ristre: que una hoja afilada es un gran acicate para la serenidad y el diálogo.

—Si te entiendo, eminente hijo mío —la cara de Hilario se había torcido hacia la acera, en busca de un objeto perdido—, me acusas de conspirar con las tinieblas porque no te permito prender fuego a la casa de los paganos. ¿No has comprendido que la primera regla del Reino es la misericordia?

Aquel giro hizo entrever a Cirilo que había ganado terreno: dio un paso al frente, sus huestes avanzaron.

—Los paganos son el enemigo, venerable —afirmó despacio—. Ellos nos han perseguido, escarnecido, humillado y siguen mofándose de nuestras cosas santas. El rebaño de Dios, al que represento, no puede quedarse de brazos cruzados. Adorar efigies de piedra y muñecos es impío, según recordó San Pablo frente al areópago:

siendo, pues, nosotros del linaje de Dios, no debemos imaginar que el ser divino sea semejante al oro, a la plata o al mármol, de cuya materia ha hecho las figuras el arte y la industria humana.

—Haces mal al despreciar la sabiduría de los paganos —le replicó el anciano—, pues no todos ellos caminan entre tinieblas. Almas vestidas de luz hubo antes del nacimiento del Salvador y antes incluso del contrato entre Dios y Moisés frente a la zarza que ardía sin consumirse. Han existido espíritus preclaros capaces de penetrar la verdad de las cosas sin ayuda de la gracia y de barruntar la enseñanza de Cristo. Así lo dejó sentado el doctísimo Justino en su *Diálogo con Trifón*, donde, si no yerro, afirma: Hemos aprendido que Cristo es el primogénito de Dios, el cual es el Logos, la Razón o la Palabra, del cual todo el género humano ha participado. Y así, todos los que han vivido conforme al Logos son cristianos, aun cuando fueran tenidos como ateos, como sucedió con Sócrates, Heráclito y otros semejantes entre los griegos, y entre los bárbaros con Abraham, Azarías, Misael, Elías y otros muchos.

—Pero dijo el Señor: No vayáis a tierras de gentiles, ni tampoco entréis en poblaciones de samaritanos.

—Seguro que nuestro Señor jamás pretendió negar el recurso a la filosofía al alma que se empeña sinceramente en la búsqueda de la verdadera fe. Pues ambas no deben estar enfrentadas ni mirarse de reojo sino, al contrario, ayudarse fraternalmente a alcanzar el bien que a cada cual le es propio, como dos buenas hermanas, según nos ilustra el sabio Orígenes.

—¿El castrado? —una sonrisa torva arrugó las facciones del obispo.

—Un celo mal entendido le llevó a ofrendar su virilidad a Dios, pero más malo, como él mismo dice, es un corazón circunciso, imposibilitado para procrear. Como Abimelec e Isaac en el Libro del Génesis son la filosofía pagana y la ley de Dios: a veces riñen, a veces se desesperan con la contraria, pero están condenadas a entenderse por fuerza. Aquí Isaac representa el mandato divino y Abimelec la filosofía, porque llega en compañía de su yerno Ocozat, emblema de la física o conocimiento natural, y del jefe de su ejército, Picol, que encarna a la filosofía moral o ética. Los cuales tres dijeron a Isaac, oídas sus razones: Hemos observado y hemos visto que Dios está contigo, y hemos dicho: hagamos una alianza entre nosotros y tú, y establezcamos contigo un pacto por el que no nos has de hacer mal, sino que de la misma manera que nosotros no te hemos maldecido, así seas tú bendecido del Señor.

—Te agrada hablar en imágenes como a niños que nada entienden, pero yo invoco las palabras del mismísimo apóstol Pablo: Tales hombres no tienen disculpa. Porque habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios ni le dieron gracias; sino que devanearon en sus discursos, y quedó su insensato corazón lleno de tinieblas, y mientras que se jactaban de sabios, pararon en ser unos necios, hasta llegar a transferir a un simulacro en imagen de hombre corruptible, y a figuras de aves, y de bestias cuadrúpedas, y de serpientes, el honor debido solamente a Dios incorruptible.

—¿Criticarás que emplee imágenes —el índice de Hilario se engarfió frente a su rostro— cuando el mismo Jesucristo se servía de parábolas para predicar la enseñanza del Cielo, a fin de que también los iletrados participaran de su revelación? Y de iletrados, en verdad, me resulta tu actitud, eminente hijo mío, cuando te obcecas en arrojar al estiércol algunos de los pensamientos más acendrados de los hombres y más útiles para quienes buscan el sendero de la Verdad. Escucha al sapientísimo Clemente de Alejandría, sobre cuyos genitales espero que no guardes recelo alguno, cuando dice: Dios es la causa de todas las cosas buenas: de unas es de una manera directa, como del Antiguo y del Nuevo Testamento; de otras indirectamente, como de la filosofía. Y aun es posible que la filosofía fuera dada directamente por Dios a los griegos antes de que el Señor los llamase: porque era un pedagogo para conducir los griegos a Cristo, como la ley lo fue para los hebreos. La filosofía es una preparación que pone en camino al hombre que ha de recibir la perfección por medio de Cristo.

A pesar de la temperatura que reinaba en la plaza y del escozor con que el sol atormentaba las coronillas y los cogotes, el combate había ido enfriándose poco a poco hasta casi quedarse en ceniza. La gente comenzó a marcharse en busca de calor al ágora o los baños, donde siempre había ocasión para una discusión gratuita o una paliza tal vez merecida a alguien que pasaba por allí. Desalentado, el patriarca Cirilo comprendió que su rebaño le abandonaba y situó estratégicamente a sus cuatro presbíteros en las esquinas de la plaza para intentar frenar la desbandada, pero no obtuvo resultado: las fórmulas de reconciliación que proponía el anciano eran mucho menos amenas que cualquier reyerta en el barrio negro. La derrota se hizo manifiesta cuando el duque Demeas devolvió su espada a la funda y ordenó a sus soldados imitarle: Cirilo ya no era peligroso, la tempestad había pasado y las aguas se encontraban en calma. Pero el fuego no se había extinguido ni mucho menos en el interior de aquel hombre membrudo, que amenazaba a las torres de la ciudad con su estatura; la rabia brillaba en sus ojos, a punto de echar a arder el cuero reseco que los rodeaba por la frente y las mejillas.

—¿También tú asistirás a esa conferencia, venerable Hilario? —roncó—. ¿Te sumarás a los que denigran a Cristo?

—Nadie va a denigrar a Cristo —las córneas blancas de Hilario se alzaron, para recibir una ducha de sol—, sólo buscamos la verdad. Y sí, aunque no pensaba hacerlo me sumaré a ellos.

—Ve a oír a una mujer disertar como un hombre, en lugar de mantenerse en casa haciendo lo que le es propio. ¿También eso te parece adecuado, venerable?

El anciano había comenzado a arrastrar las sandalias en dirección a la cancela del edificio, siempre buscando sostén en el brazo de su fiel Cármides. Al otro lado de la tapia, bajo el triángulo roto del frontón, los pobres seres damnificados que habían sido las musas parecían hacerles gestos para que se aproximaran: a pesar del trato habitual con que las obsequiaban los cristianos, no les guardaban rencor.

—No te comprendo, eminente hijo mío —Hilario se volvió a medias, sin dejar de aferrar el brazo del hombre ahumado—. ¿Tendrás la bondad de aclararme lo que quieres decir?

—Hablo de tu ilustre Hipatia, la hija de Teón —al pronunciar el nombre, la lengua de Cirilo no pudo evitar un chaparrón de saliva—. De tu querida pupila, que ahora anda alegremente por ahí difamando a Cristo mientras pretende desentrañar el oculto misterio de la constitución de las cosas. ¿Necesitas que te aclare mis palabras? Recurre pues al apóstol Pablo en su carta a Timoteo, donde dice: La mujer oiga la instrucción en silencio, con toda sumisión. No permito que la mujer enseñe ni que domine al hombre. Que se mantenga en silencio.

—Y, sin embargo, en su epístola a los romanos saluda a su hermana Junia y reconoce que la antigüedad y el fervor en la defensa de Cristo de esta mujer son incluso mayores que los suyos, por lo cual merece más alabanzas.

—Cuida, Hilario —concluyó el obispo arrojándose en el manto y dando orden a sus acólitos de regresar a casa—. La mujer perdió a Adán, la mujer se volvió a mirar el fuego de Dios sobre la ciudad de Sodoma, y se condenó.

—Marta laboraba y María escuchaba, y eso plugo al Señor —Hilario dibujó un aspa en el aire—. Cuida también tú de tu alma, hijo mío, y mantente firme ante las emboscadas de la ira y la soberbia, que pierden a los hombres. No serás causa de cisma, ordena el perfecto Bernabé, sino que pondrás paz y reconciliarás a los que contienden. Hijo mío, ve con Dios.

La nube de polvo siguió al patriarca, a su bastón, a sus cuatro evangelistas, cuando se marcharon de la plaza, como si el vórtice del torbellino que los rodeaba estuviera en su propio corazón. El conflicto parecía haberse saldado sin excesivas bajas, si exceptuábamos el orgullo lesionado del obispo y la pobre sien del filósofo que huía, sobre la que a partir de ahora luciría la caligrafía de una cicatriz. En Alejandría, pensó Demeas, las nubes acostumbran a ennegrecer el cielo pero rara vez dejan tormenta. Entre las corrientes del cansancio y la gratitud, Demeas se disponía a regresar a su casa de la Vía de los Toldos, donde una buena inmersión en su bañera de mármol de Paros le ayudaría a depurarse de todos los sinsabores de la jornada, enanos envueltos en togas, cadáveres a la parrilla, multitudes que guardan el paraíso a pedradas. Pero antes de que pudiera expresar su agradecimiento al venerable Hilario con una inclinación de cabeza que él no habría percibido, el anciano se aferró a su brazo derecho, justo a la altura de la pulsera engastada con que Dafne había celebrado su primer año de casados.

—Ah, aquí andas, óptimo duque —dijo a alguien que quedaba cerca de Demeas, a su derecha—. Admiro tu templanza, bien necesaria para lidiar con la furia de la masa, que se parece a un animal y cornea como el toro rodeado por los vareadores. Otro menos virtuoso habría convertido esta plaza en un lodazal de sangre. Dios te bendiga, hijo mío.

—No tiene importancia —mintió el duque, a la vez que intentaba liberarse de la garra del anciano—. Sólo cumplí con mi deber.

—Permíteme rogarte un último favor, óptimo duque —los dedos nudosos se hincaron alrededor de la pulsera con la fuerza de un rezón—. Voy a entrar a escuchar qué tiene que decir mi hija sobre ese lamentable descarriado, el torpe Onesandro, y no deseo que los filósofos de la sala encuentren en mi pobre persona una amenaza ante la que deben reaccionar. Óptimo duque, tu compañía me sería de lo más tranquilizadora.

La bañera de mármol de Paros se alejaba, con sus vetas en forma de nubes de crepúsculo y el mismo tacto de unas sábanas recién puestas.

—Uno de mis oficiales te acompañará —dispuso Demeas en un último intento, pero los anzuelos de los dedos no soltaron su presa.

—Acompáñame, óptimo duque —de no ser porque aquellos hemisferios blancos estaban vacíos como dos goterones de leche, habría parecido que el venerable Hilario ensayaba un amago de hipnosis—. Tu compañía nos será a todos de lo más grato. ¿No es cierto, Cármides, hijo mío?

—Por supuesto, padre —la voz del ayudante recordó a Demeas a las viejas sirenas de una pared ahora remota e imposible, un sueño—. Acompáñanos, duque, no sabemos cómo nos recibirán los paganos.

El baño debía esperar definitivamente. La arena, la salitre, la costra que el aburrimiento y la fatiga habían criado sobre sus hombros y sus rodillas permanecería con él todavía un poco más, antes de que la hermosa bañera de Paros, que había encargado expresamente para Dafne poco antes de comprarla a su dueño y de concederle la libertad, tuviera a bien liberarle de todo ese material oprobioso que arrastraba consigo el cuerpo al avanzar, al entregarse a la sucia ceremonia de la vida. Al menos, en cada baño tenía la oportunidad de volver a nacer y de dejar tras de sí toda la basura acumulada por sus encarnaciones previas. Ahora esa regeneración debía postergarse un poco más. Con un cansancio de milenios sobre sus espaldas, el viejo, viejísimo Demeas acompañó al venerable Hilario y a su ayudante hacia el interior de la Biblioteca. Debajo del frontón una musa, tal vez Calíope, parecía sonreír; pero no, sólo era el impacto de una pedrada que le dividía el labio.

Capítulo 9

Desde el alba de los días, los hombres se sintieron deslumbrados por la majestad de los astros. Nada alteraba aquel mecanismo inamovible: las luminarias continuaban girando sobre su eje a pesar de que la Tierra se viera sacudida por calamidades y terremotos, a pesar de que las guerras convirtieran las ciudades en establos y los volcanes amenazaran con enterrar el océano debajo de sus vómitos. Por esto los hombres concibieron que aquellos cuerpos que bogaban mayestáticamente en las alturas debían de poseer una naturaleza distinta y más perfecta que la del resto de las criaturas: fueron llamados dioses. Templos y aras ensangrentados de holocaustos fueron elevados para los inmortales que corrían de puntillas sobre las salas de cristal del firmamento; para Hermes y Ares, para Afrodita y el divino Zeus, padre de todos ellos. Los astrólogos opinan aún que esas entidades supraterrenas controlan con su poder el destino de la humanidad y que les envían bancarrotas y triunfos bélicos a través del espacio vacío, dejando caer los rayos de su influencia sobre la superficie de nuestro planeta igual que una lluvia.

Los dioses envejecieron, fueron marchitándose y pronto la filosofía se apropió de su trono. Y aunque los sabios recién llegados discutieron con un deje de ironía los adulterios y las reyertas de los hijos del Olimpo, ninguno de ellos dejó, sin embargo, de tributar una respetuosa veneración al fuego sagrado que relucía sobre sus cabezas. Así, el preclaro Platón defendió la inmortalidad de los astros porque su movimiento pertenece a su propia esencia, sin que necesiten de nadie que los impulse o los lleve a rastras; y el automovimiento, como se afirma en el *Fedón*, es un indicio incontrovertible de inmortalidad, parecer en el que tal vez le precedió el muy docto Alcmeón de Crotona, de la escuela de Pitágoras. En cuanto al más aventajado discípulo del maestro, el penetrante Aristóteles, fue de la opinión de que las leyes que rigen el desplazamiento de los objetos en este nuestro mundo de la generación y la corrupción no pueden equipararse a las que respetan los seres de las esferas superiores a la Luna. Mientras que acá todo está sujeto al desacuerdo de los cuatro elementos, que sin cesar litigan para ocupar los puestos de honor, en las altas esferas los planetas describen trayectorias escrupulosamente circulares, según corresponde a seres perfectos, sin que la muy sutil materia de que se hallan compuestos, el llamado éter o quintaesencia, les haga conocer la decadencia ni la muerte.

Hasta aquí, la mayoría de los doctos de la Antigüedad. Pero no hay que pensar que su criterio fuera unánime y que no existieran otras mentes, tal vez incluso más perspicaces, que razonaran de modo distinto. Porque algunos, desde la marginación y el atrevimiento que a veces acompaña a la verdad en un medio enzarzado de engaños, propusieron que no existe diferencia entre arriba y abajo y que la composición de cielos y tierra es simétrica e idéntica, esto es, que también los planetas están

fabricados de nuestra misma piedra y nuestro mismo fuego y que por tal motivo podrían encontrarse habitados. A las almas cobardes dicha tesis les sonará a blasfemia y dislate, pero el excelente Onesandro, sabio reconocido por su audacia, ofreció buenas razones para patrocinarla en una de sus últimas obras, *La residencia estelar*, donde se apoyaba en la autoridad indiscutible de Leucipo, Demócrito y Anaxágoras. Para el último de ellos, según se refleja en sus escritos y en los de quienes dijeron conocerle, el movimiento circular de los astros no es resultado de la perfección, sino más prosaicamente de un torbellino causado en el éter cuyo centro es la Tierra, que así los arrastra en su giro como el remolino en un río inquieto. Las estrellas, añade Anaxágoras, no son más que piedras incandescentes, sometidas a muy alta temperatura, que se inflaman quizá debido al roce de este mismo éter en que dan vueltas; pero de su naturaleza mineral cabe poco dudar, como testimonian los múltiples aerolitos que, procedentes del cielo, atraviesan la capa de nubes de nuestro mundo y se precipitan contra el suelo. Así sucedió en Egospótamos, en Tracia, en el segundo año de la septuagésima octava Olimpíada, según refieren Plinio y Diógenes. También la Luna podría estar formada de piedra y cieno suave, lo cual explicaría su color y que refleje la luz del Sol como lo hace, pues muchos coinciden en que ese resplandor de marfil y queso no le pertenece auténticamente. La Luna ofrece un medio óptimo para la habitación de seres vivos, testifica Plutarco en su interesantísimo libro *Sobre la cara en el orbe de la luna*. Eso sí, no se compromete acerca del aspecto de estos selenitas, cuya frialdad podría sobrepasar incluso a la de los escitas, sin exagerar.

De este modo, palabra más o menos, disertaba la ilustre Hipatia en el estrado del Aula de Clío, bajo una bóveda en forma de media naranja decorada con casetones y la atenta mirada de una efigie de la musa, a la que también el paso del tiempo y las grietas habían restado parte de su vieja dignidad. En las paredes que rodeaban el hemiciclo habían figurado en su día frescos con representaciones de los momentos álgidos de la historia de los hombres, ciencia auspiciada por la estatua inválida que aún se sostenía bajo la bóveda; ahora esos frescos sólo eran acertijos, entrevisiones, retazos de batallas y de personajes sublimes que el yeso desprendido había condenado al anonimato. He decidido condensar en lo posible el discurso de Hipatia porque quienes la conocimos sabemos bien que tendía a las parrafadas largas y a las frases sin escalas, lo que en ocasiones fatigaba un poco a su auditorio. El de aquella mañana, en el aula, no era demasiado numeroso, o quizá lo era bastante si tenemos en cuenta que cada uno de los presentes había arriesgado su vida y se había expuesto a la lapidación por escucharla. En las bancas inferiores, las más próximas al estrado, se hallaba Crátulo de Apamea, el director del Museo, acompañado de un individuo envarado y ceremonioso, que parecía una estatua oficial de sí mismo. Salpicando el resto de los escaños, sin orden, había jóvenes que reprimían bostezos, sabios a los que el mucho pensar había condenado a una prematura calvicie, un gordo con los ojos saltones que respiraba mediante angustiosos resoplidos, como si atravesara una casa

en llamas. A pocos asientos de Demeas y el venerable Hilario, que se habían decantado por las bancas de lo alto, los filósofos asustados procuraban olvidar que acababan de ver pasar a la muerte de refilón, semejante a esos meteoritos de los que hablaba Hipatia y que brillan en el firmamento durante un breve suspiro para luego esfumarse en la noche.

—Con todos mis respetos, ilustre Hipatia —Crátilo tomó la palabra con su vocecita desmayada, que a cada momento amenazaba con quebrarse en un sollozo—, me parece que la opinión de Onesandro no se adecua a la verdad y que el excelente sabio, cuya reputación ninguno de los presentes pone en duda, desvariaba al referirse a este punto. Pues ha quedado demostrado con creces entre los más reputados especialistas que los astros previenen el destino, como admiten incluso los sabios estoicos. La influencia celeste sobre la vida de los hombres es innegable. ¿Me permitirás recordarte la opinión del eminente Posidonio, para quien el movimiento de los astros determina las mareas y provoca perturbaciones en el pneuma o fluido universal que afectan también a la vida humana? ¿No nos conduce esta afirmación, por fuerza, a concluir que los cuerpos celestes poseen algo de divinidad?

—Es también el criterio de Platón en su *Epitomis* —sentenció el hombre sentado junto a él, y que parecía esculpido para decorar un juzgado—. El ritmo regular de los cielos demuestra su divinidad.

La llama esmeralda de los ojos de Hipatia volvió a alumbrar su rostro. Era una mujer de talla elevada, porque ni siquiera la estatua colosal de la musa, que se cernía sobre su cabello colorado, conseguía empequeñecerla. Había ofrecido su discurso inicial estudiando a medias el papel desplegado sobre el atril, dividiendo sus miradas entre los apuntes y los rostros esparcidos por la sala, sin poder evitar que la voz delatara por un momento un matiz de sorpresa o de fastidio cuando el duque y el venerable Hilario, amén de su inseparable Cármides, ocuparon algunos de los escaños superiores, junto a la salida. Esa flaqueza pasó rápidamente; al detenerse a observar a Crátilo y al otro sujeto que acababa de hablar, Hipatia, hija de Teón, era la misma incólume personificación del coraje y la entereza que siempre había cautivado a Demeas. Porque él, a pesar de sus derivas, creía haber atisbado que el valor consiste en una mera cuestión de tesón, de insistencia, y que el cobarde se deja ir: todas las desdichas provienen de esa renuncia. Hipatia vestía una estola de color menta, el mismo color que sus ojos intentaban sin decidirse del todo, ceñida debajo de los minúsculos pechos por un cingulo. Las ajorcas entrechocaron en su muñeca cuando alzó la mano para replicar.

—Y, sin embargo, decidme —el tono resultaba imperioso, amplificado por la sonoridad de la bóveda—: ¿De dónde provienen los meteoritos? ¿No son trozos de cielo que caen? ¿O es que también los dioses tienen la casa en obras, como esta pobre biblioteca?

—Pudiera ser perfectamente —chilló uno de los filósofos asustados; su muslo no se estaba quieto sobre el asiento—. Que los planetas están hechos de piedra, quiero

decir. Demócrito, Epicuro y Lucrecio sólo admiten la existencia de dos cosas, los átomos y el vacío. Luego podría tener razón. Onesandro, quiero decir. Los cuerpos del espacio sideral deben de estar compuestos de la misma materia que los nuestros. De piedra, fuego y lo demás, quiero decir. Espero haberme explicado. Creo que la ilustre Hipatia y Onesandro tienen razón. Aunque creo que no has concluido aún tu discurso, ilustre Hipatia. Que tienes algo más que ofrecernos, quiero decir.

El duque creyó comprender que el nerviosismo del joven filósofo no se debía a la proximidad de la muerte, sino de una mujer distinta. A veces la filosofía cuenta con seducciones más carnales que las ideas y los ensueños de los libros.

—Onesandro no dejó escrito nada más sobre la cuestión —la directora consultó de nuevo sus notas—. De hecho, trabajaba en ello cuando fue víctima de la persecución de la que todos estamos al tanto y debió ocultarse para proteger su vida de los devotos de la cruz, quienes, según sabemos, disfrutaban tanto con las ejecuciones públicas que veneraban a un ajusticiado. De todos modos, gracias a las muchas horas de investigación que he dedicado al asunto y a la interpretación de las obras de nuestro sabio, creo hallarme en disposición de completar su labor, hasta donde mi talento me capacita para ello. De los textos de Onesandro parece seguirse por fuerza que es necesario admitir la existencia de vida fuera de la Tierra. Debe de haber mundos distintos del nuestro que cuenten con criaturas desconocidas, cuya anatomía y cuyos rasgos apenas se atreve a dibujar nuestra imaginación. De esos otros mundos, la vida habría llegado al nuestro a través de un aerolito, como las esporas fertilizan un campo baldío arrastradas por el viento.

Abajo, a la derecha, el individuo de los ojos saltones parecía ir a ahogarse; extendió una mano frente a sí, en un intento de salir nadando.

—Eso, Hipatia, es una estupidez —decidió de cuajo—. Eso contradice el más elemental sentido común. Y sobre todo, lo que es peor, contradice a Aristóteles. Vayamos a *Sobre la generación y la corrupción*. Leamos lo que Aristóteles opina al respecto. Es decir, no lo que opina, sino la conclusión a la que ha arribado después de sus indagaciones. Años enteros de indagaciones. La vida procede espontáneamente de la suciedad. Donde hay porquería, ahí se forma la vida. Renacuajos en los charcos. Ratas en los sótanos. Moscas y gusanos en los cadáveres. Eso defiende Aristóteles.

—Querido Timoleón —Hipatia se volvió hacia el hombre que acababa de hablar con gesto de oír un chiste cuyo final no depara ninguna sorpresa—, nadie ha probado eso directamente, nadie sabe por propia experiencia si es cierto. ¿Lo has hecho tú, quizá?

—Fue el propio Onesandro, a quien tú glosas, quien trató de demostrarlo —repuso Timoleón con la mirada de un decapitado—. Podrías habérselo preguntado a él. Él tenía la casa llena de basura y trastos, según me han contado, con nidos de golondrinas, huesos de criaturas rancias, forros de tierra sobre los muebles de los que crecían glicinas y clémisos, igual que en un invernadero. Todo manga por hombro.

Seguro que no vivía solo. Seguro que un atento coro de ratas, cucarachas y moscas le hacía compañía.

—La cuestión es problemática —acudió al socorro el joven filósofo asustado, cuya pierna se debatía sobre el escaño como un perro que no se resigna a la correa—. El agudísimo Empédocles, siguiendo las trazas de Anaximandro, postula que la vida procede de la misma Tierra pero que tuvo un desarrollo paulatino durante el cual fue perfeccionándose y mejorando sus modelos. Evolucionando, quiero decir. Al principio de los tiempos, según él, miembros sueltos como piernas, manos, orejas y dentaduras recorrían libremente el mundo. Luego, incapaces de subsistir por sí solos, comprendieron las ventajas de la asociación y terminaron por acoplarse los unos a los otros. Así se formaron las bestias que hoy conocemos. Las especies animales, quiero decir.

La directora de la Biblioteca seguía con atención la controversia a la vez que sobre su cabeza los cabellos rojizos iban dibujando una especie de halo de fuego; algún espectador podría haber pensado que aquella aura era producida por las ideas que crepitaban en su cerebro, que no cesaban de chocar y de moverse y de dar chispazos, igual que las pavesas de una hoguera.

—En efecto, nada hay claro ni definitivo respecto a esto —poseía una de esas voces cuyo tono cuenta con el poder de dormir a los niños y despertar a las multitudes—. Es necesario hallar una teoría que explique los restos atroces de huesos y figuras grabadas, como en relieve, que han quedado en ciertas rocas de las montañas. Vosotros los habéis visto: parecidos a sellos de imprenta, aparecen sobre las paredes de un barranco o el lecho de un antiguo cauce siluetas de aves desconocidas y amazonas de insectos cuyo solo semblante, de hallarse ante nosotros, paralizaría el aire en nuestros pulmones. ¿Cuándo existieron en la Tierra monstruos semejantes? ¿Son veraces las leyendas de nuestros antepasados y caminaron junto a nosotros la esfinge, el hipogrifo, el centauro y la lamia? Yo creo tener la respuesta: eran habitantes del exterior llegados a la Tierra en aerolitos.

Hasta ese momento, el venerable Hilario había permanecido encogido en su asiento, esforzándose por desaparecer o volverse indistinto del cayado que sostenía con sus manos de artejos hinchados, tratando de ser invisible. Las únicas señales de vida tenían lugar en su rostro: cada intervención de los asistentes y cada réplica de Hipatia variaban la meteorología de sus rasgos y le hacían pasar de la nubosidad variable y la proximidad de una borrasca a un benigno anticiclón sin amenazas en el horizonte. Las últimas afirmaciones de la directora provocaron, quizá, un banco de niebla: el anciano arrugó el entrecejo.

—Hija mía —dijo de repente con una voz que duplicaba y triplicaba su menudez sobre el escaño—, hablas de antiguos restos y de huesos muy viejos cuya naturaleza nadie logra explicar. ¿Me equivoco al pensar que te refieres indirectamente a las reliquias de Adán que se guardaban en la iglesia de las Once Mil Vírgenes?

En el cuerpo de la ilustre Hipatia algo se relajó, tal vez el cíngulo que comprimía sus pechos perdió algo de su rigidez.

—Venerable Hilario, es un honor y una alegría tenerte entre nosotros —en sus palabras, para variar, no había mancha de ironía—. Tu presencia demuestra que no todos los cristianos están hechos de la misma madera, de la madera de la cruz, y que existen en tu secta interlocutores que prefieren que de su boca broten antes razones que escupitajos. Me preguntas si entre los vestigios a los que me refiero podrían ser incluidos también los huesos que se adoraban en la iglesia de las Once Mil Vírgenes, por cuya causa el lúcido Onesandro a punto estuvo de ser conducido al patíbulo. Y te respondo: probablemente. Si Onesandro los tomó del templo, a pesar de la oposición de la jerarquía de tu Iglesia, te aseguro que no fue con intención de hacer caldo. Pretendía mostrar que, en efecto, pertenecían a la osamenta de una criatura desconocida en nuestro mundo.

La sala era grande y el anciano pequeño. Para que todos los presentes comprobaran que consistía en algo más que una voz abstracta que provenía de un banco difícil de localizar, el venerable Hilario se puso en pie y comenzó a agitar su cayado como una batuta al ritmo de cada frase.

—Os oigo hablar y no cejo en mi asombro —vociferó—. Uno dice conocer el secreto del origen de la vida, otro domina los arcanos de los movimientos celestes, un tercero habla del fondo de la verdad como si la tuviera guardada en casa, en lo profundo de un búcaro. Ay de vosotros, sabios, que pretendéis poseer la ciencia de las cosas y llenos de orgullo proclamáis la certitud sobre esto o aquello, objetos que nadie comprende y para los que los ojos de los hombres son forzosamente ciegos. La fuente de la sabiduría, se preguntó Salomón, ¿a quién fue revelada?, y sus artificios, ¿quién los conoce? Uno es el sabio sobremanera temible, que se sienta sobre su trono, el Señor. En realidad nada sabéis, y sois peregrinos en la noche que os dejáis conducir por otros no menos ofuscados que vosotros. Habláis de criaturas de otro mundo y de bestias antediluvianas cuyos brazos, pies y orejas andaban por ahí igual que terneros en busca de la manada. Y consideráis, sin embargo, un despropósito suponer que esos huesos pertenecieron al primer hombre, al más antiguo de los patriarcas, el mismísimo Adán, que dio vida a la raza a la que pertenecemos.

—Venerable Hilario —replicó Hipatia con una media sonrisa—. Entre esos huesos, Onesandro pudo reconocer un fémur de seis codos. Lo cual significaría que el venerable Adán se hacía cosquillas en el ombligo con las copas de los sauces.

—Aprecio tu sentido del humor, niña —en la faz de Hilario se grabó aquella mueca tortuosa que quería significar también una sonrisa—. Pero por el Génesis nos consta que los primeros padres no eran como el resto de la humanidad. De ellos sabemos que algunos vivieron más de seiscientos o setecientos años, y muy probablemente poseían una estatura desaforada para nuestras medidas actuales. Pues el hombre es una criatura decadente y no ha hecho más que degenerar y trastornarse,

sobre todo a partir del diluvio. No encuentro motivo por el que los huesos de las Once Mil Vírgenes no pudieran corresponder a nuestro insigne antepasado.

—Ni tampoco motivos por los que pudieran corresponder —acotó el joven nervioso—. Que podrían ser y no ser, quiero decir.

El hombre que acompañaba a Crátilo se mesó académicamente la barba con la mano derecha y adoptó una pose de inmortalidad. Nunca se sabe cuándo puede haber un escultor o un pintor cerca: es conveniente ofrecerles motivos de inspiración.

—Podría ser, sí —admitió el hombre monumental—, siempre y cuando, claro es, los cielos estén habitados, lo cual ya es mucho pretender.

—No tanto, ilustre Nearco —Hipatia dirigió hacia la zona izquierda del hemiciclo una de sus famosas miradas en llamas—. En su obra sobre la Luna, que ya he mencionado en esta sala, Plutarco afirma que la Luna es pétreo y rocosa, igual que la Tierra.

—Una necedad —intervino Crátilo, el director del Museo, a la vez que acariciaba la ramita negra de su escapulario—. Plutarco es un mero divulgador, sin conocimientos científicos de calado. ¿No preferiremos en su lugar el dictamen del sapientísimo Posidonio, para quien la Luna se compone de aire y fuego débil? ¿No estaremos de acuerdo con él al asegurar que más allá de su orbe comienza el reino de fuego puro del resto de los astros?

—Dime entonces, ilustre Crátilo —respondió Hipatia—, cómo explicas tú los cráteres y mares que surcan la Luna según se divisan desde la Tierra.

—Son meras apariencias. ¿No lo expresa el propio Posidonio de manera suficientemente elocuente? ¿No resulta del todo terminante cuando nos informa de que, así como se forman manchas en el mar al ser rizado por efecto del viento, así también el aire de la Luna se oscurece en ocasiones, generando la apariencia de un rostro?

—Estás en lo cierto, ilustre Crátilo —Nearco refrendó el parecer de su compañero con una cesárea inclinación de cabeza.

En los iris de Hipatia, el fuego verde perdió el control: era como ver arder un pastizal a través del fondo de una botella.

—¿Tan seguros os halláis? —elevó la mano cargada de pulseras—. Plutarco desmiente vuestra tesis estoica con principios sólidos e indiscutibles: ¿por qué razón permanecería la Luna fija en su órbita sino porque la Tierra la retiene? Ello indicaría que ambas comparten materia y forma, puesto que todo cuerpo obliga a aquello de su misma naturaleza a residir junto a sí. Según la prueba de Aristarco, la Luna se encuentra dieciocho o veinte veces más próxima a nosotros que el Sol. ¿No demuestra esta cercanía que ambas pertenecen a la misma familia? Además, la Luna refleja la luz del Sol, lo cual demuestra que es sólida y no está hecha de aire.

Sonó un rumor de paja pisada. En uno de los escaños centrales, el individuo de los ojos saltones retorció su garganta en el intento de sonsacarle una risa.

—De modo, ilustre Hipatia —concluyó—, que pretendes que la vida llegó a la Tierra desde la Luna, en un barco.

La figura de la directora pareció crecer sobre el estrado, rebasar la efigie de la musa que se desmoronaba a sus espaldas, envolver el entero recinto con su voz, con los brazos extendidos, con la mirada que podría haber reducido a cenizas un bosque, una biblioteca, una casa de copias, la ciudad de Alejandría. La candela de su cabellera se agitaba encima del atril, incapaz de contener la temperatura asesina de sus pensamientos.

—¿Y por qué no, ilustre Timoleón? —dijo, casi en trance—. Desde la Luna o tal vez de otra parte más alejada. Desde esa otra parte pudo, por qué no, haber alcanzado primero la Luna y después llegar hasta nosotros. Si nuestros ojos fueran más transparentes y estuvieran mejor dotados, o si contáramos con un aparato que nos permitiera acrecentar nuestra visión e incrementar su potencia, estoy segura de que divisaríamos ciudades en la Luna y la teoría que definiendo a partir de las tesis inconclusas de Onesandro quedaría demostrada sin lugar a réplica. Pues el universo se halla compuesto de éter: esto es, un fluido sutilísimo sobre el que podría navegarse, y para el que cabe construir naves especiales que lo franqueen de punta a cabo con la misma facilidad con que un balandro singla nuestros mares. Esos seres llegaron hasta aquí y luego murieron. Sus huesos han quedado en forma de monumento.

En los puestos delanteros, el ilustre Crátilo emprendió una pantomima: la compleja combinación de movimientos de la mano izquierda y el pie derecho, unida a una jaculatoria de términos incomprensibles y besos desesperados a la ramita del colgante, tenían por objeto protegerle del mal fario que podía provocar la negación de la divinidad de los cielos. La conferencia parecía haber llegado a su fin; era la hora del almuerzo y los sabios languidecían, reclamados por un órgano más pedestre e imperioso que no se alojaba en el cráneo. La luz que penetraba por las altas ventanas, pasado el mediodía, poseía una textura de metal que convirtió a los asistentes en estatuas de bronce conforme iban abandonando, en fila, las gradas del Aula de Clío. Uno de los que más tardó en marcharse fue el joven asustado de los bancos más altos, que parecía debatirse entre los flujos contradictorios de la veneración, el deseo y la vergüenza. Después de un rato de vacilación, se decidió a aproximarse a la ilustre Hipatia enredándose los tobillos en los faldones del tribón y a tartamudearle su más absoluto acuerdo con todo lo que ella había dicho, con su teoría sobre Onesandro y la vida en otros mundos, quería decir. La directora le devolvió un pestañeo similar al de quien trata de contemplar el atardecer reflejado en un estanque y le dejó partir con un viril apretón de manos. Al joven le quedaba por delante toda una larga tarde para elucubrar: si el apretón había sido blando o fuerte, si el pestañeo denotaba placer o curiosidad, si ella había efectuado los mismos gestos para despedirse de otros, si existe alguna diferencia entre amor y estupidez (que no, que no existe).

—Hija mía, no permitas que la arrogancia te enceguezca —aconsejó Hilario a la directora después de aproximarse al estrado en compañía de su ayudante y del duque Demeas, que hacía rato que había dejado de preguntarse qué hacía allí—. Aspiras a la inmortalidad, crees que la ciencia te labrará un nombre de oro entre las generaciones futuras. Pero todo es vanidad. Toda sabiduría viene del Señor y con Él está eternamente. La arena de los mares, las gotas de las lluvias y los días del pasado, ¿quién podrá contarlos? La altura de los cielos, la anchura de la Tierra, la profundidad del abismo y la sabiduría, ¿quién podrá medirlo?

—Sin acritud, padre —Hipatia no se detuvo a parpadear—, prefiero el orgullo de los hombres a su humildad. La humildad sólo es la soberbia de los débiles. Te ruego que me acompañes a mi despacho. Y a ti también, duque, si dispones de un momento. Querría hablar con vosotros en privado.

Los pasillos y las cámaras se sucedían sin una pauta precisa, como si el arquitecto hubiera tratado de plantear un acertijo. En cierto momento, la ilustre Hipatia y sus invitados se hallaron en la sala de estudio y quedaron empequeñecidos por la inmensa bóveda labrada con figuras geométricas y las estatuas de los anteriores directores de la Biblioteca, condenados a una eternidad de arenisca y piedra desmigada; sobre las mesas, algunos de los asistentes a la conferencia seguían los hormigueros de letras impresos en los volúmenes. Al final de un corredor les aguardaba el gabinete que Demeas ya conocía, con los mapas esforzándose por disimular los desconchones y la infinita extensión del puerto tras las ventanas. Los muebles seguían en sus puestos: el escritorio al fondo, oculto bajo la vorágine de papeles, los cálamos y el tintero; el busto de Onesandro en un rincón, atónito; el gato negro en cuyos ojos figuraban dos soles amarillos; el hombre negro en cuyos ojos no había nada. Se dispuso el asiento más cómodo para el venerable Hilario, quien se aplastó sobre el almohadón con dificultad, casi con temor de mancharse o de dañarse con una aguja extraviada. Con un ademán de la mano, el duque rechazó la copa que Hipatia le propuso: aquella visita ya se estaba alargando demasiado y quería concluir el trámite cuanto antes. Sospechaba lo que la directora quería comunicarle: le parecía casi ocioso escucharlo de sus labios.

—En primer lugar, padre —ella se apoyó en el filo del escritorio y acarició el lomo del gato, cuya uña seguía trazando garabatos sobre el papiro—, quiero expresarte mi gratitud por tu asistencia a la conferencia. Algunos de los presentes me han descrito tu intervención en la plaza y cómo te has enfrentado a las insidias del obispo Cirilo. Soy consciente de que de no haber sido por tu presencia sus vidas habrían corrido serio peligro.

El rostro del anciano era opaco, mineral: había más vida en el busto que contemplaba la escena desde la esquina.

—No tiene importancia, hija mía —dijo, despacio—. El obispo Cirilo es un hombre santo, como lo son todos los que siguen con celo las enseñanzas de Cristo, pero a veces ese mismo celo le lleva a interpretar con ligereza las reglas que

conducen a la salvación. Del odio sólo brotará alquitrán y veneno. Yo os digo a vosotros que escucháis: Amad a vuestros enemigos; haced el bien a los que os odian; bendecid a los que os maldicen. Todos somos hijos de Dios: también los piojos, las ratas y los filósofos.

A pesar de que el aire era más puro en el despacho, el pecho de Cármides comenzó a crepitar, como si reprobara la última afirmación del venerable Hilario.

—Tu comparación resulta apropiada —lejos de ofenderse, Hipatia sonreía—. Igual que ratas y piojos, también a veces el filósofo debe buscar la suciedad: la verdad frecuente los basureros. Padre, también deseaba expresarte mis condolencias por la muerte de tu secretario Epiménides, cosa que mis obligaciones no me han permitido hacer hasta ahora, y dejar claro ante ti que nadie de esta biblioteca estuvo involucrado en su desaparición.

—El Señor me lo dio, el Señor me lo ha quitado —clamó el anciano con un temblor en la barbilla—: Bendito sea el nombre del Señor. No debemos dejarnos llevar por la tristeza porque es húmeda y en la humedad crecen sabandijas y tábanos. Él mora ya en la habitación de los bienaventurados y sólo cabe regocijarse por la liberación de su alma. Goza, como canta la Liturgia de San Ignacio, en los habitáculos de luz y de alegría, en las tiendas que ofrecen sombra y descanso, en medio de tesoros de delectación, ahí donde las almas esperan sin dolor las primicias de la vida y donde los espíritus de los justos son guiados todos juntos hacia la recompensa que les es prometida.

—Es de mi interés y del de esta institución dilucidar cuanto antes las circunstancias de su asesinato y dar con el canalla que lo perpetró —continuó Hipatia—. Tu rebaño, padre, se inquieta con facilidad, echa a correr y no queremos caer bajo sus pezuñas. Por eso he solicitado al óptimo Demeas que emplee todas sus fuerzas en la identificación del culpable y en su caza.

La mención de su nombre despertó al duque de un trance: su único ojo había quedado hipnotizado por el tatuaje que perforaba los pectorales del nubio, por aquella mano plagada de arabescos, y creía caer en el interior de una sucesión de círculos concéntricos, de galerías y viales y anillos que se cerraban unos sobre otros, hasta estrangularle.

—Ten por seguro, ilustre Hipatia —dijo—, que pongo en ello todo mi empeño.

En la mirada de ella ya no había fuego, sino la ceniza fría de la desilusión o la lástima.

—Te creo —mintió—. Y sé que no he colaborado contigo cuanto hubiera debido para solventar cuanto antes este enojoso asunto. Espero que recibieras la carta en que me disculpaba por no haber podido atenderos, a ti y a tu asistente, hace dos mañanas y satisfacer la solicitud que pretendías formularme. Me hallaré a tu disposición en cuanto lo estimes oportuno, siempre que me prevengas con la debida antelación. ¿Por dónde caminan tus indagaciones?

—Aún es difícil decirlo. Parece que Epiménides encargó un libro en una casa de copias que ha ardidado y cuyos empleados han muerto. Habrá que examinarlo todo con mayor calma.

—El venerable Hilario y yo mismo nos sentiremos más tranquilos cuando se produzca la captura —intervino de pronto Cármides.

—La única justicia está en el Todopoderoso —entonó Hilario—, y sólo a Él corresponde llevar a los hombres ante su tribunal inapelable. Pero es cierto que quien buscaba el mal para nuestro carísimo Epiménides puede desear también lo mismo para Cármides y mi pobre persona.

La entrevista podría haber concluido en aquel punto sin mayores pormenores, porque Demeas ya conocía de sobra lo que seguiría a continuación: su humillación envuelta en un paño de seda, su conversión en un espantapájaros, la evidencia de que la confianza del prójimo era un objeto demasiado valioso para ser confiada a su cuidado.

—Estoy segura de que la verdad quedará al descubierto muy pronto —la mujer tomó al gato y le arañó dulcemente el espacio entre las orejas—. Ya sabemos que el óptimo duque trabaja con todos sus arrestos en la tarea, y no sólo eso. He hecho venir a Alejandría a un sabio notable por su perspicacia para ayudarle en tan arduo trance. Vive lejos y el viaje hasta aquí le ha tomado varias jornadas, pero he sabido de él que acaba de embarcar en Maronea y que en menos de una semana se hallará entre nosotros. Su nombre no te resultará extraño, padre: es Lámaco de Éfeso.

Una sima quebró el gesto del anciano: aquella cosa ruinosa que en su rostro valía por una sonrisa.

—Ah, el viejo deslenguado —silabeó, a la vez que parecía desempeñar un recuerdo—. Ni siquiera estaba al tanto de que siguiera vivo. Supongo que ni su penetración ni su impertinencia habrán perdido un ápice de su antiguo vigor.

—Así lo espero —el gato se volvía un peluche invertebrado en el regazo de la directora—. Se marchó a Britania por motivos de salud, su cuerpo nunca le fue muy leal y le traiciona con facilidad, pero en atención a la amistad que le unió a mi padre ha accedido a ayudarnos. Óptimo Demeas, está a punto de llegar y eso te descargará de graves responsabilidades. Por favor, tenme al corriente de los nuevos descubrimientos entretanto.

Antes de abandonar la estancia, el duque volvió a estudiar el tatuaje del nubio y comprendió que se trataba de un laberinto. Quizá el laberinto de su propia vida: un recinto sin salida posible, sin lugar al que llegar.

Capítulo 10

Desde el mirador, Alejandría era un desorden de piezas de dominó, un cuarto trastero expuesto al sol, una masa de fachadas y tejados que buscaba confusamente abrirse paso hacia el mar. La niebla de la mañana aún no se había disipado sobre las azoteas y espumaba el contorno de los edificios como si se los contemplara a través de un cristal lacado; el conjunto transmitía una atmósfera de irrealidad, de sueño no cuajado, y acrecentaba la impresión de que la ciudad se reducía a un mero espejismo que aguardaba al viajero después de muchas jornadas de sed y desierto. A Demeas esa aura de ficción no le inquietaba: hacía tiempo que se había acostumbrado a conducirse como si habitara un mundo falso, como si las personas, las calles, las voces y los sucesos que le rodeaban fueran tan sólo aproximaciones, ensayos vagos de una obra de teatro que jamás llegaba a estrenarse. Poco a poco su universo iba desvaneciéndose, perdiendo solidez y peso. Cualquiera día descubriría que su vida estaba hecha de vapor, y que había desaparecido del recipiente en que la guardaba.

—Amo —le avisó Eco—, el hombre al que esperabas ha llegado.

—Muy bien —la vista de Demeas se giró desde el panorama del mirador a las dos copas depositadas en la mesa—. Hazle pasar.

Mientras aguardaba, se entretuvo en hacer girar entre sus dedos la mitad del as de oro que acababa de rescatar de un estuche arrumbado en un rincón de su escritorio. Repasaba con las yemas el canto roto, el perfil de un emperador cuyo manto púrpura hacía mucho que se pudría en un ataúd y las inscripciones de la leyenda, con el mismo ademán con que un ciego habría tratado de leer las facciones de un desconocido. Lo que el duque pretendía leer ahora era su propio pasado, muchos de cuyos detalles no lograba distinguir del todo, misteriosos y ajenos como los que compondrían la vida de otro hombre. Un rumor de pasos le hizo volverse hacia la columnata. La toga recién planchada franqueó con su torpeza habitual el patio a la vez que sobre el laurel resonaba el gorjeo de los gorriones. El joven rubio saludó sin entusiasmo, sin énfasis: había perdido algo de la energía que tanto mortificaba la paciencia de Demeas y una preocupación desconocida le arrugaba la frente. Cuando el duque le señaló el asiento y la copa que le había reservado, no pudo reprimir un gesto de sorpresa.

—¿Me esperabas? —dijo.

—Es vino de Falerno, una de las últimas y mejores cosechas —informó Demeas jugueteando con la media moneda—: Te ayudará a digerir tus mollejas en adobo, y a mí a soportar su hedor. Por supuesto que te esperaba, aspirante. Ya he comprendido que tu compañía no es menos inevitable que la de la sarna o el cólico. El sabio no maldice su mala salud; se reconcilia con ella. Bebe.

Pólux tomó el primer sorbo con desconfianza, como si catara un veneno. En efecto, el vino era bueno: en su estómago hubo una inundación cálida y perfumada y el entrecejo perdió parte de su severidad cuando la copa regresó a la mesa. Demeas había tomado una resolución; no tenía sentido oponerse a las maniobras del destino, estaba harto de debatirse entre los torbellinos de la corriente, era mejor ofrecer su cuerpo laso al caudal que le libraría de todas sus fatigas e incomodidades. Pensó en sí mismo como en el niño que fue, lejano, irrecuperable, ajeno: aquel propio día ya era el pasado, su vida había girado en un recodo y debía iniciarse de nuevo. Lo había comprendido todo al salir de la bañera aquella mañana. Era necesario abandonar la placenta y renacer.

—Y bien —sonrió—. ¿Cuáles son tus proyectos para el día de hoy? ¿Rinocerontes? ¿Bibliotecas? ¿Cadáveres tostados?

El joven rubio tenía la mente en otra parte; no estaba allí del todo, no había entrado en el patio, no compartía un exquisito vino con canela frente al mirador del duque. Ciertos pensamientos se asemejan a celdas: encarcelan a los hombres y les impiden huir.

—Debería ser evidente y aun obvio para ti —dijo con una especie de mal humor—. Me he informado del domicilio del tal Tersites, el único superviviente de los copistas de El Rinoceronte Azul. Una entrevista con él podría aclararnos algunos puntos oscuros, si no me engaño.

La brisa del este agitó las hojas del laurel e hizo flamear la ropa tendida en una azotea, al fondo. Todo importaba muy poco ya, todo había pasado en el alma de Demeas, también el as de oro partido que giraba entre su pulgar y su índice. Se concedió un trago largo antes de inquirir:

—Permíteme, aspirante Pólux, que te haga una pregunta. ¿Para qué diablos solicitaste de mí un salvoconducto?

Los hombros del hombrecito se sacudieron debajo de la toga, con el sofoco de quien pretende liberarse de un peso oneroso.

—Si insisto para que me acompañes en mis pesquisas, óptimo Demeas, es porque preciso de tu ayuda —una amargura mal solapada le enturbiaba las pupilas—. No te inquietes, presumo que no te importunaré durante mucho tiempo más. En realidad, siempre supuse que todo este asunto era de tu incumbencia y aun de tu interés.

—Yo perdí todo cuanto era de mi incumbencia y de mi interés —confesó el duque, escrutando el fondo de la copa.

El rostro de Pólux se giró hacia el mirador, en busca de aire fresco: la nostalgia y los remordimientos ajenos desprenden mal olor.

—En realidad, óptimo Demeas, me siento más seguro a tu lado.

—¿Temes tropezar en una acera y precisas de alguien que te sostenga?

—El sentido del humor no es la más señalada de tus virtudes, si no me engaño —la mano del hombrecito circundaba el metal de la copa, sin tomarla de nuevo—. Tengo entendido que eres mucho mejor manejando la espada que haciendo chistes, y

es precisamente eso lo que necesito de ti. Voy a confesarte algo. Tengo miedo, duque. Este asunto me está resultando más siniestro y aun tenebroso de lo que supuse en un principio —recapacitó durante unos segundos—. No me vendrían mal algunas nociones de esgrima y de botánica.

—¿Botánica?

Pólux dejó pasar el comentario de largo para rascarse la muñeca. Demeas sospechó que había estado extraviado en reflexiones tortuosas: el antebrazo era una superficie cubierta de arañazos, como si hubiera jugueteado con un gato.

—No ceso de dar vueltas en torno a los indicios de que disponemos. Confío en que mis pensamientos me permitan llegar a alguna luz.

El pensamiento, esa trampa, ese cebo. Cada vez que se ponía a pensar, Demeas sólo conseguía caer en un hoyo y sentir sobre su garganta el lazo del cazador.

—Pensar, pensar, pensar —canturreó—. El oficio de los presos y de los enamorados.

Los dedos de Pólux se extendieron sobre la mesa; fue contándolos del pulgar al meñique, quizá para cerciorarse de que no faltaba ninguno.

—Los indicios son puntos sobre los que debemos trazar líneas, en busca de una figura —dijo—. Esa figura es el perfil de un hombre, el asesino al que buscamos. Y el perfil se compone de un escriba que recibió un golpe de frente, como si conociera a la persona que le atacó. De un arma exótica, parecida a un garfio o una azada pero que nadie puede identificar con certeza. De un escriba bibliófilo, que coleccionaba libros muy caros. De un escriba que investigaba a las sectas gnósticas, conocidas por sus blasfemias y condenadas por las leyes imperiales.

—Sí, todo eso —Demeasapuró su copa y se guardó el medio as en un bolsillo—. De una casa de copias hecha cenizas, de cuatro hombres achicharrados.

—Y más cosas, si no me engaño —las palabras del hombrecito adquirieron peso—. Tú viste, como yo, las manchas de sangre en el despacho del ilustre Crátilo, el director del Museo. Crátilo tiene acceso a armas exóticas: ¿no estaba reformando la hoploteca cuando se hirió el brazo que lleva vendado?

—Crátilo es un hombre que temería hasta a su propia sombra, si se lo sugiriesen los horóscopos. No le veo con ánimos para empuñar un garfio, una azada ni una herramienta de matarife. ¿Por qué iba Crátilo a atentar contra la vida de un copista inofensivo? ¿Cómo se atrevería a degollar a cuatro hombres y a prender fuego al edificio en que trabajaban? Sea cual sea el arma que ha provocado esas muertes, sabemos que su manejo exige un brazo osado y resistente. El de Crátilo sólo sirve para acariciar escapularios. ¿Dónde vive tu copista de hoy?

Rakotis era el barrio donde la ciudad perdía su arrogancia. Poco restaba en aquel arrabal de casitas de adobe y chamizos, habitados por los añejos pobladores egipcios y la ralea copta, del boato imperial que convertía las principales avenidas en escaparates: el mármol de las columnas dejaba paso a estacas malamente cruzadas sobre techos que estaban a punto de perder el equilibrio, las aceras degeneraban en

tierra y fango que los arroyos de inmundicia convertían en arenas movedizas. El auriga oficial del duque se detuvo al inicio de una calle rota, una especie de pasillo atascado de porquería y chiquillos desnudos por el que el caballo resultaba incapaz de maniobrar; Demeas y Pólux hicieron el resto del trayecto a pie, cuidándose de que aquella sustancia negruzca que parecía pavimentar las esquinas no contaminara sus tobillos. En un pórtico, un ciego hacía sonar un albogue; una prostituta ilustrada con tatuajes conducía a una habitación de alquiler a un hombre y sus cicatrices; un corro de desarrapados apostaba en cuclillas alrededor de dos gallos que se arrancaban los ojos. En un zaguán mal iluminado, dieron con un individuo grueso que bebía vino. Cuando le preguntaron por Tersites, soltó una risa y dejó al descubierto su boca vacía: los dientes habían huido en desbandada de aquel agujero apestoso.

—Ese hijo de mala madre, Tersites —eructó—. Aún me debe cuatro semanas de alquiler, pero no sé nada de él desde hace tres días. El diablo lo confunda. Si también a vosotros os debe dinero, más vale que sepáis que la cola es larga. Antes estoy yo, aparte de la puta Zoé, que le chupa la pija.

—¿Conoces este sello? —Demeas tendió su sortija para que la luz polvorienta del recinto hiciera brillar el ojo grabado.

La borrachera del gordo se esfumó sin dejar rastro. Se echó atrás como para protegerse de una acusación o de un salivazo e hizo caer el vaso de cerámica. Algo, un animal, una esclava, lamió el líquido derramado en el suelo.

—Por Cristo bendito, os juro que no lo conozco de nada —lloriqueó—. ¿Se ha metido en algún lío, el muy cabrón? Lo único que sé de él es que trabaja como copista en un negocio del barrio azul y que es mal pagador. Lo tengo como inquilino desde hace seis meses, no puedo deciros más. Os enseñaré la casa si ello os sirve de algo, pero os juro que no sé más.

—Condúcenos.

Una criatura, la misma que había sorbido el vino, gimió cuando el gordo dio una patada en la oscuridad, en busca del manojito de llaves. Les guió a través de dos o tres depósitos de basura que pretendían ser calles hasta una casa de una planta, sin encalar, con un basto agujero en lugar de ventana. Mientras la cerradura roncaba en el portón, Demeas se consolaba con el pensamiento de que pronto dejaría toda aquella sordidez atrás, de que su estación de penitencia tocaba a su fin y en lo sucesivo gozaría de un horizonte despejado donde consagrarse a sus ocupaciones predilectas, la tristeza, la pereza, la indiferencia. Se sorprendieron de encontrar un recibidor limpio y bien ordenado, donde los escasos muebles de madera sin barnizar no parecían incómodos. El sol se deshacía y se volvía de mimbre al atravesar la paja trenzada de las cortinas, abocetando las siluetas de las clepsidras que se alineaban junto al lecho. Porque Tersites coleccionaba clepsidras, como si le obsesionara el recuento de las horas que le quedaban por vivir. Las había grandes y ventrudas, para seguir las lentas horas de las tardes de verano; otras, diminutas y frágiles, habrían podido medir el lapso de un suspiro o una agonía.

—Esto es todo, no hay mucho más, señores —el gordo tenía prisa por marcharse y las llaves temblaban inquietas en su muñeca—. Si no tenéis inconveniente, os aguardaré fuera por si necesitáis alguna cosa.

—Espera —Demeas había reconocido el nicho improvisado sobre la cabecera de la cama y la bárbara imagen grabada en la estela, al fondo—. Explícanos qué es esto.

—Os he dicho que no sé nada —repuso el gordo, con la voz estrangulada por el pánico—. No conozco a ese cabrón de nada, no sé a qué ritos asquerosos se dedica en su casa.

Una culebra que asciende por una vara hincada en vertical, enroscándose en torno al asta, media docena de anillas que se cierran dibujando tirabuzones como en un ejercicio de caligrafía: el duque conocía aquellos símbolos sacrílegos, había contemplado altares refugiados en sótanos y catacumbas donde se adoraba a aquella divinidad prohibida cuyo nombre, en las leyes del emperador, se hallaba asociado a la cámara de tortura y el cautiverio. La cesta que aguardaba en un rincón del dormitorio no tomó a Demeas de improviso; no le hacía falta retirar la tapa con la punta de la sandalia para saber lo que ocultaba, para cerciorarse de que en su interior no se guardaban inocentes prendas de vestir ni vajillas. Desenvainó la espada y se aproximó con cautela. El gordo seguía protestando cuando, de un golpe seco de la hoja, hizo caer el recipiente y la pareja de serpientes se derramó sobre el suelo de tierra, como lo hubiera hecho el vino de un cuero rajado. Antes de decapitarlas protegiéndose el antebrazo con la capa, Demeas creyó reparar en un pormenor alarmante. Su memoria se tiñó de azul y blanco, los mismos colores que moteaban las escamas de aquellas bestias repulsivas: no hacía tanto que él se había encontrado delante de una de ellas.

—Gnósticos —murmuró sucintamente Pólux.

El gordo cayó de rodillas.

—Os juro que no sé nada, señores —engarfiaba la túnica de Pólux con los dedos como queriendo desnudarle—. No tengo nada que ver con este bastardo, me limito a alquilarle la casa, tomo mi dinero y me voy. Yo soy un devoto cristiano, doy limosna y asisto todos los domingos a la santa misa, como puede confirmaros el párroco de San Apapucio. Preguntadle, señores, preguntadle si Gránico el de Palamedes no es un ejemplo de rectitud cristiana. Yo no sé nada de serpientes ni de blasfemias, por la Santísima Virgen.

Aparte de las serpientes y del agua que se precipitaba infinitesimalmente en los depósitos de las clepsidras, la casa se presentaba avara en pistas: ni una pluma de ganso, ni un tintero, ni un retazo de papiro que aludiera a la profesión de su inquilino; la ausencia de ropa, de utensilios, de víveres causaba la impresión de que allí no habitaba un hombre, sino una cosa abstracta, un fantasma cuyo paso no dejaba huella en las cosas que le rodeaban. El tal Tersites podría no haber existido: aquellas habitaciones desnudas, aquel semblante sin trazas definitorias podrían haber correspondido a todos, a nadie, a cualquiera. En el momento en que hicieron ademán

de marcharse, el gordo y su hedor a vino se arrojaron sobre los tobillos de Demeas, suplicando piedad; el duque tuvo que efectuar varias veces el mismo movimiento con que solía reanimar la circulación de un pie dormido.

—Cálmate, miserable —le musitó al fin—. La justicia es menos severa con los malhechores que con los descuidados. En lo sucesivo, sé más cauto con la persona a la que alquilas tu casa. Si Tersites vuelve, nos tendrás al tanto.

Al dejar atrás el porche, el sol de la mañana, de par en par, bañó la frente del duque y deslumbró su único ojo. Era una buena señal: una unción, un amanecer, el acto litúrgico que le daba la bienvenida a su nueva vida de despreocupación y letargo. Regresaron hasta el lugar donde el auriga les esperaba apartando de su camino excrementos y hervideros de hormigas que en su día habían sido perros, amenazando con la mirada a harapos que pretendían pedir monedas o apropiarse de ellas, si la generosidad escaseaba. Abismado en sus especulaciones, Pólux no reparó en que las calles estaban minadas de bostas de vaca y otras exquisiteces hasta que lo comprobó con la suela de su sandalia; maldijo y se limpió contra el escalón de un portal, sin dejar de rascarse la muñeca izquierda.

—Y ahora, ¿qué? —balbució con nerviosismo—. ¿Qué camino se supone que debemos seguir ahora? La cosa se oscurece y cada vez resulta más complicado distinguir nada en su interior, si no me engaño.

Había llegado el momento de comunicarle que el mundo era un sitio distinto, decidió el duque.

—A partir de ahora tendrás que arreglártelas por ti solo, mi estimado aspirante —su boca se quebró en una sonrisa a medias—. Todo esto me resultaba ya bastante estúpido y opaco de por sí, pero la ilustre Hipatia ha tenido a bien retirarlo de mi vista, con lo cual no me ocuparé en ello ni un segundo más. Viene un hombre del norte, un sabio experto en enigmas. Ahora podrás colaborar con él en la indagación de la verdad y obtendrás sin duda mejores resultados.

—¿Un hombre? —la toga se desinfló sobre el pecho del enano—. ¿Quién?

—Poco puedo decirte —por fin, las chozas de adobe dejaban de importunar la vista y tomaban el relevo casas de verdad, no meros bocetos, ni caricaturas—. Fue amigo del padre de la ilustre Hipatia, es conocido por su perspicacia y un problema de salud le hizo irse a vivir a Britania. ¿Qué sé yo, y qué me importa? Se llama Lámaco de Éfeso. Lo único relevante es que por fin me permitirá dejar de lado todo este carnaval ridículo de escribas destripados o asados a la plancha que sólo me ha traído molestias. Por no hablar, aspirante, del hedor mañanero de tu aliento y las insufribles mollejas en adobo.

La respiración de Pólux Poncio recordaba al viento que se filtra por una ventana mal cerrada, al trance de un asmático. No era una enfermedad lo que le bloqueaba los pulmones: era la rabia.

—Definitivamente, óptimo duque —apretó los dientes—, la muerte de tu esposa te ha trastornado.

Al principio, Demeas creyó no haber oído bien. Luego comprobó que era cierto: aquel infusorio, aquel sucedáneo de hombre se había atrevido a nombrar lo innombrable, a apedrear lo único sagrado que existía en la Tierra, a mezclar con la suciedad de su lengua recuerdos que debían permanecer en vitrinas, aislados del contacto con el mundo. Comprendió que lo odiaba, que lo había odiado siempre: aquel flequillo atravesado en la frente como una brizna de paja, aquellos ojos demasiado blandos en forma de almejas abiertas, aquella prosopopeya en cada gesto y cada frase eran la personificación de su amargura, de su fatiga, de la ira y el hartazgo que le deparaba el universo entero desde el día en que se despertó con la ausencia de Dafne en el otro extremo de la almohada.

—¿Cómo osas, mequetrefe? —rugió—. ¿Cómo te atreves, liendre, insecto, montón de estiércol, a mencionar lo que no debes?

Su primer impulso fue el de tomarle por el vuelo del manto y agitarlo entre sus puños, sacudirlo, hacer caer de él toda la chatarra con que le investían su orgullo y su palabrería para ver qué aspecto presentaba desnudo, qué había debajo de ese barniz de sutileza y distinción. Una idea repentina le detuvo: el recuerdo de la carta del prefecto, la entrevisión de lo que aquella carta significaba, la posibilidad de enterrar aún más su maltrecha carrera bajo una última avalancha de deshonor. Se limitó a atravesar al enano con una mirada de su único ojo que podría haber servido de herramienta a un cirujano.

—Creo que no hay mucho más que hablar entre nosotros, si no me engaño —dijo Pólux Poncio con voz inestable, antes de dar la vuelta y marcharse por otro camino.

El auriga condujo lentamente a Demeas por las calles atestadas; era la hora de mercado y de todas partes, de los puestos, de las lonjas, de los zaguanes, se elevaba un olor promiscuo de pan horneado, vísceras al sol, pescado en cuyos lomos la podredumbre comenzaba a reemplazar a las escamas. Ya en casa, el duque deambuló por los corredores sin poder evitar que una extraña desazón, un vacío blanco, viajara de sus pulmones a su estómago como una medusa. No entendía del todo lo que sucedía, pero creía atisbar que había cometido un error, y que ese error podía volverse contra él y hacerle tropezar: recordaba haber experimentado la misma sensación en el pasado, al elevar demasiado el brazo y dejar abierto el flanco del escudo, quedando a merced de la espada del adversario, cuyo golpe debía resignarse a aguardar. Y el ataque era siempre el mismo, algo parecido a un pellizco en el fondo del vientre, el frío súbito del acero hurgando en sus órganos, la sangre que mana tranquila de la herida, tal vez dichosa de hallar una salida por la que asomarse al exterior: su cuerpo estaba repleto de cicatrices como aquélla, recordatorios tácitos de que un yerro en el momento equivocado puede pagarse demasiado caro. No quiso pensar más, maldito pensamiento, maldito resquemor y malditas trampas. Se detuvo frente a la puerta del final del pasillo, con la llave de la parra labrada en la palma de la mano. Era libre y podía regresar a su patria: al tiempo que se fue, a la nación de los muertos.

Capítulo 11

Los días posteriores en la vida de Demeas el antioqueno, óptimo duque de Alejandría, son difíciles de describir, o al menos yo no me atrevo del todo. Los objetos perdieron su precisión y se hicieron más inciertos, el día y la noche dejaron de guardar su ritmo y se atropellaban, contaminando cada uno el espacio de su opuesto, el mundo se empequeñeció y donde antes habían residido hombres, edificios, el mar y los astros sólo quedó espacio para habitaciones en penumbra y la sensación, quizá agradable, de dejarse llevar en una balsa que no conduce a ninguna desembocadura. Un cronista escrupuloso debe limitarse a presentar conjeturas: tal vez Demeas durmió, se despertó de cuando en cuando en mitad del mediodía o de la madrugada sin preocuparse del avance de las horas, tal vez visitó el inevitable taller y sostuvo el polvo de diamante y zafiro en unas manos que sólo deseaban acariciar lo que se hallaba fuera de su alcance; es probable que la fiel Eco acudiera dos veces por jornada al establecimiento de Tiburcio, el boticario, y que regresara de allí con un jugo de amapola que, mezclado con el vino, convertía la desdicha en un alimento menos agrio y suavizaba el perfil de las cosas; seguramente el duque fue reclamado por sus obligaciones y entre brumas, sin emerger del todo del sopor en que había decidido ahogar su conciencia, visitó la guarnición de Nicópolis, pasó revista a soldados cuyos rostros y cuyas corazas parecían repetirse como si cada uno de ellos fuera el recuerdo, el simulacro, la redundancia del anterior, y seguramente escuchó a un oficial describir los últimos éxitos de sus legiones en el combate contra los insidiosos blemios, que acosaban a las caravanas en el Desierto Oriental. Debemos suponer, también, que cierto amanecer, o cierto crepúsculo, tuvo un sueño en que la vida y la muerte se entrecruzaban, como en las revelaciones de la fiebre.

Ya no había Demeas, ni ansiedad ni cansancio, ni esa hornacina hueca que reemplazaba a su ojo derecho en un flanco de su frente. Ahora era un embrión, una criatura sin tara, una endeble masa de carne sobre la que aún no se habían esculpido fisonomía ni rasgos. No existía futuro ni pasado, ni presente tampoco: el universo era una eternidad de líquido tibio y una sensación de abandono en la que el embrión flotaba, dócilmente, invulnerable, perfecto como sólo pueden serlo las piedras y los cadáveres, a los que no importuna el conocimiento de la existencia. Allí dentro, en esa antesala y ese centro, vivir se reducía a una especie de inercia, a un movimiento leve, apenas iniciado, al que liberarse sin resistencia, como el empuje de un carro que acaba de emprender la marcha. El feto buceaba en su líquido, insensible, mineral, tal vez muerto antes de nacer y por eso a salvo de todos los males futuros, satisfecho. Pero de pronto algo removía las aguas; la tremenda realidad parecía inmiscuirse sin permiso en ese paraíso de inmovilidad y tedio y unas ondas irrespetuosas agitaban a la criatura en su letargo. Un cuerpo que no era el suyo, una naturaleza viscosa, ágil,

comenzaba a circular alrededor de su vientre y a rozar sus muslos, y en el ser no nacido se revelaban los primeros destellos de la angustia. No podía verla, pero sabía que allí, a su lado, encargada de expulsarle del edén, había una serpiente; y sabía que su espinazo era largo y flexible, y que sobre su lomo trenzado de escamas relucían las motas blancas y azules de una maldición antigua. Al despertar, empapado en sudor, Demeas sólo retuvo el tacto del repugnante animal deslizándose por el líquido amniótico en busca de una presa, y su malestar se acrecentó. Sabía que debía realizar una visita.

La desesperación y el opio aún no habían empañado suficientemente su cerebro como para no permitirle recordar el camino. Decidió ir andando: alguna clase de escrúpulo le recomendó prescindir de su auriga, de sus ayudantes, de cualquier otro distintivo de su rango oficial. Era media mañana y por la Vía Canópica ya comenzaba a transitar el tráfico habitual de carros de fruta, holgazanes y pedigüños, iluminados que pretendían haber recibido la revelación de un dios desconocido. En realidad, Demeas no comprendía muy a las claras qué le impulsaba a realizar aquella visita; sin discernirlo del todo, había delegado en una parte de sí mismo que quedaba más allá o más abajo del sentido común y que eludía ofrecerle motivos para los actos que debía llevar a cabo. Convencido por aquella intuición, con la piel de la nuca recalentada por el sol de primavera, fue introduciéndose lentamente en los barrios del sur y caminó entre la muchedumbre de transeúntes como un sonámbulo. En cierto momento dejaría a su izquierda una casa en ruinas, una montaña de escombros sobre la que se elevaban los restos de vigas desmochadas y una fachada que había estado teñida de rojo pompeyano. Esa casa había tenido un patio con buganvillas y helechos donde el calor del verano no se atrevía a tiranizar a sus inquilinos, y una habitación con una ventana abierta al norte desde la que, al amanecer, la brisa del Gran Puerto oreaba las sábanas tendidas. Era mi casa, una casa que había sido robusta y amable antes de que una multitud enfurecida la redujera a añicos, destrozando con ella los recuerdos más suaves de mi primera madurez. Aún hoy, a veces, me descubro recorriendo en trance sus frescos zaguanes o deteniéndome ante el umbral a ver pasar los aguadores. Envejecer es echar de menos el hogar perdido.

Pero no era ésa la casa que Demeas buscaba, entre otras cosas porque ni siquiera sabía de su existencia. Su destino era un edificio mucho mayor, que ocupaba casi una manzana a dos calles del Teatro Romano, en dirección al lago. A pesar de que aquel edificio era uno de los más visitados de la ciudad y solía hallarse rodeado de una turbamulta de mercaderes, adivinas y mendigos, por no mencionar a la pareja de forzudos de narices achatadas que montaban guardia en la entrada principal, el duque lo encontró sumido en una extraña tranquilidad. Las puertas estaban cerradas a cal y canto, postigos y trancas tajantes impedían a las ventanas del primer piso asomarse a las aceras. En ese momento, la punzada que hería a Demeas en alguna zona de su interior se hizo más perentoria, insufrible: jamás había visto aquella casa cerrada, no era un negocio que renunciara con facilidad a los beneficios de los visitantes

intempestivos, a los marineros en tránsito o los soldados de permiso que podían redondear una trivial mañana de marzo. Comenzó por vocear el nombre de la dueña desde el portal, sin resultado. Cada vez más inquieto, comprobó que la puerta se hallaba bloqueada con cerrojos y pasadores, y que no existía resquicio en las ventanas inferiores que le permitiera el acceso. La Afrodita torpemente pintada en el panel le devolvió una mirada que quería ser salaz y que se quedó en una mera expresión de alarma o de súplica. Una muchacha que pasaba por allí con el pelo renegrado por la alheña le ofreció sus servicios, mostrándole un muslo por debajo del peplo descosido; el duque la apartó a un lado con una mala palabra antes de dar la vuelta al solar y reparar en que la salida trasera, la que solían usar los esclavos y los repartidores, no tenía el pestillo echado.

En el interior, entre tinieblas, perduraba el recuerdo de vino y sudor rancio de orgías pasadas. Anduvo a tientas por el salón, atento a no tropezar con los muebles, guiándose por los retazos de visitas anteriores que sobrevivían en su memoria. El brillo del sol, hecho hilachas, delataba en ocasiones la posición de una copa caída o un manto abandonado en el suelo, entre los braseros consumidos, pero no logró evitar que algo, un cuenco, una jícara, estuviera a punto de hacer caer al duque al interponerse ante sus sandalias. Repitió a gritos el nombre de la dueña, una vez, dos veces; a la tercera la voz se apagó en su garganta, consciente de que la oscuridad y los olores entreverados no le ofrecerían respuesta. La planta baja estaba vacía. Los cuartos de arriba, en completo desorden, parecían haber asistido a la desbandada que anuncia la inminencia de una catástrofe, un terremoto, una inundación, la cercanía de un ejército que vuelve superfluo todo lo que impida escapar, a toda carrera, en pos de la salvación. Casi sin pretenderlo se encontró en la habitación que mejor conocía, acompañado del trémulo jergón de paja, la palangana donde permanecía un fondo de agua y una vasija con postillas. Las franjas de luz de la mañana caían sobre la pared y le hicieron pensar que contemplaba los frescos a través de los barrotes de una verja: ahora las sirenas, el mar que se mecía pacíficamente en lontananza, los navíos remotos se habían convertido en jeroglíficos, en siglas de un idioma arcano que pretendían prevenirle de un peligro. Desenvainó la espada.

Nunca había estado allí, pero no le costó deducir que la casa contaba con un sótano, un espacio prohibido donde la dueña debía de atender a los clientes más selectos o a aquellos cuyas perversiones no admitían la transparencia de los espacios públicos. Halló las escaleras que descendían en un hueco de una sala esquinada tras la cocina. Eran peldaños estrechos, que se adentraban en una oscuridad aún más tupida e insegura que la que imperaba en el resto de las habitaciones. Comprendió que debía proveerse de una lámpara y buscó yesca y pedernal entre los hornos y las cacerolas. Ahí recibió la primera confirmación de que su intuición no le había engañado, de que su sueño con serpientes y el malestar que le había amargado el estómago desde el inicio de la jornada tenían una causa y un fin. En un rincón de la cocina, bajo un saco de alubias desventrado, chocó con un bulto. Necesitó encender la lámpara y dejar que

el aceite fuera empapando la mecha para comprobar que lo que volvía pegajosas sus suelas era un vasto charco de sangre y que un cuerpo yacía inerte en su interior. Aquel cuerpo había pertenecido a uno de los guardas de las narices aplastadas; una herida escandalosa, en zigzag, le había abierto el torso de par en par.

El silencio en las escaleras era tan nítido que casi podía sentir las patas de reptil del miedo al desplazarse por su espinazo. No, no era exactamente miedo, sino una sensación más violenta, más urgente, que le hacía resollar con energía y estrechar el puño en torno al pomo de la espada, la misma vislumbre de escenas atroces que solía acosarle allí, en la selva, cuando la proximidad del enemigo le anunciaba que su cordura iba a ser puesta de nuevo a prueba y que el valor tiene límites que no puede rozar sin peligro. El sótano, casi una cripta, se extendía a través de toda la planta del edificio, ordenado en estancias de techo bajo que separaban dinteles cortados a escuadra: Demeas tuvo la impresión de visitar la tumba de un faraón, una de esas últimas moradas colmadas de oro y maleficios donde los cuerpos embalsamados aguardaban la resurrección. Sin sobresalto, creyó detectar sombras confusas al fondo, en el corazón de las tinieblas que la lámpara no lograba penetrar: quizá una respiración estrangulada, un metal que roza un muro, un cuerpo que se refugia en una oquedad para pasar desapercibido. Los frescos que poblaban espantosamente las cámaras no le sorprendieron: la serpiente anudada a lo largo de la cruz, la serpiente que ascendía por el árbol del paraíso y conversaba con la madre Eva, la serpiente que circundaba el mundo en su abrazo, la serpiente que ascendía al cielo y atravesaba las esferas crecientes de los astros, la serpiente que encontraba a otras serpientes y ensamblaba con ellas su lomo y su cabeza. La espada temblaba en su muñeca, ansiosa, eléctrica, resuelta a golpear. No tuvo que esperar demasiado. Un gemido le atrajo hacia la oscuridad impenetrable del fondo, atravesó el último vano sabiendo que su destino marcaba un punto y aparte. Esquivó el primer ataque prevenido por el silbido del aire en torno al filo del arma; al echarse atrás, la lámpara cayó y el resto fue la noche espesa de sus pesadillas.

La conciencia, esa guía traicionera, le abandonó de golpe dejándolo convertido en un cuerpo desnudo, en un animal que luchaba fieramente por sortear la muerte: era la bestia acosada que fatigaba los bosques del mundo, que se enfrentaba a un enemigo invisible para hacer prevalecer su derecho a existir. Lanzó una estocada y oyó cómo el acero chocaba con un artefacto que él sabía monstruoso, abismal; la presencia del otro lado giraba a su alrededor como la hiena que ronda su presa, atenta al mordisco de gracia que volvería inútiles todas las maniobras futuras. Una garra demasiado afilada rasgó la tela de su túnica, en el intento de arrancarle el vientre; sus omóplatos chocaron contra la pared al retroceder, su espada dibujó un arco ciego que se detuvo en una superficie de metal, algo que no era la hoja de un arma. Entendió nebulosamente que la salvación pasaba por embestir, por suspender aquella danza de hierros que volaban: cayó a plomo sobre el cuerpo opuesto y ambos quedaron atrapados en un torbellino de miembros que sudaban. Ahora tenía la respiración del

otro a la altura de la mejilla y casi creía reconocer la ventolera turbia de su aliento, casi era capaz de ver el cepo de los dientes bajo el velo de sombra. Alguien correteó tras ellos, un segundo cuerpo que huía. Entonces la bestia mordió: el dolor, una avalancha intolerable subiendo desde el fondo de sus vísceras, se concentró en el hombro del duque poco antes de que él sujetara un brazo de metal y el otro se desasiera para salir corriendo. Hubo una interrupción, un entreacto, un espacio vacío en que Demeas confió en que había muerto y sintió alivio por no tener que preocuparse de nada más. Pero al recuperar el control de sus sentidos descubrió que seguía vivo, que su hombro ardía, que el otro había huido y que el mundo era tan terrible como había sospechado.

—¿Quién eres? —balbució una voz en la negrura—. Por los dioses, ¿estás vivo? ¿Se han marchado?

Al prender sobre la mecha, la llama de la lámpara convirtió en certidumbres muchos de los atisbos de Demeas: un surtidor escarlata recorría su brazo izquierdo, cubriéndole el dorso de la mano, goteando en el suelo, Antígona estaba allí, en un recodo de la sala, con dos muchachas que buscaban protección en su regazo como si ella pudiera defenderlas de todos los monstruos de su infancia, en un rincón, sin reclamar atención, reposaba una cesta de paja algo mayor que la que flanqueaba el altar en la casa del copista Tersites. Pero había también algo que el duque no esperaba y que maltrató todavía más su corazón indigente con un nuevo impacto: allí, alejada de las mujeres, como arrumbada en el cubo de la ropa sucia, una toga que solía ir planchada y limpia se cubría terroríficamente de color púrpura. Y no era la púrpura de los mantos senatoriales.

—Por los dioses antiguos —Demeas no era muy dado a invocar seres invisibles, aunque en esta ocasión la lengua se le adelantó—. Pólux Poncio, ¿puedes hablar?

La toga, malamente arrebujada sobre el torso del hombrecito, cubría en un acto de piedad la herida por la que la vida se le iba a chorros, dibujando en torno a él un anillo colorado. Sin preocuparse de no mancharse las rodillas, Demeas permitió que su propia sangre se mezclara con la del moribundo y trató de sostener el rostro sobre el que unos ojos de vidrio buscaban algo en la nada. La piel, pálida, recordaba la cerusa que habitualmente decoraba las mejillas de Antígona, quien, reteniendo todavía a las muchachas para que el pánico no las hiciera enloquecer, observaba desde detrás del duque cómo la respiración se apagaba en los labios del pequeño hombre rubio.

—Esto es el fin, si no me engaño —susurró con una voz sibilante, en un intento de sostener una sonrisa.

—Trata de incorporarte, Pólux Poncio —se esforzó Demeas inútilmente, a la vez que aferraba su nuca con el brazo sano.

El círculo crecía y crecía sobre el embaldosado y pronto las dos figuras se encontraron teñidas de rojo por todas partes, como si hubieran asistido a un taurobolio y un sacerdote de Mitra les hubiera hecho ducharse en la sangre de un toro

descuartizado. Consciente de que su partida no se demoraría por mucho tiempo más, Pólux se limitó a señalar laciamente la pared, donde su dedo índice había dibujado un acertijo sirviéndose del líquido que le empapaba las vestiduras. Demeas no comprendió: le pareció que el dibujo, una serie de líneas torcidas que servían de afluente a otra principal y que se extendían de arriba abajo, imitaba a un río, a un árbol desnudo, a una grieta abierta en un muro. Las tres letras que lo acompañaban, tres siglas desfallecidas, sólo contribuían a volver el jeroglífico aún más incomprensible: *KER*. El ojo del duque interrogó los del hombrecito en una rápida mirada; algo se desvanecía ya en aquellas gotas azules, acuosas, que pronto quedarían secas en la arena de la cara. Al cerrarle los párpados y hacerle fingir que dormía, Demeas se arrepintió de su odio, del asco y los desplantes que había dedicado a aquel desdichado aprendiz de hombre: la muerte vuelve automáticamente a todas las personas dignas de perdón.

—¿Ha muerto? —la voz de Antígona vacilaba.

La cabeza del duque se limitó a asentir mientras él se ponía de pie y las dos muchachas, la etíope que había visto bailar en el salón y la adolescente en cuya compañía oyó el canto de las sirenas, rompían en un desorden de sollozos y maldiciones. Le parecía que alguien le había hincado una cuña en la articulación del hombro, pero, según comprobó, al menos la herida había dejado de sangrar y no ofrecería mayores complicaciones. Recogió la espada de la esquina adonde había rodado durante el combate y se aproximó a la cesta. Antígona le detuvo con una advertencia.

—Sabes de sobra lo que esa cesta contiene, óptimo Demeas —había sólo maleza en la ostentosa arquitectura que usualmente ocupaba la cabellera de Antígona—. No tienes necesidad de abrir la tapadera.

Al aspirar el aire del recinto, los pulmones del duque se llenaron de una combinación amarga de desolación y hartazgo.

—Sí, conozco de sobra lo que contiene, como conozco, para tu mal, las pinturas que llenan estas paredes —hizo un ademán vago con la punta de la espada—. Querida Antígona, una vieja amistad nos une que rebasa la mera relación entre un mercader y su cliente. Sabes que este sótano debe dejar de existir.

Las dos jóvenes seguían llorando en el suelo, hechas ovillos. Las lágrimas habían desmoronado también los cosméticos de la frente de Antígona y rebajado su rostro al boceto de un mal pintor.

—Se hará como dices, óptimo Demeas —la voz seguía temblándole—. Agradeceré tu silencio.

Detestaba su insistencia, pero los pensamientos, las conclusiones, las certezas se acumulaban en el cerebro de Demeas como la ropa arrebujaada en una arqueta que no se puede cerrar.

—Tersites, el copista, estuvo aquí, ¿no es cierto? —trató de controlar su furia—. Era uno de los hermanos de tu secta y tú le diste cobijo cuando huyó después del

incendio de El Rinoceronte Azul. ¿Por qué es importante ese hombre? ¿Qué sabe, qué lleva consigo? El asesino vino en su búsqueda.

Junto al cadáver de Pólux, a la altura de sus tobillos, un menudo polvo negro, parecido al hollín que sirve a los escribas para fabricar tinta, trazaba un reguero en dirección a la salida. Antígona tenía los brazos completamente blindados de pulseras y ajorcas; ese metal produjo un rumor de chatarra cuando ella alzó las manos hacia sus mejillas en una expresión de perplejidad o ruego.

—Supongo que reconociste las serpientes —dijo—. Sí, la serpiente con la que danzaba Pomona, nuestra bayadera, es de la misma familia de las que Tersites guardaba en su casa y que empleamos en nuestros rituales. Y sí, es cierto, yo ofrecí amparo al escriba cuando llegó aquí implorándome un techo. No habló de asesinatos ni sangre, sólo me refirió que había tenido problemas con su patrón y necesitaba desaparecer del dominio público durante unos días, hasta que pudiera abandonar la ciudad. He hecho un voto de lealtad y estoy obligada a proteger a mis hermanos.

—Aun con el riesgo de tu propia libertad y de tu vida.

—Así es —la convicción serenó las palabras de la mujer—. Ignoro cuál era el secreto de Tersites o lo que llevaba consigo. Se marchó hace dos noches sin sacarme de esa ignorancia.

Era imposible saber si Antígona mentía, y probablemente el potro o las tenazas avanzaran poco en el descubrimiento de la verdad: Demeas había comprobado en múltiples ocasiones que la fe en ciertos dioses suaviza los efectos de la tortura y que un voto de lealtad se parece mucho a un muro espeso contra el que los golpes no sirven de nada.

—¿Por qué estaba Pólux aquí? —el ojo del duque se volvió hacia la toga ahora encarnada.

—Dímelo tú —Antígona había regresado junto a las muchachas—. Todo ha sucedido esta madrugada, incluso antes de que tuviéramos ocasión de abrir el establecimiento al público. El resto de mis niñas se encontraba fuera, atendiendo a otros clientes o descansando de la jornada, y yo contaba los beneficios de la última noche en compañía de Pomona y Cíane, que baldeaba el salón. Llegaron dos hombres, uno con capucha y el otro con un brazo de metal. Les advertimos que la casa estaba cerrada, pero no hicieron caso. Preguntaron por Tersites, y comenzó el horror. Golpearon a las niñas hasta que una de ellas perdió la conciencia, y el hombre del brazo de hierro sacó un arma espantosa, un arma que yo no había visto nunca, similar a una guadaña con uñas en la hoja —necesitó un instante de silencio para soportar la crueldad de sus recuerdos—. Les traje aquí con el fin de demostrarles que Tersites ya no se hallaba entre nosotros. Entonces llegó este hombrecillo, no sé por qué, supongo que introduciéndose por la puerta de servicio, como creo que habrás hecho tú también. El hombre del brazo de hierro lo rajó de arriba abajo igual que hizo con mi fiel Olías, el guarda que protegía la casa hasta el amanecer.

Era suficiente. Evidencias e incertidumbres seguían apelotonándose en la mente de Demeas e impidiéndole cerrar la tapa, aunque no necesitaba remover más prendas usadas. Supo, con un espanto glacial, que no se había equivocado, que la rendición no iba a serle posible, que debía internarse en aquel asunto insoportable hasta la habitación final, donde le aguardaba un recuerdo que creía haber entregado al abismo, de donde pocas cosas regresan. Pocas cosas, salvo las que no queríamos volver a ver.

Capítulo 12

El carro irrumpió en el patio de armas con una tormenta de cascos y gualdrapas, despertando de su inmovilidad al grupo de sirvientes que, bajo los pórticos, imitaban a las estatuas encaramadas en las columnas. Uno de ellos se arrodilló ante el duque, cuyo manto oficial agravaba el calor de la mañana de marzo, mientras otro, sacudiéndose la somnolencia, tomaba el caballo de la brida y lo conducía a los establos. Los guardias con armadura de gala dejaron de dibujar un aspa con el asta de las lanzas para permitir que el duque y su acompañante iniciaran el ascenso a través de la asfixiante escalinata, que casi parecía elevarse hacia la esfera del sol, allá, sobre los techos, donde brillaba ásperamente el oro de las efigies de los emperadores. Estas visitas de protocolo eran toda una penitencia: los ropajes de su rango, la clámide bordada con espigas de plata y el ribete de púrpura sobre el vuelo, el saludo empalagoso de chambelanes y funcionarios, el recorrido agotador a través de antesalas y despachos constituían toda una prueba a la que Demeas se resignaba sólo cuando las circunstancias la convertían en estrictamente inevitable. Y en esta ocasión lo era: el prefecto había considerado oportuno enviar a su mismísimo secretario hasta la oficina del tribunal para tenderle un billete rubricado con su sello, ordenándole acudir ante su presencia para discutir asuntos que no permitían dilación. Sabía bien de qué asuntos se trataba.

En el enorme vestíbulo fragmentado en mosaicos con estorninos y palmeras, su acompañante le dejó a cargo de uno de los oficiales de la prefectura, un eunuco de cabeza rapada y maneras finústicas cuyas frases de ceremonia no parecían concluir jamás. El eunuco celebró volver a hallarse ante la óptima presencia del duque, confió en que sus negocios transcurrieran satisfactoriamente, deseó salud a sus amigos y desdicha a sus enemigos y por fin le introdujo en un pasadizo acolchado de tapices, donde la voluminosa luz de la mañana perdía peso y esplendor. Por todas partes, de las estancias laterales, de los gabinetes y las escribanías, brotaba un hormiguero atareado de hombres que llevaban y traían documentos y que aplastaban sellos sobre papiros en que viajaba la voluntad inapelable del excelentísimo prefecto Orestes, dueño de Egipto desde las playas de Alejandría a los manglares traidores de Hermontis, en el sur remoto donde las mujeres tienen el color de la gangrena. Por último, el eunuco se detuvo ante una doble puerta de bronce labrada con leones boquiabiertos y conversó en voz baja con una túnica de seda bajo la que se ocultaba un mayordomo, el guardián de las cámaras privadas del prefecto. Las puertas fueron abiertas; un olor a cal mojada y a arcilla recibió a Demeas conforme penetraba en la vastedad del salón de audiencias.

El trono del prefecto se hallaba vacío. Un toldo prohibía la visión de la bóveda que hasta entonces había recubierto una regia capa de pan de oro y retratado a los

dioses paganos en mosaico. La luz del día caía en forma de catarata de los ventanales situados frente a la entrada y cegaba momentáneamente al visitante; sólo después de varios parpadeos reconoció el duque la complicada estructura que se alzaba en la esquina posterior derecha, una jaula de andamios del tamaño de una atalaya por cuyo interior trepaban albañiles y artesanos armados con herramientas. Estaban reformando los muros de la sala y decorándolos con frescos: del revoque brotaban poco a poco siluetas de edificios, patios, jardines y torres. La pintura reproducía la propia urbe de Alejandría, con toda su confusión de construcciones contradictorias, con esas calles disparatadas en que los palacios convivían con las casas de lenocinio y los monumentos con las basuras. Un grupo de obreros, a la izquierda, preparaba la capa interna del muro con arena, tejoleta y restos de caña; otros la afianzaban añadiéndole polvo de mármol; sobre la última capa, la de preparación, espesada por el polvo de toba, un artista dibujaba bocetos en ocre sirviéndose de un carbón y los marcaba con un estilete. A veces les añadía un toque de amarillo con óxido de hierro o una pincelada de azul egipcio, que previamente había que calcinar en una vasija de barro.

—Mi señor —vociferó el eunuco a la bóveda—. El óptimo duque Demeas se presenta ante tu excelentísima autoridad.

El artista, vestido con un astroso quitón de lino salpicado de pintura, alzó el ala de su sombrero y miró abajo. Dio un par de retoques a su obra antes de ceder punzón y hollín a uno de los obreros y de lavarse las manos en una palangana que otro le tendía. Sin cesar de contemplar la pared, para asegurarse de que el resultado de su última intervención había sido satisfactorio, se sentó en una silla asegurada por una soga y una polea le hizo descender al suelo, donde Demeas corrió a arrodillarse ante él y a efectuar el saludo reglamentario.

—¿Qué te parece, Demeas? —el excelentísimo prefecto Orestes señaló la mancha de carbón que acababa de dejar atrás—. Tú no habías presenciado aún el progreso de los trabajos, si no me equivoco. ¿Es de tu gusto?

—El excelentísimo prefecto posee gran talento para el dibujo, como es patente —recitó pulcramente el duque.

—Mi gran pasión —Orestes se mesó la barba, recortada al modo griego, con dos dedos sucios—. De no ser por esta distracción, el gobierno de esta loca provincia ya me habría precipitado en la melancolía y habría ablandado mi juicio. El poder es una responsabilidad ingrata, según sabes de sobra, amigo mío. Durante un tiempo pensé en escenas mitológicas, tal vez las bodas de Cadmo y Harmonía, pero esos temas no están acordes con los tiempos, vistos los vientos que soplan desde Constantinopla. Se me ocurrió entonces retratar la propia ciudad de Alejandría, elevar una ciudad dentro de la ciudad, donde tuvieran cabida todos sus habitantes, sus callizos y sus rincones. Pero al poco me di cuenta de que se trataba de una obra infinita. Quería reproducir exactamente este palacio completo, y dentro de este palacio a un hombre que reproducía el palacio. El vértigo me hizo detenerme y recapacitar. Creo que una

mirada a vista de pájaro bastará. Toma asiento, Demeas. Ordenaré que nos traigan algo.

—A tus órdenes, mi señor.

Un par de palmadas bastaron para que frente a la escalinata del trono dos sirvientes dispusieran una mesita baja repleta de uvas, higos, queso y dos copas acompañadas de una redoma de vino. Un sitial de marfil con los brazos tallados serviría de asiento al duque; el prefecto prefirió ocupar uno de los peldaños del estrado, como un chiquillo, y mascó una uva mientras se abanicaba con el sombrero de paja. Demeas envidió esa sucinta corriente de aire: la indumentaria oficial amenazaba con asarle debajo de su exageración de terciopelo y lana.

—Me alegro de volver a verte, Demeas —aseguró Orestes con indiferencia, observando todavía sus garabatos sobre la pared—. He oído que anduviste algo indispuerto, pero ahora te encuentro con buen aspecto. Tu mujer murió, creo.

—Así es, mi señor —la voz de Demeas no delató emoción—. Fue hace cuatro meses. Aún llevo luto, pero no hay pena que sea eterna.

—El mundo está lleno de mujeres, y tú eres un hombre apuesto y capaz, a tu manera —el prefecto saboreó la uva—. Encontrarás otra. No quiero creer lo que he oído por ahí sobre ciertos asuntos tratados con demasiada ligereza, ya nos entendemos.

—Te ruego que te expreses con mayor claridad, mi señor —la mandíbula de Demeas se engarrotó, como si le hubieran envenenado.

—Por favor, Demeas, bebe —Orestes casi hizo rebosar la copa del duque—. Es un vino de Quíos de la mejor calidad, te lo digo por experiencia. No está caliente, pero puedo ordenar que lo calienten si te apetece. Demeas, creo que soy un hombre tolerante, pacífico, tú ya me conoces, y no me gusta ponerme agrio. No necesito comportarme así contigo, ¿no es verdad?

La copa permaneció intacta sobre la mesita. El eunuco, que aguardaba junto a la puerta, recibió una desmañada orden del prefecto para que se retirase.

—Mi señor —Demeas respiró con esfuerzo—, sigo sin comprenderte.

—No te hagas el tonto, Demeas, ni me hagas pasar a mí por imbécil —la lánguida mirada de Orestes se endureció—. Creo que sabes perfectamente por qué te he hecho llamar. Mi mujer está muy disgustada. Le prometí que el hijo de su prima tenía asegurada una fulgurante carrera en las oficinas del tribunal y ahora me doy de bruces con que le han matado. Degollado como un carnero. Esperaba que hubieras tenido un poco más de cuidado con él.

El asiento de marfil era más incómodo que nunca. De cada uno de los poros del duque brotaba un suero espeso, acre, que le bañaba los miembros.

—No tengo disculpa, mi señor —reconoció bajando la vista—. En efecto, era mi responsabilidad y te he fallado.

El prefecto se entretuvo en hacer girar la sortija con su sello personal, una abeja con estrías cruzadas, en su mano izquierda. Parecía que trataba de armar un

rompecabezas y que no encontraba lugar para aquella pieza concreta, para aquel aro dorado que destellaba entre sus dedos como una brasa encendida.

—No nos apresuremos —suspiró—. Si te digo la verdad, tampoco sentía excesivo aprecio por ese mequetrefe engolado y altivo, que había llegado de provincias con el afán de comerse el edificio entero de nuestra administración. Si ha acabado como lo ha hecho es porque cometió algún error, de eso no me cabe duda, y ciertos errores se pagan caros. Pero no te ocultó, Demeas, que todo este jaleo de asesinatos de escribas entre cuyas víctimas se encuentran miembros señalados de la comunidad cristiana me resulta bastante molesto. El padre Hilario es muy popular en Alejandría y la masa necesita el mínimo pretexto para lanzarse a la calle y organizar un motín en toda regla. Demeas, amigo mío, no quiero ni contemplar esa remota posibilidad.

Haciendo acopio de las escasas fuerzas que le restaban, el duque procuró enderezar la espalda sobre su asiento. Ahora la luz de la ventana caía a bocajarro sobre su ojo y borraba la sala bajo un amanecer rojizo.

—Te aseguro que la situación no llegará más lejos —casi se sorprendió de oírse formular semejante promesa.

La sortija regresó al excelentísimo dedo del prefecto, donde Demeas pudo leer con claridad la leyenda: *Sé diligente*. Sí, razonó, más le valía serlo; tenía la impresión de hallarse en la arena, con la espada en la mano, enfrentado al ataque de una fiera o un gladiador curtido en un centenar de degollinas, sin saber del todo de dónde podía proceder la próxima estocada. Aunque el protocolo hubiera desaprobado seguramente su gesto, se descionó la fíbula del pecho y dejó que la clámide cayera de sus hombros, descubriéndole la reciente herida. Para combatir necesitaba tener el cuerpo libre de estorbos, de lastres que le impidieran desplazarse con soltura.

—¿Qué es eso, Demeas? ¿Vas vendado? Espero que no te haya sucedido ninguna desgracia.

—En absoluto, mi señor. Gajes del oficio, no es nada importante.

—Amigo mío —los ojos de Orestes le hicieron llegar un brillo felino—, llevas muchos años desempeñando tu cargo con ejemplar eficacia y nada desearía más que evitar que este caso se convirtiera en tu fosa. Alejandría es una ciudad difícil de conducir. Se parece a ese caballo negro que no responde a las exigencias del auriga y que puede hacer estrellar el coche, en la fábula de Platón, porque era Platón quien hablaba de ese caballo, ¿no es así?

—Tú lo sabrás mejor que yo, excelentísimo señor —los músculos del duque se mantenían en tensión—. Mi oficio son las armas, no los libros.

—Hace unos años, los desmanes de una secta herética conocida como los Incendiarios arruinaron la carrera de mi antecesor, el prefecto Antístenes. Quemaban graneros, apuñalaban transeúntes y se daban a orgías intolerables de sexo y muerte sin que la altísima autoridad que ahora represento pudiera hacer nada por refrenarlos. De hecho, su cabecilla, el tal Margolis, nunca fue capturado.

—Tenía entendido que mi antecesor en el cargo, el duque Arnobio, lo hizo detener y torturar.

—Es difícil decir si lo hizo o no: el gobierno imperial no quedó satisfecho — Orestes buscó una postura menos rígida sobre el escalón—. Entre los arrestados hubo al menos cuatro o cinco que aseguraron ser el propio Margolis, sobre todo para evitar la insistencia del hierro candente y las empulgaderas. Otro de ellos testificó que Margolis había huido y se había perdido en el desierto, donde probablemente moriría. Lo que quiero asegurarte es que yo no dejaré caer mi cabeza por culpa de ningún matarife de tres al cuarto, amparado por no sé qué dios de bisutería. He oído que existen sospechosos entre el grupo de filósofos de la Biblioteca.

—Meros rumores, mi señor —se rebeló Demeas—. Puedo asegurarte que la conducta de los estudiosos de la Biblioteca es intachable y que ningún criminal se oculta entre sus filas.

De pronto, el prefecto pareció muy cansado. Se estirizó sobre el escalón como si quisiera colocar el esqueleto en su sitio y, abanicándose todavía con el ala del sombrero, se puso en pie. Era exiguo, endeble, banal: la púrpura del manto con que usualmente se presentaba ante sus súbditos, el pectoral y la diadema y las sandalias de cuero repujado tenían por objeto dotar de consistencia y de porte monumental a un cuerpecito sin sustancia, que valía lo mismo que una frase en voz baja. Examinó de nuevo las siluetas confusas que emborronaban la pared a la altura del andamio antes de añadir:

—Ciertas amistades no convienen a las personas de tu posición, amigo Demeas. Tengo entendido que la ilustre Hipatia es una mujer notable y de entendimiento despierto, pero sus opiniones en materia de religión tienden al extravío. ¿No afirma ella que el credo de Cristo consiste en la adoración a un forajido y que las iglesias se encuentran llenas de pusilánimes, hipócritas y esclavos sin seso? ¿No compara la fe al fanatismo y afirma que si Dios quisiera que creyéramos en él se habría manifestado de un modo más elocuente que a través de una banda de pescadores y de judíos analfabetos? ¿No compara la veneración de la santísima cruz con superchería y dice que en cuestión de virginidad Atenea o Istar tomaron la delantera a la Madre de Dios?

—Es apasionada, mi señor.

—Yo había creído que pasión y filosofía son términos irreconciliables —las manos de Orestes se anudaron a su espalda—. Como ministro del emperador y juez de las causas criminales de esta plaza, sabes que el paganismo fue condenado por un edicto expreso de nuestro anterior amo, el sagrado Teodosio, y que la tolerancia hacia quienes infringen dicha norma ha de ser mínima. Demeas, en Constantinopla huele a incienso, y cada vez con mayor intensidad. Permíteme ser sincero contigo, ahora que oídos inoportunos no tienen acceso a nuestras palabras. Teodosio el Segundo es un joven de carácter débil, que no sabe manejar los asuntos del estado, que ha crecido lánguidamente en un palacio con un jardín y dedica su tiempo a la caza, las alhajas y la caligrafía. El prefecto Antemio lo mantiene en sus aposentos, tontamente entregado

a copiar en bellas iniciales los cantos de la *Ilíada* y los relatos de metamorfosis antiguas, mientras él hace y deshace en el recinto de palacio y allí adonde alcanzan los tentáculos sinuosos de su poder. Pero se prepara un gran cambio. La hermana de Su Sagrada Majestad, Pulqueria, planea desplazar a Antemio y tomar el control del gobierno. Es una joven devota que duerme en un convento con sus otras hermanas Arcadia y Marina y que se pasa el día entre escapularios y monjes más interesados en el reino de este mundo que en el que Dios ha prometido a sus fieles. Si lo que sucede en esta ciudad llega a oídos de la sagrada Pulqueria, no te quepa duda de que tanto tu solio como el mío correrán peligro. Y ya te he dicho que yo no estoy dispuesto a perder mi sitio por estúpidas reyertas entre iluminados. ¿Me he expresado con claridad?

—Con claridad paladina, mi señor.

—¿El hipódromo o el obelisco?

—¿Cómo dices, mi señor?

—Digo que si prefieres el hipódromo o el obelisco —Orestes señaló dos de los bocetos de la pared, que el abigarramiento de techos, cúpulas, terrazas apenas permitía entrever—. El obelisco me ha salido más recto y es tal vez más reconocible, pero creo que en el hipódromo he logrado reproducir de modo más apropiado los principios de la perspectiva, por no hablar del color. Es, si te fijas, el color que tienen las gradas en el atardecer de junio. Una pequeña obra maestra, sin inmodestia.

Los comentarios sobre pintura debían de constituir una especie de contraseña, de epílogo obligado a las visitas oficiales: silencioso, inadvertido, el eunuco que oficiaba de chambelán volvió a personarse en la sala de audiencias. Después de ponerse en pie y prosternarse de nuevo ante el excelentísimo prefecto, Demeas tomó su clámide y siguió al sirviente hacia el laberinto deslumbrante de antecámaras y pasillos; Orestes se limitó a alzar una mano y ocupó la silla asida a la polea que debía devolverle a lo alto del andamio. Sólo cuando se hubo liberado de la mirada de aquel hombre mínimo cuya estulticia se hallaba a cargo de todas las vidas, desiertos, naves y torres de la provincia de Egipto se atrevió a enjugarse el sudor de la frente con el antebrazo. De momento había logrado sobrevivir, pero seguía en la arena del circo: cuanto le restaba era mirar con horror hacia el rastrillo que pronto volvería a elevarse, de donde caerían sobre él los rugidos de los leones o el estrépito del tridente y la red que buscaría inmovilizarle. Ahora no podía permitirse un solo paso en falso; sabía que muchos gladiadores resbalan en la sangre antes de morir.

Capítulo 13

Su identidad desapareció debajo del grosero manto de algodón mal teñido y de la almocela que disimulaba su prematura calvicie. Los vendedores de empanadas no reconocieron al endiablado jinete que cruzó a toda prisa, entre una nube de polvo, el pavimento de la Vía Canópica; nada supieron los guardianes de la Puerta del Sol del nervioso alazán con la crin veteada de ceniza que sorteó a las caravanas para abrirse paso hacia la carretera de Nicópolis; sin comprender qué sucedía, los viajeros que llegaban a Alejandría a tramitar documentos oficiales o a exponer sus mercancías en los patios de los templos vieron restallar frente a ellos, como un relámpago gris y negro, a una especie de heraldo imperial arrastrado por una misión que no le permitía un instante de demora. La estela de arena y polvo que acompañaba al caballo e iba elevando tras de él una muralla blanquecina torció hacia el sur, a lo lejos, quizá en dirección a Canopus y el Nilo. Pronto el extraño jinete no fue más que una anécdota pasajera en los labios de viandantes que se aburrían o mercachifles que se lamentaban del rumbo aciago de los negocios.

La calzada hacia Canopus se volvía perezosa y torpe al rebasar el canal que desaguaba en el lago Mareotis, entre nubes de mosquitos y racimos de juncos tostados. El caballo se detuvo a resollar en cuanto las arenas del desierto se hicieron más densas y el jinete le acarició el lomo satisfecho, embadurnando su mano con el sudor que le recubría los ijares. El resto del trayecto, a través de un camino lateral que interrumpían trozos de roca y alacranes desorientados, podía ser realizado al trote, en compañía de la sombra compacta que el sol dibujaba sobre la cresta de las dunas. Sólo volvió a cruzarse con un anciano que guiaba a su camello por la albarda a través de los pedregales y con una mujer que regresaba a casa con un cántaro repleto de agua y un niño en brazos. La casa, o el desecho de adobe protegido con cañas que recibía ese nombre, le aguardaba donde la había abandonado seis años atrás, la última vez que se había sometido a las molestias de una visita; frente al murete que circundaba el patio, renegrida, sedienta, una higuera soportaba el tormento del calor. El pozo, de barro, seguía en su puesto bajo el toldo; la cortina que daba acceso a la casa era tal vez más valiosa y el basto cordobán había dejado paso a lino trenzado; la frescura y el olor a alubias del interior tampoco habían variado. Esperó un rato antes de sacudirse el polvo de las sandalias, dejar caer la capucha y examinar la sala principal: el horno al fondo, la artesa, la mesa sin embargo también nueva, sin las patas lisiadas del mueble de antaño, una hogaza de pan, tenazas y atizadores relucientes sobre la cal de la pared, una joven de piel de cerámica con el pelo discretamente recogido en un pasador. La joven estrujaba ropa blanca en un balde; cuando vio entrar al hombre tuerto y detenerse frente al porche, como si aguardara algo, lo miró sin entender.

—¿Quién eres, niña? —la interrogó Demeas sin detenerse en presentaciones.

La joven se puso en pie con las manos refugiadas en el regazo, el gesto de quien está acostumbrado a recibir golpes y reprimendas.

—Mi nombre es Eustaquia, y sirvo a la señora Pasífae —dijo sin elevar la vista.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace tres meses. ¿Quieres que llame a la señora?

Siria, seguramente, tal vez árabe o palestina, joven, bien parecida y educada, con los dientes sanos: casi un producto de lujo para la paupérrima Pasífae, para la quejumbrosa Pasífae que había tenido que amamantar ella misma a su propio hijo por no poder costearse una nodriza y había recogido cáscaras de sandía e higos en el mercado del Soma.

—No, no es necesario —Demeas entró en la sala y revisó el contenido de las alacenas: huevos, salchichas, harina—. Enseguida hablaré con ella. Y dime, Eustaquia, ¿ha recibido tu ama una visita recientemente? ¿Alguien desacostumbrado a quien no conocías?

La respuesta de la joven se perdió entre la ropa blanca, que había vuelto a retorcer con la intención de arrancarle toda la suciedad acumulada desde el día en que salió del taller del tejedor.

—No, señor —murmuró—. No ha venido nadie.

La concienzuda, la exigente Pasífae debía de haberla convencido con ayuda de un bastón de que repitiera la misma respuesta cada vez que un desconocido se entrometiera en la vida doméstica de la casa. El sonido de la mentira era tan elocuente en sus labios como el color de los verdugones sobre su hombro y sus pantorrillas. Por ello Demeas no se inmutó lo más mínimo cuando descubrió las sandalias de hombre arrinconadas bajo un armario, un armario al que habían añadido una cerradura nueva: sandalias gastadas, demasiado amplias para los pies casi femeninos del joven Ánito, donde permanecían restos de barro de muchos caminos y hierbas pisadas en muchos marjales y parameras. Buscó por el resto de esquinas de la habitación, registró el brasero, incluso introdujo el brazo bajo el arcón, pero poco obtuvo aparte de suciedad y dos ratones que huyeron ofendidos. Se volvió hacia el armario de la cerradura nueva. La joven le vigilaba de reojo, exprimiendo la ropa como si la estuviera depurando de una mancha antigua, como si confundiera la limpieza con el tormento.

—¿Qué hay en este armario? —dijo Demeas.

—Más ropa, señor —contestó Eustaquia—. Las vestiduras de calle del amo Ánito y de la señora.

—¿Dónde está la llave?

La señora la habría prevenido con contundentes argumentos de que debía eludir respuestas a preguntas de esa clase, y por eso Demeas admitió sin sorpresa el largo silencio subsiguiente. Sin embargo, ese espacio en blanco no venía motivado por la discreción de la muchacha, sino por la mujer que acababa de ingresar en la sala

procedente de una de las dos únicas habitaciones interiores. Las carnes de Pasífae se habían macerado con la edad, volviendo aún más perezosas las ubres y los muslos que solían escurrirse bajo sus sayales de tela barata; la edad había ensuciado la piel de las mejillas, como si hubiera caído de boca en un lodazal, y había reducido a flecos su orgullosa cabellera negra. Era evidente que la presencia del duque había despertado en su sangre una erupción de repugnancia y odio que luchaba por refrenar. Acezó costosamente varias veces antes de saludar con sarcasmo:

—Óptimo duque, qué honor tenerte en el humilde cobijo de esta desheredada. ¿Hace mucho que estás aquí? ¿A qué debo el inmenso placer de tu visita?

Al girar hacia ella, Demeas sintió en el flanco el peso tranquilizador de la espada. Su conciencia le advirtió, en un destello, que Pasífae podía no haber estado sola en la habitación.

—Salud, Pasífae —dijo—. Observo que tu aspecto es tan saludable como el de siempre, o aún más. No vengo en calidad oficial, sino como amigo.

—Hace tiempo que dejaste de ser amigo de esta casa, duque —replicó ella en tono de desafío—. En concreto, desde que mataste al padre de mi hijo.

Con expresión de cansancio, Demeas se limitó a dejar una bolsa llena de monedas encima de la mesa, junto a los panes robustos recién horneados. Desde hacía seis años, delegaba la tarea de llevar el dinero hasta aquella apartada casucha que bordeaba el desierto en manos de un sirviente al que luego jamás se atrevía a hacer una sola pregunta: sabía cuál era el sentimiento que merecía en el ánimo de Pasífae y no le parecía conveniente remover las ascuas y agitar una hoguera que podía terminar por quemarle los dedos. Hoy, sin embargo, había decidido entregar la asignación de Ánito, los diez sólidos que le permitían continuar sus estudios de arquitectura en la escuela de alarifes del antiguo Cesarión, él mismo; compensaba someterse a la mirada asesina de la mujer y sus palabras teñidas de veneno a cambio de realizar una comprobación que seguramente debería haber hecho mucho antes, antes de que la sangre le salpicara las rodillas en un burdel lleno de pinturas sacrílegas. Hubo un instante en que Pasífae contempló la bolsa abandonada sobre la mesa sin resolverse a tomarla, como comparando su magra silueta con las de los panes obesos que reposaban a su lado. Luego ordenó a la esclava levantarse con un puntapié y seguir retorciendo la ropa del balde en el cuarto de al lado. Entonces recogió la bolsa para introducirla en un pliegue de su sayal, casi con timidez o vergüenza, como si en su alma sin desinfectar hubiera lugar para ese tipo de recatos. No le ofreció una copa, ni un miserable vaso de agua; se mantuvo de pie al otro lado de la habitación, trepanándole con unos ojos que podrían haber abierto dos agujeros en la pared.

—¿A qué has venido? —inquirió agriamente.

—Si te dijera que he venido a traerte la mensualidad de Ánito no estaría diciendo la verdad —el tono de Demeas era pacífico, displicente—. Sabes de sobra a qué he venido. ¿Qué hay en ese armario?

—Nada de tu incumbencia —Pasífae observó de reojo el armario con la cerradura nueva—. ¿Vas a torturarme para que lo abra? ¿O me dejarás desangrarme igual que hiciste con mi esposo?

La herida del hombro hizo estremecerse al duque cuando se volvió para estudiar de nuevo las sandalias refugiadas en el rincón. Tardaba en cerrarse; cada vez que alzaba el brazo o efectuaba un movimiento más repentino de lo habitual engarrotaba sus músculos con un súbito latigazo.

—Veo que la fortuna te sonríe —la ironía le dobló los labios en una media sonrisa—. La esclava debe de haberte costado una suma respetable, por no hablar de tu mesa nueva, tu horno limpio y la despensa provista de harina y huevos. ¿Has encontrado un nuevo marido? ¿Es terrateniente?

En la respuesta de Pasífae había algo más que palabras, algo que ella mascaba entre sílaba y sílaba y que le escocía la lengua; el odio es como la pimienta: si uno lo traga se arriesga a abrasarse por dentro.

—Ánito ha comenzado a trabajar como aprendiz para un maestro cantero de Eunostos —rugió—. Su sueldo, aunque modesto, nos permite algunos lujos. Tus insinuaciones son tan despreciables como tú mismo, tuerto de mierda. Lárgate ahora mismo de esta casa antes de que te eche a patadas. Si me buscas, sabes dónde estoy; la próxima vez trae a tus soldados para escarmentarme.

En el patio, junto al pozo, oyó que un caballo se detenía detrás del murete, que unas riendas se anudaban en torno a la estaca donde también aguardaba su propia montura. Esperó a que el muchacho atravesara la empalizada, a que su silueta se desdibujara bajo la niebla ámbar con que el toldo coloreaba el suelo, la fachada y el brocal. Había crecido; las piernas, demasiado escuálidas bajo el faldón de la túnica, habían adquirido sin embargo algo de resolución y firmeza; el tronco se elevaba esbelto sobre unas caderas que las enfermedades infantiles habían vuelto excesivamente afiladas. Al principio no reconoció al hombre que le aguardaba frente a la cortina de lino. Al comprender ante quién se hallaba refrenó el paso y se sacó el sombrero: en el rostro de Ánito, como un recuerdo ahogado que de repente sale a flote sobre los restos de un naufragio, Demeas reconoció las facciones de su padre.

—Óptimo duque —pronunció con desconfianza—. Es una sorpresa encontrarte aquí.

La paja del sombrero temblaba en su mano, sacudida por un viento que no existía.

—He venido a haceros una visita de cortesía —dijo Demeas—. Hace calor, pero tu madre no ha tenido la gentileza de ofrecerme un poco de agua. ¿Podrías tú mitigar mi sed?

Con movimientos rígidos, Ánito dejó caer el cuero en el agua del pozo. Hubo una explosión líquida, un chirrido de zarzas quemadas en el momento en que la sogá giró sobre la polea. El agua estaba tibia, pero sirvió para erradicar parte de la amargura que estorbaba el paladar del duque. El muchacho no bebió.

—Tu madre me ha dicho que has encontrado un empleo en una cantera de Eunostos. Te felicito. Eres un joven capaz y no me cabe duda de que sabrás abrirte camino.

—Gracias, óptimo duque —respondió Ánito sin bajar la guardia—. Todo ello lo debo a tu generosidad.

El resto del agua que quedaba en el cuero chasqueó cuando Demeas la arrojó con impaciencia sobre la arena.

—Ignoro quién os habrá hablado de lo que sucedió entre tu padre y yo —dijo despacio—, pero sospecho que no os contó toda la verdad o que la disfrazó para volverla más fácil de entender. Es una tentación común: simplificar las cosas para creer que podemos explicarlas.

—Hay cosas que no son difíciles de entender —en la mirada del joven se insinuó la misma hostilidad que revolvía la de su madre—. Por ejemplo, la traición.

—Amé a tu padre como no he amado a muchos hombres y sólo a una mujer —Demeas frunció su único ojo—. Si no os he referido antes la verdad ha sido para evitaros sufrimientos, y no me ha importado pasar en tu casa por traidor y asesino. Pero al final de sus días tu padre no era tu padre. Festo murió en la emboscada que los lestriges nos tendieron de regreso al fuerte de Ratiana, con una docena de mis mejores hombres. El individuo al que hallamos más tarde no era Festo, sino una sombra.

—Una sombra a la que habías jurado lealtad —los nudillos de Ánito se cerraron sobre el ala de su sombrero.

—Festo se había pasado al otro lado, era uno de ellos —en la mente de Demeas, los recuerdos eran caballos desbocados—. Los lestriges le habían serrado los dientes y le habían enseñado a devorar al enemigo después del combate. Al regresar, Festo volvió a pelear de nuestro lado, pero no era un soldado. Yo dirijo hombres, no bestias. Jamás permitiré que un oficial bajo mi mando abra niños en dos y se regocije masticando el hígado de un guerrero muerto.

En la respiración de Ánito hubo un bache. Para serenarse, alzó la vista y la luz del toldo le colocó un antifaz amarillo.

—Es tu forma de contar los hechos —resopló—. Ahora me dirás que por eso tuviste que matarlo.

—No lo maté —le reveló el duque—. Evité darle el golpe de gracia justamente porque había sido su amigo, a pesar de que aquel animal lo merecía. Le reté a duelo en combate singular, y la fortuna decidió.

Y Demeas no se halló más allí, delante de un joven bisoño que se negaba a reconocer la verdad cuando se presenta cruda y llena de podredumbre, no soportó más el calor del mediodía bajo una lona que convertía el aire en miel derretida. Había sido trasladado a un mundo de selvas y pantanos, donde el cielo estaba hecho del mismo metal de las corazas y la vida valía menos que el barro que se aguaba en las zanjas. Los principales oficiales del regimiento les habían rodeado en el patio central,

que limitaban a un lado la tienda del comandante, con el águila hincada frente a la entrada, y a otro la barraca del hospital. Los hombres aguardaban expectantes a que se resolviera el pleito, a que dos viejos camaradas sometieran sus últimos vestigios de amistad a la ecuanimidad del acero. De un lado Demeas el antioqueño, el centurión, con el pecho descubierto y las cicatrices que, en el torso y la espalda, parecían signos de una escritura secreta que hablaba de desengaños y de fiebre; de otro el monstruo, la bestia, el que había sido compañero de todos pero bajo cuya piel lacerada sólo latía ahora la furia del lobo que se regocija en la sangre, el impulso ciego del animal que busca destruir a quien se le opone. Cuando el árbitro dio la señal con el bastón en alza, ambos empezaron a girar uno alrededor del otro, a escrutarse, a intentar adivinar en los músculos del contrario el espasmo que anunciaba el salto, la sacudida que debía preceder al choque definitivo. Las gargantas de los hombres rompieron en un rugido unánime en el momento en que, por fin, Festo alzó su arma y la hizo trazar una curva asesina hacia el costado del centurión; apenas con tiempo para esquivar la acometida, Demeas se vio forzado a recular y a punto estuvo de resbalar en el lodo que se deshacía bajo sus talones. Festo empuñaba la terrible arma de los lestriges, ese híbrido mortífero de guadaña, espada, hacha y garfio que los bárbaros del otro lado de la selva designaban con un nombre contaminado de kas y erres y que sonaba *berserk* o un ladrido similar: en multitud de ocasiones, Demeas había presenciado cómo una monstruosidad parecida a aquella que ahora marcaba la coreografía de ambos sobre el cenagal talaba de golpe el cuello de uno de sus soldados o vaciaba sin contemplaciones el vientre de un enemigo derribado. Precisamente el motivo del duelo estaba en la negativa de Festo a desprenderse de aquella herramienta de carnicero, a combatir con las armas más humanitarias que marcaba el reglamento.

—Le dejaste desangrarse como a un ternero —Ánito volvió a colocarse el sombrero sobre la frente, dando el encuentro por concluido—. Pero al menos no saliste ileso.

Imposible salir ileso después de un trance como aquél, después de haber visto la ferocidad convertida en bengalas en los ojos del hombre que había sido su amigo, de bailar durante diez intolerables minutos al son que imponía un acero enloquecido, contra el que poco podía la candidez de su espada corta. Su alma aterrada le hacía evaluar mal las distancias y se extraviaba al enviar órdenes a brazos y piernas para que adoptaran la posición preceptiva de lucha. En cierto momento, el hombro izquierdo equivocó el mandato de echarse al lado contrario para eludir el ataque y el mundo se hizo más borroso. Al arrodillarse sobre la tierra mojada apenas percibió nada: tal vez una máscara de corcho en el flanco derecho del rostro, tal vez el espesamiento de la niebla en torno a la tienda que velaba el águila del regimiento, pero poco más; al principio, atribuyó aquella cascada que le bañaba la mejilla y caía chorreando sobre sus labios al ímpetu de la lluvia. Fue sólo más tarde, después de extraer fuerzas del fondo de su miedo o de su odio, del pozo tenebroso en que ambas emociones se mezclaban como aceites, después de aprovechar el resquicio que el otro

le ofrecía por debajo de su tetilla izquierda y de golpear, cuando comprendió. Hubo una tormenta súbita, casi una música de carillón, un coro que elevó una canción de duelo, un marasmo y quizá un trueno en la trastienda de los cielos, allí donde las nubes se reunían a descargar. Sólo luego se llevó la mano a la cara y comprobó que su ojo derecho ya no estaba con él, que desde entonces viviría condenado a alojar una tronera en mitad de su frente, como pago a una amistad rescindida antes de tiempo; su ojo izquierdo, el único que tenía ahora, comprobó que había cercenado limpiamente el brazo izquierdo de su oponente a la altura del codo, y que Festo se retorció sobre el fango entre aullidos, mientras aquel grifo abierto teñía de rubí el agua de la lluvia. No se atrevió a rematarlo de un último golpe en la yugular, como habría debido; ordenó que lo abandonaran en el bosque, sin vendarle la herida: sus amigos los lobos se encargarían del resto en cuanto detectaran el olor a sangre tibia.

El agua que salpicaba el brocal se había secado, igual que los recuerdos del duque.

—Desangrado o no —dijo, con la vista en el desierto que se extendía al otro lado de la empalizada—, tu padre murió mucho tiempo antes de que yo usara mi espada contra él. A pesar de su aspecto, o quizá precisamente por él, aquel individuo no era Festo. No era ni siquiera un hombre —su ojo viró hacia el rostro de Ánito, pero el joven evitó devolverle la mirada—. Por su bien, nadie debería alojar en su casa a una fiera hambrienta. A menos que busque que le maten.

—No entiendo de qué hablas, duque —los dedos de Ánito rozaron el ala de su sombrero, en un gesto de despedida—. Me he alegrado mucho de verte. Ten salud.

—Espera un momento.

La primera intención de Demeas había sido la de incluirlo en la bolsa, con el resto de monedas que Pasífae se había apresurado a esconder en el rebozo de su túnica; luego razonó que, puesto que había poseído un valor especial que no agotaba la cifra grabada sobre su reverso, merecía también un destino especial. Rebuscó en su escarcela y extrajo el medio as; el perfil de un emperador olvidado relució en la palma de su mano como si propusiera un acertijo al muchacho, que ahora miraba el trozo de oro sin comprender.

—Esto perteneció a un hombre que amé mucho —dijo el duque—. No seas necio y no permitas que lo malgaste el animal que lo suplantó.

Regresó a la ciudad sin apresurar su montura, sin que una cortina de polvo fuera avisando de su recorrido por los caminos, en paz. Tanto su bolsa como su memoria pesaban ahora menos: aunque todavía contuviera desperdicios a los que debía aplicar la esponja, su pasado estaba algo más limpio, más presentable para recibir a las visitas. No se conformaría con más mitades: ni un as hecho pedazos, ni una verdad incompleta.

Segunda parte
EL SABER OCUPA LUGAR

Capítulo 1

A la hora de edificar su casa, la ilustre Hipatia no se había inspirado en la mansión de un alto magistrado ni en esos templos donde se adora a dioses agobiados de oro entre escalinatas y pórticos: más ambiciosa y más ingenua, ella había copiado el universo. No exagero: el edificio, de doble planta, disponía de seis habitaciones principales consagradas a cada uno de los planetas y ordenadas en torno a un patio central cuyo patrón era el sol. En dicho patio, bajo el toldo y las parras que escalaban la pérgola, se desplegaba un mosaico con el rostro de Helios rodeado por una corona de cinco puntas; encima, ese atardecer al que la narración nos trasladará a continuación, ardía una llama perfumada con incienso en un hemisferio de bronce, como homenaje al fuego perpetuo que en su tibieza permite el verano y la madurez de las cosechas. Las invitaciones que Hipatia había hecho llegar por medio de sus esclavos a muchas de las más señaladas personalidades de Alejandría indicaban como hora de la recepción el crepúsculo, cuando el calor cede en las azoteas y es más fresco el olor en las tazas de los crisantemos. Los visitantes eran recibidos en el vestíbulo por dos sirvientes que tomaban mantos y sombreros para conducirlos al guardarropa y luego, dejando atrás un breve corredor, se encontraban frente a una banda de músicos y un cantante que glosaba el desdichado amor de Polifemo por la ninfa Galatea; Hipatia los había traído desde Lemnos sólo con el fin de aportar lustre a su fiesta, a lo que los pífanos, el tamboril y la voz del castrado se aplicaban con una feliz estridencia. Ya en el patio, las conversaciones se mezclaban sin orden ni concierto con el vino de Chipre, Creta e Istria y los abanicos trataban de aligerar la sofocante fragancia de los lirios distribuidos en guirnaldas sobre los muros. Entre risas, comentarios sobre política local o la doctrina de tal o cual filósofo, los congregados atravesaban los planetas y esperaban agazapados en las esquinas para sorprender las bandejas de los esclavos; las ubres a la parrilla, los champiñones con miel y la lechuga de Capadocia consolaban a muchos de conversaciones donde el sabor escaseaba y la lengua debía volverse hacia objetos mejor condimentados que las palabras. Quien se perdía en las habitaciones interiores era invitado de improviso a un breve recorrido por las esferas celestes y las hazañas de los dioses antiguos: en la sala de Venus, los maridos insatisfechos se alegraban con las formas de la joven que emergía de la pintura de la pared, entre tritones, conchas y remolinos de espuma; en la de Marte, la música de la banda casi parecía perder fuerza para ceder ante el estruendo de corazas, yelmos, jabalinas de los mosaicos; la gran atracción de la sala de Saturno era el reloj mecánico que la anfitriona había ordenado construir sobre los viejos planos de Ctesibio y que era capaz de indicar las fases de la luna y la posición del sol en el zodíaco; en la sala de Mercurio, los curiosos se entretenían con el pájaro importado de la India, capaz de imitar la voz humana y de recitar cualquiera de las cuatro figuras

del silogismo si se le solicitaba con la fórmula adecuada. Desde el techo, lámparas de aceites perfumados contaminaban los pasillos con olores espesos a incienso, benjuí y sándalo y con sombras que parecían charcos.

El duque Demeas no se apresuró en llegar. Cuando entregó su clámide al sirviente del guardarropa y se introdujo entre los corros que discutían en el vestíbulo, la noche ya había ennegrecido el patio y la llama del cuenco de bronce convertía a los invitados en manchas de tinta. Se situó en un rincón desde el que observar mejor a la concurrencia sin ser importunado, rechazó una bandeja de higos de Siria y durante un rato se distrajo en dar sorbos cortos a un vino de Istria que a su gusto era demasiado rasposo y había sido rebajado con poca agua. Jamás se había habituado a este tipo de ceremonias que a veces constituían fastidiosas obligaciones de su cargo; sin saber qué decir, dejaba pasar de largo a los conocidos que saludaban con una inclinación de cabeza y a los vecinos que inquirían sobre el rumbo de sus asuntos: todo muy bien, gracias, me alegra verte con salud, es una fiesta espléndida. En cierto sentido, se le ocurrió, aquella recepción en casa de la directora de la Biblioteca con objeto de agasajar al honorable Lámaco de Éfeso, sabio de renombre, se le antojaba dolorosamente similar a su propia vida: diversión, música, entretenimientos y afanes que él se limitaba a mirar de lejos, en una esquina, sin intervenir. Creyó reconocer, tras una columna, a Crátilo, el director del Museo, palpando sin cesar el amuleto que le pendía de la clavícula; junto a las clavellinas del patio, con las mejillas abotargadas por la bebida, dialogaban dos de los filósofos que asistieron a la conferencia de Hipatia, el de los ojos saltones y el joven enamorado. Hubo un momento, después de presenciar una vez y otra la misma sarta repetitiva de caballeros que se secaban el aceite de los champiñones sobre el vuelo de la túnica, de camareros que giraban sobre las copas derramando el vino en la solería, de lámparas apestosas que distorsionaban los rostros reduciéndolos a caricaturas, en que Demeas creyó que iba a sucumbir a su aburrimiento, ese ángel de la guarda que le acompañaba allá adonde pretendiera huir. Pero eso fue antes de encontrar una silueta junto a un vano y sentir que el corazón se le subía en un vómito.

La luz era oblicua y no podía distinguirla con claridad: más que de su ojo huérfano, el reconocimiento provino de otra parte, de un sentido oculto que palpitaba bajo su piel y le aseguraba con una desesperación febril que no se había equivocado, que no podía equivocarse. Sin embargo, al principio no se movió de su esquina; permaneció quieto, con la estúpida copa de vino en la mano, temeroso de avanzar y de hacer que el cuerpo que desdibujaba la luz indirecta de la lumbre se desintegrara en un espejismo. Estaba de pie, apoyada en un pilar, flexionando displicentemente el muslo izquierdo que apenas cubría el faldón de un quitón griego; miraba a lo lejos, de perfil, como si tratara de vislumbrar un detalle en un paisaje lejano o proteger un pensamiento del fragor intolerable de las flautas y los platillos. El cabello, recogido en un moño pardo por encima de la nuca, los brazos de pan tierno cruzados sobre el cingulo, incluso los tobillos que el cuero de las sandalias cubría de tachaduras eran

como pruebas de cargo, como indicios incontrovertibles, declaraciones a grito pelado de que no erraba y de que aquella sombra pertenecía a una mujer imposible. Por fin, Demeas se atrevió a avanzar. Con la sangre latiéndole sobre las sienes con mayor furia que el timbal del músico lemnio, franqueó varias espaldas, pisó a un individuo que emitió una protesta de ajo y pimienta, tropezó junto al peristilo y a punto estuvo de precipitarse sobre el cuenco de fuego y el mosaico de Helios coronado. Tal vez advirtiendo sus maniobras, tal vez para declararle sin palabras que era un sueño que jamás podría capturar, la sombra dejó su posición y se escabulló en una de las salas laterales. La angustia oprimió el pecho del duque cuando él la siguió hasta el recinto dedicado a Saturno, donde la vio escurrirse entre el gentío que apreciaba las monerías del reloj mecánico; volvió a verla desaparecer tras dos comensales que eructaban y arrojaban cuescos de aceitunas sobre la efigie de Júpiter; llegado al planeta Venus, la carrera tocó a su fin. Casi chocó contra la alta figura, vestida enteramente de seda roja, amarilla y naranja, que conferenciaba con un hombre impreciso en mitad de la estancia. La ilustre Hipatia llevaba la cabeza velada y allá en lo alto, en su frente, sus ojos relucían como musgo fresco. El peplo y la estola eran del mismo color que su cabello: parecía que la directora acababa de echar a arder.

—Ah, óptimo Demeas, por fin te tenemos aquí —dijo con una sonrisa en diagonal—. Te has tomado tu tiempo en aparecer, te gusta impacientar a tus anfitriones.

—¿No sabes ya, ilustre Hipatia, que el óptimo duque es un hombre ocupado? —intervino Crátilo, que era la persona que bebía a su lado.

Demeas hizo un último amago por librarse, por continuar su caza, pero comprendió que era inútil. Los oídos le zumbaban y a la altura del corazón sentía un escozor, como si alguien hubiera apagado un brasero.

—Disculpa mi retraso, ilustre Hipatia —balbució—. En efecto, otras obligaciones me han retenido y no he podido llegar hasta este momento —quiso dejar su mente en blanco, iniciar el diálogo trivial que la situación requería; se dio cuenta de que no podía; se rindió—. ¿Quién era esa mujer? ¿Quién era la mujer que ha atravesado la estancia antes de mi llegada?

Hipatia y Crátilo miraron a su alrededor, como si les hubieran pedido apreciar la decoración.

—¿Qué mujer, óptimo duque? —la directora volvió a sonreír—. No me dirás que has venido a mi fiesta en busca de muchachas, duque. Creo que has confundido la casa de Hipatia con la casa de Antígona, donde tengo entendido que te conocen bien. ¿Has probado el vino?

—Poco mezclado, para mi gusto —cortó Demeas, agrio.

—¿Qué te ha sucedido en el hombro? El ilustre Crátilo también lleva el brazo vendado, lo cual me hace sospechar que se trata de una moda moderna. Las momias vuelven a marcar tendencia, observo.

—Hay cosas para las que no pasa el tiempo. Para las momias, en primer lugar. Es sólo un rasguño, ilustre Hipatia, agradezco tu interés.

Entonces, para su espanto, la mujer y el hombrecito del amuleto se enzarzaron en una penosa controversia sobre las teorías de Onesandro, la aportación de Hipatia y su intento de limar los aspectos más conflictivos, la posibilidad de vida más allá de la esfera de la Luna y de su viaje a la Tierra en buques que singlaban sobre el éter. Haciendo muecas y pronunciando constantemente unas sílabas (astrágalo) que debían protegerle de los dioses enojados, Crátilo repitió que era peligroso negar la sacralidad de los cielos (astrágalo) y que existían evidencias más que suficientes de la eficiencia de la astrología (astrágalo, astrágalo); Hipatia se inflamó de nuevo para emprender un panegírico de la labor científica de Onesandro y declarar sin rubor que ella misma, si sus fuerzas se lo permitían, demostraría al mundo la certitud de sus tesis. En fin: que Demeas comprobó, por si no lo tenía ya suficientemente claro, que el aburrimiento puede cambiar de sitio pero nunca marcharse, como el polvo en una habitación mal barrida.

—Pero basta por ahora —resolvió la mujer al entender que el único ojo del duque estaba a punto de cerrarse—. Sospecho que nuestro óptimo invitado no encuentra de interés estas cuestiones. En realidad, Demeas, me habría gustado que hubieras llegado a tiempo de oír mi discurso de bienvenida y la presentación pública del honorable Lámaco, cuya llegada es el motivo real de este evento.

—Te reitero mis disculpas, Hipatia. ¿Ha sido satisfactorio el viaje del honorable Lámaco?

—¿Puede ser algo satisfactorio para un insolente como él? —encajó Crátilo con una alarmante sinceridad, seguramente auspiciada por el vino—. ¿Existe algo en lo que Lámaco de Éfeso no encuentre detritos y porquería?

La mirada de la directora le traspasó.

—Todo ha ido bien —dijo, apretando los dientes—. El honorable Lámaco es un hombre exigente y a menudo resulta difícil de contentar, pero estoy segura de que nos prestará su ayuda sin mayores dificultades. Es hora de que te lo presente. Discúlpalos, ilustre Crátilo —golpeó con su copa la del hombrecito casi como si pretendiera espurrearle el contenido sobre la túnica—. He oído que te heriste con las armas de tu Museo y que por eso llevas el brazo vendado; cuida que lo próximo que tengan que vendarte no sea la lengua.

Dejaron que el hombrecito intentara digerir su vergüenza con ayuda de la copa mientras franqueaban otro dintel y pasaban a la sala de Marte. Allí Demeas no descubrió la sombra que esperaba, el único objeto entre aquella vorágine de ruido, fragancias narcóticas y cabezas que no cesaban de hablar que hubiera aplacado su ansiedad, que le hubiera hecho sentir algo más cómodo que un trozo de carne que se abrasa en la parrilla.

—He sabido, Demeas, de la suerte de tu ayudante —encajó entonces la mujer, llevándose un dedo a los labios—. Confía en mi sinceridad si te aseguro que lo siento.

—En realidad no era mi ayudante —el duque tuvo la sensación de que aquellos recuerdos le pesaban como su vieja armadura—, sino un aspirante a un puesto de

funcionario en el tribunal. Pero agradezco tus condolencias. Su muerte ha sido un golpe que no esperaba.

El cabello de Hipatia enrojecía por momentos, como si la mención del crimen le hiciera adoptar el color delator de la sangre. Atravesaban una sala donde se ofrecían lirones rellenos de col y ella refrenó el paso para recalcar mejor sus frases.

—Ha habido otros golpes que no esperábamos —dijo—. Mi esclavo nubio, Zonaras, al que creo que conoces, sufrió una misteriosa agresión hace dos noches. Fue asaltado en la calle por unos desconocidos que lo introdujeron en un saco y lo apalearon hasta hacerle desvanecerse. Ignoro qué pretendían, pero no le han matado. Apareció a la mañana siguiente, en la cuneta de la carretera de Naucratis, con algo de confusión y dos brechas abiertas en el cráneo. No sé por qué, pero algo me hace relacionar la muerte de tu aspirante con este secuestro. O quizá me equivoco. Tal vez pudo tratarse de unos cristianos que buscaban divertirse haciéndome la vida imposible, que, según ya sabes, es una de sus aficiones favoritas.

—La vida ya es imposible sin la colaboración de los demás —reflexionó fúnebremente el duque.

Según le indicó Hipatia, el honorable Lámaco ocupaba un diván en la sala de Mercurio, en compañía del pájaro de los silogismos. Pero en el momento en que iban a atravesar la última puerta, la directora encontró un obstáculo que no resultaría fácil de salvar. Ella era una experta en maniobrar entre los pensamientos de los hombres; entre sus emociones, sobre todo si son cálidas y mueven al suspiro, ya se encontraba menos desenvuelta.

—Ilustre Hipatia —dijo el joven filósofo enamorado, echándose sobre ella desde un rincón de la estancia—, es un placer poder conversar por fin contigo.

Un elocuente arqueado de cejas de la directora hizo comprender a Demeas que debía proseguir su rumbo en solitario. En la habitación en la que penetró entonces, Mercurio se elevaba con el caduceo sobre unas montañas que el pincel del pintor había confundido desmañadamente con las jorobas de un camello; al fondo, a la izquierda, el vino animaba a dos desconocidos a hacer preguntas al pájaro situado sobre la alcándara, cuyas plumas cobraban a la luz de las palmatorias acentos de rubí y lapislázuli. El primero de ellos, un tipo mal peinado al que la copa le flaqueaba en la mano, dejaba de proferir risas flojas para balbucir:

—Cuarto modo de la segunda figura.

El pájaro replicaba con una inquietante voz de metal, como si ocultara a un prisionero en una caldera:

—Todos los hombres sueñan. Hay egipcios que no sueñan. Hay egipcios que no son hombres.

Junto a la ventana que se abría al patio, antes de la salida que comunicaba con la estancia contigua, un anciano acaparaba un diván. Tenía los pies descalzos, en alto, el faldón de la túnica dejaba al descubierto dos tibias reseca que torturaban las varices. Se inclinaba de modo que el resplandor de la lámpara no le alcanzara la cara y bebía

intermitentemente de un vaso situado a su derecha, entre un plato de caracoles cocidos en leche y una cajita de píldoras que parecían alcaparras. Contemplaba la noche desde la ventana con expresión de resignación, con la del enfermo que no tiene más remedio que congraciarse con un dolor contra el que nada pueden las hierbas ni los antídotos; de vez en cuando dirigía un gesto de mal humor a los individuos que interrogaban al pájaro y la melena blanca le caía a borbotones sobre el pecho y los hombros. Ahora era el turno del segundo borracho; las palabras, pastosas, brotaron de su boca casi como la bechamel para solicitar:

—Primer modo de la cuarta figura.

Y el pájaro:

—Todos los dioses son ciegos. Todos los ciegos son inocentes. Hay un inocente que es dios.

—¿Hasta cuándo vais a estar dando el coñazo con el pájaro de los cojones? —bramó el anciano mostrando los dientes—. Hacedme el favor de ir a dar por culo a otra parte con vuestra borrachera.

Los dos individuos salieron de la habitación con rostros de asistir a un funeral. Antes de cruzar el vano, la seriedad les abandonó y explotaron en carcajadas y saliva. Sin saber qué hacer, Demeas permaneció de pie frente al anciano, que había vuelto a mirar la noche como para cerciorarse de que era correctamente negra. Dio otro trago a su vaso, acomodó el tobillo izquierdo sobre el brazo del diván; entonces giró en dirección al duque y el fastidio se hizo aún más persistente en sus ojos.

—¿También tú vienes a jugar con el jodido pájaro? —dijo.

—No, honorable Lámaco —Demeas se aproximó—. Soy Demeas de Antioquía, duque de esta plaza. La ilustre Hipatia ha decidido traerte hasta aquí con objeto de que colaboremos juntos en la resolución de un misterio.

El anciano suspiró y se enderezó sobre el asiento, antes de devolver el vaso a la mesita.

—Ah, sí, tú eres el famoso Demeas. Por fin, no es que te hayas dado mucha prisa en llegar. Por tu culpa he tenido que aguantar más de dos horas entre esta banda de gilipollas que sólo pretenden beber, hartarse de flamenco asado y hacerle preguntas a ese pájaro estúpido que estaría mejor atravesado en un espetón.

—Todas las lanzas son afiladas —prorrumpió el pájaro—. Hay una pluma que no es afilada. Hay una pluma que no es una lanza.

—Míralo —Lámaco le dedicó un gesto de franco odio—. Su ama le ha metido toda esa mierda en la cabeza y ahora no cesa de espurrearla por todas partes, se lo pidan o no. Mierda, de eso tenéis mucho en Alejandría, en exceso. Toma un asiento y ponte aquí a mi lado, Demeas, hagamos algo que merezca la pena y a ver si así salvamos la noche, por un feliz casual.

Demeas arrimó un escabel al diván y comprobó que la piel del anciano estaba parcheada, llena de ronchas antiguas, como el mapa de unas islas. Seguía esforzándose por que la claridad de la lámpara no le llegara a la frente; cuando se

incorporó sobre el brazo de su asiento y colocó en su regazo una servilleta y un cálamo que mojó en las heces de su vaso, hizo un ademán molesto, el intento de esquivar el acoso de una abeja.

—Bueno, cuéntame —dijo concentrado todavía en la noche del patio.

—¿Que cuente qué?

Cuando se volvieron hacia él, Demeas constató que los ojos del anciano eran duros, secos, indigestos.

—¿Qué va a ser? —bufó—. ¿Tu vida? ¿Cómo te quedaste tuerto? Nada de eso me importa un carajo, como podrás suponer. Haz el favor de hablarme de ese famoso misterio por el que Hipatia me ha hecho venir hasta aquí, a gozar de la compañía de todos estos distinguidos señores. Y abrevia, por favor, no hace falta que empeores mi dolor de cabeza.

Con timidez, el duque empezó por ponerle al tanto de la muerte de Epiménides, de la herida que roturaba su pecho como un campo arado, de los libros heréticos, de El Rinoceronte Azul; luego se fue animando y sus frases se volvieron más fluidas al mencionar los cadáveres achicharrados en el Cementerio del Oeste y la desaparición del copista Tersites. Sin advertirlo, se encontró rememorando con una especie de resquemor y nostalgia a Pólux Poncio, el insufrible enano cuya compañía había puesto tantas veces su paciencia contra las cuerdas, y por un momento no pudo evitar que su garganta se convirtiera en un arenal. La mano del anciano tomaba tediosamente notas sobre la servilleta, al tiempo que su mirada volaba a través de la ventana y parecía dejarse conducir por la música a un lugar remoto, lejos de aquel recuento de crímenes y dioses emparentados con serpientes. Demeas dudaba que le escuchase del todo, que lo que consignaba en sus apuntes fuesen en realidad los pormenores del caso en vez de los pensamientos peregrinos que debían de visitar su aburrimiento; sólo esbozó un gesto de asentimiento, o de enojo, al oír el nombre del venerable Hilario, que parecía resultarle familiar. En otra sala imprecisa, el cantante castrado había emprendido la crónica de los amores de Píramo y Tisbe; el aroma a sándalo y malabatro les llegaba a vaharadas del pasillo, donde los curiosos que pretendían consultar al pájaro daban la vuelta en cuanto chocaban con la expresión homicida del honorable Lámaco. A cierta altura del relato, cuando Demeas describía el sótano surcado de reptiles de la casa de Antígona, el anciano quedó inerte sobre el diván, como aletargado; su mano permanecía muerta encima de la servilleta salpicada de signos rojizos.

—Honorable Lámaco —quiso asegurarse—, ¿me estás oyendo?

—Ningún filósofo es calvo —informó el pájaro—. Hay un calvo que es jinete. Hay un jinete que no es filósofo.

—Óptimo Demeas —Lámaco dio otro trago a su vaso y se introdujo entre los dientes una de sus píldoras—, ignoro con qué virtudes te habrá ornado la naturaleza, pero puedo asegurarte que la elocuencia no se halla entre ellas. Si este caso es ya pesado de por sí, tu narración está hecha de puro plomo. Por favor, acaba cuanto

antes con lo que tengas que decirme y deja de interesarte por la salud de mis oídos. Están bien, gracias. Y estarán todavía mejor cuando puedan desembarazarse de esta puta música para afeminados.

El duque sólo se atrevió a añadir dos o tres detalles más, que la mano manchada de ronchas taquigrafió con furia sobre la servilleta. Un incómodo silencio se instaló entre ambos en cuanto el relato tocó a su fin; la encargada de deshacerlo fue la ilustre Hipatia, que en ese instante irrumpió en la sala con el ceño fruncido y el filósofo enamorado tras sus talones como un perro que ha recibido un mendrugo. El velo de la estola se le había desprendido de la cabeza; sus acostumbrados cabellos bermejos formaban una aureola en torno al rostro parecida a la corona del mosaico de Helios en el patio.

—Óptimo duque, un hombre te busca —dijo con apresuramiento—. Creo que viene del tribunal. Hay novedades.

Era Grilo, su secretario; la carrera por las calles del centro de Alejandría le había bañado de sudor las sienes y la frente, donde habían quedado impresos los rizos castaños de su flequillo, y había reducido sus pulmones a una lastimosa sucesión de silbidos. Cuando logró serenar su respiración masculló que se necesitaba con urgencia al duque. Se había producido un nuevo ataque.

—¿Dónde? —Demeas saltó de su asiento con la mano apoyada impulsivamente en el puño de la espada.

—El venerable Hilario, mi señor —jadeó Grilo—. Alguien asaltó su casa y le hirió a él y a su secretario Cármides. De momento parece que se halla fuera de peligro, pero una gran multitud de cristianos se ha congregado frente a su puerta y claman venganza. Dicen que los paganos están detrás de todo.

El ojo del duque realizó una veloz transacción con los de Hipatia: en ese cruce había terror, rabia y la nube de una duda. Ordenó que le trajeran su clámide y que avisaran al auriga; Grilo acudiría de inmediato al tribunal en busca de la guarnición; los denuestos del lamentable Lámaco y sus jeroglíficos en servilletas podían esperar. Pero el anciano no parecía dispuesto a limitarse al papel de figurante. Por primera vez su perfil entró de lleno en el cerco de luz con que la palmatoria rodeaba la habitación y todos comprobaron que sus pupilas estaban acorraladas por una red fatigosa de arterias. Acababa de erguirse sobre el asiento y dirigía a una orquesta invisible agitando el brazo izquierdo en el aire.

—Un momento —impuso con una voz que no admitía objeciones—. Hagamos las cosas con método, si no queremos que este deplorable asunto se prolongue hasta el día de la segunda venida de su Cristo. Mi salud me impide acompañarte, duque, pero contarás con la escolta de mis ojos y mis manos. Ellos verán y obrarán en mi lugar como si yo mismo me encontrara junto a ti —chasqueó los dedos—. Creo que Clea andaba por el patio. Que venga al instante.

Y aquí la pluma del amanuense ha de volver a vacilar si desea retratar con exactitud todo cuanto sucedió en el ánimo del óptimo Demeas, qué formas, y

contornos, y siluetas se dibujaron bajo la humareda espesa que sofocaba sus pensamientos. El corazón, ese animal rebelde, volvió a cabriolear en la jaula de su pecho y luchó por subírsele a la lengua, donde dejó un sabor a metal o sangre; un zumbido espeso, como el de un enjambre de avispas que buscaban asesinarle, le colapsó los oídos; el ojo, en su miserable nicho, parpadeó varias veces antes de declararse conforme con la imagen que pretendían hacerle aceptar. La imagen que llevaba cuatro meses, tres días e infinitas noches atrapada en la muerte, el semblante que su memoria había ido acariciando con desconsuelo desde una distante mañana de diciembre como para no olvidar ninguna de sus aristas, de sus pliegues, de sus delicias secretas. Era ella, aunque tal vez más joven, tal vez más sólida, vestida con un quitón que no le había visto nunca y que cruzaban en aspa dos cordones para resaltar la violenta osadía de sus pechos. Al inclinarse para recoger las palabras que Lámaco le susurraba sobre la mejilla derecha, un rizo del color de la cebada le escapó por encima de la oreja: el cabello también era idéntico, aunque se agitaba con mayor inquietud bajo el moño anudado rabiosamente a la altura de la cerviz.

—En marcha —pronunció Demeas como un estúpido, en lugar de estrecharla, de tomar su cabeza entre las manos, de inquirir qué había visto allí abajo, donde la noche no cuenta con astros que la alivien.

—Todos los sueños son vanos —alertó el pájaro desde la percha con insólita brutalidad—. Todas las esperanzas son sueños. Todas las esperanzas son vanas.

Capítulo 2

Las conjeturas más locas se daban empujones en su mente y no cesaban de tropezar, de caerse, de hacer un ruido endiablado que apagaba la presencia de cualquier otro tipo de pensamiento, si es que quedaba alguna otra cosa que pensar. Se dijo que soñaba: que del mismo modo que a veces creía haberse levantado para orinar en la letrina o en la zanja del campamento y luego se descubría bajo las sábanas de la alcoba, ahora habitaba un mundo de cartón y estaba delante de una persona que no tardaría en esfumarse con los primeros indicios de la aurora. Se dijo que había despertado: que por algún oscuro sortilegio había pasado cuatro meses encarcelado en una pesadilla que no disponía de espacio suficiente para contener su angustia y su cansancio y que de repente, por una súbita palmada del destino, aquel tormento había llegado a su fin. Se dijo que era una casualidad: había oído infinidad de chismes en las tabernas y los mercados que hablaban de coincidencias no menos estupefacientes, que rozaban a no menor distancia los precipicios del disparate y del milagro, si es que son cosas distintas; había oído hablar de un cristiano que se cruzó en el campo con un león al que arrancó de la pata una espina que le hacía sufrir, que el cristiano fue arrestado y condenado a morir en el circo y que la fiera que debía devorarlo era ese mismo león, que le perdonó la vida; había oído que un hombre desesperado tendió una soga para ahorcarse sobre una higuera, que la soga cedió y que le hizo caer, que el golpe le permitió descubrir un tesoro enterrado bajo el árbol y que el hombre se marchó de allí lleno de júbilo, que luego llegó otro hombre que rebuscó bajo la higuera y no encontró el tesoro que había escondido, que el segundo hombre terminó ahorcándose en la soga tendida por el primero. Se dijo que se encontraba ante uno de esos casos de parecidos desarmantes que registran los escritores antiguos: un caso como el de Artemón, un campesino cuyas trazas copiaban de tal modo las de Antíoco, rey de Siria, que cuando éste murió su esposa le envolvió en la púrpura y convenció a sus súbditos de que aún eran gobernados por el mismo individuo; un caso como el de los dos niños que el tratante de esclavos Toranio vendió al triunviro Marco Antonio haciéndole creer que eran gemelos, y que le colmaron de estupor cuando oyó hablar a ambos en lenguas incongruentes, uno en un dialecto de Asia y otro de más allá de los Alpes. Se dijo que la resurrección no es imposible, por delirante que resulte, si la han defendido ciertas personas de seso: pues no sólo los cristianos hablan del retorno de los muertos al envase que ocuparon en vida, sino filósofos de amplio entendimiento como Platón y Pitágoras. Todas estas y otras muchas cosas más barajó el espantado Demeas en sus mientes tratando de dar cuenta del prodigio que ahora presenciaba, que tenía delante bajo la forma escandalosa de la carne y el hueso y que le dirigía miradas de soslayo conforme el viento agitaba sus rizos sobre la plataforma del carro. Sólo descendió de sus elucubraciones cuando el

griterío de la multitud sustituyó al rumor de la brisa sobre su frente y comprobó que el caballo vacilaba, incapaz de proseguir su avance.

A la luz de las antorchas reconoció a algunos de los soldados de la guarnición, que sostenían desesperadamente sus escudos en un intento de reprimir la marejada. Un hervidero de cabellos desgreñados, túnicas, escapularios, voces y puños que expresaban su indignación al unísono bloqueaba la calle y amenazaba con caer sobre la indefensa casita blanca que se alzaba en un extremo, entre la cal desollada. A duras penas consiguieron abrirse un pasillo hasta el umbral, donde llegaron intactos si se omiten un salivazo en el ruedo de la clámide y una cáscara de sandía que pudo convertirse en un resbalón traicionero. En el interior, el desorden no era menos estridente; Demeas necesitó recurrir a su recuerdo de anteriores visitas para comprender que aquel mueble descuartizado que yacía patas arriba en un rincón, junto a la salida del patio, era la mesa en que había comido aceitunas, y que la confusión de papel y tinta que alfombraba el piso se correspondía con la biblioteca del venerable. Junto a la mesa caída, el secretario Cármides ocupaba un taburete; una venda le protegía el hombro derecho y el color de su rostro era indistinto del de la madera sobre la que se hallaba sentado. Había un hombre volcado sobre el catre en que gemía el padre Hilario, y que se esforzaba en hacerle tragar un brebaje que el anciano declinaba moviendo trabajosamente la cabeza de lado a lado. Por fin, después de casi vaciar el alma en un suspiro, accedió y manchó las comisuras de sus labios con un suero amarillento.

—¿Quién eres tú? —inquirió bruscamente Demeas.

El hombre se incorporó. En lugar de cara tenía una máscara blanda, escurridiza, donde el barro aún no había contado con ocasión de secarse.

—Mi nombre es Marciano —dijo con altanería, enroscando un frasco—. Soy el médico personal del eminente Cirilo, patriarca de Alejandría. Mi amo me ha hecho venir para atender las heridas del venerable Hilario y asistirle en su postración.

—Tu amo es muy atento —replicó la joven resucitada después de dedicar un examen al cuerpecito desbaratado sobre el jergón—. ¿Qué tiene?

La respuesta se atascó en la lengua de Marciano; estaba acostumbrado a atender a obispos, santos y duques, no a esclavas con los muslos al aire.

—Le han golpeado severamente en la frente y los costados —notificó—. Tiene contusiones en el cráneo y dos costillas rotas, aunque podría haber sido mucho peor habida cuenta de la fragilidad de su esqueleto. Le he aplicado una férula y le he administrado calmantes. Debe reposar. El secretario ha sufrido una cuchillada en el hombro. Ha perdido sangre, pero todo irá bien si la herida no se infecta.

De fuera les llegó un fragor rocoso, que Demeas asociaba a las ocasiones en que el oleaje embestía contra el espigón de la isla de Faros y bañaba de espuma las ruinas del templo de Poseidón. Inquieto por el estruendo, el cuerpecito del padre Hilario rebullía bajo las mantas del catre, forcejeando, luchando por liberarse de una atadura invisible. Uno de los soldados de la guarnición penetró en la casa y su coraza se

cubrió de miel al recibir la luz líquida de la lámpara de aceite; no traía buenas noticias: ni el rostro que parecía tratar de refrenar un dolor ni la espada desenvainada eran augurios favorables.

—Óptimo duque —murmuró en un acento oriental, probablemente armenio—, la turba está descontrolada y nuestros hombres encuentran serias dificultades para contenerla. Creen que el venerable Hilario va a morir y exigen ajusticiar a sus atacantes. Esperamos tus órdenes para cargar.

Las sienas de Demeas volvieron a batir: ya no sabía cuál de aquellas emociones coléricas que le vapuleaban por dentro había tomado la delantera. Sólo pudo exhalar un bufido de cansancio en el que tal vez se diluía una súplica.

—Está bien —oyeron entonces un hilo de voz que se elevaba desmayadamente del jergón de la esquina—. Yo iré a aplacarlos. Os lo pido por Dios bendito, ayudadme a ponerme en pie.

El médico estrujó con aprensión el frasco contra su manto; cuando Demeas le hizo una pregunta sin palabras, encontró en sus ojos una prohibición. En la expresión de Clea se debatían sombras contradictorias: la sorpresa, la alarma, la admiración por el coraje que mostraba aquel muñeco roto que ya comenzaba a enderezarse sobre la almohada y cuyo rostro emborronaba un hematoma como un calamar violeta. También al filo de la cama, Cármides disfrazaba su preocupación bajo el intento de reprimir la tos.

—No lo soportaré —se franqueó en fin el médico, girándose patéticamente hacia el duque.

—He dicho que me ayudéis a levantarme —el tono del anciano era el de una advertencia.

Al otro lado de la cortina que les aislaba malamente de la calle un mar enfurecido volvió a arreciar, el soldado de la espada desenvainada echó los hombros adelante, en ademán de disponerse a cargar con un peso excesivo. Si seguía pensando, Demeas sabía que quedaría petrificado, igual que aquella mujer de la que hablaban los libros hebreos; para sobreponerse a esa parálisis, se echó sobre el jergón y asió el brazo derecho del venerable: le pareció que sostenía una rama de canela.

—Saldremos —resolvió—. Médico, tómalo por los costados.

Pero el médico se echó atrás mientras el barro mojado de sus mejillas se esponjaba aún más y borraba la identidad de su rostro. Fue Clea la que se inclinó y aferró al venerable por debajo de las axilas, para hacerle sentarse con cuidado de no forzar el vendaje que le almidonaba las costillas. Sobre su cráneo, casi traslúcido ahora, una gasa parecía comprimir sus pensamientos para que no se desbordaran, para que no huyeran en desbandada de aquel recipiente quebrado. Con ayuda del duque y de la muchacha, el hombrecito comenzó a levitar, sus pies descalzos pedalearon sobre el desorden de papeles y enseres astillados que cubría el suelo. El soldado de la espada se ofreció a descorder la cortina, y al hacerlo la noche ingresó en la casa con su olor a teas consumidas y la cercanía de un mar que rebasaba los diques. Demeas y

la joven avanzaron paso a paso, asiendo con mucha suavidad aquella cosa que se les apagaba entre las manos, aquel ovillo de lino, piel y suspiros que amenazaba con partirse en un montón de piezas sueltas. Al trasponer el umbral, el centelleo anaranjado de las antorchas se entreveró con la inmensidad de las voces, con los alaridos de enojo y desesperación que se abatían sobre ellos como una lluvia de verano. Pero un mero gesto del hombrecito bastó para hacerla escampar.

—No temáis, hijos míos —entonó el venerable con una voz sorprendentemente potente—. Aún no ha llegado mi hora. Nada aguardo con mayor esperanza que el momento en que el Todopoderoso me llame a Su seno, pero es Su deseo que aún permanezca entre vosotros, atento a guiar a mi grey.

Hubo un silencio de una densidad agobiante, en que el firmamento pareció más duro sobre sus cabezas y más firme la llama en la punta de los hachones. Alguien empezó a llorar; dos manos se alzaron hacia las estrellas, en signo de gratitud; delante, tras de los soldados aplastados sobre sus escudos, una mujer cayó de rodillas. Demeas creyó reconocerla: era la misma que unos días antes había presentado a su hijo ante el venerable para que desterrara de su cuerpo una enfermedad fatal. La mujer reptó por el polvo hasta tener frente a ella los pies del anciano, que apenas podían tenerse; besó varias veces el vuelo de la túnica y sus cabellos se derramaron sobre los huesos torpemente disimulados por una leve capa de piel.

—¡El padre Hilario está vivo! —proclamó una silueta que ocupaba uno de los puestos de avanzada—. ¡El santo varón vive! ¡Alabado sea el Altísimo!

El mar quedó súbitamente en calma; Demeas no pudo reprimir un escalofrío al comprobar cómo todas las cabezas buscaban sumisamente la tierra y la muchedumbre se prosternaba, de nuevo en silencio. Ahora la respiración quejumbrosa del venerable era perfectamente audible, a la derecha de su mejilla: sólo rogaba por que resistiera su dolor por unos breves instantes más, por que su esqueleto se mantuviera en el interior de su funda durante los escasos segundos que necesitaban para que la bajamar devolviera a todas aquellas criaturas a casa. Bajo el velo del hematoma y las sombras que proyectaban las teas, una porcelana ciega relucía en los ojos del hombre santo.

—No penéis por mí —jadeó—. Acordaos de nuestro santísimo padre Jesús que padeció la cruz, las espinas y el flagelo y que voluntariamente se ofreció al martirio por la salvación de nuestras almas. Y que allá en el Gólgota, antes de entregar su aliento al Padre, perdonó a quienes le ofendieron y volvió a enseñarnos que nuestros enemigos merecen más la compasión que el odio. Amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar remuneración; así será grande vuestra recompensa y seréis hijos del Altísimo.

—Pierde la conciencia —susurró Clea con aprensión, mientras se esforzaba por calzar el brazo exangüe del venerable sobre su hombro—. Óptimo duque, hay que regresar.

La multitud permanecía inmóvil, con la vista en el suelo, haciendo más nítido, escandaloso, el chasquido de las armaduras de los soldados al retroceder. Demeas y la

joven iniciaron el retorno despacio, sin apresurarse. Antes de atravesar la cortina, Hilario dibujó torpemente un aspa en la pesadez del silencio.

—Mi paz os dejo, mi paz os doy —se despidió, con la voz hecha pedazos—. Podéis ir en paz.

—Demos gracias a Dios —rugió el mar, y cesó.

Hilario era una reliquia, un monumento no demasiado distinto de los osarios que los fieles veneran en los altares de las iglesias solicitando el alivio de las plagas y la multiplicación del oro. Cuando volvieron a introducirlo en el catre y a cubrirlo con las mantas y el rebozo, poco quedaba en aquel cuerpo embalsamado de la energía sobrenatural que había humillado a la entera población de una ciudad con el eco de su voz. Durante unos momentos Clea permaneció a su lado acuclillada, exhibiendo sus muslos, para cerciorarse de que la respiración aún abombaba aquella caja cascada; todos los presentes asintieron con alivio al percibir que las mantas se elevaban y volvían a descender y que un resto de palabras inconexas se deslizaba de los labios sin color. Marciano, el médico, no se entretuvo en intercambiar una mirada final con el duque o su acompañante; desapareció tras la cortina entretenido en enroscar maniáticamente el frasco que temblaba entre sus dedos. Ahora era Cármides el que velaba la cabecera en que su amo intentaba ahuyentar a la muerte, hacía oscilar el cráneo de lado a lado negándose a acudir a la llamada, se debatía por no ser arrastrado.

—Vivirá —vaticinó Cármides con un rastro de tos en el fondo de la garganta—. Su cuerpo es pequeño y débil, pero la magnitud de su alma lo sustenta y le hace invulnerable al dolor. En el pasado ha arrostrado los sufrimientos más feroces en su devoción al Altísimo. Ayunó hasta convertir su estómago en un guisante, y salió confortado; mortificó su carne con el cilicio y el látigo, y se hizo más sabio. En su juventud vagó por el desierto durante cuarenta días y cuarenta noches, alimentándose de cardos y lagartijas, saciando su sed con la humedad que se escurre debajo de los riscos al amanecer. Esperaba una señal del Todopoderoso, y Él, conmovido por su fe, se la otorgó. Dios se le apareció desde la esfera del sol y le habló, encargándole apacentar a su rebaño. Así regresó el santo Hilario a la ciudad, con los ojos ciegos por la majestad del Señor. Dicen los médicos que miró demasiado tiempo el sol y que eso le abrasó las retinas, pero nosotros sabemos la verdad: hay un fuego más intenso y terrible que el que emiten los astros.

—Allí se le apareció el ángel de Yahvé en llama de fuego, en medio de una zarza —balbució el hombrecito en trance—. Miró y vio que la zarza ardía sin consumirse.

—Mi amo, el honorable Lámaco, envía saludos al venerable —expresó entonces Clea enderezándose—. Desea su pronta recuperación y le hace saber que pone todas sus fuerzas al servicio de la búsqueda del culpable.

Dios no había otorgado al secretario Cármides la misma insensibilidad que al santo al que servía: la herida del hombro le molestaba cada vez que hacía el intento de colocar en su sitio un mueble derribado o recogía fajos de papeles para

devolverlos a sus nichos, así que el duque y la chica se ofrecieron a ayudarle a poner un poco de orden. Comenzaron por instalar la mesa en su puesto habitual y hacer que las patas dejaran de señalar el techo; luego fueron despejando el suelo de páginas rotas, trozos de cerámica y utensilios, y recogieron la ceniza volcada del brasero. Mientras se entregaba mecánicamente a aquella tarea de fregona, Demeas comparaba sin querer a la mujer presente con la que le habían arrebatado, y encontraba a la recién llegada más flexible, más voluntariosa y lejana. Pensó: la muerte es una escuela en la que se aprenden cosas, una universidad en la que ella acababa de licenciarse. Cuando se agachaba para tomar los libros y estudiarlos durante un instante, antes de apilarlos en la mesa o en un hueco de los anaqueles, sus rodillas se volvían blancas y duras y revelaban la juventud de su piel; en esos momentos, el duque debía realizar ímprobos esfuerzos por no abalanzarse sobre ella y estrangularla con sus abrazos. Abría alguno de los volúmenes y hacía con ellos una cosa prodigiosa, que Demeas no había presenciado jamás: recorría las líneas con la vista y las traducía directamente en su cerebro sin necesidad de pronunciarlas en voz alta, a través tan sólo de un rápido rumor entre dientes.

—Eran dos hombres —contestó Cármides a la pregunta que acababa de formular el duque, y ocupó un taburete junto a la figura que se estremecía bajo las mantas—. No puedo decir mucho de ellos porque el ataque se produjo demasiado repentinamente, pero sí reparé en que llevaban capuchas y mantos, como para no ser reconocidos. El venerable y yo regresábamos del hospital de los Apóstoles, de consolar a los enfermos de gripe que en estos días cunden en la ciudad y agonizan entre lamentables fiebres y estertores. La casa no tiene puerta, según podéis comprobar, porque no guardamos nada de valor que pueda atraer a los ladrones: nuestro patrimonio exclusivo consiste en pensamientos puros y buenas obras. Ellos estaban aquí cuando llegamos. Habían revuelto todo, los enseres de la cocina, los libros de la biblioteca y la ropa del jergón, buscando algo que no consiguieron encontrar. Nuestra irrupción les tomó de improviso: el venerable se dedicó a interpelarles y ellos le golpearon dos veces con algo contundente, reduciéndolo al estado penoso que ahora presenciáis. En cuanto a mí, me aparté a tiempo y sólo recibí una cuchillada en el hombro, que me provocó un desmayo momentáneo. Al despertar, el venerable se lamentaba junto a mí y mi sangre empapaba las Escrituras. Corrí a buscar ayuda.

—Dices que perseguían algo que no consiguieron encontrar —Clea depositó sobre la mesa un estuche de escritura en que la pluma había quedado partida en dos—. ¿No se llevaron nada?

—Creo que no, salvo un par de libros tal vez —los ojos de pescado de Cármides evaluaron el contenido de los nichos—. Sí, un par de libros de la Biblioteca, de la recopilación de Simeón el Amanuense.

En un resquicio, bajo los estantes, Clea detectó un reguero de polvo negro. Se aproximó y lo palpó con las yemas de los dedos: aquella materia minúscula se

desmoronó vistiendo de luto su índice y su pulgar.

—Esto no es la ceniza del brasero —constató con desconfianza.

—No —reconoció Cármides—. Es hollín, carbón vegetal machacado. Se mezcla con goma y vinagre para conseguir tinta. También sirve la resina quemada, combinada con azul de cobre y grasa de ganso, pero es más cara. Encontrarás mucho polvo como ése en la casa de cualquier copista.

De su refajo, la joven extrajo una cajita en la que recogió una muestra de polvo: el gesto, reconoció Demeas tragando saliva, era el mismo con el que la mujer que se fue introducía sus diamantes triturados en el estuche que figuraba junto a su torno. Luego, Clea cotejó dos o tres de los volúmenes que todavía estorbaban los rincones. Había algo en ellos que reclamaba su atención, algo que planteaba una adivinanza y que le hizo extenderlos sobre la mesa, para confrontar sus páginas con mayor facilidad. Mientras lo hacía, jugueteaba con un rectángulo de paño blanco; el duque advirtió que se trataba de la servilleta en que el insufrible Lámaco había transcrito los detalles del caso, en aquella habitación donde un pájaro profería frases sin sentido y que ahora parecía hallarse infinitamente lejos, al otro lado de la noche.

—Estos libros fueron copiados por la misma mano —las cejas de Clea se frunció, lo cual no afeó su rostro, porque nada podía afeár aquel rostro—. ¿Es la caligrafía de Epiménides?

—En verdad te digo que mañana estarás conmigo en el paraíso —murmuró la voz del padre Hilario en un vagido. Seguía combatiendo contra algo que le acosaba, como si la muerte fuera un avispero. Cármides le acarició la frente y alzó la manta hasta la altura de su garganta.

—Es la caligrafía del venerable Simeón, el Amanuense —un tajante arranque de tos desbarató las palabras del secretario y le hizo buscar un recipiente por las estanterías. Después de aspirar el interior, sus pulmones acordaron una tregua.

—¿Simeón el Amanuense? —la joven seguía comparando los manuscritos, en el intento quizá de captar una anomalía, o de atrapar un insecto que huía entre los renglones—. ¿Quién es? ¿Lo conoces tú, duque?

Demeas negó con la cabeza; algo, una lumbre de admiración, de reverencia, aclaró la mirada del secretario antes de explicar:

—Un hombre santísimo, que ha consagrado su vida a la lucha contra la blasfemia y los falsos profetas. Esos libros que examinas pertenecen a la Biblioteca, Epiménides los consultaba y se los llevaba de la sala de lectura sólo porque la amistad del venerable con la ilustre Hipatia así se lo permitía. Forman parte del fondo de escrituras heréticas que Simeón donó a la Biblioteca antes de retirarse al desierto. Durante años Simeón, hombre erudito y dotado para las sutilezas teológicas, compendió, estudió, resumió y copió las obras de todos los enemigos de la doctrina. Su intención era redactar una suerte de enciclopedia de la herejía, donde el sano entendimiento encontrara los diversos embustes y atrocidades que han pergeñado quienes perdieron la luz del Señor y pudiera enfrentarse así con mayor brío con

cuantos la escarnecen. Pero el camino recto es sólo uno, e infinitos los senderos torcidos que nos conducen a la perdición: la inmensidad de la tarea acabó por agotar al venerable Simeón y le aconsejó establecerse en el desierto; allí, en la práctica de la vida eremítica, purgaría su alma del contacto con la basura que la había ensuciado durante años. Cedió su labor a la Biblioteca, para que el lector público tuviera a su alcance los efectos del mal y pudiera horrorizarse con ellos. Ahora vive en una cueva, cerca de Terenutis, nutriéndose de grillos y del rocío de los arbustos, entregado, dicen, a una historia universal de las mentiras de los descarriados.

—No soy digno de que entres en mi casa —concluyó el hombre santo antes de sumirse en un espeso sopor—. Pero una palabra tuya bastará para sanarme.

Cierto, pensó Demeas, una palabra. Basta una palabra para sanar o herir, basta una palabra para convertir el mundo en una hoguera o rescatarlo de las cenizas. Una palabra, tal vez dos: las dos que él hubiera implorado oír de los labios de la muchacha erguida junto a él, del ser imposible que ahora le acompañaba a la salida y cuyo perfil se oscurecía bajo las sombras aromáticas de la noche de primavera. Esas dos palabras son pequeñas, pero vuelven a los hombres invulnerables.

Capítulo 3

El saber sí ocupa lugar. En concreto una extensión de ciento veinticinco yugadas de pasillos, corredores, cámaras esquinadas detrás de columnas como para jugar al escondite y vestíbulos circulares por los que la luz del sol sólo penetraba al alba y al crepúsculo, a través de ventanales recortados sobre la media naranja de las bóvedas. Todo ello atosigado de volúmenes hasta el empacho: rollos de papiro y pergamino dispuestos sobre anaqueles de caoba, de los zócalos al techo, pared tras pared, sala tras sala, sin ofrecer un espacio abierto en que los ojos pudieran oxigenarse antes de recomenzar su inventario. Allí se encontraba todo lo que los hombres han dicho, todo lo que han afirmado y han negado, lo que inventaron y lo que hallaron al pretender observar la verdad más de cerca, lo que los atormentó y lo que les hizo reírse, lo que elevaron inútilmente para protegerse del vendaval del olvido: las crónicas de batallas, los poemas de amor, las historias de niñez, la descripción de los sueños y las mentiras, las ciudades, las selvas, la genealogía de los dioses, el movimiento de peonza de los astros, las amenazas del insomnio, las promesas del porvenir. Todo convertido en un vasto albañal de papel y tinta, cobijado en estanterías contra los muros que apenas doraba la luz de la mañana cuando se atrevía a penetrar por los avaros ventanucos: así contempló Demeas la legendaria Biblioteca de Alejandría.

El acceso a aquella zona nuclear de la Biblioteca sólo estaba autorizado a la propia directora o a sus personas de más directa confianza. Para alcanzar el retorcido nudo de galerías y habitaciones que se extendía por detrás de la sala de lectura, Demeas y Clea siguieron la cojera del esclavo nubio de Hipatia, quien se desplazaba por aquellos recintos secretos sin emitir un solo sonido, salvo el de sus pies descalzos sobre el mármol ajado de la solería. Aparte de su paso maltrecho, el reciente ataque de que había sido víctima le había abierto dos cicatrices a la altura de la nuca, dos ojos desvelados en la negrura de su cráneo. El médico del tribunal encargado del examen de los cadáveres, al que el duque había obligado a acompañarles, seguía como hipnotizado el tatuaje que en la espalda del nubio trazaba la silueta de una mano llena de garabatos y rayaduras; esa mano se quebraba y cambiaba de contorno cada vez que los omóplatos se estremecían con el ritmo del cojear. En cuanto a Clea, era obvio que se hallaba fascinada. Igual que la gran mayoría de los mortales, había oído hablar en multitud de ocasiones de la ingente biblioteca que Ptolomeo I Sóter, llamado Keraunós, el Rayo, había ordenado erigir en el corazón de su imperio para preservar la memoria de los logros de los hombres, y ahora recorría entre el temor y la devoción aquellas salas sagradas donde el pensamiento se aliñaba con la poesía y no existía palabra, por insignificante o disparatada que fuese, que no contara con un pequeño recoveco. Desde fuera, el tamaño del edificio llamaba a engaño; sólo cuando se exploraban los infinitos corredores y los pies empezaban a doler y a enturbiarse el

sentido de la orientación uno comprendía que la Biblioteca no resultaba menos monstruosa que el universo del que pretendía ser un resumen, ni menos confusa. Habían comenzado por ascender un largo callejón poblado de estanterías para alcanzar un salón en círculo lleno de estanterías; el salón se abría en tres partes sobre otros tres pasillos con más estanterías; el de la izquierda, o tal vez el del centro, torcía en ángulo recto sobre un nuevo muro cubierto de estanterías; ahora tal vez giraban en arco flanqueados por un abanico de estanterías. Los libros eran tan egoístas que sólo permitían a la luz exterior asomarse por un breve resquicio a ras del techo; probablemente, a partir del atardecer fuera imprescindible servirse de lucernarios para distinguir algo allí dentro.

Demeas tuvo una sospecha: el orden de los anaqueles era sólo aparente; los volúmenes habían sido abandonados sobre las baldas al azar, sin criterio; encontrar allí una frase, una cita, un título no era menos improbable que elegir el grano de arena correcto en la playa de Eunostos.

—Ah, al fin estamos aquí —bostezó el médico del tribunal con los ojos llorosos—. Creía que íbamos a pasar el resto de la mañana mirando estanterías.

Al torcer en un recodo, el paisaje varió. El siguiente corredor se hallaba bloqueado: uno de los anaqueles había caído y desparramaba por el suelo un alud de rollos desencuadernados. Al lado del derrumbe, la ilustre Hipatia aguardaba con impaciencia, haciendo sonar la punta de su sandalia sobre el silencio de mármol de las baldosas. Debía de ser algo grave, algo mucho más perentorio que un mero accidente causado por un mueble vencido para que solicitara la presencia del duque y un médico del tribunal y para que les permitiera la entrada en aquel ámbito prohibido. Sólo los ordenanzas directamente supervisados por la directora podían moverse con libertad entre aquellas estancias últimas, ellos eran los encargados de atender las peticiones de quienes deseaban consultar algunas de las obras del fondo y de trasladarlas a la sala de lectura.

—Salud, ilustre Hipatia —formuló el duque, repentinamente atemorizado por el eco sonoro de su voz.

Ella sostenía con incredulidad el paño de su estola sobre el pecho y los hombros y parecía soportar algo, como si masticase un alimento desagradable. El incendio de su pelo se había apaciguado, recogido detrás del cráneo por una horquilla que hacía juego con sus ajorcas y sus pendientes. En lugar de devolverle el saludo, se limitó a mirar al duque con pesar o con ira y señaló la cascada de libros que cubría el suelo. No había sólo papel allí; debajo, sobresalían dos piernas.

—Creo que es un conocido tuyo —dijo la directora casi ofendida, como si Demeas hubiera faltado a la buena educación—. Lo encontramos esta mañana, mientras recorríamos esta sección en busca de un manual de botánica.

Siempre rápida, siempre eficiente, Clea se encargó de retirar los volúmenes desplomados y fue descubriendo poco a poco la silueta de un hombre, o de algo que lo había sido. Las moscas ya habían tomado posesión de aquel cuerpo consumido,

hecho de mojama, que apenas contaba con una corteza de piel reseca que le forrara el esqueleto; tenía las manos crispadas, el dedo meñique izquierdo permanecía rígido como para hurgar la nariz; en su boca había un resto de espuma vieja y la expresión era la de quien ha comprendido algo espantoso, alguna de las muchas cosas de este mundo que es mejor ignorar. El médico sofocó otro bostezo con el dorso de su muñeca y se arrodilló para realizar un examen más detenido. En ese momento una sombra negra, casi un charco de brea, se escurrió bajo las sandalias de la ilustre Hipatia. Era Faraón, su gato: también él contaba con permiso para pasear a sus anchas por la zona prohibida del edificio.

—¿Un conocido mío? —a veces las indirectas de aquella mujer temperamental agotaban al duque—. Explícate, ilustre Hipatia.

El gato se acurrucó tiernamente en el regazo de la mujer cuando ella lo tomó del pellejo del lomo. Observaba con concentración el cadáver, como intentando comprender.

—Mírale el antebrazo —sugirió Hipatia—. Tenía una sospecha y he hecho venir a uno de los escribas de la sala de lectura que solía encargarse de libros en El Rinoceronte Azul. Me temo que se trata del copista Tersites, a quien creo que buscabas.

Encima de la muñeca, en la zona anterior del brazo, el cuero reseco mostraba con claridad el perfil de un tatuaje: una serpiente enroscada sobre una cruz. Con desesperación, Demeas trató de encontrar algo inteligente que decir, pero no pudo.

—¿Qué hacía aquí? —masculló.

—Esperaba que tú pudieras sugerirme algo al respecto —el gato ronroneó cuando los dedos de la mujer rastrillaron sus orejas—. Yo no le he invitado a venir, pudo asegurártelo. Y éste no parece un lugar apropiado para venir a pasear cuando alguien se aburre, para eso ya está la Vía Canópica o el hipódromo, o esa casa con frescos de cierta amiga tuya, óptimo duque —el tono de Hipatia iba caldeándose—. Es más, no entiendo cómo pudo llegar hasta aquí. El acceso a esta zona de la Biblioteca se halla severamente restringido, según sabes.

—Buscaba algo —dijo Clea mirando a todas partes, en un intento de capturar algo que revoloteaba por el pasillo—. Vino aquí en busca de algo y murió, o le mataron.

La cabeza del médico se agitó a un lado y a otro.

—No, no lo mataron —informó, aburrido—. No tiene heridas, salvo las mordeduras de las ratas que han venido atraídas por la carne podrida, ni trazas aparentes de haber sido envenenado. La causa es más sencilla, me parece, aunque no sé si menos terrible. La lengua está hinchada, la piel imita al pergamino y hay restos de papel y pelo en la boca. Este hombre murió de hambre y sed, o estuvo a punto de hacerlo antes de echarse encima la estantería. Por su aspecto, debe de haber pasado penalidades durante casi una semana. Se alimentaría de ratas y de su propia orina. Cuando todo eso le faltó, se dedicó a masticar libros. Dicen que la literatura y la

filosofía son grandes alimentos para el espíritu; lástima que el estómago precise de cosas más sólidas.

Lo sucedido parecía obvio: aquel desgraciado se había introducido clandestinamente en la Biblioteca y luego no había sido capaz de encontrar la salida que le devolviera a la realidad. Es algo común en quienes frecuentan los libros, se dijo Demeas, perderse entre volúmenes y olvidar el camino de regreso; pero la mayoría de ellos no mueren: se contentan con volverse locos. Vio a aquel pobre cadáver vagando como un espectro por las inacabables galerías, tanteando rincones y empujando lienzos en busca de una puerta escondida, intuyendo con una arcada de angustia que lo poco que le restaba de vida se reducía a aquel cementerio de versos, epopeyas y teoremas. Sí, el único motivo por el que habría arrojado un destino tan cruel debía de ser un objeto, probablemente un libro camuflado entre el océano infinito de cuantos anegaban los vestíbulos: pero cuál, y por qué, y sobre todo cómo.

—Ilustre Hipatia —pronunció ceremoniosamente la dulce Clea—, necesitamos saber con exactitud qué buscaba el copista Tersites entre estos anaqueles. Debes permitirnos explorar la Biblioteca.

De la garganta del gato se elevó una especie de gorjeo, una risa sardónica.

—Creo ya haberos expresado que eso es imposible —ella seguía acariciando al animal—. El acceso a estas secciones está prohibido de modo terminante a los profanos. No puedo hacer una excepción con vosotros: eso crearía antecedentes y el reglamento de esta institución es severo al respecto.

—Tus palabras me sorprenden, ilustre Hipatia —replicó Clea sin bajar la mirada—. Suponía que estabas interesada en resolver este cúmulo de crímenes y que habías hecho venir a mi amo desde Tracia sólo para proyectar luz sobre ellos.

—Y así es. Pero lo que me solicitas no está en mi mano. Dime exactamente qué clase de cosa opinas que Tersites debía de buscar cuando murió y mis ordenanzas se encargarán de realizar un registro.

—Señora, mi amo te tiene por una mujer inteligente —la joven inclinó la barbilla en un gesto de vehemencia—. No puedo creer que confíes de veras en que esa solución baste. Cuento con el respaldo del honorable Lámaco, a quien sirvo de ojos y oídos, y me es imprescindible un examen pormenorizado de estas habitaciones por mí misma, si el hallazgo de la verdad todavía es de tu interés. Me haces pensar que los filósofos se asemejan a veces a los malos escaladores: cuando la verdad exige demasiado de sus fuerzas, se contentan con mirar las cosas desde una colina, en lugar de desde la montaña que les permitiría una visión más satisfactoria.

El gato escapó del regazo de la directora en cuanto ella comenzó a pellizcar su espinazo con rabia. La yesca y el pedernal habían vuelto a hacer saltar chispas en el interior de su ánimo y regresaba el fuego antiguo: el que le habría permitido orientarse en las sombras con el solo destello de sus ojos, el que le convertía el cabello en leña seca. Su réplica fue como la vaharada que escapa de un horno abierto.

—Ignoro de qué guardaría o de qué lupanar te sacaría el honorable Lámaco, cuya sabiduría ambas veneramos —masticaba las frases—. Pero, pobre niña, te aseguro que no eres la más indicada para darme lecciones de filosofía, ni a mí ni a nadie. Tus piernas de jinete tal vez te hagan convencer con facilidad a los hombres, quienes, ya sabemos, se dejan nublar con frecuencia por los efluvios del esperma acumulado; conmigo son inútiles. No visitarás las estancias vedadas de la Biblioteca: dime qué necesitas y yo te lo traeré.

La muchacha soportó el golpe sin recular, sin que aquellas piernas de amazona que la directora había mencionado, aquellas piernas que de haber sido de yeso o mármol en lugar de mazapán habrían estado expuestas en el escaparate de cualquier escultor, dieran un solo paso atrás. El rostro, hierático, rígido, también obra de un escultor, no traslucía ninguna emoción. Demeas consideró oportuno interceder por ella.

—No seas injusta con la joven, ilustre Hipatia —terció—. Su edad puede ser corta, pero la compensa con la longitud de sus conocimientos, de los que ya me ha dado algún indicio. Reconsidera tu decisión: una exploración de estas salas nos sería de gran utilidad para la resolución del misterio que a todos nos acongoja.

—Lo dicho, niña —Hipatia se echó furiosamente la estola sobre los hombros—: Esas piernas te harán llegar muy lejos —durante un instante contempló ensimismada la punta de sus sandalias; su mirada viajó hacia el tatuaje del hombre de pergamino—. Me gustaría mucho complacerte, Demeas, pero debo reiterarte mi negativa. Aquí se atesoran obras muy valiosas, joyas irremplazables del espíritu de los hombres, y ese acervo no puede ser dejado en manos poco expertas. Si hago una excepción contigo, luego llegarán otros: redactores de enciclopedias, profesores de retórica, historiadores que reúnen méritos para ingresar en alguna academia o que se servirían de estos sagrados libros como de alpiste, para engordar su orgullo. No, no lo diré más. Esa visita es imposible.

El esclavo nubio les condujo a la salida a través de la misma serie repetitiva de pasillos, antecámaras, tragaluces y estanterías. Al principio Clea se detenía a observar cada cruce y cada esquina como queriendo aprenderse el camino; a la cuarta o quinta bifurcación, el desánimo le hizo concentrar su mirada en las baldosas. Era evidente que estaba irritada, pero se esforzaba por desmentirlo; Demeas intuyó que parte de la educación que le había impartido el honorable Lámaco consistía en aparentar frialdad: es un recurso que muestra óptimos resultados en el amor y la batalla. Pronto se encontraron en el gran recibidor de la planta alta, bajo la estatua en que el arquitecto Anacrites, constructor del recinto, sostenía un compás de mármol. En el pedestal, la inscripción seguía reduciendo literatura y vida a los mismos ingredientes: *Tierra, agua, aire y fuego son la materia de los hombres y las letras. El silencio es la quintaesencia*. Bajaban la escalinata en dirección a la planta principal, que alojaba el Museo, cuando los ojos de Clea se aclararon. Los ojos eran también los mismos que

los de la mujer muerta: jaspe, cornalina, zafiro o esmeralda, cualquiera de las piedras paradisíacas que se acumulaban sobre la mesa de su taller.

—¿No te intriga algo, duque? —dijo de repente.

Por supuesto que había algo que le intrigaba, algo que apenas le permitía dormir y para lo que no existía respuesta sencilla, pero seguro que ella no se refería a eso.

—¿Qué quieres decir?

—Ven, paseemos por el Museo.

Y Demeas regresó a los días de fiesta de antaño: con una borrosa sensación de resaca recorrió los gabinetes de maravillas y monstruosidades en compañía de la mujer que amaba, y se descubrió sorprendiéndose una vez más, sin empacho, de los cristales de las geodas, el plumaje de los pájaros exóticos, los autómatas de los sabios antiguos y el esqueleto de la ballena. Pero Clea no parecía interesada en toda aquella quincalla cómicamente distribuida tras las vitrinas como para insinuar un orden, para convencer a los ingenuos de que el universo respeta una pauta o posee un sentido. Al contrario, sólo miraba al suelo: le interesaba el suelo, las planchas de piedra que se intersecaban formando ángulos rectos y que las vetas del mármol ilustraban con imágenes de celajes o nata montada. En la sala de artefactos ópticos, en vez de distraerse con los espejos que convertían los cuerpos en caucho y las ranuras tras las que se entreveían funámbulos sobre el cordel, ella se arrodilló y golpeó la planta con los nudillos, con la mano abierta; repitió la operación en la sala donde se exhibía la escritura de los seres, esos hombres pequeños y de ojos rasgados que viven más allá del desierto de los persas; al llegar a la sección de las máscaras funerarias se echó de bruces y auscultó la solería como una puerta cerrada. Atravesaron la sección de animales disecados, la del laberinto de Creta, la de antigüedades griegas. Al final, a la izquierda, una puerta entreabierta conducía a un cuarto mal iluminado.

—¿Qué es esa habitación? —dijo ella.

—Es el despacho del director del Museo, el ilustre Crátilo —informó Demeas.

Había un candil encendido, pero la luz espesa que despedía facilitaba más confundir las cosas que reconocerlas. Encima de la mesa, contra los rincones, sobre los estantes, se arremolinaban esqueletos de bichos, herramientas oxidadas, pliegos con el círculo del zodíaco, hierbas convertidas en cromos, frascos en los que se ahogaba mejor no saber qué, tinta y plumas, trajes de teatro. En una esquina, tras el escritorio, una cesta de mimbre soportaba una tonelada de papeles; en otra, las ratas que el director había elegido por mascotas revolvían repulsivamente las colas entre los barrotes de sus jaulas. Junto a ellas, en el suelo, había una rejilla empotrada, alrededor de la cual se esparcían manchas de un líquido rojizo: Demeas recordó las sospechas del desdichado Pólux Poncio y sintió que la boca se le quedaba seca.

—Ajá —dijo Clea señalando en la dirección de sus sandalias.

Llegaba alguien. Dos personas, enzarzadas en una conversación; o mejor, una persona enzarzada en un monólogo y otra que asentía.

—¿Podía ser de otro modo? ¿No estaba suficientemente clara la presión de Marte sobre Venus y las consecuencias nefastas que se derivarían de ella? ¿Es necesario advertir que la situación sólo puede empeorar? ¿No se sumará la alineación con Saturno a finales de este mismo mes?

Crátilo y su asistente, el fiel Filomeno, se detuvieron sin comprender a la entrada del cuarto. Durante unos segundos, el director miró de hito en hito a Demeas y a la muchacha y a continuación se cercioró de que se hallaba en su despacho; pero seguía sin entender nada: aquellos seres, Demeas y la muchacha, en aquel puesto, su despacho, constituían una violación del principio de orden sobre el que se asentaba el Museo.

—¿Puedo servirlos en algo? —dijo al fin, acariciando su amuleto con el brazo vendado.

—Te saludo, ilustre Crátilo —respondió el duque—. Disculpa que hayamos invadido tu estudio, pero me hallaba mostrándole las maravillas del Museo a la doncella Clea, ayudante del honorable Lámaco, y no queríamos marcharnos sin una visita a tus habitaciones. Presumo que tal vez he pecado de exceso de confianza.

Filomeno le dedicó una mirada inexpresiva y se rascó el codo, por encima de la sucesión de pulseras y brazaletes que casi convertían sus antebrazos en embutidos. Al entrar en el despacho, Crátilo realizó su danza acostumbrada con el fin de ahuyentar a espíritus inoportunos, encadenó dos o tres versículos, hizo complicadas maniobras con la punta de los dedos y el lóbulo de su oreja y sonrió. Seguía atusando la ramita negra que le pendía de la garganta.

—Siempre eres bienvenido, óptimo duque —aseguró—. ¿De modo que ésta es la ayudante del honorable Lámaco, sapientísimo varón cuyo intelecto deslumbra a todos los mortales? ¿Has encontrado el Museo de tu agrado, niña? ¿Te ha mostrado el duque la hoploteca recientemente abierta, donde se conservan la flecha que mató a Aquiles al perforar su talón y la espada con que Teseo descabelló al Minotauro? ¿Te ha contado que una de esas armas bárbaras por poco me troncha el brazo? Hay que estar siempre alerta y prevenido contra el destino, en cuanto nos es posible. Astrágalo. ¿Cuál es tu horóscopo, niña?

Clea se encogió de hombros.

—Fui vendida como esclava cuando aún no tenía edad de recordar, ilustre Crátilo —respondió con sencillez—. Ignoro el día en que mi madre me trajo al mundo, y sobre el año tampoco estoy demasiado segura. Así que no puedo decirte.

—Una evidente incomodidad, pero que puede solucionarse. Manos no te faltan, ¿verdad, niña? ¿Me das tu mano izquierda para que lea las rutas que el porvenir sugiere para ti? Es importante ser vigilante. Astrágalo.

El ilustre Crátilo ya no era joven y la vista comenzaba a escasearle bajo las cejas. Pero no era un defecto de nitidez lo que le hizo abrir los ojos como platos y escudriñar incrédulo la palma que la chica le tendía. Palpaba aquel trozo de carne con

las yemas de los dedos casi con horror, como si hubiera recibido un insulto demoledor.

—Por todos los dioses, ¿qué es esto? —balbució—. Tienes la mano en blanco.

Clea se encogió de hombros por segunda vez.

—De niña me quemé con un cazo hirviendo. La cicatriz me borró las líneas.

Mientras se marchaban, Demeas oyó al director sincerarse con su ayudante. El temor o la fascinación volvía sus susurros más ansiosos, casi una agonía.

—¿Viste alguna vez nada igual? ¿No te das cuenta de que esa jovencuela tiene el futuro sin hacer, de que no tiene futuro en absoluto? ¿No sabes que eso es sólo prerrogativa de los dioses eternos y de los muertos, que no esperan nada?

Pero eso a Demeas no le sorprendía en absoluto; ni tampoco habría sorprendido a Crátilo de saber de dónde venía.

Capítulo 4

Había sido gravemente advertido de que no debía molestarle mientras realizara aquellas operaciones frente a la ventana abierta. De manera que se detuvo a la puerta de la sala y le miró disponer las cajitas de cedro sobre la mesa, examinar su contenido a la luz del pebetero y extraer de ellas aquella media docena de discos envueltos en delicados paños de moaré. El ceremonial tenía algo de artístico, de musical: era como si el honorable Lámaco pulsara con cuidado las cuerdas de un instrumento desconocido para sonsacarles una melodía que nadie había oído jamás. Al otro lado de la noche, bajo las ventanas del palomar en una de cuyas esquinas la ilustre Hipatia había acondicionado una habitación para él, los grillos protestaban; sin prestarles atención, Lámaco desnudaba con cautela las menudas superficies de cristal y retiraba las fundas que las protegían en el interior de las cajas. Todo tenía lugar en el más absoluto silencio, si se exceptuaban los grillos enfadados y el tímido rumor de la pluma de Clea sobre el papiro, que ella llenaba de notas en la mesita del lado opuesto. Luego Lámaco sopesaba los discos, echaba vaho sobre ellos para lustrarlos con la manga de la túnica, los exponía al brillo de la lámpara y comprobaba que al trasluz del cristal la llama se convertía en un incierto nimbo amarillo. A continuación tomaba el tubo de madera de álamo reforzado con duelas y remaches, lo destrababa, descubría un largo interior hueco: un cilindro parecido al alma de un oboe donde ahora situaba con precisión geométrica cada una de las lentes, en la embocadura, en el orificio de salida, a distancias irregulares de uno y otro punto. La última maniobra consistía en calzar el tubo sobre el trípode y hacerlo girar en todas direcciones, en busca de un objeto que debía de hallarse allí fuera, entre la melopea de insectos y el muro ciego de la noche. El anciano arrimaba su ojo izquierdo al extremo del cilindro, donde permanecía ensimismado durante unos segundos; seguidamente su mano dibujaba cosas en un papel extendido a su lado, como si anotara una conversación, un recuerdo que había que proteger del olvido. Después de repetir la misma secuencia por tercera o cuarta vez, Lámaco, con la frente todavía pegada sobre el artilugio, ladró:

—Óptimo duque, ¿vas a permanecer mucho tiempo más esperando en esa jodida puerta? Haz el favor de entrar; me distraes y así no hay manera de trabajar en condiciones. Siéntete libre de molestarme como mejor te dé la gana: es una de tus especialidades.

Murmurando un saludo cohibido, Demeas penetró en la estancia. La noche era espesa y le resultaba difícil comprender cómo la muchacha, en la pared más alejada del candil, era capaz de distinguir las letras con que cubría parsimoniosamente su papiro. La ilustre Hipatia había dispuesto habitaciones en la planta baja de su casa para que el sabio hiciera vida doméstica, y las había dotado de una generosa cama de

plumas e incluso de un baño privado de mármol y loza; pero él pasaba la mayor parte del tiempo arriba, en el estudio que había obligado a reducir el palomar, asomado a la noche a través de esa tubería de madera aupada sobre un trípode. El enorme arcón que había traído con él desde Tracia acaparaba uno de los rincones del fondo, tajante como un ataúd. Estaba repleto de compartimentos, gavetas, pequeños cajones en que se contenía el frágil instrumental que ahora manipulaba frente a la ventana y cuya integridad le había desvelado a lo largo de las muchas jornadas de viaje hasta Alejandría: el descuido de los operarios, la precariedad de las carreteras, las bodegas irrespetuosas de los barcos habían estado a punto en diversas ocasiones de reducir aquellas enigmáticas maravillas a cristal triturado. El motivo aparente de la visita de Demeas era intercambiar con el odioso anciano ideas y pareceres sobre el progreso de la investigación; el motivo real era intercambiar con la dulce muchacha cualquier cosa, una mirada, un ademán, una estúpida palabra de buenas noches que volviera más suave la hora de marcharse a dormir. Ella continuaba escribiendo en la esquina, tal vez indiferente a su sed; estaba pasando a limpio los signos con que su amo había salpicado la servilleta en el banquete de Hipatia.

—Espero, honorable Lámaco, que hayas tenido tiempo de reflexionar sobre los más recientes acontecimientos —formuló en fin, al entender que no podía pasarse la noche entera mirando a la chica como un imbécil—. Tal vez la muerte del copista Tersites haya sugerido algún nuevo indicio a la amplitud de tu inteligencia.

La mano del anciano dibujaba todavía algo en el papel: un círculo, manchas en el círculo, un rostro comido por la viruela, un queso podrido. De repente bufó y se apartó del cilindro con indignación.

—Mierda de ciudad, mierda de país, mierda de cielo el que tenéis aquí —exclamó—. Uno de los pocos motivos por los que me compensaba hacer este puto viaje era el de disponer de un firmamento más despejado, y ahora mira. Nubes. Es increíble, nubes.

—En primavera, las tormentas no son infrecuentes en Alejandría —alegó el duque.

Los ojos enrojecidos de Lámaco le dirigieron una declaración de odio, como si en su poder, además de la guarnición militar, se hallara la meteorología de la ciudad.

—Sí, ya sé, óptimo Demeas. No en vano he pasado cuarenta años de mierda viviendo en esta jodida ciudad, aguantando el calor de sus veranos, el olor de sus sumideros, y, lo que es peor, sus dioses. Creo que es el único lugar del mundo en que el censo de dioses supera al de personas. Y, bueno, ¿qué te trae por aquí? ¿Te aburres? ¿Has venido a dar un poco por culo al viejo que no tiene nada mejor que hacer que escuchar tus desvaríos?

—La ilustre Hipatia te tiene en bastante más estima que yo mismo e insiste en que obedezca tus sugerencias —replicó Demeas con asco—; aunque te confieso que se me hace difícil. ¿Tienes algo nuevo?

—Sí, tengo un maldito dolor de cabeza mucho más asentado ahora gracias a tu visita —volvió a mirar a través del tubo, su boca esbozó una mueca agria—. Todo a su tiempo, óptimo duque. Creo que voy viendo las cosas con más claridad, con mayor claridad por lo menos que en este jodido firmamento vuestro, pero aún me quedan algunas piezas por colocar. Lo sabrás todo en su debido momento.

Clea había dejado de escribir por un segundo y ahora contemplaba el vacío, tratando tal vez de vislumbrar el alcance de las últimas palabras de su amo. Lejos de atenuar su presencia, la luz escurridiza del candil la hacía más densa, concreta, real.

—¿Has resuelto algún enigma? —insistió Demeas—. ¿Sabes algo que no supiéramos antes?

—El mayor enigma de todos consiste en comprender de qué modo me convenció Hipatia para que regresara a este estercolero, y ése aún no lo he desvelado —se estrujó las sienes con el pulgar y el índice y estudió la boca del tubo una vez más; sus cejas se arquearon—. ¡Ah, la maldita nube vuelve para su casa! Mucho mejor así, aprovecharemos el claro. Clea, el estuche lambda, una cóncava de dos pulgadas y media.

La joven abandonó el escritorio y Demeas casi necesitó carraspear al entrever de nuevo sus muslos bajo el faldón, que la lumbrera de la palmatoria convertía en dos piernas de bronce. Después de rebuscar durante unos instantes, rescató de un compartimento del arcón una cajita de cedro indistinta a las otras que Lámaco había abierto frente a la ventana; sin mirar, atento todavía a la escena que le ofrecían las profundidades de su tubo, el anciano tomó el disco de cristal y lo situó entre su frente y la desembocadura del aparato. El rugido fue instantáneo.

—Pero ¿qué has hecho, imbécil? ¡Te dije el lambda, una lente cóncava! ¡Ésta es convexa, como hasta un niño de teta sería capaz de distinguir! ¿Te has olvidado de leer? ¿Esa letra del estuche es una lambda o una alfa?

La furia se subió a la cabeza de Demeas como un vino poco mezclado: apenas logró tolerar la visión de la muchacha inclinando la cerviz, buscando algo perdido por debajo de los muebles, apenas pudo soportar el sonido atenuado de su voz, como para no despertar a alguien, probablemente su propio orgullo dormido.

—Te pido excusas, amo —musitó—. Hay poca luz y confundí las letras.

—Con esta luz es imposible ver nada —la defendió el duque.

En el rostro de Lámaco se dibujó una sonrisa de ironía.

—Ah, vaya —dijo—. Ahora debo aceptar consejos de visión de parte de un tuerto. Excelente. Pronto el venerable Hilario me indicará cuándo debo cruzar la calle. Óptimo duque, sufro dolores de cabeza crónicos que me impiden soportar la luz directa. Por ese motivo me marché de esta ciudad infecta donde el sol se filtra hasta en los pozos y por eso debo resignarme a habitar en esta penumbra de mausoleo. ¿Crees que lo hago por gusto? No: la oscuridad sólo seduce a los ladrones y las prostitutas —la chica le tendió otra caja, cuyo contenido Lámaco estudió con

susplicacia antes de enroscarlo en el tubo—. Bueno, esto ya es otra cosa. Muy bien ahora. A ver.

El duque intentó transmitir un gesto de condolencia, de complicidad, de auxilio a la chica a medida que ella regresaba a su puesto frente al escritorio, pero su cara no se volvió y la declaración muda se desvaneció en el aire. Sólo cuando Clea se halló de nuevo frente al papiro y la pluma, Demeas entendió que no debía insultarla con ese sentimiento miserable, la compasión: un brillo en su mirada le advirtió que ella sabía valerse de sobra por sí solita.

—Aún espero alguna demostración de tus prodigiosas facultades —volvió a la carga Demeas, que aquella noche encontraba una pueril satisfacción en despertar la ira del anciano—. La ilustre Hipatia asegura que tu mente se encuentra llena de ideas deslumbrantes, pero yo sólo veo en ella obscenidades y bilis. ¿De veras no has averiguado nada? ¿No has pensado, por ejemplo, en el jeroglífico que dibujó mi ayudante, Pólux Poncio, antes de morir? ¿Interpretas de algún modo aquel garabato, aquellas tres siglas?

El honorable Lámaco había muerto y había sido embalsamado delante de aquel caño que investigaba las alturas. El único signo de vida era su mano derecha, la garra apresurada que seguía trazando muescas sobre el papel. Un suspiro de Clea sugirió al duque que su visita se estaba haciendo inoportuna.

—Con ese triste ojo tuyo, tú no verías nada en mi mente ni aunque guardara dentro las pirámides —replicó el sabio, sin moverse—. ¿Quieres saber en qué me hace pensar el dibujo de tu desdichado amiguito, al que dejaste desangrarse como una res? Las líneas quebradas no eran el delta de un río, ni la copa de un árbol bocabajo, ni una grieta en una pared. Las tres letras de la palabra que no pudo escribir antes de morir ofrecen la respuesta. *Ker* es el inicio de *kerounós*, rayo. Pólux Poncio hizo el croquis de un rayo que cae, tal y como puede verse en campo abierto cuando se precipita sobre un árbol.

—¿Un rayo? —Clea detuvo su pluma sobre el papiro en mitad de una frase—. ¿Y qué quiere decir el rayo?

Al abandonar por fin la mirilla de su instrumento, los ojos de Lámaco estaban empañados de cansancio o rabia; un millar de venas diminutas enrojecían la córnea y la hacían parecer una gota de sangre diluida en agua.

—No soy el jodido oráculo de Delfos, hija mía —alzó una mano, indiferente—, no sé interpretar las señales de los hombres que están a punto de cruzar la Estigia. ¿En qué te hace pensar a ti un rayo? En lo mismo que a mí: rapidez, energía, tormenta, Zeus. Y en algo más: *Keraunós*, el Rayo, era el sobrenombre de Ptolomeo Sóter, el remoto monarca que mandó edificar la Biblioteca de Alejandría que ahora gobierna nuestra ilustre Hipatia, causa de todos mis infortunios. ¿Te valen mis deducciones, Demeas, o quieres algo más? ¿Puedo seguir con mi trabajo o vas a idear nuevas formas más sutiles de tocarme los cojones?

—Un monarca antiguo —rumió el duque—. ¿Y eso es todo?

El anciano había vuelto a asomarse a la salida del tubo, pero lo que encontró no le gustaba demasiado. Chasqueó la lengua, como si se viera obligado a masticar un cardo, giró en su asiento hasta tener a Demeas delante de él y produjo un sonido sordo con su cálamo sobre el papel ensuciado de lunares y círculos. Lámaco había ya demostrado que en su ánimo había poco espacio para la paciencia, abarrotado como se hallaba de otros sentimientos menos decorosos como la amargura y el sarcasmo; y el duque, para más colmo, se empeñaba en exprimir de él las últimas gotas de esa facultad que permite a los hombres soportar las adversidades y los malos vecinos.

—Me impacientas, óptimo duque —resopló—. Me molesta sinceramente tu modo de meterme prisa y nunca he podido aguantar que me den patadas en el culo como a las acémilas. De momento, eso es todo: vuelve a casa o vete de putas, que, por lo que sé, es una de tus aficiones predilectas. Comprendo tu angustia, comprendo tu malestar. Comprendo que te cueste conciliar el sueño cada vez que te acuerdas de cómo dejaste morir a ese amiguito tuyo al que rajaron las tripas, comprendo que necesites algún subterfugio que te sirva de excusa y disculpe tu incompetencia. Pero hazme caso: el mejor remedio contra la indignación es emprenderla a coces con los platos de la cocina. Vuelve a casa y encárgate de tu vajilla.

—Eres un ser despreciable, viejo —se sinceró Demeas, a punto de escupir—. He roto la cabeza a muchos hombres por palabras menos sucias de las que me diriges. Tienes suerte de ser amigo de Hipatia y de que yo respete su criterio y su prudencia, que no te mereces. Dime simplemente cuál será nuestro próximo movimiento y te dejaré en paz.

Entonces, por si no contaba ya con suficientes indicios, Demeas comprendió que estaba enamorado. El amor es esa emoción incómoda y necia que oscurece los motivos de nuestras decisiones y nos hace entregarnos a actos carentes de toda disculpa, que un hombre cuerdo no admitiría sin violencia o sonrojo: por ejemplo, someterse a los insultos flagrantes de un viejo chocho sin el alivio de una mala bofetada tan sólo por mantenerse cerca de una joven que escribe en un papiro. Porque en realidad él no había acudido a aquel palomar mal alumbrado a hablar de crímenes sin resolver ni a maravillarse del intelecto de un anciano de mala baba, sino a mirar, a dejarse mirar, a mendigar un breve comentario o un parpadeo, a dejarse calentar por la presencia de una mujer que era como un sol de estío. Y por eso, también, no se marchaba todavía: era capaz de arrojar a los pies del asqueroso Lámaco lo poco que le restaba de orgullo a cambio de recibir la calidez de la muchacha durante unos segundos más.

—Una cóncava de tres pulgadas —murmuró entonces el ser despreciable, que exploraba de nuevo la noche con su cilindro hueco—. Clea, el estuche, a ver si esta vez no nos equivocamos, para variar. No, espera, lo tomaré yo mismo, no vayas a darme en vez de lente una rodaja de chorizo, que ya nos conocemos —se puso de pie y, tambaleándose, avanzó hacia el cofre; dedicó al duque una mirada torva—. Óptimo

duque, ¿todavía por aquí? A la hora que es, creo que tu lupanar ya estará abierto; date prisa, no sea que pasen lista.

A veces alguna paloma, confundida por encontrar su hogar invadido, se detenía con desorientación en el alféizar o la cornisa: su gorjeo de protesta se confundía con la sinfonía de grillos que se elevaba del jardín. Un impulso repentino despertó en el ánimo de Demeas: la curiosidad le sugirió aproximarse al tubo montado sobre el trípode y comprobar cuál era el espectáculo que absorbía al ser despreciable. Las figuras que había abocetado sobre el papel no podían interpretarse con facilidad: había una gran circunferencia, como la arena de un anfiteatro, y en su interior crecían zonas de sombra que se le antojaban piscinas. Aplicó por fin el ojo a la oquedad de madera y casi sintió la frialdad de la lente sobre las pestañas. Al principio no distinguió del todo lo que presenciaba: una mancha amarilla, un goterón de ámbar, una gigantesca máscara de oro oxidado. Cuando comprendió que aquella cosa monstruosa era la luna, pero una luna enorme, que amenazaba con comérsele, con tragarse el cielo y la tierra y todo cuanto contenía, retrocedió lleno de pánico.

—¿Qué haces, animal? —chilló Lámaco corriendo hacia él con las manos convertidas en dos garfios—. Ni se te ocurra acercarte a ese aparato. No hay nada igual en todo el imperio de Roma, y dudo que en cualquier otra parte. Es el resultado de treinta años de trabajo, por no hablar de la fortuna que me he gastado en pulidores de vidrio y orfebres, y no voy a permitir que lo destroces. ¿No te he dicho que es hora de dar la visita por zanjada?

—Amo, lo que el duque te solicita es razonable —intercedió Clea, y Demeas sufrió un sofoco de ternura—. Nos convendría saber cuál va a ser nuestro próximo movimiento.

Pero el anciano había vuelto a quedar momificado delante de su juguete, que trataba de proteger de las miradas del duque como un niño egoísta.

—La Biblioteca —refunfuñó al fin, después de acoplar una nueva lente—. Hay algo en la Biblioteca que debemos encontrar. Entraréis en la Biblioteca.

—¿Para buscar qué? —dijo Demeas.

—¿Qué se busca en una biblioteca? —bramó Lámaco—. ¿Trufas? ¿Vestidos de ocasión? ¡Un libro, joder, qué va a ser! Entraréis en la Biblioteca y trataréis de dar con el libro que causó la muerte de Tersites. Si no me equivoco estará bien escondido, o bien extraviado, que es la mejor forma de esconderse, pero debemos intentarlo.

—Hipatia nos niega el acceso a la Biblioteca —alegó el duque, lacónico.

El ser despreciable estaba a punto de perder los nervios.

—¡Mierda! ¡No eran tres pulgadas, sino dos y tres cuartos! —estalló—. Con este puto soniquete no hay quien se concentre. Hipatia es otra imbécil de mucho cuidado y no comprende que con sus remilgos sólo consigue obligarnos a actuar a las bravas. Me importa un carajo que Hipatia no os deje entrar. Vais a entrar de todas maneras y veremos qué hay ahí dentro que necesite tanto secreto para ocultarse.

—Será imposible —Demeas bajó la frente.

Una fina sonrisa atravesó el rostro de la muchacha, que ya no escribía; o eran las sombras del candil las que se entretenían en subrayar la línea de sus labios.

—No —dijo—. No es imposible en absoluto.

Capítulo 5

Dos ladrones; dos borrachos que vuelven a casa; dos vagabundos que no tienen casa adonde volver; dos insomnes; una pareja de enamorados, que es decir a la vez ladrones, borrachos, vagabundos e insomnes: a cualquiera de ellos podían corresponder las siluetas que los vecinos de los alrededores del antiguo palacio de Cleopatra habrían descubierto de asomarse a sus ventanas en mitad de la noche. Se desplazaban sigilosamente entre los soportales, sorteando las basuras acumuladas en las esquinas y el fulgor de la luna, que a veces delataba un brazo de color azul o el rostro de un ahogado; las ratas y los grillos fueron su única escolta hasta que se introdujeron en un callejón malamente colocado entre el edificio del Museo y las casas contradictorias que se apiñaban detrás de él. La sombra más pequeña era fugaz y ágil y parecía nadar en las tinieblas; la otra, envarada, rígida, la seguía como con miedo de quedarse sola. Se detuvieron sobre una rejilla encastrada en la calzada desde la que se entreveía una red de probables túneles y arcadas. Al principio la sombra mayor creyó que necesitaría un severo esfuerzo con la palanca que transportaba bajo el manto para arrancar los hierros del suelo; la sombra pequeña no se sorprendió de que la palanca apenas encontrase resistencia y de que la rejilla cediera luego de una breve presión, como si ya hubiera sido forzada muchas otras veces. Abajo, la oscuridad era aún más sólida, más perfecta.

—¿Las cloacas? —susurró el duque Demeas con desconfianza, dejando la palanca a un lado—. ¿Necesitaremos bucear entre detritos y alimañas?

—No son las cloacas, sino el antiguo hipocausto del Museo —Clea prendió la mecha de la linterna que llevaba consigo—. Debe de hacer décadas que no se usa. El clima de Alejandría no recomienda encender la calefacción.

Al arrimar la linterna a la abertura se materializó un abanico de galerías cubiertas de moho, en cuyas profundidades se revolvían manchas negras. Para evitar que le estorbara los movimientos, la chica se desprendió de su manto y saltó al vacío con el escueto quitón que apenas le cubría los muslos. Demeas tuvo que tener más cuidado: la linterna sostenida en el puño izquierdo, la tela de la capa que se enredaba entre sus tobillos, la correa de la espada que estaba a punto de estrangularle no convertían en una operación cómoda aquel alpinismo entre paredes demasiado resbaladizas. Ya abajo, Clea se hizo cargo de la luz y decidió que embocarían el pasillo principal, que concluía en una salida aún más abismal y más negra. Las que serían sus perennes compañeras a lo largo de toda la excursión, las ratas, comenzaron a corretear bajo sus sandalias, a agitarse en los rincones, a espiarles con ojos rojizos desde la borrosa frontera en que el resplandor de la linterna era vencido por la oscuridad. Salieron a una cámara amplia, de techo bajo, que se multiplicaba en columnas y arcos, como una basílica. Sus pasos sonaban igual que llamadas en el inmenso espacio

deshabitado. A cierta distancia, en una esquina, Clea alzó la lumbre y descubrió una especie de trampilla cuadrada situada en el techo.

—Ahora la sogá —dijo.

Tampoco esperaba encontrar resistencia en la segunda rejilla, que se abrió hacia fuera en cuanto practicó un poco de empuje. Anudó la sogá sobre uno de los barrotes de la rejilla, que había quedado cruzada en el hueco para facilitar el ascenso, y pidió a Demeas que la aupara. El milagro se repitió, no cesaba de repetirse: allí estaba ella, la mujer muerta, la mujer que no debía haber muerto, la mujer que regresaba con la marea como el resto de un naufragio, entre sus brazos, flexible, liviana, caliente, suave, mientras él izaba su comfortable esqueleto para que asiera mejor el cabo de la cuerda. La miró remontar el aire húmedo del subsuelo, y la lámpara le reveló impúdicamente que no llevaba nada bajo el quitón. Cuando también él ascendió, intentando enfriar sus pensamientos, se halló en un cuarto trastero. Sólo al pasar la linterna por las paredes se percató de que él conocía aquel cuarto: conocía los papeles sobre la mesa, los objetos arrebujaos en las estanterías, los cráneos, los lagartos momificados, los aparatos, la cesta en el rincón, las ratas en las jaulas.

—Esto es el despacho de Crátilo —dijo.

—El hipocausto debía de tener aquí una salida de vapor —barruntó Clea—; probablemente la habitación se usaba como sauna, o como lavadero. A partir de ahora nos conviene cegar la linterna. O mucho me equivoco o no somos los únicos a quienes el amor por la cultura les invita a visitar el Museo de noche.

Atravesaron las salas, los corredores, las crujiás. La luz de la linterna, ahogada por un trapo, exageraba el tamaño de los muros y se inventaba monstruos: los colmillos crecían en las fauces disecadas, guerreros muertos regresaban a sus armaduras, en el fondo de los bocales palpitaban cosas amputadas. Así le pareció a Demeas que eran sus insomnios: una estancia gigantesca repleta de sombras que no se descubren del todo, un almacén de esculturas a medio hacer, una celebración de lo imposible, de lo que es cada vez menos imposible. En el vestíbulo principal la piedra caída del cielo se antojaba más negra y más vasta y amenazaba con engullir las paredes; a un lado, una escalinata se elevaba hacia la nada. Sin posar los pies del todo sobre los peldaños, procurando acallar el ritmo de la respiración, ascendieron a lo alto de la noche. A cada paso el mundo parecía ir a detenerse, a delegar en un reino de niebla y cese como el que debía de figurar del otro lado de la muerte, pero el destello de la linterna improvisaba ante sus sandalias nuevos bloques de mármol, pilares, ladrillo, una estatua con un compás en la mano que les recibía olímpicamente desde la cumbre de su pedestal. Bajo el monumento al arquitecto Anacrites, seguían intactos los versos:

*Tierra, agua, aire y fuego son la materia de los hombres y las letras.
El silencio es la quintaesencia.*

Por primera vez, Demeas encontró sentido a aquel extravagante terceto: el silencio que les rodeaba era tupido y macizo como un elemento más, como tierra o agua embalsada o la argamasa de que se habían servido los albañiles para erigir aquel monumento repleto de cosas en desacuerdo. Por sus visitas previas, creía entender imprecisamente que a la derecha de la estatua se abría una sucesión de estancias y despachos que tal vez desembocaba en las habitaciones de la directora; cuando siguió a Clea por una entrada opuesta, a la izquierda, supo que el destino de aquella expedición era lo desconocido.

—¿Adónde conduce este acceso? —bisbiseó.

La luz amarilla bañaba desde abajo las facciones de la joven y hacía parecer que se asomaba a un tesoro abierto.

—No lo sé —confesó—. Y mejor así. No saber lo que a uno le espera es el método más eficaz para evitar la decepción.

Dejaron a los lados cámaras inciertas, donde quizá las estatuas se desperezaban y los muebles dormían un sueño mudo. En las tinieblas las palabras pesan el doble: el duque callaba, intuyendo que cualquier comentario era banal y se hallaba fuera de lugar. Por fin, después de franquear un arco en semicírculo, las paredes dejaron de mostrar su desnudez y desaparecieron para ceder lugar a los libros. Tuvieron la impresión de haber penetrado en una catacumba o un hormiguero: pasillos inacabables que se desintegraban en la oscuridad a los pocos palmos, nichos dispuestos en anaqueles de la solería al techo invisible, volúmenes que rebosaban de cada una de las baldas, que se encaramaban unos sobre otros en desorden como si hubieran sido abandonados a toda prisa, que se cernían sobre la débil luz de la lámpara como con la intención de aplastarla bajo el tonelaje de su sabiduría. Tal vez se encontraban en el mismo corredor que habían visitado la jornada previa en compañía del esclavo nubio, o tal vez en uno distinto: sospecharon, con menos perplejidad que angustia, que la Biblioteca era infinita igual que el universo y que en el infinito, donde no existe centro ni periferia, cualquier punto resulta indistinto de cualquier otro. En sus primeros pasos, Clea sostuvo el fanal con una especie de temor religioso, sin atreverse a importunar el papiro con la luz irrespetuosa de la llama; para Demeas, el espectáculo de la memoria de los hombres alineada en estanterías en la vana presunción de desafiar a la eternidad apenas podía competir con otra maravilla más cercana y cálida: una muchacha que sostenía una linterna junto a él, en la intimidad de la noche. Avanzaron algunos pasos más y comprobaron que la galería practicaba una curva y que al girar se repetía: los mismos libros, el mismo silencio cargado de cosas, la misma sensación de tiempo estancado, como morir. Los minutos se esforzaban en pasar sin llamar la atención y pronto ignoraron, acaso con felicidad, dónde y cuándo se hallaban, en qué recodo de qué pasillo, en qué momento concreto Clea se volvió hacia uno de los nichos para comenzar a revistar las obras. El asombro y la alarma fueron instantáneos, igual que si hubiera visto el mar o las estrellas por primera vez.

—Por todos los dioses —murmuraba, enfebrecida—. El *Libro de la pintura* de Duris, donde se cuenta que Plotino se negó a ser retratado, porque nada hay más vano que el simulacro de un simulacro, como ya era su rostro —dejaba el rollo casi sin mirarlo, para tomar otro—. *De la vejez*, de Demetrio de Fálero, la fuente que nos informa de que Anaxágoras enterró a sus hijos con sus propias manos y que jamás volvió a lavárselas —los dedos le temblaban al proseguir su examen, y el duque, muerto de amor, la hubiera besado hasta ahogarla—. Las *Delicias antiguas* de Aristipo, en una versión comentada: aquí se cuenta que Jenofonte daba gracias al sol todas las mañanas no por traer la luz al mundo ni por hacer medrar las cosechas, sino porque le permitía contemplar el rostro de Clinias.

—Lo comprendo —confesó Demeas con una sinceridad desarmante.

Conozco bien todos esos libros, como el resto de los otros: porque yo había efectuado el mismo recorrido que la joven deslumbrada y el hombre tuerto en muchas otras ocasiones, también a la luz oblicua de un candil, o con el resplandor del verano filtrándose apaciblemente desde los ventanucos del techo, y había distraído mi soledad con las líneas de todos aquellos hombres muertos, que sin embargo, gracias a la escritura, no habían perdido el don de persuadir y causar asombro. En un pasaje famoso del *Fedro*, Platón despreció los libros por lacónicos, por maleducados, porque no responden cuando se les pregunta; no entendió, quizá, que ese mutismo es una forma del pudor y que prefieren transmitir su testimonio en silencio, a salvo de las estridencias del orador y la verdulera. En aquel mismo recoveco en que Clea desplegaba maravillada los antiguos rollos yo había atendido a los monólogos de Demócrito, de Baquio de Mileto, de Diodoro de Priene, de Escrión y Lisímaco el Sofista, de Epígenes de Rodas y la serena Diótima. En aquellas mismas repisas se preservaba el tratado *De los que vivieron mucho*, en que Flegón refiere que el escita Anacarsis pasó cincuenta años durmiendo en una cueva; el diálogo *La tabla pintada*, de Cebes el Pitagórico, que asistió a la muerte de Sócrates y afirmó que el alma es música; las *Advertencias a los artistas*, de Espeusipo de Mirrina, a quien, según Plutarco, mató una invasión de piojos; los *Capítulos históricos semejantes* de Mironiano de Amastria, gracias a los que sabemos que Jenócrates fue vendido como esclavo por no poder pagar sus impuestos, plaga esta mucho más inicua que cualquiera de las maldiciones del dios de los hebreos; del excelente Tírtamo, discípulo predilecto de Aristóteles, llamado Teofrasto por la fluidez de su estilo, supe allí *De las cosas que se petrifican*, *De la parálisis*, *De los animales espontáneos*; leí *Del morir* y el ensayo pedagógico *Del báculo o la vara* de Antístenes de Atenas, quien prefería caer en boca de cuervos antes que de aduladores, porque aquéllos devoran a los muertos, pero los otros se ceban en los que viven; disfruté *De los paseos* de Atenodoro y me enteré de la extravagancia de Diógenes de Seleucia, el Babilónico, que se lavaba y se ungía todos los días, práctica nefasta para la piel, según saben los médicos.

Al duque Demeas la Biblioteca no se le antojó más que una inútil exageración, demasiado papel, demasiados signos; desconfiaba de la lectura: la gente que lee parece alejarse, enclaustrarse en una habitación cerrada donde apenas llegan las voces del exterior. Él prefería estar en el mundo: atender a la luz, a los ruidos, a los cambios de aire que le sugerían que aún seguía vivo a pesar de que cuanto le rodeaba perdía paulatinamente el color y el relieve. Por eso fue el primero en detectar el minúsculo rumor en un extremo de la galería, allí donde la linterna no contaba con fuerzas para avanzar. Lo atribuyó a las ratas: ya sabía que aquellos animales repugnantes eran los principales inquilinos del edificio y que aprovechaban la noche para corretear entre los pasillos, limándose los colmillos con el legado de grandes poetas e historiadores. Creyó en las ratas hasta que un punto amarillo le sugirió que podía equivocarse: algo, un fuego fatuo, una estrella perdida entre los anaqueles, le insinuó presencias más inquietantes que unas estúpidas alimañas en busca de basura. Decidió echar el trapo al fanal y condenar también aquella sección del pasillo a la oscuridad, o más bien a un ocaso gris donde los libros se volvían de ceniza.

—¿Estamos jugando a alguna cosa? —sentada en el suelo con las rodillas cruzadas, Clea aproximó a su cara el volumen de Teofrasto que hojeaba hasta rozarlo con las narices—. ¿Es éste un pasatiempo cuyas reglas te has olvidado de comunicarme, duque? ¿O simplemente pretendes que me quede también ciega para hacer compañía al venerable Hilario en su soledad?

La luz del fanal había decrecido hasta tal punto que probablemente la chica no distinguió las señas del duque, aunque tampoco le fueron necesarias. Las ratas acababan de convertirse en animales pesados e inquietos, que recorrían las tinieblas en persecución de algo más que libros olvidados con los que engañar el hambre. Eran pisadas inequívocas, un hombre, dos hombres tal vez, una mano que palpaba la madera de los estantes como con la incredulidad de que fueran sólidas, una capa que emitía un tenue susurro al barrer el aire negro de la galería. Sin dejar sentir sus movimientos, Clea depositó a Teofrasto en el suelo y se puso en pie; con un susto, Demeas comprobó que se encontraba a punto de saltar, de iniciar una carrera en pos de una presa que no podía perderse, que sus músculos hervían por dentro: fue un roce momentáneo el que le comunicó todas aquellas cosas, porque el fanal cubierto ya se había convertido en un testigo inútil. En un extremo, incierta, fugaz, la estrella de un segundo atrás volvió a titilar.

—¡Adelante! —roncó la joven procurando no elevar la voz, aplastando un capítulo delicioso de Teofrasto sobre las costumbres del topo en una zancada.

El vacío de la Biblioteca amplificó el estruendo de sus sandalias sobre el pasillo y lo convirtió en una tormenta: una de esas tormentas malhumoradas, a traición, que a veces sacuden Alejandría en primavera y atorán las alcantarillas. Como era natural, el trueno alertó a los animales que no eran ratas y pronto la estrella fugaz desapareció en el abismo de libros y niebla. Los intrusos, quienesquiera que fuesen, huían; porque había más de uno, ahora era evidente: las pisadas parecían oírse en dos lugares a la

vez, uno de ellos tomaba una dirección mientras el otro elegía la opuesta, ascendían y descendían por rutas separadas que luego volvían a encontrarse, se acercaban y se alejaban, estaban en todas partes, no estaban en ninguna. El ruido de piernas que se extraviaban en la noche acreció aún más, hasta la pesadilla, las dimensiones de aquella construcción atrabiliaria: a la derecha, a la izquierda, arriba y abajo crecían pasillos, cámaras, recovecos por los que los desconocidos huían. Clea y el duque no se habían detenido y continuaban la persecución hacia ningún sitio; al golpearse por tercera vez contra una librería que quizá giraba, Demeas comprendió que era preferible volver a desvelar el fanal antes de quedar estampado contra las obras completas de un muerto. Al descorrer el trapo, la lumbre descubrió a una Clea que jadeaba con el cuello empapado de sudor, en medio de un pasillo que era indistinto del que habían dejado atrás, si es que lo habían dejado, si es que habían hecho otra cosa que deambular por el mismo pasillo desde el inicio de la incursión.

—Se han ido —aventuró Demeas con el puño en el pomo de la espada, tal vez aliviado.

—Lo dudo —la cabeza de Clea giraba a un lado y a otro, husmeando el olor de la presa—. Más bien habrán decidido permanecer quietos en algún rincón y apagar la lámpara, es también lo que yo haría. Pero aquí hay algo. ¿No lo percibes tú, duque?

Las percepciones del duque se habían reducido notablemente, y no sólo porque la luz de la linterna no permitiera a su ojo vislumbrar nada más allá de un exiguo círculo amarillo: ahora el entero universo de su visión era la piel de aquel cuello sobre el que resbalaban gotas de un sudor precioso, en su olfato no había lugar para nada más que aquella fragancia acre, espesa, animal, que brotaba de unas axilas que no eran las suyas. Pero sí, la chica tenía razón: había algo, una especie de brisa, un viento que planeaba entre las sombras, un aviso como el estremecimiento que anuncia la fiebre. Sobre la prodigiosa oreja de Clea, esa oreja que un pastelero debería haber usado como molde, se agitó un rizo; la llama osciló en la caja de la linterna. Ella acababa de agacharse y exploraba las baldas más bajas, en busca, pensó el duque, de otro absurdo libro. No: le mostró un polvo negro en la palma de la mano, un rastro con el que ya había tropezado otras veces, en la casa despedazada del padre Hilario, en el sótano de un prostíbulo donde un hombre que había odiado se desangraba hasta morir.

—¿Lo comprendes, duque? —la chica le miró desde un túnel mucho más profundo que las crujías de la Biblioteca—. Ya hemos estado aquí antes.

Sí, ella ya había estado allí antes, en la Tierra; ella había compartido el pan y el lecho con un hombre derrotado que no esperaba nada del porvenir y al que había convencido de que el amanecer aún guarda colores que están por descubrir; ella había sido su vida, ella se la había llevado al partir, y ahora se la restituía como el niño que comprende que su travesura ha ido demasiado lejos y busca que le perdonen. Demeas estaba dispuesto a perdonar, a abrazar, a ser abrazado. Pero la chica quería decir otra cosa.

—Hemos estado aquí antes —repitió bobamente él, para creérselo.

—Aquí es donde encontraron muerto al copista Tersites —Clea señaló la balda baja—. ¿Ves los libros? Aún no han tenido tiempo de ordenarlos como es debido. Se me ocurre que no es casual que Tersites sucumbiera aquí, después de todo, que quizá estaba más cerca de la salvación de lo que sospechaba pero le faltaron las fuerzas. Dame la linterna.

La situó encima de su cabeza y comprobó que la llama vacilaba. Avanzó unos pasos, frenó en seco; volvió a avanzar: en la caja, el fuego se volvía cada vez más inestable, violento, como si lo sacudieran. Por fin, después de alejarse un trecho, dio con lo que buscaba: arriba, a una altura indeterminada, algo exhalaba una bocanada de aire fresco. Ella asentía, daba la razón a una voz invisible, mantenía una conversación secreta con alguien que la llevaba a palpar un trozo de muro que no bloqueaban las estanterías y sobre el que se entreveían las marcas de viejos boquetes y desconchaduras. Entonces cedió la lámpara al duque y comenzó a elevarse hacia el techo; con una agilidad sorprendente, sirviéndose de los agujeros en el muro como puntos de apoyo, trepó hasta toparse con un tragaluz, una abertura rectangular que sólo hubiera permitido el acceso a un cuerpo muy delgado. Bajó de un salto, sacudiéndose las palmas, antes de que Demeas hubiera disfrutado del todo del espectáculo de sus nalgas endureciéndose bajo el faldón.

—Creo que empiezo a ver más claro —sonrió ella.

—Afortunada de ti —repuso Demeas, cuyo ojo había comenzado a quejarse de la escasez de luz con un molesto lagrimeo.

—¡Quieto! —el brazo de la joven se alzó para ordenar que el mundo guardara silencio—. ¿Lo oyes ahora? Vuelven las pisadas. Es al final de este corredor.

Las pisadas se habían vuelto más cautelosas y casi parecían acariciar el vacío que se extendía detrás del círculo de la lámpara. Iniciaron una nueva y frenética persecución, pero la inutilidad de la tarea se les hizo evidente en cuanto regresó el silencio: estaban otra vez en el mismo pasillo, con la diferencia de que no existía tragaluz que refrescara su sudor, el aire entraba con dificultad en sus agobiados pulmones, atrapar a aquellas criaturas que huían estaba comenzando a asemejarse a capturar con una red una luna reflejada en el agua. Por no hablar del encargo del honorable Lámaco: incluso de haber conocido el título, las trazas o el lugar en que se camuflaba aquel libro imposible, seguir su rastro les llevaría toda una vida; peor: toda una inmortalidad. Habían comenzado su periplo en medio de una rara euforia, convencidos de que el camino les revelaría una sucesión de descubrimientos y maravillas; ahora, al mismo ritmo del pabilo de la lámpara, ese esplendor fue apagándose y no les quedó más que el cansancio y la sospecha, que no se atrevían a formular en voz alta, de que la misión estaba a punto de superarles. Borrosamente, fueron entendiendo que habían corrido más de lo que pensaban detrás de los intrusos y que quizá se encontraban en un punto del edificio que no podían calcular: esa entrevisión no debería haberles inquietado, porque era verdad que tampoco sabían por qué parte habían accedido a él. Su marcha a través de los largos espacios en

tinieblas se volvió lánguida, casi desganada; la llama de la linterna se adormecía en su recipiente, Demeas se reprimía para no bostezar o soltar un bufido, los pies de Clea empezaron a doler y ella se desabrochó las sandalias para colgárselas del cíngulo. De vez en cuando, la joven hacía un alto y revisaba con más parsimonia de la que el duque hubiera deseado un volumen cubierto de polvo; había vuelto a asentir, a remover entre dientes palabras que no llegaban a formarse del todo, a proseguir esa conversación con alguien que sólo se hallaba en el interior de su cabeza: antes de devolverlos displicentemente a cada uno de sus estantes, sus manos desenrollaron *A Laida acerca del espejo*, de Aristipo de Cirene, *Del llanto*, de Crántor Solense o el tratado *Del dormir y de los sueños*, del muy penetrante Teofrasto, algunas de cuyas obras ya había consultado tres o cuatro pasillos atrás, o adelante, no sabía bien. No quiso preguntarse por qué aquel libro figuraba allí, en aquella esquina de la estantería, en vez de encontrarse junto al resto del mismo autor: el orden de los volúmenes no parecía obedecer a ninguna pauta, u obedecía a alguna demasiado oscura como para ser atisbada por la inteligencia de los hombres.

Y a continuación nos corresponde hablar de los laberintos, el producto más estéril de la inteligencia humana, según Plinio el Mayor. Pues, en efecto, no deja de ser sorprendente que un arquitecto se tome el trabajo de construir una casa cuyo objeto no sea cobijar a sus habitantes, sino extraviarlos. Dicen que hubo uno de éstos en Egipto, en la tumba de un rey, quizá con el propósito de que el alma del difunto, famoso por su crueldad, no molestara a los vivos con nuevas infamias y permaneciera eternamente en su prisión; famoso también es el de Lemnos, cuajado de columnas, o el de Italia, en cuyas profundidades, según Varrón, cuelgan campanillas que, al ser agitadas por el viento, producen un lejano tintineo, igual que sucedía antiguamente en Dodona. A todos ellos supera el legendario laberinto de Creta, diseñado por Dédalo para servir de cárcel a un monstruo que tenía cabeza de toro y que devoraba muchachas y muchachos para atenuar su rabia, o su melancolía. No sé cuál de ellos habría tomado por modelo el insigne Anacrites, que dibujó los planos de la Biblioteca por la que ahora Demeas y el duplicado de la mujer que amaba vagaban con menos preocupación que tedio, pero lo cierto es que también ella había sido concebida con la perversa intención de desquiciar a quienes se internaban en sus estancias sin la prevención debida. Durante un rato, ambos caminaron por un largo pasillo flanqueado de anaqueles que recordaba al intestino de un gigante; al final existía una encrucijada de la que partían tres direcciones alternativas, cada una más negra y dudosa que la anterior; la primera conducía a una galería en curva junto a cuyo techo, quizá, unas ventanas demasiado angostas servían de nido a las golondrinas; la segunda desembocaba en una cámara más rectangular que cuadrada llena de libros; la tercera hacía el amago de descender suavemente antes de elevarse de nuevo y terminar en un pasillo ocupado por volúmenes más gruesos o deteriorados que los precedentes; esta ruta daba paso a una encrucijada de la que partían tres direcciones alternativas, cada una más negra y dudosa que la anterior; la primera se abría a una

galería en mitad de la cual alguien había olvidado un trípode; la de en medio parecía no terminar nunca; la tercera daba a una galería en curva junto a cuyo techo unas ventanas angostas servían de nido a las golondrinas; tras de ésta, se abría una habitación con una mesa; detrás, una encrucijada ofrecía tres direcciones alternativas, cada una más negra y desesperante que la anterior; la central moría a los pocos pasos en una pared ciega; la de la izquierda accedía a un pasillo flanqueado de anaqueles que recordaba al intestino de un gigante; la de la derecha descendía suavemente antes de elevarse de nuevo y acabar en un pasillo con volúmenes más lustrosos que los precedentes; éste daba paso a una cámara más rectangular que cuadrada llena de libros, que a su vez daba a una galería en que alguien había olvidado un trípode. Luego había una encrucijada de la que partían tres direcciones alternativas, cada una de ellas más negra y odiosa que la anterior; una iba hacia una habitación con una mesa; otra parecía no terminar nunca; otra daba a una galería en curva junto a cuyo techo unas ventanas servían de nido a las golondrinas; detrás, el corredor terminaba en una pared ciega; en su flanco se abría un pasadizo que llevaba a otra estancia; aquí había una encrucijada que se dividía en tres direcciones alternativas, cada una de ellas etcétera.

—En realidad —dijo entonces Demeas, que seguía otro laberinto paralelo, el de sus pensamientos—, yo sé quién mató a Epiménides y a Pólux.

Agotada, Clea creyó al principio no haber oído bien.

—¿Cómo dices?

—Esas heridas —murmuró el duque, dando explicaciones a alguien que no estaba allí—. Sólo pudieron haber sido hechas por un arma que sólo puede tener un hombre. Pero ese hombre está muerto, y si vive es como si estuviera muerto. No, él se limita a matar y capturarlo será como llegar a otra de estas malditas encrucijadas: un aplazamiento, un mero sucedáneo de la salida. Quien le ordena matar está detrás de él.

—¿Quién es ese hombre?

—Nadie.

—Ah, Nadie —la sonrisa de Clea no era de diversión, sino de pura fatiga, de indiferencia—. Como Ulises.

Él supuso que hablaba de un amigo suyo que tal vez se apodaba así y no añadió nada. Fue poco antes de darse cuenta de que su sandalia había pisado algo, una tira sucia que se le había quedado adherida a la suela, y de que escarbara con la uña para sacársela.

—¿Qué es eso? —inquirió la joven frotándose los ojos.

—No lo sé —Demeas examinó el jirón de papiro a la luz de la lámpara—. Tiene algo escrito.

Un montón de letras se estrujaban unas contra otras, intentando conseguir algo de espacio donde no lo había. A primera vista, el despojo parecía cubierto de hormigas o cagadas de rata; Clea tuvo que hacer un severo esfuerzo y estuvo a punto de partirse

los ojos contra esos signos para atisbar, ya que no comprenden, lo que querían decir. Un miniaturista loco había anotado allí:

Antes de dormir, hay un momento en que el hombre conoce el infinito. En el entresueño flotan cosas olvidadas, ciudades antiguas, personas que no se han visto nunca y que quizá esperan en un puerto o una posada lejana. Al adormecerse, en ese espacio reducido entre la conciencia y el cese, los hombres son inmortales.

—¿Y eso qué significa? —suspiró el duque.

—Reconozco que para ciertos asuntos mi inteligencia es tan limitada como la tuya —dijo Clea sin ánimo de ofender, subrayando un mero dato objetivo—. Ignoro qué es esto. Pero hay más por ahí, si no me equivoco.

Prosiguieron su recorrido por la galería, las encrucijadas, las cansinas estanterías; de vez en cuando volvían a tropezar con otros retazos de papel abandonado, como arrancado a mordiscos de un pliego mayor, donde se apretujaban frases no menos incomprensibles que si hubieran estado escritas en una lengua bárbara. A pesar de su inutilidad, pronto recibieron cada nuevo hallazgo como un regalo: al menos las anotaciones tenían la virtud de aliviar la monotonía de un camino que giraba perpetuamente sobre sí mismo sin un mal imprevisto con que distraerse. En uno de los billetes leyeron:

De Paros procede el mármol más exquisito, parecido a la piel de una virgen. Un día, los canteros abrieron un bloque: en su interior hallaron, perfectamente formado, el rostro de Sileno, el maestro del divino Dionisos.

En otro:

Las nubes se dividen en tres tipos: altas, delgadas y en forma de fortaleza. Las delgadas suelen divisarse al atardecer y tienen el color de las bayas maduras. Las que son en forma de fortaleza traen tormenta: cuando se acercan, a las mujeres les duele la cabeza.

—Tengo una extraña impresión —la joven dedicó al último trozo de papel una larga mirada, la de quien intenta reconocer los rasgos de alguien que se marchó mucho tiempo atrás—. He oído que, en ocasiones, los hombres que naufragan y quedan atrapados en islas solitarias escriben cartas, avisos, advertencias que luego arrojan al mar en el interior de una vasija sellada. Es su modo de comunicarse con el infinito silencio que constituye su única compañía. Estos apuntes se asemejan a las confesiones de esos náufragos: son como fragmentos de una conversación

interrumpida con una persona que no presta atención, que no oye, que no ofrece respuesta. Es como un intento de dialogar con un dios, o con el vacío, si son cosas distintas.

Lo maravilloso pierde su eficacia en cuanto incurre en la repetición. La primera media docena de papelitos les conmovió, despertó su curiosidad y su asombro, volvió su extravío más soportable; a partir de entonces, las frases que hablaban de cómo Alejandro el Grande dormía con los ojos abiertos o del método etrusco de adivinar el futuro a través de los rayos se les volvieron no menos insufribles que las encrucijadas, los pasillos y los libros. Se resignaron a esperar a que el amanecer hiciera su aparición por algún tragaluz: la mañana siempre trae la esperanza de un nuevo comienzo, de que no hay contrariedad para la que no exista remedio. Entretanto, decidieron hablar por hablar. Una pregunta luchaba en la lengua de Demeas por abrirse paso, una cuestión escandalosa para la que no existía respuesta y que no le concedía descanso; sabía que debía reprimirla, esconderla, vestirla con un disfraz para que la chica no intuyera su existencia. Recurrió al primer subterfugio que encontró a mano:

—Miré a través del tubo que tu amo Lámaco guarda en su estudio —dijo—. Creo que vi un prodigio, algo similar a la luna pero desafortunado en tamaño y en intensidad, como si tuviera la luna a la distancia de un palmo. ¿Es acaso un tubo mágico?

—Eso opinan muchos —respondió Clea distraída—. Mi amo suele afirmar que magia es el nombre que se le da a todo aquello cuya naturaleza escapa a la penetración de nuestra inteligencia. Su tubo puede parecer mágico, pero responde a cuatro o cinco principios de óptica de una sencillez casi miserable. Un pulidor de cristales de Constantinopla le enseñó que, dispuestas de cierto modo, dos lentes pueden amplificar el tamaño de un objeto y acercarlo lo que se halla lejos. Si esas lentes se trabajan de una determinada manera, limando sus impurezas y dándoles forma cóncava o convexa, según convenga, podrían permitirnos incluso escudriñar los astros como si los tuviéramos al otro lado de nuestra ventana. El artefacto de mi amo es todavía un prototipo; sus cristales son muy valiosos y han sido fabricados por un artesano tracio que ya murió, lo que le coloca en una situación no poco difícil. Ahora trata de dar con otro artífice que elabore para él unas lentes aún más perfectas, que permitan a su tubo alcanzar una capacidad de visión todavía mayor. Es una máquina única; si uno solo de sus cristales se perdiera sucedería una catástrofe.

—¿Es en Tracia donde vives con tu amo?

Entrenada en el pensamiento abstracto, Clea se sentía más cómoda en cuestiones generales que en lo particular; prefería con mucho una conversación sobre la previsión de los eclipses o los motivos que hacen que la sangre viaje por las venas que otra de índole más personal: sabía por experiencia que, cuanto más se aproxima a la vida, más inútil se vuelve la razón para explicar nada. Hablar de su vida, de la vida de cualquiera, era enfrentarse a una chapuza, a un desorden de datos y cifras que se resistían a acatar las leyes científicas: no tenía interés. Pero como el aburrimiento

hacía menos importante el tema de conversación que la conversación misma, se avino a ofrecer una retahíla de datos triviales. Sí, ella vivía con el honorable Lámaco en una ciudad de Tracia que miraba al mar, aunque en realidad procedía de más lejos.

—Mi amo se educó aquí en Alejandría, donde permaneció durante toda su juventud y los primeros años de su madurez —explicó—. En aquellos tiempos ésta era todavía la ciudad más brillante del imperio y no podía hallarse una sede mejor para llevar a feliz término los estudios de filosofía natural en que estaba embarcado desde sus días de escuela. Aquí, Lámaco conoció la herencia de Aristóteles, de Arquímedes, del excelente Anaxágoras, del matemático Eratóstenes y de Apolonio de Pérgamo. También frecuentó al padre Hilario, que por entonces acababa de encontrarse con Dios en el desierto, y al ilustre Teón, padre de la no menos ilustre Hipatia, la directora de este laberinto. Luego el tiempo lo estropeó todo. Y no me refiero al que alimenta los relojes y nos convierte en caricaturas de lo que fuimos, sino al tiempo atmosférico. La luz cruel de Alejandría y la rudeza de su temperatura se llevaban mal con la salud de mi amo, que comenzó a padecer jaquecas e insomnios y a buscar refugio en la penumbra de su cámara. Finalmente, harto no sé si de la ciudad o de sus vecinos, decidió emigrar al lejano norte. Buscaba el fin de las cosas: allí donde la civilización se muestra derrotada por la selva, donde el pensamiento no encuentra prejuicios ni cauces que lo atosiguen.

—El Danubio —sugirió el duque regresando súbitamente a un cenagal de recuerdos sucios.

—Más al norte todavía —Clea le miró de reojo—. Yo procedo de unas islas que viven en una bruma perpetua, donde los prados son tremedales y los helechos crecen en lugar del trigo en las laderas de los valles. Roma gobernó esas tierras agrestes durante algunos centenares de años, menos por las armas que por un contrato tácito de indiferencia con unos pueblos que se pintan de azul, adoran a la luna e ignoran la escritura. Allí, Lámaco estableció su residencia en un oscuro poblacho de balasto y paja donde la lluvia no ofrecía descanso, y donde el sol no torturaba su cerebro dándole la oportunidad de trabajar sin estorbos. En su retiro del norte del mundo, aprendió muchas cosas. Entre ellas, que nada existe que sea eterno, ni siquiera las águilas de Roma. Un día, los salvajes pintados de azul se cansaron de la vecindad con los romanos y saltaron las murallas y los diques que les habían mantenido apartados hasta el momento. Las legiones se marcharon, el imperio renunció a aquel insignificante archipiélago como a las migajas del banquete. Entonces nos establecimos en Tracia. El aire tracio no es tan sutil y discreto como el de Britania, pero al menos el mediodía no lo convierte en metal fundido. Espera. Son las pisadas de nuevo.

Los fantasmas con los que jugaban al escondite desde el inicio de la noche estaban ahora cerca, muy cerca, casi a la distancia de una zancada. No podían dejarles escapar, ahora no, debían lanzarse una vez más hacia la oscuridad, vencer el cansancio y la derrota para convencerse de que aquel periplo estúpido entre la niebla

y los libros poseía alguna utilidad después de todo: corrieron. El sonido de pasos se aproximaba y a continuación desaparecía, sin dejar eco; era una lejana caricia, el roce de un plumero sobre unas cortinas agitadas por el aire. En cierto momento creyeron ver una sombra en el límite de luz que ofrecía el candil; esa sombra se convirtió en un trípode, un maldito mueble; una mancha negra se agitó en el suelo, entre los volúmenes de los anaqueles más bajos; la mancha dio unos pasos, se detuvo, giró, se encendieron dos luces amarillas: unos ojos que no eran humanos.

—Es el gato de la ilustre Hipatia —reconoció Demeas cuando el animal contempló la linterna con indiferencia—. Éste es el intruso que ha estado desquiciándonos desde el principio de la noche.

Clea se había agachado y acariciaba el lomo del gato, que ronroneaba: ese sonido de pedruscos molidos sonaba como un amago de risa.

—Los pasos que oímos antes no tenían nada de felinos —le contradijo ella—. Además, los gatos no suelen usar lámparas y nosotros vimos una al final de un corredor, si la memoria no me engaña. Pero ¿qué es esto? Faraón, ¿no te llamas así? Faraón, ¿qué es esto que llevas plegado bajo el collar?

Bajo el collar, el gato llevaba plegado un papel que paseaba absurdamente a través del silencio y la inmensidad de la Biblioteca. Ni la chica ni Demeas supieron si sorprenderse al comprobar que la caligrafía que lo cubría era la misma que se repetía en los jirones de papiro que habían ido encontrando por los pasillos hasta aquel momento. El papel del gato decía: *Polvo de carbón para fabricar tinta y un espejo*. El duque tuvo ideas locas, vergonzosas, dictadas por el cansancio y la altura de la madrugada: el gato era el autor de aquellos mensajes de naufrago; el gato había ido abandonándolos por las estancias del edificio para hacerles creer en un misterio que no existía; el gato sabía algo, el gato sabía muchas cosas, pero se hacía el tonto, porque se supone que los gatos no hablan, y mucho menos escriben confesiones sobre cupones.

—Ya está bien, esto es demasiado —resolvió Demeas apretando las mandíbulas—. Es obvio que esta exploración no ha ofrecido ningún resultado, si exceptuamos el de hacer patente que nuestras dotes de orientación no valen un óbolo, mucho menos que las de un gato. Ignoro qué pretendía tu sapientísimo amo que halláramos aquí dentro, pero ahora podemos decirle que no lo hemos encontrado.

—Quien no sabe lo que busca tal vez no sepa que lo ha encontrado —la compañía de los filósofos había contagiado a Clea de un gusto por el aforismo que a Demeas se le antojaba de lo más irritante.

—Creo que basta por hoy, niña. Deberíamos dar con un modo de salir de este atolladero, si eso es posible. El contacto con tanto libro está empezando a acartonarme.

El gato no tenía nada mejor que hacer y durante un trecho se dignó a acompañarles cómodamente acostado en el antebrazo de la joven. Pasado un rato, por si no estaba suficientemente claro, encontró que su paseo era demasiado aburrido:

decidió escurrirse desintegrándose detrás de una esquina, con la misma sencillez con que había aparecido. Las horas les pesaban en los párpados y las piernas; no había músculo en sus cuerpos que no se hubiera declarado vencido: incluso la lengua se negaba a añadir más comentarios superfluos a lo ya dicho. Parecía imposible que en medio de aquel erial existiera aún lugar para la sorpresa o el entusiasmo. Sin embargo, Clea era joven y se paró con los ojos muy abiertos frente al muro ciego en que había concluido la última de las bifurcaciones. Allí, grabado en una placa de granito, había una especie de símbolo: un triángulo invertido que atravesaba una línea horizontal a la altura de la mediana. Sus dedos repasaron los surcos de la roca como intentando retirar el polvo; Demeas recordó de nuevo al venerable Hilario: había presenciado en ocasiones que los ciegos emplean el mismo gesto para tratar de dibujarse el rostro de un desconocido.

—Ahora vas a decirme que empiezas a ver más claro —sonrió el duque, cansado hasta la aniquilación.

—¿Sabes qué es este símbolo? —inquirió ella, casi hipnotizada.

—Tal vez nuestro epitafio. Lo será, si no conseguimos salir pronto de aquí.

—Es el símbolo alquímico de la tierra, uno de los cinco elementos —recapacitó; volvía a oír voces en la concavidad de su cráneo—. Sí, eso es... Tiene sentido. Hay un orden, duque. La Biblioteca tiene un orden.

Se arrojó sobre la estantería más próxima y tomó un libro al azar: *La edad de las montañas*, de Antígono de Cumas; lo devolvió y atrapó uno nuevo: *Sobre el continente perdido*, de Escrión; el tercero fue *De cómo hacen sus moradas los tejones*, de Apolonio de Pérgamo; el cuarto, *De los climas de la mandrágora*; el último, *Visita al templo de Artemisa de Éfeso*, de Polícrates el Mareante. Conforme iba examinando los títulos Clea emitía un rumor entre dientes. Al dejar el último volumen en su sitio, volvió un rostro radiante hacia el duque.

—¿Lo comprendes? —exclamó.

—¿Comprender qué?

—Mira estos libros: un tratado de geología, otro de geografía, un estudio de la conducta de los tejones, un ensayo sobre arquitectura, un análisis del crecimiento de las plantas. ¿Qué tienen todos ellos en común?

—Que son inútiles —replicó Demeas—. Que están llenos de suciedad. Que han sido olvidados.

—La tierra —dijo Clea sin atender al desánimo del hombre tuerto—. Todos están relacionados con la tierra en sus distintos aspectos: piedras, países, animales que corren, plantas que crecen. La Biblioteca está ordenada en torno a los cinco elementos, los cuatro sublunares y el éter.

Tenía razón: el resto de obras que consultaron a medida que continuaban su vagabundeo por las galerías hablaban de edificios, de penínsulas, de la piedra de la locura y el cálculo de riñón, de terremotos, de enterramientos, de la vejez, esa edad en que el esqueleto se vuelve rígido como un mineral, de la historia, esa disciplina vana

que aspira a convertir la memoria en mármol. Muy bien todo, reconoció el duque, pero el haber atisbado que la Biblioteca poseía una organización y que cada libro no ocupaba su puesto en las baldas igual que podría haber ocupado cualquier otro no les ayudaría a salir con más facilidad de aquella trampa inmensa. Con el mundo sucede algo semejante: el hecho de conocer cómo opera el granizo, de dónde proceden las enfermedades o por qué el fuego abrasa la carne no nos previene lo más mínimo contra ese cúmulo de males. Por eso todo saber es estéril; por eso toda biblioteca, concluía exhausto, es un monumento a la vanidad.

—Me sorprende tu cerrazón, óptimo duque —se sinceró Clea cuando él le comunicó su escepticismo—. Ahora entiendo que odies los libros más que un escolar en primavera. Dime, ¿qué te han hecho?

—Nada —dijo Demeas—. Ésa es justamente la cuestión, no han hecho nada, no actúan, no resuelven problemas, se limitan a opinar, a mirar de lejos. Ninguno de estos libros nos sacará de esta prisión infinita por la que erramos.

Ella guardó silencio durante unos instantes y se miró los pies descalzos: perseguía una idea por las entretelas de su cerebro, tal vez no menos turbio que el edificio que les había atrapado. En su voz había resolución y un tinte de desafío cuando replicó:

—Te equivocas, duque, y voy a demostrártelo. Supongo que desconocerás la biografía de Teseo que redactó Plutarco, y aún más el *Epítome* de Apolodoro.

—Aunque te parezca mentira, he llegado a la edad de treinta y ocho años con ese delito sobre mi conciencia.

La cabeza de un clavo mal hundido sobresalía de uno de los anaqueles de la derecha, abrumado por el peso del papel y el polvo. Con un brusco tirón, Clea se deshilachó el faldón de la túnica y ató el estambre al clavo. Al proseguir el camino, la prenda fue deshaciéndose, dejando tras de ella una delgada estela blanca en forma de filamento.

—Ahora sabremos por dónde vamos —prometió—. Si volvemos a cruzarnos con el hilo, entenderemos que ya hemos recorrido ese camino y que debemos elegir una vía alternativa en la última encrucijada. Adelante.

Plutarco y Apolodoro, amén de otras autoridades, aseguran que sirviéndose de semejante artificio la princesa Ariadna ayudó a Teseo a huir del laberinto en que le aguardaba el Minotauro. Pero a todas luces aquel edificio legendario resultaba modesto y casi de andar por casa en comparación con la monstruosidad de la Biblioteca: porque por mucho que atravesaron salas, corredores, crujías y desvíos no volvieron a toparse con el hilo blanco y no dejaron por ello de hallarse igual que al principio, perdidos como agujas en un almiar. El quitón es una túnica corta, que no suele descender más abajo de los muslos; en poco tiempo, dando gracias al cielo, Demeas se cercioró de que Clea no llevaba nada debajo y de que sus ingles y sus nalgas repetían aquellas que había acariciado en el pasado y tanto había extrañado en noches de sofoco. Aun así, el hilo con que está tejida cualquier prenda, incluso la más liviana, puede extenderse durante pies, codos y hasta estadios sin final aparente: la

desesperación es más breve. Cuando el ombligo ya empezaba a insinuarse bajo su harapo, la chica se sentó en el suelo y confesó que no podía más.

—No pasa nada, niña —dijo Demeas con dulzura, acariciando sus ojos derrotados por el sueño—. Échate y duerme. Estaré a tu lado.

Antes de dormirse, también él, acurrucado junto a la flexible espalda que le temblaba contra el pecho al ritmo de la respiración, se acordó de una de las anotaciones locas que habían encontrado en su excursión a través de los pasillos: en el entresueño vio rostros, vio ciudades que se desvanecían bajo la niebla, y a una mujer que conocía pero tal vez no, una mujer que se zambullía en un estanque, buceaba, emergía en la orilla opuesta con el cabello mojado cayéndole espesamente sobre los omóplatos.

—Lo que suponía —dijo una voz—. Basta con que enseñes tu vulva, niña, para que los hombres se pierdan por ti en el interior de un laberinto.

Había amanecido, por fin. Y la ilustre Hipatia y su esclavo nubio los observaban de pie, con los ojos como bandejas. No era asombro: era vergüenza.

Capítulo 6

Aunque las ventanas estaban abiertas, no había corriente que aliviara la pesadez del aire del despacho. Los mapas desplegados sobre las paredes se negaban a moverse, el humo del sahumero se estancaba sobre el plato, la llama del calentavinos permanecía rígida y quieta sobre la espita como tallada en un cristal. Al otro lado de los batientes, sobre el Gran Puerto, un enorme cielo de mármol parecía aplastar los barcos congregados en las dársenas, cuyas velas habían cesado de ondear. Las nubes habían traído la calma a Alejandría, ese tipo de calma espesa y sofocante que rodea los lechos de los moribundos y precede a las grandes palabras, a los acontecimientos inevitables. Como inevitable resultaba el sermón de la ilustre Hipatia, que ahora se encontraba sentada frente a su escritorio, con las manos trabadas sobre un montón de legajos, y que escrutaba a las cuatro personas situadas frente a ella sin ocultar su amargura y su furia, la misma que ya comenzaba a inflamar los rizos colorados de su pelo. La calima que se había apoderado de la ciudad, su lentitud, la densidad de un cielo que presagiaba tormenta impregnaban también el silencio de la habitación. Salvo la pata derecha del gato, que continuaba cubriendo papiros con una uña manchada de tinta, nada se movía: los corzos y las abubillas seguían atrapados entre los desconchones del muro, el busto de Onesandro miraba al vacío, el esclavo nubio, negro y pétreo, se esforzaba por hacerse indistinto del resto de los muebles. La ira de la directora había clavado a sus invitados sobre los asientos: al inquieto Crátilo, que buscaba sin resultado una posición más cómoda sobre el taburete y rascaba sin cesar la ramita de su amuleto; a la joven del cabello de centeno, resguardada bajo un manto de lana que protegía su desnudez; al óptimo duque Demeas, demasiado cansado para apercibirse de la incomodidad o de la vergüenza; al honorable Lámaco, apostado en una esquina del escritorio, que para distraerse había decidido seguir el ejemplo de Faraón y llenaba un papel de dibujos tontos, diagonales, círculos y aspas que traducían los insultos que ocupaban su cabeza. Una esclava ofreció vino caliente y agua que nadie, salvo Crátilo, aceptó; luego la directora la despidió con un gesto desmañado de la mano, dirigió una última mirada a los presentes y abrió fuego sin contemplaciones:

—Óptimo duque, siempre ocupaste un lugar prominente en mi consideración y te estimé un hombre prudente y de despejado criterio. Puedes tener aficiones discutibles, pero ellas nunca llegaron a interferir en el desempeño de tu labor. Ahora entiendo que me equivocaba. Tu patria son los prostíbulos, y confundes cualquier edificio con una casa de putas: incluso esta sacrosanta biblioteca.

Demeas se limitó a encogerse de hombros, demasiado agotado o insensible para replicar. Fue la chica, echándose el manto sobre el hombro izquierdo, quien alegó:

—Ilustre Hipatia, te advertimos que una visita a la Biblioteca era necesaria para el desempeño de nuestra investigación. Te solicitamos que nos facilitaras el acceso y tú te negaste sin razones evidentes: tuvimos que servirnos de nuestros propios recursos. La verdad nunca es de acceso fácil: quien la busca ha de exponerse a doblar la cerviz, gatear, mancharse de barro las sandalias si ello es preciso.

La directora puso cara de haber sido picada por un insecto impertinente, un tábano que había dado por muerto después de aplastarlo con el matamoscas.

—Creo no haber pedido tu opinión, niña —dijo, respirando entre dientes—. Ya he tenido ocasión de comprobar cuáles son esos recursos de que hablas y que tan bien has puesto en práctica esta noche: y mucho sospecho que no es la verdad lo que te ha invitado a gatear y a ponerte a cuatro patas. Por cuanto parece, no quisisteis atender cuando os expuse los motivos por los que el ingreso a la Biblioteca se encuentra prohibido a cualquiera que no disponga de la acreditación precisa, porque ni los oídos ni el cerebro son los órganos con los que soléis operar, sino otros de más abajo. No puedo autorizaros a penetrar en los pasillos de la colección porque ello invitaría a una muchedumbre de ansiosos que pretenden lo mismo desde que esta institución se abrió al público: hienas, cuervos y buitres que esperan caer sobre nuestros valiosísimos libros para hojearlos con manos manchadas de aceite, arrancar páginas o esconderlas debajo de sus túnicas en cuanto el bedel vuelve la vista para otra parte. Me diréis que con vosotros podría hacer una excepción; pero lo mismo me han sugerido eruditos, estudiosos recomendados por el prefecto, incluso familiares del emperador ante los que he tenido que disculparme rebajando mi dignidad a la de un copero en un banquete de sodomitas. ¿Os aclara todo eso alguna cosa? Confiadme qué es lo que buscáis y yo y mis ordenanzas nos encargaremos del trámite; además, nosotros no tenemos la costumbre de fornicar entre manuales y enciclopedias.

En su esquina, el honorable Lámaco se apretaba las cuencas de los ojos y seguía dibujando mecánicamente sobre el papel; de vez en cuando, elevaba la mirada y dedicaba un ademán de desgana al esclavo nubio: las cicatrices de su secuestro todavía eran visibles en los hombros y en ciertas zonas del plexo que ocupaba el vasto tatuaje con una mano abierta. Los ojos de Lámaco, acorralados, homicidas, se giraron llenos de sangre hacia la directora.

—No sigas, Hipatia, tu jaculatoria ya me está tocando los cojones más de lo necesario —rezongó—. Bastante es haberme hecho venir hasta aquí a estas horas insoportables de la mañana y hacerme padecer esta luz que me está llenando la cabeza de tambores y tormentas. Veo que sigues siendo la misma niña maleducada y coñazo a la que solía pasear entre los puestos de la Vía Canópica. Siempre había que respetar tus jodidos caprichos: si la niña deseaba una marioneta con vestido de seda, había que dársela; si la niña quería enterarse de cómo funcionaba el artefacto que giraba sobre la mesa de su padre había que detenerse a explicárselo, aunque no se enterase de un carajo y no pudiera enterarse. Te lo ruego, basta ya de toda esta mierda.

—Dicen que el agua en Tracia es más limpia y pura que en las riberas del Nilo —repuso Hipatia—. Sin embargo, no ha servido para limpiarte la boca.

—La verdad es sucia y apesta, igual que mi aliento —Lámaco hizo un círculo en el papel—. Prescinde de monsergas conmigo, por favor, te conozco desde que aún te cagabas en los pañales y tu ironía, o lo que tú entiendes por eso, no me afecta lo más mínimo. Mira, niña, no comprendo tus zarandajas. Me haces abandonar mi casa, donde me dedico a estudios y cuestiones que rebasan con mucho en interés a esta gilipollas trama tuya de escribas degollados, me sometes a un viaje de un millar de leguas que me ha puesto la cabeza al borde del colapso, me sueltas que confías en mi experiencia en el hallazgo de la verdad y ahora me pides que me quede de brazos cruzados porque no quieres que nadie toque esta casita de muñecas gigante que tú confundes con tu Biblioteca.

—Aún estás a tiempo de regresar a tus pantanos y tus salvajes pintados de azul —los nudillos de Hipatia se habían vuelto blancos.

De un pliegue de su túnica Lámaco había extraído una cajita de cerámica; al abrirla, sus cejas se arquearon y las arterias se volvieron más asesinas en torno al cerco de sus iris.

—Mierda, no puedo creérmelo —roncó—. Para colmo, me estoy quedando sin píldoras. No quiero ni pensar lo que puede ser todo este circo sin el alivio de un poco de matricaria —tomó una diminuta gragea de la cajita y se la introdujo en los dientes—. Bueno, está Diágoras, ¿no? Diágoras no ha muerto, ¿verdad? Espero que el aburrimiento no lo haya matado todavía en esta ciudad tuya de los cojones. Diágoras de Fliunte tiene todavía su jardín, ¿o no?

—Sí —suspiró Hipatia—. En Naucratis, en el viejo templo de Serapis.

—Bien, habrá que hacerle una visita —se volvió hacia Clea—. Toma nota, niña, mañana mismo cumplirás el recado. Que te acompañe el duque para mostrarte el camino, parece que admira mucho tus dotes intelectuales. En cuanto a mis pantanos y mis salvajes pintados de azul, no creas que no volvería con gusto: allí al menos, como no entiendo el idioma, no tengo que escuchar estupideces. Si he venido hasta Alejandría, este rincón del mundo que detesto, no ha sido por ver tu cara bonita, Hipatia, eso tenlo por seguro: me obligaba la memoria de tu padre, el ilustre Teón, un sabio auténtico a quien los desarreglos de la menstruación no le impedían pensar como es debido.

En la mirada de Hipatia hubo una explosión esmeralda, como un amanecer en la selva.

—Chocheas, viejo —sentenció—. Casi consigues que me arrepienta de haberte hecho venir.

—Me lo imagino. Tú prefieres la miel y el sándalo del venerable Hilario, tan santo él que hasta los pedos deben de olerle a jazmín. Pero yo estoy aquí para descubrir la verdad, que, como te he dicho, no es un artículo de perfumería. Fui yo

quien ordenó a Clea que se introdujera en la Biblioteca. Tus motivos me importan un carajo, por si no ha quedado ya bastante claro.

—Había más gente allí dentro —acotó entonces Clea, con un ligero temblor en la voz—. No somos los únicos que aprovechamos la noche para violar tus mandatos, ilustre Hipatia.

La ira de Hipatia, el fuego esmeralda de sus ojos, la melena desatada eligieron una nueva víctima. También ella tenía frente a sí una copa labrada con acantos que no había tomado hasta el momento: decidió enjuagar sus dientes con un poco del vino aliñado con canela antes de hincarlos otra vez. El destinatario de la dentellada era el hombrecito sin espesor que ocupaba el taburete del rincón, que se esforzaba patéticamente por desaparecer en el interior de su túnica y rogaba con todas sus fuerzas a los demonios y las almas de los aparecidos que le permitieran abandonar aquel despacho donde las palabras volaban como dardos envenenados. El director del Museo casi brincó en su asiento al oír su nombre.

—Ilustre Crátilo —silabeó Hipatia—, creo haberte prevenido más de una vez acerca de la salida de vapor del antiguo hipocausto y de la amenaza contra nuestra seguridad que supone. Pero tú pareces demasiado absorbido por los astros para atender a lo que tienes en el suelo, en concreto en el suelo de tu despacho.

—Haré las diligencias necesarias, ilustre Hipatia —se apresuró a murmurar Crátilo, manoseando de nuevo su amuleto—. He estado ocupado. ¿No es suficiente trabajo tener que distribuir una vez más los fondos de la hoploteca, a la que los derrumbes en el revoque y las grietas de los pilares no dan una mínima tregua? ¿No merezco un poco de comprensión al haber arriesgado mi propia vida en la tarea después de que una de las espadas estuviera a punto de cercenarme el brazo derecho?

—Cuídate —se le ocurrió entonces aconsejar a Demeas, más que nada para dejar constancia de su presencia en la reunión—. Lo próximo que pueden cercenarte es la cabeza.

El director del Museo besó con devoción la ramita negra que le pendía del cuello.

—Astrágalo —recitó—. No frivolices, duque, no toméis a la ligera ninguno de vosotros todas estas señales. ¿Debo deciros que ando inquieto desde hace ya demasiados días por lo que he leído en las constelaciones? ¿Os confesaré que no me sorprende ninguno de estos asaltos a la Biblioteca, ninguno de estos macabros asesinatos y que aguardo cosas todavía más siniestras? ¿No os he advertido ya de la entrada de Marte y Saturno en conjunción y que ello significa, sin lugar a dudas, la proximidad de una catástrofe sin precedentes?

—Debes de referirte a la tormenta que se avecina —sugirió Demeas estudiando las nubes acumuladas al otro lado de la ventana—. El estado de nuestras cloacas la convertirá en una catástrofe sin discusión, con toda seguridad.

El silencio volvió a instalarse en el despacho sin que nadie se atreviera a removerlo: habían sido pronunciadas frases indigestas y parecía conveniente permitir a cada cual que las masticara a solas. El único, una vez más, que proseguía su tarea

era el gato: incansablemente transcribía letras absurdas sobre su resma de papel como obedeciendo a una voz que le hablara al oído. El duque lo observó con recelo y un secreto temor; recordó su encuentro con su silueta de petróleo en mitad de la noche poblada de libros y volvió a sentir que era el depositario de algo, que bajo aquel pellejo del color de la desesperación se ocultaban misterios que ningún humano lograría desentrañar jamás, tal vez los mismos que confiaba en su idioma privado a la uña y el papiro. En realidad no era correcto del todo afirmar que sólo Faraón escapaba a la parálisis; el honorable Lámaco ensuciaba todavía un pliego con los caprichos que le iba sugiriendo la pluma, hasta que, en un arrebato de impaciencia, convirtió aquellos jeroglíficos en una pelota.

—Bueno —roncó—, aunque parezca mentira algunos tenemos mejores cosas que hacer que reñir a los niños que cruzan la calle sin permiso. Creo que todos nos sentiremos más aliviados si damos esta reunión por concluida. Al menos mi jaqueca.

Se pusieron lentamente en pie con cuidado de no hacer ruido, tal vez para no perturbar la concentración del gato. Crátilo se escabulló en el pasillo mascullando una apresurada despedida; le esperaba su despacho, donde podría disfrutar sin intrusiones de la inminencia de los desastres. Dudando de si hacía lo correcto, Demeas tuvo el impulso de cubrir los hombros de Clea con su brazo, por si el áspero manto de lana no bastaba para protegerla de los improperios de Hipatia. Pero ella se zafó y permaneció erguida frente a la silla en actitud de desafío.

—¿Hemos entendido bien, entonces? —le temblaban las pestañas—. ¿Seguirás negándonos el acceso a la Biblioteca?

Sentada todavía frente al escritorio, con las manos anudadas como para elevar un rezo, la directora había estado luchando por sofocar el incendio que llevaba dentro. Casi sonrió al responder en tono maternal:

—Si tenéis algo que buscar estaré encantada de recibir vuestras solicitudes. Mis ordenanzas se encargarán del resto.

Clea fue a añadir algo, pero el comentario murió en su garganta antes de alcanzar la voz. Se envolvió torpemente en el manto y salió deprisa, atacada por un súbito acceso de frío, de hartazgo, de odio; a Demeas no le importó interpretar el papel de perrito faldero detrás de sus sandalias. En cuanto al honorable Lámaco, se escarbaba todavía las cuencas de los ojos, tratando de arrancarse la fatiga.

—Creía que tenías prisa —le dijo Hipatia—. Te esperan tus cristales. Ellos son más transparentes que los hombres y lo dejan ver todo.

El anciano volvió la vista hacia las alturas, en busca de un punto donde la luz no le torturase. La pelota de papel, indefensa, crujía en su mano derecha.

—Tu padre solía decir que el material con que te habían fabricado el cráneo al nacer superaba en dureza a la piedra ofites, que sirve para moler el granito —rememoró—. Una vez que algo entra ahí dentro, es imposible que salga, y de nada servirían las maniobras del más experto cirujano. Querías convertirte en filósofa aunque es una profesión vedada a las de tu sexo, y lo conseguiste; quisiste labrarte un

prestigio y convertiste tu casa en un convento de sabios; querías dirigir la Biblioteca que alimentaba tus insomnios y estás aquí. Tu orgullo jamás te permitirá una flaqueza, una renuncia, un error. Muchos hombres son víctimas de sus defectos; tú, una mujer, lo eres de tu virtud.

—No te sigo, honorable Lámaco —ella comenzó a recoger los legajos que desordenaban la mesa. El gato trazó un punto y coma.

—Cuando tenías apenas tres años de edad, tu padre solía reírse de ti porque aún manchabas los pañales al orinar. Era una broma amable, cariñosa, sin intención de herir, pero sometía tu vanidad de niña a una prueba insoportable. Un día, mientras visitábamos el jardín botánico, tú, yo, el ilustre Teón, el viejo Onesandro y alguien más, nuestra conversación se demoró más de lo debido y tu padre sospechó que habías vuelto a ensuciarte: ordenó a tu aya que te cambiara el pañal. Tú, naturalmente, te negaste. Afirmabas con tu media lengua que no sucedía nada, que estabas perfectamente limpia, que no permitirías que nadie te desnudara. Al final, nuestro paseo por el jardín se prolongó aún más y el crepúsculo sucedió a la tarde llena de abejas. Tú te mantuviste incólume hasta que el olor te delató. La orina te chorreaba por las rodillas, aunque te negaras a reconocerlo.

—Te agradezco tus anécdotas. Serán de lo más valioso el día que tengan que pronunciar mi oración fúnebre.

La mirada de Lámaco descendió repentinamente sobre ella, salvaje, roja, imitando la de un reptil.

—¿Qué escondes? —dijo.

Ella no se arredró: en sus iris verdes, no había espacio para retroceder.

—Lamento no entender de qué me hablas, Lámaco —repuso con sencillez.

El bufido del anciano fue una declaración de poca paciencia y mucho cansancio. Giró despacio sobre sus talones y emprendió el camino de la salida, después de dedicar un fugaz examen al tatuaje del nubio. Al alcanzar la puerta pareció recordar algo.

—Deberías haber aprendido la lección, aunque cierto es que aún eras muy pequeña —musitó—. Las heces no pueden ocultarse eternamente porque acaban por oler. Y pueden mancharnos las piernas.

Capítulo 7

Salieron poco antes de despuntar el alba, con la intención de que el rigor del mediodía les sorprendiera en algún lugar a cubierto. Entre Alejandría y Naucratis median más de cuatrocientos estadios de carretera rectilínea, recomendada por las arenas, que se desenvuelve con esfuerzo en una estrecha franja entre la orilla del Nilo y el desierto. En la guarnición de Loquias, el duque había conseguido un caballo berberisco de un color indistinto al de las dunas, que Clea manejaba con un aparente desparpajo: en vez de presionar los flancos de la montura con los muslos para hacerla avanzar, según es común en los ejercicios militares, la joven hincaba los tobillos en los ijares y convertía al animal en una extensión de su propio cuerpo flexible y nervioso, atento a cualquier estímulo del camino. Los había de diversas clases, y dirigidos a los cinco sentidos: la fragancia de los nenúfares sobre las aguas del río se mezclaba con el hedor a bosta de los bueyes de las caravanas que a veces copaban la carretera impidiendo el avance; el canto de las tórtolas era respondido por el de los ánades y los arrendajos antes de que todos elevaran el vuelo entre los papiros con un estruendo de alas revueltas; las gabarras y los esquifes singlaban sobre la corriente con sus velas del color de la caries, mientras en la popa, junto al timón, un hombre moreno entonaba melodías soñolientas. La mayor parte de la travesía mantuvieron los caballos al trote, sin permitir que se demoraran pero evitando fatigarlos en exceso; a veces un atasco de carretas de campesinos o el séquito de un señor que viajaba en silla de manos obstaculizaban el paso, y los cascos resonaban lánguidamente en el empedrado; otras, la amplitud del horizonte invitaba a un galope que se parecía mucho a una borrachera y desordenaba las crines sobre los lomos. En esos momentos, mientras seguía al enérgico ejemplar overo en su caballo negro, Demeas reparaba en dos cosas: una, que la chica había tomado la precaución de cubrirse con unos calzones por debajo del quitón, lo que le prohibía el disfrute de delicias pasadas; otra, que la chica sabía montar.

—Observo, niña, que no es la primera vez que te desenvuelves como jinete —el sol ya había alcanzado el cenit y las sombras se reducían debajo de los animales a charcos negros—. Te felicito: dominar a una bestia exige no pocas dotes.

Las tibias de ella se endurecían por encima de las sandalias cuando transmitía órdenes a la montura, que comenzaba a piafar, a dar corcoveos, a husmear nerviosamente el nacimiento del río.

—Dominar a una bestia sólo exige un bocado y una brida —replicó—. Los hombres son mucho más costosos. Y más aún las mujeres, sobre todo si dirigen bibliotecas.

En Hermópolis Parva, al socaire de la tapia de una lechería, hicieron un breve almuerzo de queso, avellanas y unas pasas con membrillo. Un vendedor ambulante

quiso endosarles lo que decía que era un pastel de liebre, pero desconfiaron de las moscas. Después el sol se hizo aún más pesado y los caballos caminaron ensimismados por el filo de una calzada que el desierto iba comiéndose poco a poco y que en algunos de sus tramos desaparecía en una nada amarilla; aunque el día había amanecido entre una gasa de nubes, a la tarde se había despejado: el calor volvía los pensamientos tortuosos, vacilantes, como las siluetas que se desvanecían sobre la carretera y que recordaban a sombras entrevistas en un pozo. En medio del sopor de la siesta, algunos chapoteos o carcajadas repentinos sobresaltaron a los caballos; niños color caoba correteaban entre los cañaverales persiguiendo aves de pies de alambre y arrojando guijarros a los cocodrilos. A cierta distancia, la calzada ascendía y practicaba media curva para elevarse sobre un médano. Desde allí, mientras palmeaban el pescuezo de sus animales, Demeas y Clea contemplaron como desde un mirador el amplio cauce del Nilo y la ciudad de Naucratis, incrustada sobre el margen izquierdo y derramando hacia las aguas una cascada de casas mal encaladas y azoteas de adobe y junco.

—El puerto parece tranquilo —comentó Clea, antes de estirarse para ahuyentar el cansancio de sus músculos—. ¿Qué es ese edificio grande que se ve allí, al sur, junto a las puertas?

—El antiguo Helenión —respondió Demeas—. En su día, cuando ésta era la ciudad griega más prominente de Egipto, servía como templo a diversos dioses cuyos nombres hoy está prohibido pronunciar. Ahora es la sede de la lonja y el mercado de artesanos. El templo de Serapis se encontraba a las afueras, según creo. Debemos seguir el trazado de la carretera algunos estadios más.

Quienes visitan Egipto por vez primera suelen sorprenderse de sus crepúsculos. En otras partes del mundo, ese lapso es un mero trámite, un toque de queda, el aviso de que el día llega a su fin y cede su puesto al crimen y al dormitorio. En Egipto los crepúsculos se prolongan hasta lo inacabable, creando la sensación de que el tiempo se ha atascado en un meandro y se niega a avanzar, convirtiendo el cielo en una marea de sangre. Bajo esa luz encarnada, el duque y Clea alcanzaron las ruinas del antiguo templo de Serapis. Aquí y allá, si uno ponía imaginación, podían reconocerse todavía los restos de la fachada principal, de las columnas decapitadas, del patio de los holocaustos y las antesalas: lo que antes fue piedra había sido reducido por los siglos a mantecados desmenuzados y polvo. En su día, en la explanada que recibía a los fieles desde el norte había figurado una estatua de las dimensiones de una montaña con una barba en forma de remolino, un cetro y un perro de tres cabezas; ahora los pedazos de ese cuerpo descomunal yacían esparcidos entre la maleza: vistos a distancia, aquellos pies, manos y rostro, con el bronce descolorido por la intemperie, se antojaban accidentes naturales, crestas y montículos que el viento del desierto había erosionado en su barrido perpetuo.

Dejaron los caballos detrás de un murete que parecía haber crecido en mitad de una duna, sin intervención de albañiles. Al otro lado, la luz de vino y ceniza les

mostró un amasijo de ramas, troncos y flores del que la vista se retiraba, empachada, después de un primer examen. Los aromas entreverados, el olor a sábanas recién limpias del alcanfor y el espliego, el olor irrespetuoso con que el sándalo espesa las alcobas de las meretrices, el olor medicinal de la menta y el perejil, contribuían aún más a acrecentar la sensación de sofoco: caminaron casi a tientas por aquella selva multiplicada en tallos, raíces, yemas y brotes, con la impresión de que los jardines que habían contemplado hasta aquel momento eran cosas menores y domésticas, arregladas por peluqueros. Al girar en un árbol lleno de nudos, que recordaba una higuera pero emitía un olor dulce y repelente, se dieron de bruces con un adolescente que recogía hojas en un morral. Tenía la piel tostada y dos ojos infinitos como mirar el firmamento.

—Buscamos al honorable Diágoras —le explicó Clea, que en la inmensidad de la selva sentía el impulso de hablar en voz baja, como si se hallara en una capilla o un museo—. ¿Puedes tú conducirnos hasta él?

El adolescente vomitó un aluvión de frases en un idioma insólito, cuyo sonido recordaba el silbido del viento en los arenales.

—¿Qué dice? —Clea intercambió una mirada con el duque.

—Lo ignoro —reconoció él—. Creo que emplea una forma bárbara del copto, o tal vez una lengua indígena. El gato de la ilustre Hipatia o mi caballo se expresan con mayor claridad.

—¿Ya lo tienes, tesoro? —entonó una voz melodiosa desde el interior de la espesura—. Ten cuidadito con la coscoja; las hojas son frágiles y se deshacen con facilidad entre los dedos.

El hombre que entonces apareció detrás de un matorral de escaramujos era enjuto, atezado, sarmentoso, igual que los troncos de muchas de las especies que poblaban el jardín. El ala del sombrero sumía en la penumbra la mitad de su cara, donde destacaban los ojos azules y encendidos; la mano derecha removía el interior de una cesta de mimbre que sostenía la izquierda y extraía de ella restos pardos, como pavesas de un incendio. Se detuvo con un gesto de interrogación delante de Clea, luego su mirada giró hacia Demeas y por último recaló en el adolescente del morral, al que interpeló en el mismo idioma jeroglífico de un momento atrás.

—Honorable Diágoras —formuló Clea respetuosamente—, venimos a solicitarte un remedio.

El hombre del sombrero suspiró. Una barba de plata le resbalaba por el mentón, creando la apariencia de que había bebido en un arroyo.

—Sí, hija mía, ya me imagino —dijo—. Recibo a muchas pobrecitas como tú a lo largo del día. Te daré siete raciones de borraja, que debes tomar una vez al día durante una semana, mezclada con una parte de vino o, aun mejor, de cerveza. Sentirás retortijones, pero luego todo irá bien, si la naturaleza pone de su parte. Todo ello, bonita, siempre que estés de menos de tres meses, ¿verdad? —se acercó y

envolvió en una mano fina y huesuda el vientre de la joven—. Sí, no puedes estar de más.

—Creo que te confundes —objetó ella, con incomodidad.

En la barba del hombre se dibujó una delicada sonrisa; todo en aquel individuo era amortiguado, fragante, de una placidez vegetal. Echó un vistazo fugaz a Demeas y volvió a acaparar el vientre de Clea con la mano, como si intentara protegerla de algo.

—No seas tonta, bonita, no merece la pena andarse con embustes. Muchas como tú vienen acompañadas de su padre o de un marido poco despierto en busca de remedio para el catarro o la enteritis, cuando lo que quieren en realidad es la solución a un imprevisto más embarazoso, y valga la palabra. Él es tu padre, ¿no? Pues es mejor que vaya haciéndose a la idea, si me permites el consejo.

Afortunadamente, el ocaso había embadurnado toda la Tierra de color púrpura y ello permitió que las mejillas de Clea pasaran desapercibidas.

—Honorable Diágoras —repitió—. Venimos de Alejandría de parte del honorable Lámaco de Éfeso, a quien creo que conoces. Y el mal para el que te solicitamos remedio no se halla en el vientre, sino en la cabeza. Aunque este del vientre al que haces referencia sea el origen de todos los demás.

Ante la mención del nombre de Lámaco, el sombrero de paja retrocedió sobre la frente del hombre y sus manos dieron una palmada: o acababa de comprender el sentido de un chiste o se había olvidado algo en casa, unas llaves, una olla que había que retirar del fuego.

—¡Ay, Lámaco, niña, no me digas! —exclamó en un estallido—. Pero ¿es que Lámaco ha regresado a Alejandría?

—Sólo por una temporada, para realizar algunas gestiones. Te envía saludos y quiere que te transmita que no ha encontrado en ningún confín del imperio un herborista como tú.

Diágoras reía, con la boca abierta, con una risa fresca y llena de dientes, una de esas risas raras de encontrar donde no hay sombra de recelo ni de duda. Tomó a Clea del brazo y la hizo circular a través de su reino de maleza, helechos y flores voraces que se abrían a su paso como para efectuar un saludo. Demeas los seguía, algo molesto por la vehemencia del follaje, procurando no enredar el pie en ningún matorral ni marcarse la cara con un espino cruzado. A trechos, Diágoras frenaba el paso y mostraba a la chica una planta en forma de trompeta, o un filamento verdoso que trepaba por el envés de un saúco, o una florecilla con aspecto de no haber roto un plato, y le explicaba su nombre y sus propiedades con el mismo ceremonial con que habría presentado a una virgen en sociedad. A cambio, Clea le ofrecía detalles de la vida del honorable Lámaco al otro lado de las playas de Alejandría, allá en el lejano norte donde el desierto es sólo fábula y el sol comparte su reinado con la nieve. Algunos de esos detalles le parecían el colmo del encanto o del disparate; entonces chasqueaba las palmas de las manos y repetía en medio de una carcajada:

—¡Ay, niña, no me digas, qué ricura!

Me han dicho que en su retiro de Naucratis el honorable Diágoras guardaba muchas más especies y plantas curiosas que en el primer jardín que fundó, a las afueras de Alejandría, de donde tuvo que marcharse después de que el terreno fuera expropiado para construir un canódromo. Yo sólo conocí el antiguo, pero aún recuerdo la muchedumbre de formas, de nombres fantásticos, de esencias que extraía de los bulbos y las corolas ayudándose de un diminuto cortaplumas, y puedo imaginarme el exceso del ruinoso templo de Serapis y las cosas que Diágoras se demoraría en enseñar a sus invitados. Sin duda, aquella tarde que no terminaba de romper Clea y el duque supieron de las virtudes del ébano, que viene de Etiopía y es madera que no arde, según refrenda Fabiano; aprenderían que la higuera de la India se planta a sí misma y que forma bosques enteros sólo dejando caer el fruto alrededor de sus ramas; contemplarían el árbol sagrado del incienso, que crece en Arabia y la mítica Saba, y que exige de quienes lo talan que se abstengan de alimento y contacto carnal. Verían, digo yo, el estrobo, procedente de Carmania, que sirve para adormecer a los enfermos; el estoraque, al que rehúyen las serpientes; el ásaro, del Ponto o Bitinia; el bedelio, de la Bactriana, cuya resina se emplea en los sacrificios mezclada con vino; el mirobálamo, que abunda entre los trogloditas y sirve para ungüentos. Y por fin el ocaso interminable iría abandonando el horizonte y la noche repartiría sus primeras estrellas mientras en sus mentes se confundirían los nombres y las virtudes de la escamonea, el perejil, el glaucio, la sarcocola y el comino. A pesar de su amabilidad y de sus modales finústicos, Diágoras tendía al exceso en cuanto las plantas entraban en juego: su cerebro era otra selva como la que cuidaba en el templo, otra vorágine y otro enredo que crecía sobre las viejas ruinas de sus recuerdos. El recorrido finalizó frente al torso de la estatua colosal de Serapis, cuya oquedad le servía ahora de invernadero.

—En fin, guapa —resumió el herborista—, así que la cabecita de tu amo sigue dándole disgustos. Yo se lo dije muchas veces: eso es de las malas ideas, de todo el veneno que remueve al pensar. El día en que el muy pillo se muerda la lengua va a haber que hacerle un lavado de estómago, ya verás, tú hazme caso. Bueno, guapa, con la hora que es supongo que tú y tu amigo no pensaréis regresar a Alejandría.

—Pernoctaremos en Naucratis —informó Demeas, algo resignado a su papel de figurante.

—Ah, no, eso ni pensarlo —el índice de Diágoras se agitó en el aire—. No voy a dejaros escapar así como así, ricuras, para una vez que cuento con la oportunidad de hablar con alguien de mis viejas glorias, mis lindas amistades del pasado. Tengo un par de camitas en una hermosa habitación de invitados que he instalado en los pies de la estatua, allí a la izquierda. Mi dormitorio se encuentra en la mano derecha, un poco más hacia el río, y uso la cabeza como comedor, donde enseguida disfrutaremos de la cena que nos servirá Esaú. El bronce de la estatua es perfecto para cobijarse: en verano es fresco y si viene la helada el metal se calienta rápidamente con unos pocos

braseros. Quién iba a decirme a mí, fíjate tú, que acabaría viviendo en el interior de Serapis. Ésta sí que es una casa divina, dime tú si no.

La cabeza de la estatua poseía el tamaño de un salón de audiencias. Estaba volcada sobre la mejilla izquierda, de modo que la yedra y las enredaderas le fabricaban una segunda barba sobre la fundida en el bronce. El acceso se producía por el hueco del cuello, acondicionado con unos escalones de adobe; la brisa del anochecer de primavera penetraba a través de los orificios de los ojos y la boca con todo su cargamento de esencias silvestres y sus recuerdos de regaliz, lavanda y cilantro. Caminar entre las concavidades de la nariz y los pómulos se asemejaba mucho a hacer espeleología; con precaución de no lastimarse los tobillos, Clea y Demeas llegaron hasta lo que debía de ser la sien, donde una alfombra de dibujo persa estaba extendida en el suelo e invitaba a tumbarse entre cuencos y jarras. Las lámparas, que pendían del techo, jugaban a alargar y reducir las sombras, modelando estalactitas y túneles. Mientras se sentaba con las piernas cruzadas en imitación de su anfitrión, Demeas reparó en que se encontraban en la cabeza de un dios, en que eran parte de sus pensamientos, de sus fantasías: creyó recordar que algunos de los herejes de Alejandría afirmaban que el entero universo, con sus bestias, sus barcos, sus astros, se reduce al sueño de una divinidad a la que es preferible no despertar.

—Estos frutitos han sido cultivados por mí en mi propio jardín —anunció Diágoras cuando el adolescente que no sabía hablar repartió pistachos, higos, pepino aliñado y niscalos—. Cinco codos de tierra es todo lo que un hombre necesita: para vivir, porque en ellos sembrará su alimento; para morir, porque bajo ellos depositará sus restos. Ahora quiero que probéis algo que no es común en Alejandría, me parece, algo la mar de simpático.

El adolescente derramó en las tazas un líquido tibio y negro, que amargaba el paladar y que Diágoras fue trasegando, en lugar de vino, a medida que daba cuenta de las viandas repartidas en bandejas sobre la alfombra. Por el ojo de la estatua, que servía de ventanal, se vislumbraba una noche cargada de estrellas y la cinta plateada del Nilo al virar frente al puerto de Naucratis, donde los fanales de los barcos fondeados titilaban como luciérnagas. Durante la cena se habló un poco de todo y siempre sin indagar en profundidades: los impuestos, la temperatura, el estado de las carreteras, los quebrantos de la vejez, todo con una liviandad que parecía contagiarse del aire fresco que viajaba a través de las paredes de bronce. Pasaba el tiempo; Demeas comprobó con pasmo que no se hallaba más cansado, que no añoraba el lecho a pesar de la agotadora jornada de viaje: según Diágoras, se trataba de una de las propiedades de la infusión que les había servido.

—El momento del postre es para relajarse —dijo entonces—. Esaú, tesoro, sirve la miel y los dulces y tráenos la pipa. Veréis qué cosita más rica vamos a probar ahora, os moriréis de gusto.

En una pipa de ébano y marfil, Esaú quemó una sustancia densa, pesada, que cubrió la estancia de un humo que casi podía atraparse a puñados. Al dar la primera

calada, Diágoras puso los labios en forma de ómicron y sus ojos se hicieron de vidrio; cuando Clea repitió la ceremonia se tambaleó suavemente sobre la alfombra, tal vez temerosa de perder el equilibrio; Demeas aspiró una larga bocanada y sintió de inmediato que había estado equivocado, que la vida es un hermoso espectáculo al que nadie puede renunciar sin escándalo, que todo mal y toda congoja resultan superfluos al mirarlos de lejos, que el universo, tal y como lo observan los dioses, es perfecto pero confuso. El bronce de las paredes se volvió de almidón, la luz de las lámparas se hizo incierta, sus pensamientos imitaron a las plantas del jardín y pronto tuvo el cerebro lleno de lianas, maleza y liquen por donde apenas conseguía desplazarse sin tropezar. Veía a Clea, a la que amaba con una loca desesperación, en el fondo de un túnel de terciopelo; lejos, muy lejos de ella, de la noche, del presente, se encontraba el anciano de la barba de plata, que reía con voz floja. El humo de la pipa había amortiguado sus voces y les hacía introducirse en recovecos en los que tal vez no se habrían aventurado en estado de mayor lucidez.

—Las plantas me han enseñado más que ningún hombre —aseguró Diágoras con una insólita gravedad, sosteniendo la boquilla con los huesos de sus dedos—. Todos somos vegetales en el fondo, todos tenemos savia, y tronco, y raíces: unos olmos, otros girasoles, otros caléndulas, otros, como yo, un clavel. Un clavelito. Todos necesitamos un suelo en que vivir, del que nutrimos, que nos dé sustento. Me río yo, ricura, de esos tontitos que se dicen apátridas y se proclaman ciudadanos del mundo: sin tierra no se puede vivir. Supongo que será por eso, después de todo, que la víbora de Lámaco ha vuelto a casa.

Para responder al honorable Diágoras, Clea tuvo que sujetarse la cabeza con las manos: las ideas le giraban dentro y se le deshacían, igual que las figuras que el humo improvisaba en el aire del salón.

—No, honorable Diágoras —dijo con la lengua atascada—. Te aseguro que mi amo no siente ningún aprecio por esta tierra abrasada por el sol y las disputas entre dioses. Está aquí sólo para honrar la memoria de un viejo camarada, el ilustre Teón, cuyo nombre también te será familiar. Puedo decirte por experiencia que afectos como el amor a la patria o la nostalgia están ausentes del alma de Lámaco; es una nevera de la razón.

Los ojos de Diágoras se entrecerraron, de la misma manera que los entornan las costureras para tratar de enhebrar una aguja.

—No me digas, dulzura —replicó en un tono sinuoso—. Supongo que él te habrá contado por qué dejó Alejandría, su sol y sus disputas entre dioses.

—La razón, dice, se beneficia de los climas fríos, como las heridas que no forman cicatriz.

En el humo que Diágoras sorbió entonces a través de la pipa debía de haber muchas cosas: imágenes lejanas, casi desteñidas por el paso de los años, nombres cuyos ecos ya se habían congelado en el silencio, pasiones de las que no quedaban

más que rescoldos pisados. Todo ese carbón llenó su mente por un instante y su lengua parecía remover ceniza cuando evocó:

—Él se llamaba Alcínoo, y era sin duda el muchacho más hermoso del puerto. Sus músculos, flexibles y tiernos como los de un corzo, inspiraron a un escultor famoso para fundir una imagen de Hermes que un día, olvidado ya, lució en los soportales del ágora. Era buscador de coral, y competía con los delfines en su dominio del buceo. Un día se ahogó: nunca un muchacho ni una esposa fueron más llorados —Diágoras despertó del trance, se miró las manos como si las tuviera sucias y alzó la cabeza—. Creo que basta por hoy, ricuras, el día ha sido largo y mañana os espera otra jornada de viaje. Dejémoslo aquí y busquemos amparo en el sueño, donde, para nuestro alivio, no existen memoria ni porvenir.

Les despertó el canto de un jilguero a la salida del pie de bronce que les servía de dormitorio; un amanecer de ámbar se deslizó hasta sus lechos y les hizo frotarse la frente para intentar despejarse. Se vistieron de prisa, sin hablar, tal vez con algo de vergüenza: durante la noche previa habían merodeado cosas íntimas y profundas que daba reparo examinar a la luz indiscreta de la mañana. Encontraron a Diágoras en el extremo meridional del jardín, el más alejado de la entrada, sentado a una mesa sobre la que se entretenía en podar unas ramas de laurel. Había un destello de compasión o burla en los iris azules que el ala del sombrero oscurecía de nuevo.

—Espero que hayáis dormido bien —confió, arrancando un brote seco de un golpe de tijera—. No hay preocupación que no sepa vencer un poquito de resina de amapola. Aquí tenéis las píldoras de matricaria para Lámaco, ese viejo pillo. No me debéis nada: me basta con los lindos recuerdos que me habéis traído. Ojalá el pasado cupiera en una bolsita como ésta y se pudiera tomar en pequeñas dosis para remediar la melancolía.

—Has sido un anfitrión excelente, honorable Diágoras —pronunció Clea—. Te damos un millar de gracias por tu hospitalidad.

—Eres un sol, dulzura —sonrió Diágoras—. Toma, guarda bien las píldoras y mantenlas en un lugar fresco y seco, aunque supongo que tu amo ya sabrá eso de sobra. Esa cajita que llevas en el zurrón les irá pintiparada.

La cajita a la que hacía referencia el herborista se abrió por accidente en las manos de la muchacha y la mesa se llenó de polvo negro; era la muestra que ella había recogido en casa del venerable Hilario, el polvo junto al que murió Pólux Poncio, el que insistía en aparecer en el escenario de cada crimen como tendiendo las pistas de un acertijo cansino y trivial. Clea se disculpó aduciendo que se trataba de una prueba del caso que llevaban entre manos e identificándolo como hollín preparado para elaborar tinta. Pero Diágoras ya había fruncido el entrecejo, había pasado la yema del índice sobre la muestra y se la había llevado a la punta de la lengua.

—¿Tinta? —su cabeza giró a un lado y a otro—. No, linda. Esto es raíz de kerdalea triturada. Se llama kerdalea, la lucrativa, porque se supone que trae buena

fortuna y aleja el mal de ojo, aparte de contar con otras propiedades bien descritas por los botánicos. Crece en clima seco y no es difícil de trasplantar. Mezclada con dos partes de miel, ayuda a deshacer las legañas; mezclada con una de mirra, elimina el estreñimiento; mezclada con dos de vino y aplicada en emplasto, elimina verrugas; aspirada, es eficaz contra la tos y la afonía; desecada y mascada, sirve para contrarrestar el veneno de las serpientes. Pero ¿he dicho algo impropio, bonita? Se te ha quedado la carita del color del nardo.

Hasta cuando la ganaba el terror o el vértigo, pensó Demeas, ella era como una flor.

Capítulo 8

Los gritos se distinguían desde el otro lado de la tapia del patio y espantaban a los gorriones posados en el pequeño ciprés que todavía no había acabado de crecer. En el interior de la casa, sobre todo en las cocinas, la bodega y los aposentos que rodeaban el interior, el estruendo recordaba una tarde de carreras en el hipódromo, por la furia de las voces y los acentos dramáticos con que solían alternarse una y otra, interrumpidos a veces por el chasquido de la cerámica que estalla contra las baldosas o un mueble abatido. Quien se hubiera aventurado más allá del jardín, como entonces hicieron Clea y el duque, y hubiera asomado la cabeza al hueco de la escalera que ascendía al palomar, habría distinguido palabras y hasta frases enteras en medio de los ladridos, aunque se trataba de expresiones que un caballero o una señorita habrían preferido dejar pasar de largo y que desde luego no convienen a la castidad de mi prosa. La primera voz hacía un recorrido detallado por todos los insultos, injurias y blasfemias de que dispone la lengua griega, con especial predilección por los que describen parentescos poco honrosos o formas de vida poco apropiadas a la gente de linaje; la otra voz, elevándose con el vano propósito de hacerse oír, sólo conseguía defenderse con un frágil batiburrillo de excusas, de construcciones de arena que la marea abatía de un solo y demoledor asalto.

—Vuelvo a repetírtelo, señor, y es la tercera vez que lo hago —alegaba en tono de súplica—. La esclava encargada de la limpieza se ha limitado a barrer la estancia sin tocar un solo objeto de las mesas, pues había sido severamente prevenida al respecto, y cuando ha tenido que correr algún mueble para retirar el polvo ha cuidado muy mucho de devolverlo a su posición original. Nadie más que ella ha estado en la habitación en el curso de la jornada de ayer. Respondo de la conducta de la mujer: es una trabajadora ejemplar que jamás ha dado motivos de queja en esta casa.

Algo silbó en el aire y encontró un cuerpo blando, contra el que impactó antes de partirse en pedazos con un rumor de collar abierto. Hubo un gemido sofocado, como si alguien evitara un alarido a través de una toalla, hubo un silencio lleno de tristeza. Y a continuación la primera voz retomó su catálogo donde lo había detenido:

—¡Gilipollas, imbécil, cruce de asno y de una mala puta de Corinto, fuera de mi vista! ¡Tu ama haría bien en venderte en subasta pública para que te dieran por culo todos los sodomitas de Rakotis, algo que encima y de seguro te daría más gusto que hacerme la vida imposible, cabronazo! ¡Me cago en tu puta madre y en toda tu casta, desde la primera sabandija que parieron tus ancestros!

El viejo Midas, un esclavo que había encanecido al servicio de la casa, abandonó el palomar con una mano cubriéndose la herida de la mejilla y los ojos empañados. No podía saberse si aquella humedad se debía al orgullo pisado o a la rabia encendida.

—He servido a tres amos y llevo ocho años a las órdenes de la ilustre Hipatia — explicó en un tartamudeo a Clea cuando se cruzó con ella y el duque en la escalera—. Jamás nadie me había tratado así. Niña, te compadezco sinceramente por tener que atender a semejante animal. Las mulas del establo son más razonables. Y sólo rebuznan.

Aunque se detuvo casi de puntillas en el umbral, Clea no pudo evitar que un objeto le crujiera bajo la sandalia: los restos de la lámpara que había herido al desdichado sirviente y que había contribuido a convertir, aún más si cabía, la estancia en un basurero. Porque de eso se trataba ahora: enseres arrancados de sus puestos, muebles derribados contra las esquinas, papeles que habían sido expulsados de sus cartapacios y rodaban indefensos por los suelos, fragmentos de cristal y marfil ocultándose debajo del arcón y las mesas como atemorizados por los aullidos del hombre que zancajeaba entre ellos, poseído por un furor sobrenatural que le llenaba de espuma la barba e inyectaba sus ojos en sangre; las palomas, que habían habitado el recinto hasta la llegada de aquel loco, jamás habrían tolerado tal desorden: sus cagadas y su alpiste resultaban de lo más decoroso en comparación con aquello.

—¿Qué ha sucedido aquí? —interrogó la muchacha, con una voz no menos pálida que su semblante.

El loco se volvió hacia ella con gesto de carnicero; las greñas le aureolaban la coronilla, como si hubiera visto al demonio; las manos se agitaban en el aire persiguiendo moscas; en los ojos no había razón, no había nada: era la mirada de un ahogado.

—¡Ah, por fin estás aquí, niñata de mierda! —bramó—. ¿Se puede saber dónde carajo te habías metido? Creo que te envié a buscar medicinas, no a hacer turismo por esta ciudad de los cojones, que ojalá un maremoto se tragara con toda su caterva de maricones, putas y chulos con los ojos pintados. La cabeza me va a estallar. Dame las píldoras, si las has traído, y espero que así sea, porque de lo contrario no podría soportar más desgracias.

Con una garra, el honorable Lámaco, al que quedaba poco de honorable, atrapó la bolsita que Clea le tendía y recorrió el nudo del cordón; consiguió reunir un par de bolitas verdosas y se las introdujo en la boca, sin preocuparse de que el resto cayeran al suelo y se camuflaran entre las lámparas rotas, el plumón de los cojines despeluchados, las diversas formas de la basura con que había cubierto los rincones. Para ayudarse a digerirlas, bebió directamente el agua del cuenco que servía de lavamanos y donde aún flotaban restos de queso y los rabos de las uvas. Mientras tanto continuaba examinando con desesperación el cataclismo, intentando sorprender alguna cosa, un ratón que corría entre los desechos, una perla extraviada, un signo que le explicara algo. Según comprobó Demeas, existía una zona de la habitación que parecía haber quedado a salvo del vendaval: la mesa que bordeaba la ventana se hallaba intacta, el tubo de madera de abedul permanecía sobre el trípode

contemplando con filosófica indiferencia los nubarrones que se congregaban en el horizonte.

—¿Qué ha sucedido? —repitió la chica esforzándose por dominar el temblor que le ganaba la barbilla.

Durante un instante el anciano había guardado silencio, encerrado en un recuerdo, en una idea, en su locura: hay emociones mucho más sólidas que el muro de cualquier celda. Pero, de repente, el preso recuperó su libertad: y halló que lo que había fuera era terrible.

—El estuche lambda, el ni y el rho —murmuró casi troceando las palabras con los dientes, y Demeas hubiera dicho, si aquello no le pareciera imposible, que estaba al borde de las lágrimas—. No están. No están. No estaban en la mesa. No estaban en las gavetas del arcón. He removido todo el estudio. No están. He dado la vuelta a todos los muebles. No están. Haré que la puta de Hipatia torture a todos sus jodidos esclavos hasta que alguno declare quién me los robó, o quién ha visto unas lentes que valen más que sus miserables vidas y no lo quieren confesar. Aunque... —divisó algo en el fondo de su desvarío—. Aunque tú... Sí, tú... ¡Tú, mala puta, tú eras la encargada de los cristales y tú fuiste quien los manejó por última vez! ¿Dónde están, perra bárbara, dónde los has metido?

No hubo músculo en la anatomía de Demeas que no se endureciera cuando aquel viejo chocho osó aproximarse a la joven del milagro y atrapar sin el debido respeto su sagrada muñeca; la presencia de la espada en su vaina, a la altura del muslo izquierdo, se le hizo casi intolerable y luchó consigo mismo por no reparar en ella. Por fortuna para todos, el drama no pasó a mayores; con el mismo ademán de la nodriza que sofoca el berrinche de un niño, Clea se liberó, acarició la melena en desorden y depositó un beso en aquella frente bajo la que reinaba el caos. Repentinamente en paz, el anciano cayó como un fardo sobre el escabel que había junto a la mesa. Demeas había presenciado una expresión similar a la suya en los soldados a los que alcanza un dardo envenenado, en el momento en que la ponzoña asciende a través de la herida por las carnes abiertas y alcanza el recinto del corazón.

—No te inquietes, honorable Lámaco —dijo ella con tono de hablar a una mascota—. Esos cristales no pueden haberse perdido si no han salido de aquí. La luz es fuerte, se aproxima el mediodía y tu cabeza sufre: no habrás buscado con el debido cuidado. Siéntate y descansa: el duque y yo te relevaremos en la tarea. ¿No es cierto, óptimo Demeas?

Los ojos de ella emitieron una orden elevando las pestañas a la que el duque se sometió con toda la diligencia de su amor. Como un perro canelo, se dedicó a husmear entre desperdicios, a remover trozos de cosas y exhumar cadáveres sin saber siquiera qué tenía que buscar. En su asiento, Lámaco seguía, gracias a Dios, ensimismado en su estupor; Clea se había agachado frente al arcón y registraba las gavetas con los mismos movimientos con que hubiera ido colocando bocarriba los naipes de un solitario.

—En realidad, honorable Lámaco —iba diciendo casi hablando consigo misma—, habíamos venido a poner en común contigo algunos detalles del caso.

—Es inútil que mires en el arcón, yo lo he hecho ya hasta diez veces —rezongó el anciano—. ¿Caso? ¿De qué caso hablas?

—La muerte del secretario Epiménides —Demeas creyó que debía prestar algo de oxígeno a la muchacha y atrajo la atención de la fiera hacia él—. La muerte de mi ayudante Pólux Poncio, y la del copista Tersites. El ataque a la casa del venerable Hilario.

Entonces Lámaco reparó en que había alguien más en la cámara, aparte de la joven y de su desconsuelo. Los ojos, hinchados, atosigados por venas rojas como anémonas, escrutaron al hombre tuerto con odio.

—Ah, sí, el caso —dijo con voz queda—. Esa penosa estupidez por la que he venido a este lugar de mierda en vez de quedarme donde debía, donde ningún hijo de puta se hubiera atrevido a rozar el polvo de mis cristales. No hay nada que hablar del caso. El caso está cerrado.

Clea simuló que indagaba debajo de la mesa que le había servido de escritorio, pero las orejas se elevaron sobre sus rizos con inquietud.

—¿Cerrado? —dijo—. No te comprendo.

De los belfos del viejo brotó un relincho.

—Yo tampoco comprendo. No comprendo por qué elegí una ayudante como tú existiendo acémilas y chuchos que me habrían salido más baratos y que sin duda habrían aprovechado mejor mis enseñanzas. Quiero decir que se terminó, estúpida. Sé todo lo que tenía que saber y ya he identificado al culpable. Bastará una breve conversación con él y una guardia armada para efectuar su arresto.

Para que la joven comprobara que obedecía su imperativo, Demeas miró tontamente debajo de unos folios: allí sólo había porquería, como en el corazón del anciano al que no podía soportar.

—Admirable —dijo, intentando afilar sus palabras para que pincharan—. Quizá tengas a bien ahora transmitir a nuestras mentes estólicas los detalles del quién, el cómo y el por qué y aclarar nuestras dudas.

Algo empezaba a hervir de nuevo en el cráneo de Lámaco; de su cabellera blanca parecía elevarse una nube de vapor.

—Tu ironía, o tu intento de ella, es deplorable, óptimo tuerto —roncó—. Deja esas armas para brazos mejor dotados que el tuyo, es decir, para cabezas que guarden algo más que decretos oficiales y el gusto por el culo de las niñas. Todo se sabrá a su debido tiempo, aún me restan un par de pormenores por solventar. Pero existen puntos que cualquier inteligencia menos deficiente que la tuya ya habría comprendido hace tiempo.

—¿Por ejemplo? —Demeas se contuvo de escupir.

—Por ejemplo, que el asesino pertenece a una secta gnóstica y adora a las serpientes. Por ejemplo, que busca un libro que de caer en manos de las autoridades

no tardaría en ser reducido a ceniza. Por ejemplo, que ese gnóstico está relacionado con el mundo de la copia de libros y conocía bien a Tersites, a sus compañeros de El Rinoceronte Azul y a Epiménides. Por ejemplo, que el libro que busca es terrible.

—Ese libro —en la mente del duque hubo algo similar al alba—. ¿Puede ser el llamado *Libro de los Anillos*?

Un cansancio letal se había desplomado sobre el anciano, que ahora inclinaba los hombros igual que un luchador vencido en la palestra y se giraba para observar con melancolía el tubo de madera de álamo atornillado sobre su trípode, enfocando todavía un firmamento cuyos secretos ya no poseía poder para penetrar. La sola visión de aquel artefacto era una herida abierta en el ánimo del honorable Lámaco, una quemadura sin curar.

—No —dijo—. El *Libro de los Anillos* puede ser repugnante, pero no posee el encanto de la blasfemia y el secreto: cualquiera puede consultarlo en la Biblioteca con una acreditación. El nuestro es un libro prohibido, una leyenda, una monstruosidad acrecentada por los comentarios a media voz y las referencias indirectas. Pero ¿qué digo? ¿Qué pollas en vinagre me importan a mí ese dichoso libro y el viejo eunuco que perdió a un secretario medio lelo por su causa? ¿Qué me va ni me viene a mí toda esta mierda ahora que me falta lo único importante, los cristales que me costaron una fortuna y sobre los que se sustentaba el trabajo de mi vida?

Había vuelto a ponerse de pie y deambulaba por la estancia pisando escombros, chocando contra las paredes, prisionero: su desolación era la jaula que el león mide palmo a palmo en busca de una salida que no existe, antes de ser arrojado a la arena. Desde los muebles volcados entre los que gateaba, Clea quiso hacerle llegar un inútil resquicio de esperanza.

—Volverás a fabricar otros, honorable Lámaco —intentó, sin levantar la cara del suelo—. Existen excelentes pulidores en el imperio, incluso aquí mismo, en Alejandría.

—Pero ¿qué me cuentas, gilipollas? —estalló el viejo—. ¿Sabes la precisión que es necesaria para rematar como es debido una sola de esas lentes y para que funcione en combinación con el resto en el interior del aparato? ¿Sabes cuánto tuvo que invertir el pulidor Alexias de Cnido en una sola de ellas? Cuatro años. Cuatro años para terminar una sola de las lentes convexas, y yo he perdido tres. Sin contar con que Alexias lleva ya unos cuantos años criando malvas y que jamás encontraré a nadie como él, a pesar de lo que te dicte tu optimismo de colegiala sin desvirgar. ¿Crees que voy a preocuparme ahora de Epiménides y de quien le degollase?

Entonces Clea se incorporó, con los puños cerrados junto a sus muslos y la mirada fija en un punto que quedaba más allá de la mesa que ocupaba el aparato del trípode; de inmediato, Demeas intuyó que iba a pronunciar algo espantoso, algo cuya certidumbre se hallaba tal vez fuera de discusión pero que resultaba mejor callar,

porque él ya sabía que la verdad se parece a las ortigas e irrita la piel de quien la sostiene sin cuidado.

—Honorable Lámaco, tú sabes de sobra que este caso no puede estar cerrado —dijo lentamente—. La consternación por la pérdida de los cristales te nubla el juicio y te hace descuidar indicios que tendrás que tomar en consideración. Debes recapacitar antes de incurrir en una decisión precipitada.

En la respiración de Lámaco se desencadenó una erupción. Quienes han presenciado el vómito de un volcán, como los que amenazan a los pilotos de las embarcaciones desde Nápoles y Sicilia, dicen que es un fenómeno deslumbrante y aterrador, que convence hasta a los escépticos de la existencia del infierno. Algo así sacudió las facciones de aquel anciano engreído: el magma parecía derramarse a borbotones por las arterias hinchadas en torno a sus ojos.

—Cómo osas, canalla inepta... —las frases le quemaban en la boca—. Cómo te atreves a discutir mis conclusiones, ignorante salida del estiércol de una cuadra... Pedazo de cabrona asquerosa, no te mides con una mujer a la que algún idiota colocó en un puesto de dirección ni con un tuerto que baila al ritmo de tus nalgas, sino con Lámaco de Éfeso, que te hizo persona cuando sólo eras un animal... Vas a pagar esta insolencia, bastarda, escoria de la Tierra. Me agradecerás que te domestique como a una mula que no sabe repartir sus coces.

La muchacha procuró no gemir cuando el viejo, con la violencia con que se desenraiza una mala hierba, la tomó del cabello y tiró de su cabeza hacia atrás, como si quisiera degollarla. Tal vez pretendía estrellar su rostro contra la pared para quebrarle la nariz, o marcar su mejilla con uno de los trozos afilados de cerámica que cubrían el suelo, en cualquier caso trastornar su semblante con un recordatorio indeleble de su delito de soberbia y del subsiguiente castigo. Pero la amenaza no llegó más lejos. El duque obligó a la mano a soltar el cabello hecho de cebada y descargó todo su desdén, su impaciencia y su amor en un puñetazo que envió a Lámaco a la basura, entre un abanico de sangre. Hubo un lapso de silencio incrédulo, en que ninguno de los tres estuvo seguro del todo de lo que había sucedido: ni la joven, con los rizos malamente desordenados sobre sus ojos de par en par, ni el duque, que colocaba en su posición los huesos de los nudillos, ni, sobre todo, el honorable filósofo con un babero rojo sobre la barba, algunos de cuyos dientes habían comenzado a desertar de su puesto en las encías.

—Ahora lo comprendo, tuerto salido —su saliva era un amasijo escandaloso en que resbalaban cosas—. A ti tampoco te importa una polla ese escriba muerto, ni el ayudante al que dejaste que decapitaran por tu amor a las putas y el vino sin mezclar. Tú sólo quieres montar a esta niña, ponerla a cuatro patas como una yegua de vulva caliente. Te la pone dura, ¿verdad?

El puño del duque volvió a alzarse, pero ella lo detuvo.

—Basta —murmuró bajo sus rizos—. Está bien, Demeas, un cerebro ofuscado no es dueño de sus palabras. Agradezco tu intercesión en lo que vale —la mano de la

joven presionó tibiamente el codo del hombre tuerto, cuyo corazón no cesaba de retumbar—. Ahora deseo que te marches. Márchate, si me quieres bien.

Demeas sólo llegó a la puerta de la habitación, con el mundo anulado por un zumbido inmenso, como si hubiera introducido la cabeza en un panal. Apenas reparó en que la chica había vuelto a asir su brazo y que una pátina de resolución brillantaba sus ojos azules.

—Mañana, antes del alba, vendrás a por mí —le ordenó—. Traerás el caballo berberisco y provisiones para tres días de viaje. Ahora, ve en paz.

Hay cosas que se esperan tanto que ocupan toda la extensión del porvenir; cuando suceden, ya no se sabe qué esperar. La joven había solicitado su ayuda y Demeas creía que el júbilo o el pánico le impedirían volver a sentir nada más. Mientras descendía la escalera del palomar, le pareció distinguir arriba un balbuceo confuso, un llanto o una gárgara; la voz de ella apagaba el sonido con un ensalmo:

—Todo está bien, no sucederá nada; todo está bien, nada va a suceder.

Capítulo 9

Esta vez no permitieron que sus caballos se distrajeran con los pormenores del camino: los animales avanzaban al galope, con el cuello tendido al frente y los cascos arañando rabiosamente el empedrado, dejando de lado los arrendajos, los cocodrilos que espiaban entre los juncales, los esquifes cargados de especias y muchachos morenos que no había tiempo para detenerse a saludar. Una nube violeta, escoltada por un viento frío y una promesa de humedad, flotaba sobre Alejandría; pero su protección desapareció en cuanto enfilaron la carretera de Menfis y pronto tanto las monturas como sus jinetes sufrieron el suplicio de un sol de bronce que los empapaba de sudor y llevaba la asfixia a sus ollares y sus labios. Debido al ritmo de la marcha, contaron con poca ocasión de conversar. Demeas permitió que la chica cabalgara delante de él contaminando toda su indumentaria de viaje de polvo y arena batida, en la constatación de que había vuelto a zambullirse en uno de esos profundos silencios suyos en los que atendía a voces remotas, y de los que lo más cortés parecía no hacerla emerger. La velocidad era endiablada, febril, como si temieran que el sol les dejara atrás. En Hermópolis Parva tuvieron que hacer alto en la parada de postas para relevar a su alazán negro y el maltrecho berberisco por dos caballos de fresco; al principio el encargado puso objeciones porque los animales estaban reservados para el servicio imperial de correo, pero el duque mostró su sello con el ojo grabado y se les permitió partir.

Alcanzaron Naucratis poco después del mediodía, sin haberse detenido a probar bocado. Cuando lo hicieron, protegiéndose a la sombra de un emparrado para comiscar un poco de arenque en salazón, aceitunas y una leche de cabra que había estado a punto de agriar el calor, otearon el puerto desde la cresta de una colina y recordaron con una muda nostalgia el jardín de Diágoras, donde tal vez, sin saberlo, habían sido felices: esa memoria les reportó una ambigua mezcla de dolor y sed, como dicen que sufren los hebreos cuando mencionan ese otro jardín del que fueron expulsados sus abuelos, el del paraíso. En su último tramo, bajo la luz resinosa del poniente, el trayecto se hizo más penoso. La fatiga y el polvo acumulado sobre sus vestiduras fueron mordiéndoles el ánimo mientras se sostenían a duras penas en los lomos de los caballos y a lo lejos, en la carretera desierta, se apagaba el eco del aire al mellar las dunas. El ocaso había comenzado a cubrir las arenas de óxido; decidieron que sus cuerpos merecían un poco de compasión y que el oasis que acababa de presentárseles, por escuálidas que fueran sus palmeras y escaso el estanque en el que se miraban, les serviría de campamento. Vivaquearon al raso, sorprendiéndose de la multitud de estrellas que caben en la noche, donde no hay resquicio que no pueda ocultar otra más. Alrededor de un fuego de caña y papiro, exhaustos, en silencio, dieron cuenta de lo que quedaba de la leche, de las aceitunas y un poco de carne en

conserva. No habían intercambiado una palabra en todo el día, si se exceptúan los detalles del recorrido y un par de precisiones sobre el mejor modo de azucar la montura o evitar que la arena entre en los ojos; ambos contemplaban la hoguera, fascinados por su antiguo misterio. El hombre jamás se cansa de mirar el mar y las llamas; ello se debe, quizá, a que están hechos de la misma materia de su destino: agua y ceniza.

—¿Cómo es posible que lo soportes? —profirió entonces el duque, con el ojo fijo en un tronco que emitía chispas.

La joven no se movió. La lumbre dibujaba en su rostro vetas, sombras, rayas de tigre.

—¿El qué?

—Bastante bien lo sabes —hacía días que Demeas no la sentía, pero la herida del hombro volvió a solicitarle que no se olvidara de ella—. Ese patán presuntuoso al que llamas tu amo. Nadie debería tolerar ser confundido con un perro tiñoso, y menos que nadie tú.

Si la última afirmación del duque trataba de ser un halago, no hizo ningún efecto. Las mejillas de Clea pasaban del amarillo al granate, y por un momento elegían el color del crepúsculo que acababa de extinguirse.

—Es mi maestro —replicó—. Él me hizo lo que soy. El vaso no se parte en la mano del alfarero para ensuciarle de vino, la nave no se hundirá en respuesta al trabajo del calafateador. ¿Morderías tú la mano de tu madre?

—Eso no lo sé, porque mi madre nunca me mordió a mí, a diferencia de lo que sucede contigo. En realidad nunca conocí a mi madre, y eso tampoco importa mucho ahora. No serías el primer discípulo que abandonara a su maestro. Mira a esos filósofos: estudian durante años en la academia sólo con el fin de poder llegar a afirmar que todo cuanto les han enseñado es mentira.

Clea se removió por primera vez en su asiento, estremecida por un viento oculto: la brisa del desierto, el aullido de las hienas en la distancia, la resaca de sus recuerdos en la distancia.

—Nadie abandona a un buen maestro —zanjó.

—He oído otras cosas. Dicen que el Jesús de los cristianos era un buen maestro y uno de sus apóstoles le traicionó.

—Si un discípulo abandona a su maestro con motivo, es porque era mal maestro; si lo hace sin motivo, es porque no le han enseñado a discernir lo bueno de lo malo, y por tanto era mal maestro.

Es probable que los celos de Clea y su natural aversión por las confidencias le hicieran omitir algunos detalles, pero imagino que lo que relató aquella noche al duque alrededor de la hoguera puede parecerse más o menos a esto. En su huida de la civilización, Lámaco llegó hasta el agreste país de Tule, donde el cielo es del color del acero y las ciénagas obstaculizan los caminos. Se estableció en una casa medio en ruinas que había pertenecido a un mercader de plata en los tiempos en que el imperio

era algo más que un nombre y el vago recuerdo de una ley y de las águilas; en las viejas habitaciones comidas por los hongos instaló su estudio y el extraño museo en que consistía su laboratorio, y aprovechó el altillo del almiar para improvisar un observatorio algo más tosco y frío que el que Hipatia le había organizado en casa. Allí, en un clima que obligaba a respirar con cautela, rodeado de individuos que ignoraban el griego o el modo de darle uso para algo más que hablar de caballos y prostitutas, la misantropía de Lámaco se mostró satisfecha y, si esa palabra no resultara inapropiada para un filósofo coherente, casi conoció la felicidad. No ocurrió lo mismo con la servidumbre: el fiel Sila, el único que sabía cómo complacerle o soportarle desde sus remotos días de estudiante, añoraba la luz dorada de Alejandría y cayó en un acceso de melancolía que finalmente se convirtió en un mal del pulmón y desembocó en la muerte. Durante muchas noches, Lámaco maldijo a los dioses, o al único Dios, o a quien prescribiese los infortunios del destino humano: y no por arrebatarle un amigo, sino por sumirle en engorrosos problemas de intendencia doméstica. Ahora se vería obligado a tomar otro ayudante y a enredarse en la cansina tarea de instruirle sobre el uso de los instrumentos científicos, el cálculo, la dialéctica y demás zarandajas de la filosofía.

Hizo un anuncio público avisando de que necesitaba un asistente y de que el puesto contaba con una remuneración bastante respetable. Entonces comenzaron a circular por su casa licenciados en derecho, escribas desempleados, funcionarios de la administración despedidos tras la quiebra de las oficinas imperiales. Lámaco recibía a toda aquella ralea de hombres rotos, amargados por la impiedad de un tiempo que sólo entendía de nublados y lluvia y por la convivencia con salvajes, y les escuchaba exponer sus méritos con una impaciencia mal disimulada en la biblioteca, que calentaba un brasero de forja. Los aspirantes se dividían en dos bandos: los demasiado estúpidos y los demasiado listos. Unos sólo habrían servido, en el mejor de los casos, para llevar al día las cuentas de la casa; otros, en el peor, para trastocarlas. Tanta era la necedad de aquellos sujetos indeseables que procesionaban diariamente frente a su cátedra que al marcharse, como para depurar su inteligencia del contacto con tanta ineptitud, se quedaba hasta muy tarde leyendo en voz alta a Aristóteles y Epicuro, mientras la esclava de la limpieza sacaba el polvo a las estanterías. La prueba a la que sometía indefectiblemente a los candidatos y que ellos dejaban indefectiblemente sin contestar había sido superada casi mil años atrás por un esclavo analfabeto, si la autoridad de Platón, que a veces se dejaba descarrilar por la fantasía, debe ser admitida. En un cajón lleno de arena, situado en el suelo, junto al brasero, Lámaco dibujaba con una batuta un cuadrado de un palmo de lado.

—¿Ves este cuadrado? —inquiría.

—Sí, lo veo —respondía el secretario de un administrador expulsado por desfalco—. ¿Esto es ya parte del examen? ¿He pasado la primera prueba?

—A partir del cuadrado dibujado en la arena —Lámaco tendía la batuta a un calígrafo al que le temblaba la mano—, dibuja otro cuya área sea el doble de la de

éste. ¿Has comprendido lo que te pido?

—Por supuesto, señor —dijo una vez un estudiante de retórica con los ojos muy juntos—. Permíteme sólo una pregunta: ¿qué es el área?

Los más osados de los aspirantes duplicaban dos de los lados y dejaban el cuadrado original en una esquina del mayor.

—No es correcto —suspiraba Lámaco—. ¿No ves que la figura que has dibujado no posee el doble del área, sino el cuádruple?

—¿Y no es mejor así? —exclamó alguien—. ¿Quién no prefiere cuatro veces más que dos?

—¡Dioses de los estúpidos, quienesquiera que seáis, qué atareados debéis de andar, cuántas almas tenéis a vuestro cargo! —explotaba el anciano cuando todos se habían marchado—. ¡El mundo está lleno de gilipollas! ¡Definitivamente tendré que quedarme solo!

En un acceso de osadía, la esclava de la limpieza detuvo la escoba y murmuró:

—La soledad sólo es propia de una bestia o de un dios.

—¿Qué has dicho? —Lámaco se volvió bruscamente: había una joven allí, una cosa menuda, tal vez rubia, con una herramienta de madera y paja en la mano.

—Perdona mi atrevimiento, amo —bajó la cabeza—. Sé que te he dado motivo para azotarme; una esclava no debe hablar sin ser preguntada y aceptaré mi castigo.

Lámaco la observó entrecerrando los párpados: le pareció, sin saber muy bien por qué, que aquella muchacha escondía algo, que era una nuez sin cascar, el basto molde de cera del que se sirve el fundidor para verter en él el metal al rojo y del que, al romperse, brota la estatua entera y diáfana.

—¿Dónde has oído eso? —quiso saber.

—Lo he pensado yo, amo —alegó ella, inquieta porque no la azotaban—. Lo lamento, amo.

No solía prestar demasiada atención a los muebles que le rodeaban, ni en el salón ni en el estudio ni en la biblioteca, y por eso no había reparado antes en que aquella joven insignificante solía estar presente, agitando la suciedad con su trapo, siempre que él leía en voz alta a los clásicos, o en que alguna vez, sin hacer demasiado caso, le había parecido encontrar uno de los volúmenes de Teofrasto o Hipócrates en un anaquel que no le correspondía o en una posición distinta a aquella en que lo había abandonado la última ocasión en que lo consultó. A la mañana siguiente no recibió a más aspirantes. Al llegar la joven, le ordenó que se quitase el delantal y dibujó de nuevo el cuadrado en la arena. Ella no dudó: trazó un segundo cuadrado sirviéndose de la diagonal del primero como lado.

—¿Cómo lo has sabido? —Lámaco tenía la boca seca, como cuando se pasa mucho tiempo sin dormir.

—Lo vi en uno de tus libros, amo —ella seguía mirando al suelo, cerciorándose tal vez de que su escoba no había dejado ningún resquicio sin apurar—. En uno en

que dos hombres pasean por la playa y uno de ellos defiende que conocer es recordar y que todo cuanto aprendemos es memoria de una vida anterior.

—El *Menón* del divino Platón, en efecto. ¿Y qué te parece el argumento?

Los ojos de la joven, elevándose tímidamente, recordaron a Lámaco a una liebre que asoma de la madriguera para asegurarse de la ausencia de zorros.

—Con todos los respetos, amo, me resulta bastante discutible. Se enseñan tantas sandeces en las escuelas, por lo que me cuentan, que yo creo más bien que conocer es olvidar. Si me permites, amo, no me parece a mí ese Platón tan divino como afirmas. Su diálogo llamado *Fedón* sobre la inmortalidad de las almas se encuentra, a mi criterio, plagado de pruebas deficientes y de solecismos, por no hablar de la conducta del tal Sócrates en el trance de la muerte, que sin un mínimo respeto por el amor filial aparta a su esposa e hijo de su lecho cuando ellos comienzan a acosarle con sus muestras de dolor.

Había aprendido a leer reteniendo las frases de Lámaco al estudiar sus rollos y cotejando luego los sonidos con la letra escrita. El filósofo supo que su padre la había vendido siendo pequeña en un mal año de cosecha y que el casero, su propietario, la mantenía en una porqueriza y la empleaba en labores de hogar en espera de que alcanzara la edad núbil, en que pensaba venderla a un prostíbulo. Después de ofrecer una elevada suma por ella, Lámaco la hizo lavar, le encargó ropa y cambió su nombre, uno de esos nombres impronunciables de su país que suenan como un plato al caer, por el de Clea. Cuando volvió a presentarse ante él, tenía rodillas en lugar de islotes de mugre y en su cabello el oro había reemplazado a la herrumbre.

—Te agradezco tus atenciones, amo —le expresó ella, todavía con la vista gacha.

—Aristóteles y tú tenéis razón —dijo él—. La vida solitaria sólo es propia de bestias y de dioses, y tan incómodas me resultan las madrigueras como los altares. Necesito a alguien que me sirva de ayuda en mi trabajo. Si te place, eres libre de aceptar el puesto.

Ella comprendió lo que aquellas palabras significaban y su tobillo derecho delató un leve temblor de emoción; doce años de disciplina y látigos no le permitían otra clase de efusiones.

—Te agradezco tus atenciones, amo —repitió Clea, imposibilitada para añadir nada más.

—Yo no soy tu amo, nadie lo es —le recalcó el anciano con amabilidad, pues todavía los desengaños no habían podrido del todo su corazón—. Admítame en calidad de maestro. Tu libertad será mi primera lección. Si te la he entregado es para que comprendas que ningún hombre es libre. Todos nacemos esclavos. De la estupidez, de los prejuicios, del azar.

Levantaron el campamento a esa hora azulada en que el aire se llena de pájaros y el mundo es más frío. Al sur de Naucratis, hacia la fuente del Nilo, el camino caía en la desgana, olvidándose de marcar su trazado sobre las arenas, y el desierto se convertía en cementerio de monarcas y de dioses. A un lado y a otro, desdibujadas

por las sombras del amanecer, se entreveían cabezas de piedra con los ojos ciegos, últimos vestigios de un imperio que los siglos habían condenado al naufragio; divinidades de pesadilla, mezclas de hombres, pájaros y reptiles se dejaban comer por el siroco sobre pedestales desmigados, que los holocaustos y las ofrendas habían abandonado mucho tiempo atrás. Dejaron Terenutis a un lado, después de comprobar que se trataba de una imitación menor y apagada de la ciudad vecina del norte, en cuyo puerto, en lugar del mármol y el granito, reclamaban dignidad almacenes con la madera rajada y rebaños de chozas. Un vendedor ambulante señaló imprecisamente hacia el oeste cuando le interrogaron por el convento de los Hermanos Sedientos: su índice apuntaba hacia las dunas, hacia el sol abrasador, hacia la nada. Los caballos, advirtiendo que el terreno amenazaba con hacer prisioneros sus tobillos, redujeron la marcha y cabecearon bajo un cielo al rojo vivo. Demeas comprendió por qué los hombres santos buscan a Dios en el desierto: sólo una naturaleza sobrehumana puede habitar en la frontera insoportable de la sed, el vacío y la locura.

Casi sin percatarse, sus caballos se detuvieron frente a un montículo del que sobresalían bultos. Al desmontar, el duque reparó en que bajo la capa de arena acumulada aquello eran las manos, las rodillas, la barba de un hombre. Dos ojos como almendras saladas contemplaban el infinito.

—¿Está muerto? —preguntó Clea, que no había abandonado su montura para no quemarse los pies y techaba su frente con la mano.

—Respira —comprobó Demeas con un sobresalto de extrañeza o de horror—. Pero no parece vernos ni oírnos. Di, hombre, o lo que seas, ¿quién eres? ¿Qué haces aquí?

El desconocido no parecía más inclinado a responderles que las estatuas de reyes podridos que habían ido encontrando a lo largo de su ruta; retomaron el camino, o lo que suponían que debía de serlo. Uno de los caballos emitió un fúnebre silbido y puso los ojos en blanco; por su experiencia en el ejército, Demeas sabía que eran los síntomas que anuncian la sequía de la sangre en las venas, el desfallecimiento y la muerte. Pero antes de que el animal sucumbiera, el desierto les concedió una última gracia: de los médanos se elevó un desorden de cal y adobe que tal vez podía interpretarse como un edificio. Un patético murete daba acceso a un patio salpicado de piedras en cuyo centro un agujero ofrecía la promesa de un pozo. Clea y el duque se arrojaron sobre él, bañaron sus cabezas con el contenido del cuero atado a una soga; luego llevaron de beber a los caballos, despacio, para evitar que el exceso de líquido les reventara las tripas. Al otro lado del patio se extendía un recinto de techo bajo, precedido por un soportal, con varias entradas abiertas a la crueldad del desierto. Dentro, quizá, roncaba el eco de una voz. La primera puerta daba a una habitación cuya frescura habrían agradecido de no ser por el hedor y la nube de moscas; cuando se habituaron a la penumbra, vieron que un hombre casi desnudo, con una barba que le devoraba la mitad del pecho, yacía como muerto en un ángulo. En otras de las salas se repetía la misma escena: individuos enjutos, despreocupados

de sus cuerpos, envueltos en una maraña de pelo e inmundicia, que parecían haber caído derribados por una enfermedad silenciosa y languidecían en los rincones, igual que ropas usadas que nadie se encarga de recoger. Ingresaban en una nueva sala, mayor que las demás, cuando un joven les salió al paso: éste se movía, tenía luz en los ojos, estaba vivo.

—Por el cielo santo —gimió Demeas al verle—, ¿a qué lugar de maldición hemos venido a dar? ¿Qué calamidad aflige a estos desdichados?

El joven no se sorprendió de que hubiera personas que hablaban, quizá sabía de ellas por oídas. Dedicó una mirada de pereza al duque y a la chica, como si acabara de despertar de la siesta, y contestó:

—Esto es la santidad. Os halláis en el convento de los Hermanos Sedientos. No hay hombres más puros que éstos en la Tierra.

—Podríamos discutir un poco al respecto —opinó Clea, cuyas ideas sobre la pureza excluían el olor a excremento y las chinches.

—No permitáis que las apariencias os engañen, ni que la impiedad ofusque vuestro juicio —el joven se expresaba con poca desenvoltura, por la falta de hábito—. Porque sé que no habita en mí, esto es, en mi carne, cosa buena, dice el apóstol: ¡Desdichado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? El mundo es sólo fuente de mal y pecado, y no existe criatura en sus confines que no contamine el alma con un estigma mucho más indeleble que la lepra y el flagelo. El único recurso para guardarse de la polución del mundo consiste en renunciar a conocerlo: no ver, no tocar, no oír, no ser. Estos hombres santísimos que os rodean han alcanzado una cercanía al orbe de los ángeles de la que ningunos otros pueden jactarse: el único reproche que hacen a su espíritu, el único pecado que se imputan es tener que seguir respirando, digiriendo y defecando, pero por lo demás son perfectos como piedras. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.

—¿Y quién eres tú? —dijo Clea.

La barba del joven no era todavía más que un tímido esbozo de las greñas que invadían la piel de los hombres santos; su desnudez se hallaba todavía cubierta por una grosera túnica de lino; de su mano pendía un perol con una cuchara de palo, lleno a medias de un engrudo amarillento. No se molestó en apartar la mosca que bailaba sobre su párpado izquierdo para reconocer:

—Aún soy novicio, aún no me he depurado lo suficiente de los deseos y las insidias del mundo, pero si el Padre es benévolo pronto seré admitido entre los elegidos. Soy el Hermano Escanciador y mi cometido es alimentar a los santísimos hermanos de la congregación para que no mueran.

—¿Y qué puede importar eso? —dijo Demeas—. ¿No están ya muertos?

—No blasfemes, tuerto —advirtió el joven con tranquilidad—. Dios nos dio la vida por nuestros pecados y sólo a Él compete levantarnos el castigo.

—El hombre que yace en la arena. El que se halla a un estadio de aquí, en dirección a Terenutis. ¿Es también uno de tus hermanos?

—Es el más santo de todos —el joven pestañeó—. No puedo decirte su nombre, porque el nombre es lo primero de lo que debe desprenderse un hombre sediento de Dios, porque el nombre nos hace creer vanamente que merecemos perdurar en la memoria. Ese hombre sólo se alimenta de cardos y rocío. Suplica al Altísimo que lo mate, pero alguna ofensa grave debe de haberle infligido: porque Él le ha dado un buen estómago.

—¿Qué es esa voz? —Clea alzó la cara.

La sala en que ingresaron era la de mayor tamaño que habían visitado hasta el momento y se extendía en forma rectangular a lo largo del flanco oriental del patio. Los hombres santos, los recipientes rotos que les servían de cuerpo, las heces y las moscas se repartían con ecuanimidad un espacio que probablemente, antes de que la santidad cayera sobre ellos, les había servido de refectorio. En el centro, un sujeto con la misma túnica vergonzosa del Hermano Escanciador y una barba de mayor graduación que la suya predicaba para los insectos o el eco.

—Entonces el Reino de los Cielos llegará a ser semejante a diez vírgenes que tomaron sus lámparas y salieron al encuentro del novio —gritaba a voz en cuello, como si alguien fuera a oírle—. Maldito serás cuando entres y maldito serás cuando salgas.

—Es el Hermano Lector —informó el joven, con un matiz de envidia y orgullo en sus palabras—. Su misión es recordar perpetuamente la palabra de Dios a los hermanos, para lustrarlos de las impurezas que aún les quedan por erradicar.

—¿Lector? —Clea no sabía si había entendido bien—. No veo que lea nada.

—Ningún hombre que sirve como soldado se envuelve en los negocios comerciales de la vida —tronaba el hombre—. Ella ahora tiene que arreglarse la cabeza y afeitarse las uñas.

—El puesto de Hermano Lector es uno de los más sacrificados: debe alimentarse bien y dormir hasta ocho horas para realizar correctamente su cometido. Se asigna de novicio, a los catorce años: el Hermano toma las Escrituras y va leyéndolas en voz alta sin descanso, hasta que le vence el agotamiento. Pasados diez años, es capaz de leer levantando la vista del papel, porque la memoria está llena de los versículos; pasados veinte, recita libros enteros sin consultar las líneas; a partir de los treinta, el libro es superfluo. Está dentro de él.

—No conozco bien vuestro libro sagrado —dijo Demeas—, pero me parece que el Hermano lo recita de forma confusa, como trabucando los pasajes.

—A los cuarenta años de labor, la memoria se vuelve caprichosa y salta de aquí para allá, como las cabras en los apriscos. Sin querer, sin saberlo, el Hermano Lector mezcla versículos del Génesis y del Éxodo y enlaza los Salmos con las Epístolas. A un Dios infinito corresponde un libro infinito, que se pueda interpretar de infinitas maneras. El orden aleatorio de los versículos descubre a menudo sentidos ocultos, que ningún devoto sospechó hasta el momento —el Hermano Escanciador se había detenido a untar con engrudo la barba de uno de los cadáveres que apestaban la

habitación; de repente, sin dar mucha importancia a la pregunta, volvió la cabeza—. Por cierto, creo que no os he visto nunca. ¿Quiénes sois vosotros?

Le hablaron de Epiménides de Naucratis y le contaron que había muerto: el joven se alegró mucho. Luego quisieron saber si conocía a Simeón el Amanuense y si podía indicarles la cueva de su retiro.

—Sí, por cierto —designó vagamente el sur con el cazo en el aire—. En esa dirección, a menos de cincuenta estadios de camino. Se ha ganado fama de santo, pero es un blando: a veces come carne de hiena y se alivia la sed en los charcos.

Un cerro de piedra calva se alzaba a lo lejos, en mitad de ninguna parte. Hasta que no se hallaron al pie no advirtieron lo escarpado de la ladera: los caballos resbalaron al ascender los primeros peñascos y hubo que dejarlos en un recodo, aprovechando la sombra avara que ofrecían los salientes. El resto de la escalada, a cuatro patas, les exigió quemarse las manos contra la roca calcinada y comprobar, aun de lejos, cómo deben de sentirse las sardinas a la plancha. En la cima el universo se dividía en dos mitades: un cielo vacío sobre sus cabezas, una tierra vacía bajo sus pies. El lugar parecía apto para la meditación: ni la mente ni los sentidos podían encontrar nada en aquella inmensidad que los distrajera de un pensamiento fijo, de la obsesión. Una grieta partía en dos la cresta de la loma, ensanchándose poco a poco hasta abrir un cráter y luego la boca de una gruta. Se asomaron: el descenso no se prometía cómodo, sin escala ni cuerdas que evitaran un desplome; pensaron que el extraño hombre que residía allí abajo debía de haberse acostumbrado a las maneras del alacrán y la lagartija y que le sería fácil trepar por las paredes. Antes de arriesgarse a partirse un hueso, Demeas prefirió gritar su nombre por el hueco: sólo le respondió su propia voz, multiplicada en un centenar de voces gemelas y deformes.

—Habrà que bajar —resolvió Clea con una vacilación—. No habrá dificultad si me sostienes adecuadamente.

El duque la envolvió en sus brazos como a una recién casada y lamentó mucho que ella se fuera escurriendo por su pecho y sus rodillas para perderse en la boca oscura que se abría debajo: mientras duró aquel contacto, se esforzó por aprenderse la posición de cada músculo y cada articulación, por grabar en su memoria cada detalle de aquel esqueleto de liebre. Luego se lanzó él mismo a las tinieblas y encontró que el suelo estaba más cerca de lo que había creído, lo que le corroboró un brusco dolor en los tobillos. La cueva usaba el techo de la colina como bóveda; en ciertos puntos, el sol se filtraba a través de las grietas y llenaba la penumbra de columnas amarillas. En las profundidades les aguardaba algo parecido a un teatro abandonado, al escenario preparado para una función que ha concluido o que aún no se ha comenzado a ensayar: una mesa vieja como el reuma, un banco frente a ella, una vela con el sebo consumido, un revuelo de papiros que un viento repentino había arrojado por todas partes. Dedujeron que la beatitud es un ejercicio arduo y que a menudo el venerable Simeón debía de curtirla a golpes, como los escultores y los herreros: a un lado del jergón de esparto reposaban el cilicio, la fusta y la piedra con que domaría su

cuerpo cuando se le hiciera demasiado impertinente. Clea tomó uno de los papeles esparcidos por el suelo: formaba parte de la enciclopedia de herejes que el santo varón se había retirado a componer en la soledad del desierto, como modo de purgar su alma por tantos años de frecuentar textos impíos. Nadie, decían, sabía más de doctrinas monstruosas que aquel hombre, nadie había buscado y conocido más que él las teorías desnortadas en que se dejan extraviar los débiles de espíritu cuando pierden la luz de la verdad. Una de las hojas llevaba el encabezamiento de la obra, con el título *Crónica universal de la Herejía y de las blasfemias y los infundios vertidos contra la doctrina verdadera de la Palabra de Cristo*.

—Aquí no hay nadie —aventuró Demeas, y se le presentó una idea en forma de escalofrío: el habitante de aquel agujero era tan aéreo y espiritual que había acabado por disolverse, por prescindir de su envoltura carnal, y ahora flotaba en torno a ellos infundido en la atmósfera.

—Pero lo hubo —repuso Clea—. Hasta que vinieron a por él.

En un extremo, el piso de la cueva practicaba un suave desnivel: allí, seguramente, se acumulaba el agua cuando alguna lluvia piadosa caía sobre el desierto, y el Amanuense debía de usar el rincón como baño y cisterna. Una jícara hecha pedazos y un mendrugo de pan que se había convertido en mineral les indicaron el camino. La frescura de la roca, que protegía el habitáculo del sol y los vientos encendidos, había evitado que el cuerpo de la hondonada perdiera su forma humana: no lo injuriaban las moscas, ni los buitres, ni la putrefacción. Era imposible saber si la delgadez que hacía sobresalir los huesos del pellejo tostado que lo recubría se debía a la muerte o al ascetismo, esa otra muerte que le exigía su Dios. Todavía sostenía en la mano derecha una calavera humana, el recordatorio de que la vida es fugaz y no existe empresa que al cabo no resulte vana.

—¿Reconoces las heridas? —los ojos de Clea chispeaban—. Creo que no me había equivocado.

Para agacharse sobre el cadáver, Demeas tuvo que apoyar su mano en el piso y se la manchó de algo que creía que era arena: pero no, se trataba de un polvo negro que ya conocía demasiado bien. La herida le había talado la cerviz como a un tronco de encina, y a continuación había descendido hacia su vientre trazando un repugnante dibujo con los bordes festoneados. El desgarró se prolongaba hasta la espalda; cuando el duque volvió el cuerpo para cerciorarse, la calavera que sostenía la mano se desasíó y aquel emblema siniestro de la caducidad de las cosas cayó rodando por el declive, hasta chocar contra la pared. Entonces sonó algo y la tapadera del cráneo se abrió.

—Por las barbas de Platón —la joven se acercaba cautelosamente al despojo, como procurando no asustar a un pájaro que se pretende hacer caer en la red—. La calavera era una especie de estuche, de secreter donde el venerable hombre guardaba sus posesiones más queridas.

Sintieron algo de vergüenza, de pesar, al examinar aquellos objetos que hablaban de un hombre que había dedicado sus energías a algo más que la persecución histórica del paraíso. Allí había un retrato de mujer sobre una tabla pintada, una carta que prefirieron hacer a un lado y que concluía con las palabras *siempre serás la luz de mis días*, un jirón de terciopelo, la pluma de un jilguero convertida en un fósil, un papel plegado en cuatro. Éste no contenía una carta íntima: en el momento en que Clea lo abrió y recorrió las cuatro líneas iniciales, sus ojos casi se le fueron de la cara y el labio comenzó a temblarle, como si tuviera fiebre.

—Hay que regresar a Alejandría cuanto antes —murmuró, loca—. Tenemos que entrar en la Biblioteca.

Demeas consideró la conveniencia de sacudir sus hombros para despertarla, para hacerla regresar a la cueva, para devolverla a su lado. Pero se contentó con recordar:

—Estamos a dos días de viaje. Y la Biblioteca es un laberinto.

La vio arrojar sobre el muro que daba acceso a la salida, intentar escalar, olvidada de que no era un reptil.

—Se llama laberinto cuando se ignora el camino que nos permite recorrerlo —dijo—. Pero yo lo conozco, ahora sí. Ven conmigo. Te necesito.

La cabeza del duque se llenó de música. Acudió al lado de ella, se aproximó hasta percibir la tibieza de su aliento.

—Yo también te necesito —reveló con voz de adolescente.

Clea alzó la vista incómoda hacia el agujero. Afuera la mañana era de fuego.

—Necesito que me aúpes, quiero decir —aclaró—. Todavía no he aprendido a volar.

Muy pronto, se prometió Demeas, volarían juntos.

Tercera parte
TORMENTA SOBRE ALEJANDRÍA

Capítulo 1

Que el día a punto de romper no era como los otros se evidenciaba ya en una serie de indicios perturbadores. Las lámparas se habían apagado en los zaguanes y las aceras pero la noche se resistía a abandonar las calles; los perros aullaban a una luna que no existía; el oleaje hacía entrechocar las quillas de los barcos contra las radas, sacando los tajamares del agua; en el ágora, las lonas de las tiendas habían enloquecido y se agitaban ante el impulso de un viento frío y duro, ese que en otros países anuncia la irrupción del invierno; y, sobre todo, una avalancha de nubes negras como el veneno ensuciaba el firmamento y prohibía la visión de las estrellas. Alertados por estos y otros presagios, y por rumores de soportal y de barbería, hombres y mujeres habían ido congregándose desde antes de la primera luz: los mercaderes, los marineros a los que la marejada obligaba a permanecer en tierra, los esclavos liberados con el hierro de su antiguo amo todavía sobre la piel, las adivinas, los vendedores de tripas y bocadillos, los guardadores de establos, los soldados con licencia, los veteranos estragados por viejas enfermedades y una nueva superstición, los que no esperaban nada del mundo y recibían la inminencia de un cataclismo como una distracción, o como una revancha contra la prosperidad del prójimo. Todos fueron acumulándose, entre pisotones, gritos, revuelo de silbidos y anatemas, en la plaza situada frente a la verja indefensa del Museo y la media docena de musas rebajadas de diosas a desecho de cantería. Ése fue el hervidero a través del que debió abrirse paso la cohorte de hombres armados que, por decreto expreso del óptimo duque de la plaza, escoltaban la litera con las cortinas corridas. Los soldados, acostumbrados ya a encontrar el porche del Museo convertido en una perrera, se asombraron menos del tumulto que de la hora temprana a que había dado inicio en aquella ocasión: como si el odio o la rabia fueran productos sujetos a caducidad que había que consumir cuanto antes. Tenían órdenes de no servirse de las armas contra la población, así que se vieron obligados al empujón, a la amenaza, a usar sus escudos como empalizadas y golpear el pavimento con las astas de las lanzas igual que una reata de mendigos ciegos. El avance de la cohorte, que hasta el momento había recorrido con desenvoltura las principales avenidas de la ciudad, quedó entorpecido en cuanto ingresaron en la plaza; ahogando una blasfemia, el hombre que viajaba en la litera retiró la cortina y se asomó.

—Ah, cómo no, la especialidad de la casa —gruñó—. Los cristianos y las mulas pertenecen a la misma familia: ambos adoran los pesebres.

La cortina volvió a cerrarse antes de que una mujeruca con un manto renegrado saludara su paso con un salivazo. Era lo último que habría necesitado el honorable Lámaco para constatar que el día que se demoraba en amanecer prometía solazarle con las formas más refinadas de la incomodidad y el ultraje. Ya tenía de sobra: la

obligación de levantarse a una hora disparatada, cuando ni las calles han cuajado bajo la primera claridad del sol y sólo hay por ahí proxenetas, asesinos y gente que confunde la oración con el escándalo; la jaqueca que comenzaba a convertir su cerebro en una prensa de tornero, y que sus píldoras tardaban demasiado en aliviar; la nariz, o el bulbo rojizo que ahora ocupaba su lugar encima de la barba y que le indicaba mediante elocuentes punzadas que el tabique roto por un puñetazo necesitaba más tiempo para soldarse. Por no hablar de sus cristales perdidos y de la obra de su vida tirada directamente a la basura, de años enteros de investigación reducidos a comida para cochinos, aunque prefería evitar esa clase de pensamientos para no volverse loco. De manera que fue sólo un pésimo humor lo que Lámaco consiguió remolcar fuera de la litera cuando por fin alcanzaron la escalinata de acceso del Museo y el oficial le acompañó hasta el vestíbulo. Fue como entrar en la muerte, o en una de sus sucursales. Las lámparas no habían sido prendidas, el frío, las tinieblas y el eco acrecentaban las salas y convertían todo, las piezas en exposición, los visitantes y sus pensamientos en objetos pequeños e inútiles. Al franquear el recinto donde se preservaba el meteorito, Lámaco oyó el primer trueno sobre su cabeza y no pudo evitar un estremecimiento: sonaba como si el cielo fuera a partirse y a arrojar sobre los hombres una miríada de piedras amorfas y negras igual que aquella. La única luz le aguardaba al final de un pasillo, en un despacho con la puerta entreabierta a un flanco de la cual ordenó montar guardia al oficial de la cohorte. Dentro, sentado con las manos trabadas encima del escritorio, el ilustre Crátilo de Apamea observaba el edificio vacío.

—¿Esperas a alguien? —sospechó Lámaco.

El director del Museo esbozó una sonrisa y las vetas blancas de su barba parecieron cambiar de posición.

—A ti, honorable Lámaco, ¿a quién si no? —dijo—. ¿Tendrás la bondad de tomar asiento? ¿Te sorprende que aguardara tu llegada? ¿No sabes que consulto los horóscopos todos los días y que el de hoy me pronostica las mayores calamidades conocidas desde la caída de Troya? Ay, honorable Lámaco, te tengo por hombre instruido. Así que dime, ¿conoces la historia del tirano Polícrates?

—En efecto, es un día de calamidades —el filósofo se sentó, resignado a que la jaqueca le pusiera al borde de la agonía.

—Polícrates fue tirano de Samos, y uno de los hombres más afortunados que han existido, si no el que más —explicó Crátilo mientras acariciaba la ramita negra que le colgaba del cuello—. Pues, ¿no debe llamarse así a quien se mantuvo en el gobierno de una ciudad durante tres décadas y se retiró de la vida pública sólo colmado de prosperidad y la admiración y el respeto de sus convecinos? ¿No merece tal nombre quien, vadeando las insidias y los sinsabores de la carrera política alcanza la vejez recompensado con una inmensa fortuna, un nombre e hijos y nietos que no entregarán su estirpe al polvo?

—Te lo ruego, Crátilo, abrevia —imploró Lámaco, buscando con qué consolar el aburrimiento entre la confusión de enseres que llenaban las paredes y los rincones—. También yo traigo historias que contarte.

—Tan afortunado era Polícrates que temió la envidia de los dioses, y decidió poner fin a su suerte antes de la intervención de un poder más alto. Guardaba una valiosísima esmeralda en su tesoro que arrojó al mar, para poder alegar una pérdida entre tantos beneficios. Pero el destino no se dejó sobornar. ¿Ignoras que a los pocos días un pescador encontró en el vientre de un atún la esmeralda, que reconoció a su amo y que fue devuelta al mismo Polícrates? ¿Qué lees en esta fábula? ¿No haría comprender a un hombre prudente que el sino es mucho más poderoso que nosotros y que nos captura allí adonde pretendamos huir y deshace con una facilidad pasmosa nuestras maniobras para confundirlo? Mi destino de hoy es el desastre, pero no he tratado de escapar, no he emprendido un largo viaje, no me he atrincherado en casa como un tendero acobardado por sus acreedores, he venido temprano a mi trabajo igual que cualquier otro día. Y ahora, según sabía, has llegado tú. ¿Me equivoco si deseas que, antes de que comencemos a hablar, esté presente también mi ayudante Filomeno?

A su pesar, las cejas de Lámaco se convirtieron en dos arcos.

—No, no te equivocas —reconoció. Le hubiera gustado entender cómo era capaz Crátilo de predecir sus intenciones, pero la ignorancia era preferible a otra vomitera de frases interrogativas.

—Sea, pues —el director dio una voz, apareció un ordenanza, el ordenanza recibió un recado.

Hubo un silencio glacial, el silencio de la visita que no encuentra cómodo el asiento, el silencio del novio invitado a almorzar en casa de los suegros. La beatitud de la sonrisa en la cara de Crátilo insinuó una duda en la mente del filósofo: si aquel hombrecillo ocultaba un destello de conocimiento debajo de la niebla espesa de su imbecilidad. Todo en el despacho parecía esperar un acontecimiento que se retrasaba: el aire estancado, las manos cruzadas sobre un escritorio de una sorprendente pulcritud, los esqueletos y los astrolabios y las jaulas y las cestas que acaparaban las paredes. Un segundo trueno sacudió las alturas, como un aviso: para evitar que acelerara su dolor de cabeza, Lámaco tomó su pastillero y tragó rápidamente dos píldoras. El director era tan tonto que ni siquiera pretendía caer en la insolencia cuando preguntó:

—¿Le ha sucedido algo a tu nariz, honorable Lámaco? ¿No solía ser menos colorada y gruesa?

—Según sabes —Lámaco afiló la mirada—, la ilustre Hipatia, cuya prudencia ambos admiramos, me hizo venir a Alejandría por la finura de mi olfato para detectar el alma podrida de los hombres y resolver crímenes. Pero a tanta porquería han tenido que enfrentarse mis facultades que la pituitaria ha terminado por reventarme. En

conclusión, ilustre Crátilo, en esta ciudad hay más mierda que en la letrina de un estadio en día de carreras. Agradezco tu interés por mi salud.

Con fingida desgana, Lámaco observó de soslayo una gran mancha de argamasa fresca en el suelo, junto a unos fardos sin importancia que parecían haber caído allí, como todo lo demás que llenaba la habitación y el Museo, por puro azar. No le costó deducir que allí debía de haberse hallado la rejilla que servía de ventilación al hipocausto y que el director se había aplicado en seguir los consejos de Hipatia sobre la seguridad del recinto: al menos en lo que atañía al subsuelo, las visitas nocturnas concluían drásticamente en aquel remiendo de albañilería.

—Creo que me has hecho llamar, ilustre Crátilo —entonó una voz a sus espaldas.

El sufrido Filomeno, con una cabeza resignada a las primeras mordeduras de la calvicie y el mismo aire despierto de un portero de noche al anunciarse la aurora, ocupó su puesto junto a la mesa del director, dispuesto a pasar lo que parecía un examen. Como de costumbre, una sucesión de pulseras y bandas de cuero le ocultaba las muñecas hasta el antebrazo; como de costumbre, un velo opaco ocultaba, si la tenía, la inteligencia en el fondo de sus ojos. A pesar de que pretendía dedicar el día a la única tarea de esperar el apocalipsis, Crátilo tenía prisa; con maneras de funcionario atareado, sacudió el aire con la mano delante de él y resolvió:

—Bien, honorable Lámaco, puedes comenzar. Estoy dispuesto a soportar todo el mal que las estrellas hayan decidido traerme contigo.

Lámaco no pudo contenerse. Sabía que lamentaría la respuesta, pero sólo existía una comezón que le hiciera sufrir más que la jaqueca: la curiosidad.

—¿Cómo has sabido que vendría?

—¿Necesitas otra constatación de la clarividencia de los horóscopos? —la sonrisa del director era blanda, espesa, recordaba de algún modo a manteca derretida—. Yo no, desde luego. ¿No han guiado ellos la pauta de mi vida desde que era apenas un rapaz sin discernimiento y me han anunciado sus cumbres y sus hondonadas? ¿No leí en ellos, esta misma mañana, que hoy sería mordido por un escorpión en presencia de un viejo camarada? ¿No estamos todos aquí, según lo predicho, yo, mi fiel Filomeno y tú, Lámaco de Éfeso, que naciste la última semana de octubre, si no me equivoco, y por tanto perteneces al signo del Escorpión? De modo que comienza de una vez, emisario del desastre. No habrá atrocidad que al salir hoy de tu boca tenga poder de tomarme desprevenido. Astrágalo.

—Tanto mencionas los desastres, las atrocidades y las desdichas que hasta yo mismo estoy empezando a asustarme —aseguró el filósofo con indiferencia—. Permite que me acoja a la protección de tu amuleto.

Era cierto que la astrología había vacunado a aquel hombrecillo contra lo inesperado: ni siquiera se inmutó cuando el honorable Lámaco, en un acto que las reglas de la cortesía habrían recibido con objeciones, extendió el brazo hasta el extremo opuesto del escritorio y restregó la ramita de su colgante con la mano, como intentando sacar brillo a una moneda sucia, como pretendiendo lustrar una de esas

valiosísimas lentes que había guardado entre paños de moaré y en las que ahora era mejor no pensar. En el momento en que se retiró, un polvo menudo y negro manchaba su palma y salpicaba la madera de la mesa y los papeles que la ocupaban. Las descortesías no cesaron ahí: a continuación Lámaco se rebajó a bruto, a labriego, a hombre sin instrucción y se lamió asquerosamente la mano. Pero el director seguía sin cejar; no ocurría lo mismo con su ayudante, que había visto mejores maneras en los buhíos del puerto.

—Siempre había creído que lo que te amparaba del mal agüero era la rama de alguna planta exótica —dijo Lámaco—. La verdad estaba más abajo, bajo tierra para ser exactos: porque es una raíz. Raíz de kerdalea, la lucrativa.

—En efecto —Crátilo no parpadeaba—. Ofrece una prevención inmejorable contra el mal de ojo y las zancadillas de la mala suerte, según podrá confirmarte cualquier mala bruja de Rakotis.

—Aparte de prestar servicios más útiles, como ya sabemos. ¿Dónde están tus ratas? Me dijeron que recogías ratas de los sótanos y las usabas como mascotas, alimentándolas debidamente. Pero las jaulas de la pared se encuentran vacías.

—Las solté. Sólo los dioses y el destino poseen la prerrogativa de disponer de la libertad de las criaturas.

—Ya. También me dijeron que de vez en cuando manchas sospechosas, como de sangre, asperjaban el suelo de tu despacho, que ahora encuentro impoluto, como para recibir una visita de postín. Si esa visita soy yo, te agradezco atentamente tus molestias. ¿Por qué no abres la cesta del rincón y acabamos con esta pantomima de una puta vez?

El rostro del ilustre Crátilo permanecía incólume, sin revelar el rastro de una mínima emoción, no menos resignado y mineral que el de las estatuas de las musas que guardaban el pórtico del edificio. La delación vino de parte del pobre Filomeno, cuya mandíbula pareció ir a destrabarse de sus mejillas entre una riada de sudor; dedicó una fugaz mirada de horror a la cesta de mimbre condenada a la esquina, rezando tal vez por que se desintegrara y cediese su lugar a la inocencia del espacio vacío. El curso acelerado de mala educación a que Lámaco estaba sometiendo prosiguió de un modo brusco: asió el brazo derecho del director y le arrancó la venda con que se protegía desde su accidente en la hoploteca. El tatuaje con la serpiente enroscada quedó al descubierto al tiempo que un nuevo trueno partía el cielo en dos.

—Entiendo tu sigilo y tus mentiras —dijo el filósofo—, como las de tu fiel Filomeno, quien supongo que guardará otra lindeza igual que ésta debajo de sus pulseras y la horterada de sus adornos de cuero. Sabéis que este emblema sobre vuestra piel os condena a ambos a los grilletos o la horca, Adoradores del Vacío, Hijos del Dios Extraño.

—También llamado Abraxas —recalcó Crátilo con tranquilidad.

—No conozco los motes de tus dioses, ni me interesan. Antes de que prosigamos esta conversación o pretendáis poner en práctica conmigo vuestras dotes de carnicero

como hicisteis con ese gilipollas de Epiménides y los desgraciados de la casa de copias, os prevengo de que he venido acompañado de una cohorte cedida por el óptimo duque Demeas, que está al tanto de esta visita, y que al otro lado de esta puerta monta guardia un oficial con la mano cerca de la vaina de la espada.

—Tus advertencias me ofenden, honorable Lámaco —Crátilo seguía sonriendo—. ¿No estamos entre hombres distinguidos, aunque tú te esfuerces en demostrar lo contrario?

La seguridad del hombrecillo inquietaba a Lámaco, le sonaba como el viento acerbo que traía la tormenta y silbaba siniestramente entre las juntas de las piedras, imitando voces; había esperado que se derrumbara ante la fuerza de la revelación, que se arrojara a sus pies suplicando clemencia y reconociera su crimen. Y, sin embargo, allí continuaba, retrepado pacíficamente sobre su asiento, dirimiendo con rostro de fastidio un vulgar trámite que deseaba concluir cuanto antes para dedicarse a tareas más cruciales. Lámaco tuvo otra arcada de sospecha: y si se equivocaba, y si la estulticia de aquel individuo era un barniz, y si había subestimado a la mente que se agitaba debajo de aquellas facciones de marido cornudo, humillado por las vicisitudes.

—Jamás estuviste herido —le acusó—. La historia de la hoploteca sólo tenía por propósito esconder tu tatuaje. Jamás coleccionaste ratas: las empleabas para alimentar a las serpientes que guardas en la cesta y de las que os servís en los conciliábulos de tu secta. La sangre derramada pertenecía a las ratas, que ofrecíais a vuestra divinidad reptil en debido sacrificio. A veces, temías por tu integridad: las serpientes son traicioneras, reaccionan inesperadamente, pueden morder el brazo que las sostiene. La raíz kerdalea, seca y mascada, previene de su veneno.

—Todo cierto, honorable Lámaco. ¿Hace falta que te lo diga para dorar tu orgullo? Bien. ¿Qué más?

La sed secó súbitamente el paladar de Lámaco. También él temía un mordisco a traición.

—Pobres de vosotros, devotos de la gnosis, aprendices de teólogo, pretendientes a un saber prohibido que la Iglesia de los cristianos os niega a la vez que os da caza con toda la fuerza del potro y la hoguera. Adoráis a un Dios Desconocido que se encuentra por encima de los eones, más allá del tirano colérico del Antiguo Testamento, y que no puede protegeros cuando caéis en las celadas del enemigo. Vuestras mentes están llenas de mierda: buscáis sin cesar revelaciones ocultas, evangelios escondidos, palabras y signos que fueron escamoteados por el Maestro al común de los fieles pero que han de mostrarse a vosotros porque, sobre la pureza de la fe, poseéis el don del conocimiento. Y así prestáis crédito a cada nuevo engendro parido por el delirio de un hereje, a cada nueva carajotada que se invente cualquiera mezclando los nombres de Yahvé, Sofía, el Pléroma y no sé cuántas gilipolleces más, siempre que tenga cuidado de llamarla Evangelio y de atribuir su autoría a un personaje con la debida mala fama. Y vosotros oísteis hablar de un nuevo libro de

éso, de una revelación inaudita, de un nuevo descenso a las fuentes veladas de la verdad, y os dijisteis que no debíais escatimar atrocidades para conseguirlo.

—Desapruebo la suciedad de tus palabras, pero puedo estar de acuerdo en lo que refieren. ¿Qué más?

—Celebrabais vuestros guateques sacrílegos en el sótano de la casa de Antígona, tú y tu Filomeno y un montón de imbéciles más cuyos nombres prefiero ignorar, entre los que se hallaba el copista Tersites, y allí os dedicabais a besar a la serpiente, a daros por delante y por detrás y a consagrar todos vuestros disparates al Dios que no se conoce. No tengo nada en contra de eso, cada cual se divierte como quiere y uno es muy dueño de lamer boñigas de caballo si eso le da gusto o permite elevar su alma, pero el entusiasmo de vuestras francachelas os llevó más lejos. Pretendíais estar más cerca de Dios cuando dabais por el culo a las mujeres casadas u os bebíais la menstruación de la puta de turno, mucho más que esos circunspectos padres de familia que respetan bovinamente a los santos y no saben vivir sin el dogal de la autoridad. Vosotros erais de madera distinta, os sudaban la polla las convenciones sociales, os cagabais en la puta madre del Dios de la Biblia, que había convertido a los hombres en esclavos. Vuestra moral estaba más allá y era como un paisaje al revés, donde el cielo ocupa el lugar de las piedras y al contrario. Alguien os habló de un libro que defendía vuestras ideas. Un evangelio, por supuesto. Una obra valiente, imprescindible, genial, que vuestro hermano Tersites había tenido en la mano y que un escriba medio tonto llamado Epiménides le había permitido examinar junto con otras obras de las que le encargó copia.

—Sí. ¿Y qué?

—Tersites, deslumbrado, os habló de aquel libro revolucionario. Lo necesitabais; teníais que poseerlo, emborracharos con sus blasfemias, dejaros conducir por él a la oscuridad de la que ha de provenir la luz. Por vuestro intermedio, Tersites pidió a Epiménides que os lo prestase para realizar una copia, pero él, consciente de que se trataba de material inflamable, se negó. Entre los dones que vuestro Dios oculto os ha dispensado por vuestras preces no se halla, desde luego, el de la inteligencia: no se os ocurrió mejor cosa, necios, que revelar al secretario del padre Hilario vuestros conciliábulos y la alegría con que os liberabais a ensuciar los dogmas de Cristo. Naturalmente, con ello no sólo perdisteis del todo la posibilidad de haceros con la obra, sino también la de seguir celebrando vuestras orgías a salvo de la vista pública: Epiménides amenazó con denunciaros a las autoridades y hacer acabar a todos en el Cementerio del Oeste, en esa zona en que las tumbas carecen de estela y los perros se entretienen desenterrando huesos sin reclamar. Era la hora de pasar a la acción. Después de sodomizar a madres respetables y beber la sangre impura de la matriz de una prostituta, el asesinato resultaba venial, o suponía un nuevo reto, una nueva invitación a romper con los vínculos del mundo de los hombres regidos por la ley. Ilustre Crátilo, dispones en tu Museo de una detallada hoploteca en la que se guardan armas exóticas, muchas de ellas ciertamente crueles y algunas ni siquiera conocidas

por los hombres que no saben lo que es el dolor. Nada os costó empuñar una de esas herramientas de matarife que convierten el cuerpo de sus víctimas en desechos de talabartería, para advertir quizá al público que no os detendríais ante ninguna forma del horror, por repugnante que pueda resultar. Te veo enclenque, Crátilo, y dudo que fueras tú quien manejara el artefacto: los brazos de Filomeno parecen más adecuados; y si no, siempre hay asesinos a sueldo en las tabernas del puerto, desertores y legionarios licenciados que no encuentran con qué pagarse la sífilis o el vino rancio.

—Estás desvariando —intervino Filomeno, con los ojos como huevos de codorniz—. No sabes de qué me acusas, honorable Lámaco, ni qué insensateces brotan de tus labios. Ilustre Crátilo, habla tú, avísale de que se extravía...

El hombrecito del amuleto se limitó a cortar el tartamudeo de su ayudante con un gesto de la mano. Enfocó a Lámaco con unos ojos en los que podría haber crecido escarcha y le animó a proseguir.

—Continúa.

—Degollasteis a Epiménides y arrojasteis su cadáver en la piscina del antiguo templo de Isis —retomó el filósofo con una creciente sensación de incomodidad—. No llevaba entre sus ropas el jodido libro, así que pasasteis a asaltar su casa y registrarla, poniendo todo manga por hombro, también sin resultado. Entonces Tersites dejó de asistir a vuestras reuniones, ¿no es cierto? Ese copista escuchimizado, que en idiotez sólo podía competir con unos perfectos campeones como vosotros, abandonó su empleo, no volvió a casa y nadie lo vio más por ninguna parte. Sospechasteis de él. Puesto que el evangelio descacharrante que os había prometido no había sido encontrado y ahora resultaba que él se quitaba de en medio, os dijisteis que tramaba algo. Se quería guardar la gloria para sí mismo, sí, la gloria inmortal de un puesto en el parnaso de los hombres más odiados. Seguro que pretendía dar a conocer el evangelio secreto como una revelación salida de su propio ingenio o de su propia estolidez y ocupar un sitio entre los heresiarcas de primera línea, Basírides, Simón el Mago, Valentín o el inicuo Carpócrates. No toleraríais semejante egoísmo: todos deseabais vuestra parcela en el lugar mejor soleado del infierno. Así que acudisteis a El Rinoceronte Azul y revolvisteis el escritorio de Tersites, por si había olvidado allí el texto o había dejado tras de sí algún indicio que os sugiriera su escondite. Supongo que fuisteis descubiertos: el gerente y los otros empleados llegaron entonces, se alarmaron de encontrar el local bajo asalto y hubo que callarles. Cometido el primer crimen, el resto es cuesta abajo. Los remordimientos son como los dientes de leche, sólo duelen al salir: fuera el primero, los demás no se notan. Destripasteis a todos y prendisteis fuego al local para borrar las pistas.

La sonrisa de Crátilo se sostenía rígida en medio de sus mejillas, igual que una herida de puñal. Dicen que ese tipo de sonrisa es propia de quienes mueren envenenados por el plomo de las copas de bajo precio.

—Más. Di más. ¿Vas a detener ahora tu recital?

—Entraron en danza el óptimo duque Demeas y aquel mequetrefe esmirriado que se echó de paje, Pólux Poncio. Todos sabemos que el duque, cuando no está borracho o follándose a una puta, no es de entendederas muy claras, pero su mascota estaba hecha de otra pasta. Reunió datos, cotejó indicios. Sus sospechas le condujeron hasta el sótano de la casa de Antígona, donde en tiempos mejores celebrabais vuestras parrandas, y lo entendió todo: nueva pasada a cuchillo. Antes de morir, el pobre enano tuvo ocasión de trazar en la pared, con su sangre, tres letras y unas líneas que se rompían y que nadie supo a ciencia cierta cómo interpretar. El fuerte de aquel desdichado, si lo tenía, no era el dibujo: las líneas querían representar una raíz, y las letras, KER, hacían referencia a la kerdalea, remedio que ya conocemos. En fin, Tersites seguía sin dar señales de vida. En un momento de duda, se os ocurrió que quizá él no había huido con el evangelio, que tal vez había decidido poner pies en polvorosa porque adivinaba que la cosa se os podía ir de las manos, que, puesto que Epiménides era secretario de un conocido hombre santo, vuestro objetivo podía hallarse en casa del venerable Hilario. Y allí pusisteis rumbo. Por casualidad, ¿no tendrás un poco de agua en tu despacho? Todo este monólogo me está dejando la boca más seca que el chocho de una vestal.

—Pensaba que el veneno te humedecía la lengua cuando era preciso. Lamento no poder ofrecerte nada. La única agua de que dispongo es la que la lluvia hace caer por el acanalado, según tú mismo puedes oír.

—Sí. La lluvia en Alejandría. Es una extraña cosa —la lluvia en Alejandría, lluvia y Alejandría, dos objetos que no casaban en absoluto, como Tule y la jaqueca, la pérdida de sus lentes y la confianza en el porvenir, como eso que se le escurría entre los dedos mientras se encontraba allí sentado, ese algo que no podía concretar y que no tenía sentido, algo que no cuadraba con el individuo de sonrisa circunspecta que escuchaba indolentemente el catálogo de sus monstruosidades desde el otro lado de la mesa—. Entrasteis en la casa de Hilario mientras él se hallaba fuera, trabajándose la fama de santurrón. Lo pusisteis también todo bocabajo. Y en ese momento llegaron de vuelta, el ciego y su secretario, el de la tos, y os sorprendieron con las manos en la masa: os lo digo en serio, tanta mala suerte os debería hacer dudar de las dotes de vuestro Dios para dirigir el destino, o del buzón al que encamináis vuestros rezos. No os atrevisteis a degollarlo, a él no, es un hombre popular y eso habría levantado un clamor en contra, demasiado revuelo, un secretario y media docena de copistas muertos de hambre no son lo mismo que un candidato a los altares. Os contentasteis con herirle con objeto de escapar.

El ronroneo de la lluvia se hizo más nítido en el silencio que siguió a continuación. Lámaco había dejado de hablar, molesto por una insistente desazón, la de mentar la soga en casa del ahorcado, la de contar el chiste equivocado en un velatorio. El director seguía mirándole con cara de muerto, de sonámbulo, de maniquí. Suspiró ampliamente antes de inquirir:

—¿No vas a continuar, honorable Lámaco? ¿Debo confesarte que tu relación había comenzado a distraerme, incluso a despertar mi interés? Sin embargo, hay puntos que no me resultan demasiado obvios y sobre los que querría solicitar tu aclaración. ¿Qué hacía, según tú, Tersites en la Biblioteca?

—Huir —contestó Lámaco sin vacilar—. Huir de vosotros, naturalmente. Conocía vuestro pelaje. Sabía que os arrojaríais sobre él como perros al cabo de un festín, que lo reduciríais a despojos si se os daba la ocasión. Él quería el evangelio para él solo, deseaba ser su intérprete exclusivo, soñaba con verse, pobre cretino, como un nuevo Marción, un nuevo Judas, un Cristo bocabajo, tal vez. Sabía que lo encontraríais en cualquier parte, salvo en una. Había oído decir, porque por su oficio de copista frecuentaba a estudiosos y amanuenses, que la famosa Biblioteca oculta un laberinto, y decidió convertirlo en su madriguera. Olvidó un detalle superfluo: que aquel lugar en el que se ingresa con dificultad ofrece las mismas dificultades a la hora de abandonarlo. Murió de inanición, de hambre, de sed, de fatiga, al no dar con la salida. Él mismo tejió su propia tela de araña y se cavó su tumba, como dicen que hacen los elefantes cuando olfatean la cercanía de la muerte. Y ahora dime, ilustre Crátilo, ¿qué libro era ése? ¿Qué libro os prometió convertirlos en ídolos de las cloacas?

—¿No lo sabes tú, que todo lo penetras? ¿Necesitas de mi insignificante ayuda?

—Habla tú un poco, para variar —un nuevo trueno apretó los tornillos de la jaqueca contra las sienas de Lámaco—. Ya que no me das agua, concédeme algo de alivio, joder.

Entonces un brillo diabólico chispeó en las pupilas del hombrecito. Podía tratarse de la misma clase de brillo, pensó Lámaco con un vértigo, del suicida ante la boca del abismo, del pirómano frente a las ramas secas del encinar. Enseñó los dientes para proclamar:

—El *Evangelio de Barrabás*, obra del insigne Margolis de Alejandría. ¿Quién, sino Margolis, ha llevado más lejos la doctrina del imperio del vacío y de la necesidad de la destrucción para construir un nuevo universo sobre las ruinas degeneradas que los arcontes nos han dejado? ¿Quién más que él y su banda de Incendiarios comprendieron que el reino de la carne debe ser entregado a la demolición y la niebla para permitarnos asistir a un nuevo amanecer sobre el ministerio de Ialdabaot, el dios bastardo de los hebreos? Dicen que fue capturado, y diezmado su rebaño, y entregada su memoria a los buitres. Pero su legado permanece en ese escrito incandescente, que guiará a través de las sombras a los ojos que no temen deslumbrarse. Él nos traerá el Reino de la Serpiente, a la que todos justamente adoramos, porque la Serpiente muda de piel y renace en cada estación de un cuerpo viejo, porque la Serpiente se apiadó de Adán y quiso hacerle sabio en contra de la divinidad canalla que lo encadenó. ¿No oculta ese escrito lemas más sublimes y terribles que el *Himno de la Perla*, que el celebrado *Tratado de las Tres Naturalezas* de Valentín, que la *Antítesis* de Marción y los justamente venerados *Hechos de*

Pilatos? ¿No superará a todos ellos por su sutilísima dialéctica, por la perfección de su rebeldía, por su santísima violación de los dogmas vigentes?

—Ahórrame los superlativos, te lo ruego —exhaló el filósofo—. Con esta jaqueca me cansa seguir palabras de más de tres sílabas.

Crátilo de Apamea, director del Museo de Alejandría, Discípulo de la Serpiente y Adorador del Vacío, se enderezó sobre su asiento y dedicó a su interlocutor una mirada llena de cosas. De todo cuanto vio en ella, Lámaco sólo retendría, por encima de un malestar que ya se volvía insufrible, una: sospechó que él y su sabiduría le despertaban lástima.

—He oído hablar mucho de ti y múltiples bocas me han ponderado tu discernimiento —dijo con frialdad—. Lamento advertir que ninguna de ellas te hace justicia, que tu sapiencia se aproxima patéticamente al descarrío y que la pequeña parcela de lo que sabes, o inventas, no puede compararse con la inmensidad del país de lo que ignoras. Sobre nuestro Dios, al que escarneces sin comprender, y el odio feroz de los cristianos. ¿No fue el más señalado apóstol de ellos, el preclaro San Pablo, el que en una de sus epístolas recomendó a los creyentes que disintieran, que fueran audaces, que no se conformaran con los dogmas al uso? ¿No afirma él, si no yerro en la cita, que es necesario ser herejes y que existan disensiones entre la grey para que se manifiesten los que son de virtud probada? En cuanto a los evangelios, incluso los que ellos aceptan arbitrariamente, dejando de lado otros testimonios de igual valor y profundidad, admiten que Cristo calló parte de su ciencia por no ser prenda apropiada para la multitud y que la confió a un puñado de seguidores, que desde entonces se la transmiten de unos a otros por vía del secreto y el juramento de silencio. Consulta a San Marcos. ¿No escribe él que a la mayoría el Evangelio le ha sido dado mediante parábolas para que mirando no vean y oyendo no entiendan, no sea que se conviertan sin conocimiento y sean perdonados?

—Cita todo eso al obispo que encenderá una pira para ti y tus amigos. Y no para que os calentéis del frío del relente.

—¿Tú crees? ¿Merezco de veras esa pira de la que hablas? —el director volvió a sonreír, antes de renunciar tajantemente a las preguntas retóricas—. Me honra, si te soy sincero, la grandeza satánica que nos atribuyes a mí y a mi grey, pero lamento decepcionarte a mi vez. De la retahíla de barbaridades que nos imputas sólo nos cabe culpa de la estupidez, que no negaré, y del lamentable intento de robar en casa del venerable Hilario, cuyos libros, es cierto, revolvimos en busca de uno que no apareció. Es verdad, tuvimos que huir al irrumpir ellos en la morada y defendernos mediante golpes y cuchilladas, tan torpes que cualquiera nos hubiera llamado juerguistas de despedida de soltero antes que asesinos hechos y derechos. Y esa torpeza viene causada porque, justamente, jamás hemos matado a una mala oruga. Codiciábamos el evangelio de Epiménides, buscamos a Tersites, hicimos una pésima labor de rastreo, pero no, no hemos degollado a nadie. Nada de asesinatos, ni de incendios, ni de puestos en ningún infierno, bastante tenemos ya con vivir en esta

ciudad de desquiciados y de perros. Adorar el mal nos hace sentirnos menos miserables, porque ya sabemos que es el único bando que jamás conoce la derrota; aun así, después de consagrar nuestras almas al vacío nos gusta regresar a casa, saludar educadamente al vecino y cenar tranquilos con la familia.

—La mentira es una puta muy apetitosa a la que puedes exigir toda clase de perversidades, y que te hace sentir un amante excepcional. Pero la verdad te aguarda en la cocina como una esposa con los brazos en jarras.

La lluvia resbalaba por los desagües con un rumor de monedas caídas, e iba a precipitarse estrepitosamente en un patio que debía de quedar al otro lado del muro del despacho. El viento continuaba elevando su coro alrededor de las esquinas del edificio, trayendo palabras o rompiéndolas o haciéndolas desaparecer, y quizá, aunque no podía decirse con certitud, el trueno se apagaba lentamente en la lejanía. Sin embargo, era como si la marea del puerto de Eunostos hubiera ido aproximándose más y más al Museo y amenazara con lamer su pórtico: un oleaje primero lejano crecía en tamaño y rigor. Entonces un naufrago hizo aparición en la estancia, alguien que parecía haber sido arrojado a la costa por el ímpetu de la marejada. El pelo y las ropas, empapados, se pegaban a su cuerpo haciendo creer que alguien se los había pintado sobre la piel.

—Por Cristo, honorable Lámaco, al fin tengo ocasión de encontrarte —era Grilo, el secretario del tribunal—. La tormenta acrecienta su furia, y no es el único obstáculo que he debido vencer para llegar hasta ti. La muchedumbre de ahí fuera ruge como una manada de leones hambrientos; los hombres no dejan de congregarse en mayor y mayor número, hasta ocupar toda la plaza. Acaba de llegar el obispo Cirilo y han montado para él una tarima. Los soldados andan inquietos.

—Pronto les haremos irse —resopló Lámaco—, el trámite para el que hemos venido hasta aquí está a punto de concluir. ¿Dices que me buscabas?

—Así es —el aliento de Grilo olía a tamarisco—. El óptimo Demeas volvió de viaje anoche en la madrugada y no pudo visitarte. Esta mañana, antes de volver a partir, ordenó que te entregara sin demora estos documentos que juzgarás de tu interés. Esperaba encontrarte en casa de la ilustre Hipatia, pero me dijeron que habías partido temprano hacia aquí.

—¿Más papel? —Lámaco aceptó el sobre que Grilo extraía para él de debajo de su capa—. ¿No tengo ya bastante para limpiarme el culo por todos los años que me quedan de vida?

La comprensión le fue llegando poco a poco, a escalones, como si fuera ascendiendo las gradas de un estadio, el atisbo paulatino de que bajo aquel trozo de cera sellado con la rúbrica de un ojo le aguardaba una explicación, un motivo, el fragmento que faltaba para obtener la desnuda y humillante verdad y sentirse, si cabía, aún más amargado y solo. Casi no necesitó desplegar el papiro doblado en ocho, recorrer displicentemente la caligrafía que lo cubría, reparar en dos o tres nombres o frases, para entender la frialdad de Crátilo durante toda la entrevista, su

sonrisa irrompible, el aura de invulnerabilidad que lo circundaba y que no se atrevían a franquear los insultos más soeces ni las más abyectas amenazas. Al volver a plegar el papiro e introducirlo de nuevo en el sobre, su dolor de cabeza casi se había diluido: le era imposible encontrarlo entre las corrientes de oscuridad, desolación y vergüenza que recorrían su cráneo igual que una alcantarilla. Llamó al oficial y le ordenó aprestar a la cohorte para ponerse de nuevo en marcha. Luego se puso en pie, eludiendo mirar a Crátilo cara a cara para no quemarse las pestañas. Antes de partir, la curiosidad le dobló una vez más.

—Lo sabías desde el principio —murmuró, en el mismo tono de un niño castigado con un cachete—. Desde el principio te supiste a cubierto. ¿Y si esta carta no hubiera llegado para salvarte la vida?

El director intercambió un gesto con su ayudante Filomeno, cuyo cuerpo había vuelto a ocupar sus ropas después de haber estado a punto de derretirse dentro de ellas.

—El horóscopo me avisó de más cosas —explicó con una sonrisa radiante—. Me dijo que el escorpión haría daño al pinchar, pero que no debía temer que la herida se infectara porque el aguijón no llevaría veneno. Es un escorpión viejo e inútil, que apenas sabe defenderse, y mucho menos atacar. Ve en paz.

Pero la paz era un lujo demasiado costoso que el alma quebrantada de Lámaco no podía pagar.

Capítulo 2

Unas pocas horas antes de que amaneciera y de que el honorable Lámaco de Éfeso sintiera que sus pies flotaban sobre un abismo, dos sombras volvieron a merodear el edificio del Museo y la Biblioteca sin dejarse intimidar por los anuncios de la tormenta. Conocemos de sobra a ambas, y por eso bastarán un par de trazos para definir las: una alta y escuálida, otra más pequeña, dotada de extremidades de liebre, que se desplazaba sobre el empedrado apoyando a medias la punta de las sandalias. Si ya en su anterior incursión nadie pudo reconocerlas en la profundidad de la madrugada, ahora los elementos les dieron una nueva seguridad; las nubes cubrían las estrellas tiñendo la ciudad del color de la brea, el viento amortiguaba los ruidos y los arrojaba lejos. Dejaron tras de ellas la plaza hacia la que se abría la fachada principal y se introdujeron en el nudo de callejones del otro lado. Eso les sirvió para comprobar que el arquitecto había diseñado la construcción siguiendo las normas del decorado de los teatros y que visto desde atrás el añoso monumento era una mole gris y sin gracia, un mero bastidor cuyos méritos terminan del lado de la escena. Reconocieron el callejón que habían visitado en su expedición previa, pero ahora no se detuvieron en la rejilla encastrada entre los regueros de basuras. En su punto más septentrional, los muros del Museo dibujaban una leve curvatura, una especie de ábside que luego desaparecía en una sucesión de contrafuertes y cornisas. La sombra más pequeña palpó el ladrillo estudiando los restos de caliche sucia, las inscripciones ofensivas y las manchas de fruta podrida, hasta escoger un pilar. Allí, la linterna sorda le reveló que cuatro o cinco aberturas habían sido practicadas con la ayuda brutal de un martillo; sirviéndose de ellas como escalones, ascendió a lo alto de la pared. La escalada resultaba menos exigente de lo que parecía a primera vista. Superado el primer esfuerzo, se alcanzaba sin dificultad un alero desde el que se dominaba la mayor parte de los tejados de Alejandría y el viento cargado de lluvia humedecía el vuelo de las capas. Después no había más que encogerse un poco, doblar la columna vertebral para introducirla a través del tragaluz rectangular y tener cuidado con no desollarse las rodillas al gatear.

Una nueva serie de peldaños ahuecados en el cemento les aguardaba en el lado contrario. El resto era conocido e inevitable igual que una pesadilla: una galería infinita atestada de anaqueles, libros que se perdían en las tinieblas en cuanto la llama de la linterna se volvía hacia otra parte. Les rozó una idea desesperante: en realidad no habían abandonado la Biblioteca al término de su anterior tentativa; en realidad habían seguido durmiendo en uno de los pasillos y habían soñado la salida, el jardín botánico y el desierto y los hombres extraños que habían conocido desde entonces; en realidad acababan de despertar y seguían allí.

—Éste fue el acceso por el que penetró Tersites —dijo Clea con voz de no despertar bebés, al tiempo que sacaba una pelota arrugada del rebozo—. Ahora debemos seguir sus pasos y tratar de reconstruir el trayecto que siguió.

—Así que Tersites será nuestro guía —replicó quejumbrosamente el duque—. No sé si un hombre muerto de hambre, sed y angustia es el mejor ejemplo para escapar de un laberinto. ¿Es su sombra la que te servirá de lazarillo?

Pero la joven no se molestó en responderle. En su lugar tomó la pelota arrugada y la alisó a la luz del candil; pestañeando con dificultad, Demeas creyó reconocerla: era el papel sobre el que Lámaco, el viejo que odiaba, se había distraído en trazar garabatos mientras escuchaban los denuetos de la ilustre Hipatia algunos días atrás, en su despacho. En el papel había una mano: la silueta de una mano, la palma y los cinco dedos, llena de líneas que avanzaban, retrocedían, se rompían, iban a dar a otros afluentes o desaparecían sin más. Aparte del papel, también aquel dibujo resultó familiar a la cansada memoria del duque.

—Es el tatuaje de Zonaras, el esclavo de Hipatia —murmuró, asombrado del alcance de sus propias palabras.

El índice de Clea ya viajaba por uno de los surcos que orillaba la articulación del pulgar.

—Justamente —dijo, y elevó un instante la vista como buscando la confirmación de algún detalle en las tinieblas que les rodeaban—. Hipatia siempre tiene el plano del laberinto junto a ella y jamás se atreve a penetrar en sus corredores si no es en su compañía. Mi maestro intuyó la verdad; en un momento en que sabía que ella no se tomaría el trabajo de advertirlo, copió el dibujo y aquí lo tenemos. Ahora, a la derecha.

Era como aquella otra noche, pero no era la otra noche. Podían ser los mismos pasillos, la misma negrura velando las estanterías, las mismas siluetas monstruosas improvisadas por el destello de la lámpara al avanzar; pero el aire estanco del pasado había dejado lugar a una brisa cargada de anuncios, a un olor a sal y tierra removida, y en vez de desesperación les ganaba una euforia que rozaba el pánico. Avanzaron; llegó la sucesión previsible de crujías, de cámaras, de encrucijadas, llegó el roce de la locura, ahora domesticada por el papel que Clea iba consultando y que les sugería en qué esquina girar y hacia qué nueva boca oscura. Para calmar su ansiedad, ella no cesaba de hablar; para alimentar su amor, él le dejaba hacerlo.

—Ahora podemos comprender en su auténtica magnitud el mito de la construcción de este edificio, y atestiguar que se corresponde con la realidad. Anacrites de Samos era un arquitecto ambicioso, y la arrogancia de su arte podía medirse con la de sus contemporáneos más avanzados. Dinócrates de Rodas había propuesto al divino Alejandro construir una ciudad sobre la mano de una estatua colosal que representaba al monarca, reservando para la otra mano el curso de un río; Sóstrato de Cnido concibió la Torre de Faros, que guía a las naves en las tempestades a través de un complejo juego de espejos y en su día contó con telescopios y

autómatas que señalaban la hora del día y el curso del zodiaco. Cuando el rey Ptolomeo preguntó a Anacrites si era capaz de igualar la audacia de tales genios, Anacrites le replicó que la única maravilla que podía alegar era su propia hija, una bellísima joven cuya mano le ofreció. El rey aceptó, todo fue dispuesto para los esponsales; pero el destino se interpuso y una enfermedad mató a la pobre niña sin darle ocasión de vestir su traje de novia. Anacrites cayó en la melancolía, pues su hija le era muy querida, abandonó su trabajo y dejó la ciudad para mudarse al campo, donde nadie volvió a verle; unos decían que se había entregado al vino para olvidar su dolor, otros que a la religión, cuyas borracheras no son menos eficaces. Un día, el arquitecto volvió a la corte; demacrado, exhausto, presentó ante el rey un volumen de dibujos con las palabras: Te prometí la mano de mi hija, y aquí la tienes. El volumen contenía los planos de la Biblioteca. La Biblioteca es una mano.

El entusiasmo hacía correr a Clea; ella estaba entusiasmada, al duque. En su atolondramiento, pasaron de largo sobre los trozos de papel que les habían sorprendido en la anterior visita y donde una mano desconocida se dedicaba a desentrañar la composición de las nubes o las fases del sueño, entre otras sutilezas; tampoco repararon en que un polvo negro, parecido al hollín que los escribas emplean para fabricar tinta, salpicaba las baldas inferiores de algunas de las estancias. En cierto momento, una pared se interpuso en su camino. Sin inmutarse, Clea alzó la lámpara y retiró el trapo para que la llama iluminara del todo la figura grabada en la piedra: un triángulo invertido.

—El agua —la respiración se aceleraba en su garganta. Tomó un rollo de la estantería más próxima—. *Sobre el llanto*, de Crantor el Solense —lo dejó, tomó otro, tenía fiebre—. *De la ebriedad, o sea, del Cíclope*, de Antístenes de Atenas, sí, oh, sí, claro que sí.

Prosiguieron la carrera. La lumbre se agitaba acobardada en su recipiente, dilatando el edificio hasta el infinito y reduciéndolo a continuación a las dimensiones de un zaguán; delante, las sombras huían de aquellos dos desquiciados que amenazaban con pisotearlas. La sangre bombeaba frenéticamente en las sienas del duque: la impulsaban el vértigo y la pasión.

—Debo deducir por tu conducta que sabes adónde nos dirigimos —acezó—. ¿Te importaría hacerme partícipe de tu secreto?

Ella alzó un dedo delante de sus narices, en concreto el meñique. Definitivamente, pensó Demeas, esas pésimas maneras sólo podían provenir de Lámaco: había métodos más sutiles para indicarle que la dejase tranquila sin necesidad de rebajarse a la mímica de los estibadores.

—¿Has comprendido?

—No lo sé —dijo Demeas, picado—. ¿Ahora yo debo eructarte en la cara?

—No disparates, duque —giraron a toda prisa en un recoveco, casi sin orientarse por el plano—. ¿Recuerdas el cadáver de Tersites? ¿No había nada particular que te llamase la atención en él?

En aquel cadáver todo era particular: no resulta común que un hombre muera de inanición en una biblioteca, todo lo más de aburrimiento. El duque repasó mentalmente la imagen del muñeco de cuero abandonado en un rincón, los miembros exangües, las moscas, la estela de saliva cuajada sobre los labios hartos de gemir. Y, sí, cierto, el detalle al que ella se refería, en su mano izquierda.

—Tenía el meñique izquierdo rígido —reconoció.

—Eso es. Era una señal, aunque entonces todavía no estábamos capacitados para comprenderla. Esperemos que el enemigo no disponga de ese dato, o que no haya reparado en él. Lo que Tersites venía a hacer aquí dentro no era buscar un libro, sino extraviarlo: un libro demasiado peligroso, por el que había muerto demasiada gente, y que era mejor hacer desaparecer. ¿Qué lugar mejor existe para traspapelar una hoja que el lecho de un bosque? ¿Dónde volver irreconocible una gota de agua sino en el inmenso mar? Y, sin embargo, en el trance de la muerte, dejó ese último rastro a quien pudiera comprenderlo. Ese libro está en alguna parte de la zona de la Biblioteca correspondiente al dedo meñique, hacia donde ahora vamos.

El enemigo: esa expresión incierta, esa incógnita, esa columna de niebla y humo que poco a poco, al correr de los acontecimientos, había ido adquiriendo un perfil y un semblante pero que todavía no podían identificar del todo. El enemigo seguía siendo una vaguedad, una alucinación, un fantasma. Y como respondiendo a la invocación de Clea, el fantasma volvió a dejar sentir sus pasos en la hondura de las galerías, y a advertirles con un rumor inequívoco de metal y voces que se hallaba allí junto a ellos, para que no olvidaran su protagonismo. Era más de lo que la joven esperaba; la alegría, el nerviosismo, la cercanía del desenlace habían ido abriendo puertas en el corazón de Clea para dejar salir todas las emociones reprimidas que acumulaba en el interior: y esa torrencera que había sido júbilo podía adoptar enseguida las formas tenebrosas del terror y la angustia. En cuanto les llegó el primer eco del rumor, al fondo del pasillo hacia el que ahora caminaban, frenó en seco, sudorosa y lívida, y agitó el papel con la mano pintada hasta hacerlo crujir. El duque estiró la nariz en dirección a la penumbra, como si pudiera detectar el olor del peligro.

—¿Otra vez el gato? —intentó ella, en un atisbo de esperanza.

—Tú misma dejaste establecido en la última ocasión que los gatos no se sirven de lámparas —la desmintió Demeas—. Aparte de que suelen usar cuatro patas para desplazarse, y no dos.

En el momento en que él hacía el amago de cargar contra la noche y se llevaba el puño al mango de la espada, Clea le retuvo tomándole de la manga.

—No —murmuró, muy asustada—. No podemos enfrentarnos a ellos ahora, no hay tiempo. Lo primero es el libro. Ese libro es una prueba de cargo que debemos obtener a cualquier precio. Probaremos otro camino.

Dieron la vuelta hasta la última bifurcación. El sonido de pasos se aproximaba, y tuvieron que elegir rápidamente entre las opciones que les planteaba el papel. Se

desviaron por otro corredor idéntico al primero, para desembocar en una cámara indistinta a las demás; pero aunque el decorado se antojaba el mismo algo había cambiado: la seguridad había desaparecido de los ademanes de Clea, que ahora parecía haber sido abandonada por sus padres en mitad del mercado, y la ruta había perdido claridad y nitidez bajo la acumulación de caminos encontrados. Tal vez elegían con demasiado apresuramiento en los cruces; tal vez se decantaban con demasiada facilidad por una vía en vez de otras cuando cuatro o cinco ponían ante sus pies las diversas alternativas de la salvación o el abismo. Y detrás, o delante quizá, o encima, a un lado o en cualquier otra parte los pasos seguían marcando su compás, amenazándolos con un goteo de clepsidra. En medio de un pasillo como cualquier otro, la joven se llevó una mano desesperada al cabello y deshizo las guedejas. Sudaba.

—La siguiente debe de ser a la derecha —sollozó, dedicando una mirada asesina al papel—. Tiene que serlo, aunque la certidumbre me empieza a flaquear. ¿Eso es el aire o son ellos?

—Tranquilízate un instante —él le puso la mano en la cabeza, para tratar de ordenarle el flequillo—. ¿No estarán ellos tan perdidos como nosotros? ¿O es que acaso cuentan también con un plano?

De nuevo adelante, Clea conversaba entre dientes con la voz que vivía escondida en su cráneo, si es que la histeria le permitía oírlo.

—El esclavo de Hipatia fue secuestrado —rezongó—. Lo hallaron en una zanja sin heridas de importancia, sin motivo aparente para su desaparición. ¿Comprendes ahora por qué?

Rotundo, un muro les prohibió avanzar. Pero Clea, en vez del grito de pavor que Demeas esperaba, emitió una carcajada chirriante, que demostraba a las claras que su razón se hallaba a punto de estallar como un odre colmado. En la pared había inscrito un símbolo desconocido, un triángulo rodeado por una circunferencia.

—¡El éter, la quintaesencia! —gritó—. ¿Ves como la Biblioteca está ordenada? Tierra, agua, aire y fuego son la materia de los hombres y las letras. El silencio es la quintaesencia.

El exabrupto de Clea había atraído los pasos, que se acercaban cada vez más despacio pero también más tajantes. La luz del candil se empequeñeció durante un segundo, como intentando pasar desapercibida: parecía lamentar tener que recordarles que el pasillo carecía de salida y que las únicas opciones consistían en enfrentarse a lo que llegaba de la oscuridad y la pared de detrás. El pomo de la espada era terso, firme, leal entre los dedos del duque: se alegraba de tener junto a él a esa compañera silenciosa que le había amparado de la crueldad de un mundo no ordenado en anaqueles. Debía paliar de alguna manera el temblor de la joven, que a su lado amenazaba con deshacerse en piezas, como una marioneta rota. Entonces en vez de la espada asió su mano, la hizo volverse, estrechó su boca contra la de él y dejó que la

aceptación de lo inevitable fuera entrándole a través de la respiración, lenta, caliente, suave y sucia. Cuando la soltó, ella estuvo a punto de desmoronarse.

—¿Quién va? —bramó Demeas por último, y el siseo del arma al alzarse de su vaina quedó apagado por el primer trueno de la aurora.

Un resplandor azulado comenzaba a filtrarse a través de los ventanucos, anunciando la llegada del día. No era una luz abundante y por eso necesitaron confiarse a la linterna para comprobar que un hombre llegaba a ellos tranquilamente, sin apresurarse, desde el otro lado de las tinieblas. No se trataba de ningún monstruo, de ningún asesino furioso con ninguna cimitarra en el puño, ni siquiera de un fantasma, sino de un anciano cubierto de andrajos con cara de no haber dormido desde mucho tiempo atrás. Era yo.

Capítulo 3

Al alcanzar el umbral del Museo, Lámaco volvió a temer que el mar estuviera allí. En lugar del pavimento de la plaza y los edificios que la circundaban, una masa de aguas negras empujaba la tapia y hacía gañir las juntas de la cancela, bajo un cielo no menos fúnebre. Casi hubiera preferido esa visión que presagiaba naufragios a lo que un relámpago momentáneo le reveló entonces: cabezas, cuerpos, manos y astiles que se revolvían, que parecían hervir bajo la luz blanca como la leche olvidada en el fuego, y allá, en el centro, rodeado por un fragor que debía de apagar el rugido de la marea contra el rompeolas del puerto, un esqueleto con un bastón y una llamarada de odio en la mirada.

—¡Mirad el cielo! —los huesos de su índice señalaban a las alturas—. Es del mismo color que el pecado y la blasfemia, del corazón de aquellos impíos que niegan la palabra de Dios y corrompen a sus criaturas. ¡Más les valiera a éstos arrancarse la lengua y dársela de comer a los perros! ¡Más les valiera volver a nacer y refugiarse en las pocilgas con aquellos que son de su condición! Pues dijo el Señor: No desperdiciéis la simiente en suelo duro ni ofrezcáis margaritas a los cerdos.

Una furiosa tromba de lluvia ametralló a los presentes y la ovación quedó disuelta en el estruendo del agua al caer. Tanta fue su energía que el eminente Cirilo perdió por un momento el apoyo de su cayado y tuvo que sostenerse en uno de los presbíteros que lo flanqueaban, un desgraciado con una corteza de lino chorreante que hasta poco antes había sido un sayal. Las ráfagas de viento, el trueno despavorido, el aguacero que martilleaba contra su calva como una salva de alfileres no impedían al obispo desplazarse de lado a lado de la tarima impartiendo nuevas amenazas y prometiendo catástrofes: su imagen recordaba al capitán de la nave en el colmo de la tempestad, arengando a los remeros cuando las olas están a punto de tragarse el casco. La comparación era justa: porque esas olas, compuestas de hombres y mujeres en el paroxismo de la fe, rompían y volvían a romper contra él y amenazaban con ahogarlo entre sus plegarias.

En cuanto al honorable Lámaco, la tormenta casi le resultaba benigna: mucho peor era la atmósfera que imperaba en el interior de su cabeza.

—Oficial —se volvió a medias hacia el hombre armado que le acompañaba—, condúceme hasta la litera y liberémonos de esta mierda cuanto antes.

—¡Es la voz del Altísimo la que retumba en ese trueno! —aullaba Cirilo compitiendo en estridencia con los elementos—. ¡Habla a los herejes que se ocultan en esa abominable biblioteca y a la mala bestia de su ama, la mujer del pelo de fuego que los reúne igual que la podredumbre atrae a las moscas y los gusanos! Y el Señor les advierte y les dice: Si no me obedecéis y ponéis en práctica todos mis mandamientos, si despreciáis mis leyes, desdeñáis mis prescripciones, no ponéis por

obra mis mandatos y rompéis mi alianza, yo me portaré con vosotros de la misma manera; haré venir sobre vosotros el espanto, la consunción y la fiebre, que debilitarán vuestros ojos y apagarán vuestra vida. Sembraréis en vano, pues los enemigos comerán el fruto de vuestras semillas. Me volveré contra vosotros, y seréis vencidos por vuestros enemigos; éstos os dominarán y huiréis aunque nadie os persiga.

Había algo en los ojos de aquellos desquiciados, un licor extraño, una resina oscura que Lámaco sospechó que podía arder al mínimo contacto de una chispa y que le hizo ordenar con aprensión al oficial que dejara allí a la mayoría de sus hombres, con objeto de proteger la cancela: para escoltarle al lugar al que se dirigía le bastaría con un par de lanzas. Cuando corrió las cortinas y la litera comenzó a cimbearse en los brazos de los esclavos intuyó lo que debía de sentir una nuez arrojada a un pozo o el mensaje confiado al interior de una botella que el náufrago abandona en la playa; sólo una tenue capa de crespón blanco le aislaba de los escollos, las corrientes, los abismos, los monstruos marinos y la galerna. Por desgracia, esa capa no poseía el poder de apagar las palabras de aquel mamarracho que seguía vociferando en lo alto de su peana.

—Pero ¡ellos no lo oirán! —rugía—. Sus oídos están taponados de excremento y un velo sobre sus ojos les impide reconocer lo que se aproxima: son como el campesino que duerme en la era cuando el tiempo de la cosecha se avecina, y que al despertar descubrirá que toda la mies ha sido segada, y que no queda trigo para él. Pues no de trigo, sino de sapos y de culebras habrá de alimentarse. Mirad, hijos míos, ahí va uno de ellos, refugiado tras las cortinas de su litera con el fin de que la voz del Todopoderoso, ese fiscal inapelable, no le alcance en su holganza. Pero no escapará, nadie puede escapar de Lo Más Alto. Ha sido dicho: Maldito serás y arrojado de la tierra, que ha abierto sus fauces para empaparse con la sangre de tus hermanos, derramada por ti. Cuando cultives la tierra, no te dará ya sus frutos. Andarás errante y vagabundo sobre la tierra. ¿Es que no reconoces esa condena, vástago de la progenie de Caín?

La litera navegaba penosamente a través del mar embravecido; a veces no podía evitar que una ola la escorara hacia un lado y que la línea de flotación amenazara con precipitarse en el fondo, donde los aullidos y los puños agitados acrecentaban su violencia. El oficial, delante, exigía paso invocando los nombres inútiles del duque Demeas y la autoridad imperial; a los flancos, los dos soldados parecían achicar una cubierta anegada: debían rechazar a empujones a las cabezas que se adelantaban para escupir, gruñir o dar zarpazos. Por último, sucedió lo inevitable: cuando el palanquín pasaba frente al estrado en que el obispo Cirilo se hacía eco de la ira de Dios, una garra logró descender la cortina y un anciano con la barba blanca y los ojos rojos apareció en su interior. No había temor en su rostro, sino un fastidio infinito.

—¡Habla ahora! —le increpó el obispo recibiendo un nuevo latigazo de la lluvia—. Tú, descreído, ¿qué declararás cuando Dios te cite ante Su tribunal?

El anciano asomó la frente y dejó que el agua le resbalara por la nariz hinchada; un nuevo relámpago congeló sus cabellos y lo convirtió en un busto de mármol.

—¿Quieres saber qué le diré a Dios cuando me llame, majadero? —ladró, ante las cejas arqueadas del oficial, que trataba de volver a cerrar la cortina—. Ya que me lo preguntas, te lo diré. Le diré la verdad, aunque le escueza. Le diré que el mundo que ha creado, para ser resultado de la omnipotencia, es una chapuza y la obra de un deficiente. Y todo por haberse empeñado en hacerlo él solo, como los niños que no quieren compartir un juguete; si le hubiera pedido consejo a algún amigo, le habría salido mucho mejor. Y ahora perdóname, pero tengo cosas que hacer: precisamente ocuparme del trabajo que tu Dios deja a medias, castigar a los malhechores. Sí, oficial, corre la cortina para que pueda dejar de ver a este capullo de una jodida vez.

Un cuerpo negro se abalanzó sobre la litera, dispuesto a castigar palabras tan poco cristianas. De no haberse interpuesto uno de los soldados con un rápido golpe del asta de la lanza, el honorable Lámaco habría pagado cara su sinceridad. El oficial sabía a qué equivalía exactamente la respuesta de aquel viejo loco sobre cuyas excentricidades le habían prevenido sin resultado: al linchamiento, al hundimiento y la muerte. El clamor que le envolvía estaba a punto de ensordecerlo y ya se había resignado a recurrir al filo de la espada cuando, después del último trueno y una especie de pausa en el aguacero, un repentino silencio le insinuó que contaba con una última oportunidad. Las miradas se habían girado hacia el pórtico del Museo, desde donde dos figuras blanquecinas avanzaban hacia el gentío.

—Ahora, deprisa —masculló el oficial a los esclavos, que corrieron como si el palanquín estuviera lleno de paja.

El primero de los hombres que provenían del pórtico tenía nariz de águila y una grosera túnica de presbítero amarrada con un cingulo: la multitud abrió un pasillo para permitirle avanzar hacia el estrado, entre el barro y los charcos negros. El segundo, pequeño, trivial, prefirió el amparo de los soldados que todavía amurallaban la cancela y trataban de contener la marejada. En su mejilla derecha, el hematoma provocado por una antigua pedrada parecía una flor abierta.

—¡Se niega! —avisó el hombre de perfil de águila a medida que se acercaba al obispo—. ¡La mujer se niega! ¡Esa hija de Salomé dice en su desvergüenza que no nos recibirá ni saldrá a atender nuestras requisitorias! ¡Pretende que en su lugar parlamentemos con ese mequetrefe al que envía en calidad de heraldo!

Vino una segunda lluvia, pero ésta no procedía del cielo. Un estampido que podría haber partido la plaza en dos precedió al chaparrón que se precipitó contra el joven de la cancela, y del que los miembros de la cohorte tuvieron que defenderle cruzando sus escudos. Los proyectiles chocaban contra el metal y el cuero como aldabonazos, empequeñeciendo todavía más al heraldo, cuyos labios casi sangraban de las mordeduras a que los sometía el miedo; la lluvia, caritativa, impidió a los soldados comprobar que lloraba. A sus pies crecía un círculo de piedras, tejas rotas, pedazos de cerámica, huesos de ternera, un gato muerto.

—¡Basta! —ordenó entonces el eminente Cirilo, con un terminante ademán de director de orquesta—. A ver, siervo, ¿qué tienes que alegar en defensa de tu ama?

Los escudos se separaron como compuertas. El joven se habría sentido más cómodo desnudo en un escenario.

—Con el debido respeto, eminente Cirilo y sus seguidores —tartamudeó, haciéndose apenas oír—. Ante todo os deseo buenos días y una jornada apacible, si me lo permitís. Bueno, en efecto, la ilustre Hipatia me hace un gran honor al convertirme en su portavoz y enviarme a dialogar con gentes tan excelentes y de probada virtud como vosotros, señores, con el debido respeto. Bueno, lo que pasa es que, aunque no le apetezca lo más mínimo, la ilustre Hipatia se encuentra sobrecargada de trabajo y no dispone de tiempo para atenderos en persona, aunque le encantaría, de eso no cabe duda, bueno, por supuesto que sí. Así que, en fin, me encarga deciros que tengáis a bien dirigir a mí vuestras peticiones para que yo se las traslade, con el debido respeto, y os juro por lo más sagrado que ella se ocupará de tramitarlas en cuanto disponga de ocasión, porque os tiene, según sabéis, en altísima estima, faltaría más.

Hubo un nuevo conato de rebelión, que el obispo zanjó drásticamente cortando la lluvia en aspa con su bastón. Espantado, el joven se había cubierto con los brazos, e hizo bien: de no ser por ellos, una piedra espontánea y el cadáver de una golondrina podrían haber remediado la soledad del moratón de su rostro.

—No, necio macaco —tronó Cirilo—, te confundes en los términos. No venimos a pedir ni suplicar, sino a exigir. Si hemos tenido la deferencia de enviar un emisario a llamar a la puerta de tu ama, es sólo para que no nos acusen de bárbaros cuando tengamos que derribarla.

—Derribarla, bueno —sonrió el joven con nerviosismo—. Ésas son palabras crudas, con el debido respeto.

—Durante años y años —las cejas se espesaron sobre la mirada borrascosa del obispo—, hemos tolerado las impertinencias de esa mujer, de esa mala simiente de la estirpe de Lilit y de Eva, hemos tenido que presenciar cómo los objetos sagrados conocían el polvo y los santísimos sacramentos eran entregados al escarnio y la chirigota. Nuestros hermanos eran insultados sin conocer reparación, nuestra fe sangraba sometida a las burlas y los desaires, y en el lugar en que sólo se debe alabar al Dios Todopoderoso se elevaban preces a los ídolos impíos. Pero Él ya nos advirtió: No os hagáis ídolos, no os alcéis estatuas o estelas ni pongáis en vuestra tierra piedras esculpidas para postraros ante ellas, porque yo soy Yahvé, vuestro Dios. Ya sabéis el destino que espera a cuantos cometen sacrilegio. Canta el rey David: Cayeron los paganos en su fosa, en la red que tramaron su pie quedó prendido. Yahvé se ha revelado, ha hecho justicia, ha enredado al impío en la obra de sus manos.

El cielo se volvía más opaco por momentos, condenando a los ocupantes de la plaza al fondo del mar. Era difícil mirar a la cara de alguien y comprenderla: la del heraldo de Hipatia parecía un jeroglífico.

—Eminente Cirilo, siempre con el debido respeto —dijo—, creo que todavía no me he enterado de lo que pedís.

—Queremos que se marche de esta ciudad —respondió el hombre del cayado—, y que se mude al desierto a convivir con las bestias tal y como hizo su hermana Lilit, la ahijada del demonio, amiga de las ranas, los reptiles, los buitres y los pelícanos. Pero antes, y para eso estamos aquí, queremos que nos entregue al hombre que esconde en el pozo de su sucia biblioteca: al hombre más sacrílego que los siglos han visto, a ese Anticristo que hace que las estrellas se nublen como carbón consumido.

El heraldo tuvo dificultades para hacerse entender en medio del nuevo estallido de voces y manos alzadas.

—¿Un hombre escondido? —encogió los hombros—. No sé de qué hablas, eminente Cirilo. Si he de serte sincero, lo único que aquí se esconde son las ratas y la mugre.

—De eso no me cabe ninguna duda, alimañas de Satanás. Y entre ellas se encuentra aquel cuyo nombre me niego a pronunciar para que la boca no se me ensucie de cieno y moscas, la peor de las criaturas paridas por hembra, cuya madre debería haber aplastado con su talón al nacer. Dile a tu ama que nos lo entregue para que la justicia divina caiga sobre él y que luego se marche, si no quiere ser ella también pasto del fuego del cielo. Porque habrá granizo, como promete el apóstol en su visión, y fuego mezclado con sangre, que será lanzado sobre la tierra; la tercera parte de la tierra será quemada, la tercera parte de los árboles será quemada, y la tercera parte de la hierba verde será quemada.

La cabeza del joven heraldo se volvía a un lado y a otro, buscando tal vez al individuo del que el obispo hablaba.

—Aquí no hay nadie —dijo entonces, como si se acabara de dar cuenta.

—¡Basta de embustes! —la vara de Cirilo apuntó hacia las musas, o hacia las piedras tullidas que lo habían sido—. ¡Te escudas en la mentira, según es hábito en los impíos! Ya nos previno el profeta Oseas: No existe ya fidelidad ni amor, ni conocimiento de Dios en el país, mas por doquier perjurios, mentiras, homicidios y robos, adulterios, violencias y sangre que provoca sangre. Tus falsedades son inútiles contra nosotros, son una espada de palo en manos de un niño. Pues has de saber que un devoto seguidor de Cristo ha penetrado en tu repugnante biblioteca sin hacerse notar y nos ha traído la prueba de que ocultáis al más asqueroso de los herejes, a quien Dios debe juzgar. Gracias a ese santísimo feligrés, que el Señor guarde, nos ha sido restituido lo que la impiedad nos robó tiempo atrás. ¡Mira y confiesa!

El presbítero que aguardaba a su derecha tendió a Cirilo un paquete de seda roja, que recordaba una víscera envuelta en el mostrador de la carnicería, todavía ensangrentada. La muchedumbre guardó un silencio de espanto cuando lo sostuvo en alto, luchando con el viento y la lluvia que pretendía arrebatárselo. Entonces lo abrió, y hubo un nuevo trueno, mucho más terrible y descomunal que ninguno de los precedentes. Pero no provenía de las alturas.

Capítulo 4

Durante un rato, me miraron sin encontrar qué decir, sin encontrar qué pensar. Miraron los jirones descosidos de lo que había sido mi túnica, miraron la barba que me brotaba como maleza del mentón y las mejillas, miraron mi piel del color del aceite rancio, miraron mi indignación, miraron mi desconfianza. Luego intercambiaron un parpadeo y llegaron a la conclusión de que, por mi aspecto, yo no era el asesino que pretendía arrinconarles; esa certeza dejaba al aire una segunda incógnita no menos desasosegante: quién diablos era yo.

—¿Quién eres? —se atrevió a formular por fin la chica, en cuyo rostro, sin embargo, yo había reconocido un atisbo de algo, la inminencia de un chispazo.

Pero también yo tenía respuestas que buscar.

—Eso mismo debería preguntaros yo a vosotros —repliqué—. ¿Quiénes sois? ¿Sois acaso esos que fatigan la Biblioteca desde hace varias noches importunando mi trabajo? ¿Sois los que han irrumpido en mis aposentos para apropiarse de lo que no es suyo?

Volvieron a renunciar a hablar, volvieron a renunciar a comprender. En cuanto a mí, me hallaba demasiado furioso para perder más tiempo: giré sobre mis talones y emprendí el camino de regreso por el mismo pasillo por el que había venido. No miré detrás de mí, aunque tampoco me hizo falta para entender que aquellos dos intrusos con aspecto de esclavos huidos de una mina de sal me seguían; cuchicheaban entre ellos sin atreverse a alzar la voz para no espantarme, como si yo fuera después de todo uno de esos fantasmas con los que habían temido cruzarse, y el destello de su lámpara amarilleaba los volúmenes apilados en los nichos. Sé que se sorprendieron de mi soltura para desplazarme por las galerías, de que no necesitara un plano, una linterna ni un hilo para saber dónde había que torcer y qué puerta debía ser descartada: les pareció, creo, que era capaz de hallar la ruta correcta a través del mero sentido del olfato. Así, al cabo de algunos minutos, llegamos a un recinto algo más ancho que los otros y nos introdujimos en una oquedad disimulada entre dos estanterías, un pasadizo que a quien no observara con un poco de detenimiento habría resultado un mero entrepaño de ladrillo desnudo. Oscuridad, eso era lo que había allí dentro, arena mal apisonada, olor a vejez y a humedad, y finalmente un cuchitril tal vez circular, con una mesa en medio, un ventanuco escarbado cerca del techo, papel, mucho papel, tinta y cálamos y un catre y restos de comida por los rincones. Entonces entendieron que yo era un prisionero, pero un prisionero muy extraño, a quien no obligaban barrotes ni guardias, sino la soledad, y acaso la locura. La joven resumió todo el mobiliario de mi celda en una atónita mirada y luego volvió a contemplarme de nuevo, con cara de no encontrar un verso en la memoria.

—Decid ahora —les acusé—, ¿habéis sido vosotros?

—¿Qué te han robado? —dijo la joven.

Señalé judicialmente la mesa, donde un contorno rectangular en medio del polvo indicaba la posición de un objeto que ya no se encontraba allí.

—Hasta la última noche —les informé—, sobre esta misma mesa reposaban unos huesos. Una mandíbula, cuatro costillas, un fémur, una rótula, un metacarpo y un húmero de un animal que jamás había sido visto en la Tierra antes. Confiad en mi palabra si os digo que esa criatura no nació en este mundo y que proviene de fronteras más inciertas. Pero los cristianos, en su ignorancia, dicen que se trata de los huesos de Adán. Os aseguro que si ése era Adán más valía tenerlo en un zoológico que en una iglesia.

Entonces la chispa prendió en la mente de la muchacha y me devolvió dos ojos abiertos como castañuelas: acababa de recordar el busto en el despacho de Hipatia.

—¡Onesandro de Cirene! —exclamó—. ¡Tú te llevaste los huesos de Adán de la iglesia de las Once Mil Vírgenes!

Cree, benévolo lector, que si he omitido mencionar mi nombre hasta este momento ha sido con la intención de evitar que los prejuicios y las maledicencias te impidieran seguir leyendo hasta el final. Pues todo el mundo ha oído hablar de Onesandro el hereje, Onesandro el desquiciado, Onesandro el inventor de teorías extravagantes, Onesandro el que trata de cazar nubes con un lazo, Onesandro el vapuleador de las cosas santas, y basta con que mi nombre rubrique cualquier escrito para que las manos de la mayoría de los mortales se aparten de él con un calambre de piadoso pánico. Supongo que ahora me toca defenderme, pero ésa es tarea tediosa, y aun superflua: prefiero que mis obras hablen por mí y declaren a la posteridad si fui de veras un loco o un hombre que no se arredró ante la búsqueda de la verdad incluso cuando ella rebasa los límites de lo que es común y trillado para la mayoría de las gentes. Ya desde pequeño sufrí un mal que suele conducir a los cerebros a la sequía y que trae menos revelaciones que desengaños: el deseo de conocer qué es el mundo, cómo está hecho y por qué, la necesidad de dejar constancia de mis hallazgos sobre papel escrito para que no se los coma el olvido. Y así he penetrado en el centro de la Tierra a través de grutas y cráteres abiertos, he ascendido al firmamento sobre la cresta de las montañas para interrogar a los astros, he diseccionado salamanquesas y búhos y he hablado con hombres llenos de tatuajes a los que impiden entrar en los templos; he estudiado la composición del ojo humano, la formación de las tempestades, el motivo de que las bandadas de pájaros dibujen la letra lambda, el hecho de que en los eclipses el sol se vea de color morado y la posibilidad de un calendario perpetuo, y los sabios se han reído de mí o han vuelto la cara hacia otra parte cuando deseaba revelarles mis descubrimientos. Y puesto que nadie me escuchaba, decidí darme a la escritura, ese sucedáneo del diálogo que alivia a los solitarios de la falta de orejas ajenas. Mi mente bullía, y bulle aún, de ideas calientes, de conceptos que explotan como pompas y como fuegos de artificio y que necesito consignar en un papel, en cualquier papel, antes de que se apaguen. He escrito

tratados enteros de centenares de páginas sobre esto y aquello, hasta que la página se convertía en un crepúsculo delante de mi pluma, he redactado enciclopedias sobre botánica y minerales y el arte de la guerra entre los escitas, yo, que jamás he empuñado una espada y no conozco más mar que el que se divisa desde mi ventana; cuando no había nada más a mano, he registrado los pensamientos que me surgían a traición, sin aviso previo, en la esquina de un papel de embalar, en el pliegue de una túnica, en cualquier retazo de cualquier cosa que luego perdía en un bolsillo o que se me caía de la mesa en cuanto un vendaval revolvía mis pertenencias. Esos retazos, como ya supondrás, querido lector, eran los extraños billetes que Demeas y Clea hallaron dispersos por la Biblioteca a lo largo de sus correrías, atisbos, apuntes, entradas de un diccionario total sobre el universo que jamás he tenido ocasión de montar del todo, porque es sólo a la vejez cuando uno advierte que el universo es tema demasiado vasto y aun baladí para tratar de encerrarlo en un libro. Por lo demás, la fiebre de escribir no ha desaparecido, es crónica como en otros lo son las diarreas o el recuerdo de los días felices, y aquí sigo, llenando pliegos sin cesar, porque no puedo o no quiero dejar de hacerlo, y así continuó el relato de las aventuras del duque y de la mujer que vio morir y que le fue devuelta luego, y de la arrogancia de Hipatia y del modo en que la fe en los dioses trastorna el alma de los pueblos, mientras desde el alféizar me llega una suave brisa de verano y las primeras sombras del atardecer velan las azoteas del otro lado.

—Pero ¿qué haces aquí? —quiso saber la muchacha, que siempre fue muy curiosa.

Yo llevaba mucho tiempo sin poder hablar con nadie, sin usar la palabra, que es el don que diferencia al hombre de las bestias, y me ofrecí con satisfacción a contar mis cuitas a aquellos dos desconocidos. En efecto, robé los malditos huesos de la iglesia de las Once Mil Vírgenes, aunque robar es verbo feo y yo prefiero el de decomisar o tomar prestado en usufructo. Fue una medida extrema a que me obligaron el obispo y las autoridades de esos bisoños cristianos, que en cuanto declaran algo santo lo vuelven prohibido y más imposible de tocar que el acero fundido: yo recurrí a esta oficina y a aquel secretario y comparecí en no sé cuántos despachos para solicitar que me dejaran examinar las reliquias, y en todas partes me encontré con el mismo portazo. Así que decidí pasar a las bravas, cosa de la que no me arrepiento, porque la verdad es patrimonio de los audaces. En el sótano de mi casa, que ya no existe, logré reconstruir el esqueleto de aquella bestia asombrosa y llegué a la conclusión de que debía de ser parecida a una iguana o un caimán pero de unas dimensiones que un ojo humano jamás ha presenciado en la Tierra, y que por tanto aquel ser debía de provenir de un mundo remoto, igual que sucede con los bólidos que caen en el campo procedentes de las estrellas: luego de cuidadosas investigaciones, me preocupé de recoger mis conclusiones en un libro del que nadie supo, salvo la ilustre Hipatia, muy preocupada ella por la salud de mi pellejo. Porque desde que se me ocurrió llevarme los dichos huesos de la iglesia y se filtró la noticia de que yo andaba diciendo por

ahí que no pertenecían al padre de la humanidad, sino a un lagarto que no habría cabido en unos baños públicos, el obispo había puesto precio a mis barbas y bandas de devotos ofendidos me buscaban por los cinco barrios de Alejandría con intenciones más preocupantes que las de disentir conmigo en público debate. Recuerdo que la ilustre Hipatia, arriesgando su integridad y la de la institución que dirigía, hojeó el manuscrito de mi tratado y me hizo una proposición. Yo no podía seguir en el sótano de mi casa, dijo, aunque contara con pasadizos disimulados la chusma no tardaría en dar conmigo y el resto sería fuego y piedras; la Biblioteca disponía de zonas de visita restringidas a las que sólo ella y gente de su más directa confianza tenían acceso; allí, aislado del mundo, yo podría continuar la redacción de mi obra sin ser importunado por el fanatismo de las mentes estrechas, sin que me rozaran los escupitajos ni las condenas a muerte. Ella habilitaría para mí una cámara en el extremo de una de las galerías, camuflada para que nadie reparara en su existencia, me haría llegar papel y alimento y lo que me fuera preciso a través de su esclavo Zonaras: para mis peticiones podría servirme de Faraón, el gato, que conocía bien el edificio y que le informaría de cuanto yo necesitase en notas colocadas bajo el cuero de su collar. De tarde en tarde, cuando contara con ocasión, ella me visitaría y podríamos conversar de filosofía y discutir sobre los puntos de vista que yo exponía en mis páginas.

Los hombres ansían la libertad porque son ignorantes; el sabio aprende que la verdadera felicidad reside en la esclavitud: a una idea, a una mujer, a una patria, a un lugar del que no se puede salir. Jamás en mi vida he sido tan dichoso como cuando fui prisionero de aquella construcción monstruosa. La luz del día apenas penetraba por los escuetos tragaluces del techo y no existían mañanas, tardes ni noches que apresuraran mis vagabundeos. En la sola compañía de las ratas y del gato que me servía de enlace, yo deambulaba por los pasillos, me detenía a examinar un título o recoger una línea de cualquier libro abierto al azar, escribía en trozos de papel desechado lo que me dictaban los entresueños, me detenía a dormir en cualquier parte cuando mi cabeza se hallaba ya tan hacinada de párrafos y frases y memorias que parecía ir a desfondarse. Al principio me llevaba conmigo los volúmenes que prefería, para hojearlos sobre el jergón; más tarde comprendí que era preferible abandonarlos en cualquier parte, en el ángulo de cualquier estantería, y liberarme así al regalo de los encuentros imprevistos. Lo que leí, pensé y soñé en aquellos días me ofreció el material para construir todas mis obras secretas, que jamás recorrería ningún ojo humano. En aquel agujero, o en la penumbra de los corredores a los que a veces llegaba el aroma a sal y arena del exterior, yo compuse un tratado sobre los mapas, en el que columbraba que un mapa a escala real sería indistinto de su modelo y sospechaba que quizá la Tierra es mapa de otra región oculta; redacté un tratado sobre escultura, donde trataba de explicar cómo se consigue que los ojos de ciertas estatuas sigan inquietantemente al espectador cuando se las observa; en mi ensayo sobre los espejos indagué la naturaleza de esas sombras inexplicables que se insinúan

en el cristal al anochecer, así como lo que puede verse cuando dos espejos se colocan frente a frente y comparten el infinito; mi ensayo sobre la melancolía estudiaba los lamentables extremos a los que conduce el exceso de bilis negra en ciertos caracteres, y cómo ese desarreglo convierte a los enamorados en licántropos; mi tratado en tres tomos sobre los sueños desmentía muchas de las opiniones del afamado Artemidoro y avanzaba que el hombre vive muchas vidas y es de muchas formas, que los sueños parecen esconder una clave que nos descifra la vigilia, y que tal vez la vigilia ofrezca signos sólo comprensibles en otro estado, una vigilia más alta; a ellos debemos sumar otros libros que ya traspapelan la fatiga y el olvido, una obra sobre las nubes, sobre los hermanos gemelos, sobre los fantasmas, sobre los volcanes y el insomnio. Siempre hay excusa para escribir sobre cualquier asunto, por peregrino que sea; leer exige mucho más tesón y mucha más paciencia: los temas aburridos siempre los escogen los demás.

Creo que mi relato me llevó más tiempo del que había pensado al principio, porque al concluir una luz acuosa penetraba por el tragaluz y había un rastro de ceniza y de cansancio en los rostros de mis dos invitados. El amanecer parecía haberse atascado ahí fuera, y hasta mi cubículo no llegaba más que el resplandor mortecino en que se diluyen los últimos sueños de la madrugada: oí truenos, o el eco de piedras que caen, o el rumor del mar al chocar contra los bloques del espigón. Entonces tocó a ellos el turno de hablar. Mientras el hombre tuerto zancajeaba de un lado a otro como un animal enjaulado, la chica me contó una confusa historia en que escribas morían destripados, libros tremendos eran escondidos en las profundidades de un zaguán y se citaba una raíz que protegía de la mordedura de las serpientes. De todo ello lo poco que saqué en claro es que existían unos intrusos que se adentraban en la Biblioteca al anochecer y que registraban los anaqueles en busca de una cosa que era mejor no descubrir; que esos intrusos tenían manchadas las manos de sangre y que estaban dispuestos a volver a manchárselas; que esos intrusos, y no ellos dos, debían de haber topado por casualidad con el pasadizo que conducía a mi escondite y se habían apoderado de los huesos.

—De modo que son ellos los visitantes nocturnos —repuse—. Hace al menos una luna que los oigo pasearse por los corredores y jugar a perseguirse igual que niños por las columnas del ágora. Alguna vez salí a ver si podía sorprenderlos, y creo que atisbé a lo lejos la llama de un candil. Pero en el último momento sentí recelos de aproximarme. Quien recorre de noche un cementerio o una biblioteca no lo hace en busca de calor humano, me parece.

En ese momento, lo sentí. Quizá otra persona lo habría atribuido a sugestión, al hecho de que habíamos estado conversando sobre esas sombras feroces que se deslizaban entre los pasillos, pero después de tanto tiempo el edificio había llegado a formar parte de mí mismo, era una extensión de mis nervios, de mi osamenta y de mi inquietud, y yo podía percibir cualquier movimiento en sus estancias como la araña detecta a la mosca que ha caído atrapada en el hilo. El roce de unos pasos me llegó

quedamente a través de los techos, la solería, las vigas cruzadas. Cuando regresé de nuevo a la galería, la joven y el tuerto venían detrás de mí y habían vuelto a embozar la linterna con un trapo. Aquel simulacro de alba había teñido de azul las paredes y parecía que nos desplazábamos a través de un barco hundido. Sí, los pasos eran perfectamente distinguibles, aunque tal vez sólo para mí, para mis sentidos de topo entrenados en aquella oscuridad plagada de recovecos y trampas, porque ellos dos se miraban de hito en hito casi sin comprender, como si participaran en un juego cuyas reglas nadie había tenido la gentileza de explicarles. Pero pronto lo oyeron también, y pudieron ver la luz amarilla que titilaba en el fondo del pasaje: entonces las facciones del tuerto se endurecieron, y fue como si se hubiera muerto. Buscó la espada en su flanco, la hoja brilló al ser alcanzada por el resplandor oleoso de la linterna. Los teníamos cerca. Mi furia no había decrecido, así que me atreví a gritar:

—¿Sois vosotros entonces los ladrones? ¿Nadie os ha enseñado que las cosas ajenas no se toman sin permiso?

También yo tuve miedo entonces. De las dos figuras que interrumpían el paso en mitad de la galería, una era escuálida y sin importancia, una de esas sombras con las que uno se cruza de reojo diariamente en el mercado. De la otra, impresionante, sólo reparé en un par de detalles que hubiera preferido obviar: en vez de dientes tenía un cepo lleno de púas; en la mano sostenía algo que yo no creía que pudiera existir: hay formas del horror que provienen de una forja, de un martillo y un yunque.

Capítulo 5

En ocasiones, la naturaleza muestra dotes de director escénico. En cuanto el eminente Cirilo desnudó el paquete de seda que sostenía en la mano, un trueno solicitó la atención del público; y para que todos vieran mejor qué era lo que suscitaba su sagrada cólera, un relámpago volvió a blanquear la plaza. La mayoría ya sabía para qué había acudido hasta allí por rumores o frases entrecortadas, pero aún había algunos que se ponían de puntillas en un intento de prestar a su indignación y su éxtasis un pretexto tangible: entrevieron vagamente que sobre los brazos del obispo brillaba una cosa pálida, un objeto de azulejo, un mármol purísimo. Los más cercanos a la tarima rugieron entonces, incitados por algún invisible maestro de coro; el estruendo no tardó en contagiarse al resto de los congregados y pronto no hubo plaza, ni hombres, sino una ciudad que se derrumba ante el empuje del terremoto.

—¡He aquí la prueba! —clamó Cirilo—. ¡La evidencia de vuestros embustes y la señal de que el reino de las sombras llega a su fin! ¡Los santísimos huesos del patriarca Adán reclaman el pago de su ultraje!

Los soldados retrocedieron hasta que la tapia les avisó de que no había lugar para un nuevo paso atrás; del ordenanza nunca más se supo, aunque alguien sospechó que un cuerpo similar a una comadreja rateaba entre las botas militares, en busca de una madriguera. Se repitieron los disparos: junto a las piedras, la cerámica y las alimañas muertas ahora percutieron contra los escudos fruta podrida e incluso monedas de poco valor, porque el fervor auténtico exige a veces vaciarse los bolsillos. Comparada con aquella batahola, la tormenta que rajaba el cielo de punta a punta casi quedaba en un mero pasacalle. El paroxismo había llevado a una mujer a llamar a Dios a voces, como si lo hubiera perdido en medio de la multitud; un mercader de tejidos se arrojaba al suelo llorando y riendo alternativamente, entre hipos; otros se rasgaban las vestiduras, sin reparar en que la lluvia era fría y podían pagar su devoción con una pulmonía. No se sabe muy bien qué habría sucedido si la cosa hubiera llegado a prolongarse un poco más: igual habrían acabado mordiendo los unos a los otros o retozando sobre el fango de las calzadas. Pero hubo una nueva tregua y un actor más entró en escena. La mano alzada del obispo, que parecía querer dominar las nubes, indicó a los figurantes que era momento de guardar silencio: un silencio solemne, fatal, de los que sólo pueden hallarse alrededor del lecho de los moribundos.

—Y bien, aquí me tenéis —dijo la aparición desde lo alto de la escalinata del Museo, donde las musas se desmoronaban.

—Hipatia —respondió el obispo con menos furor que incredulidad—, eres tú.

La escoltaban media docena de hombres con gesto de duelo: algunos ordenanzas, un escriba y Crátilo de Apamea, que trataba de retenerla aferrando su brazo a la vez que acariciaba con pavor la ramita que le colgaba del cuello. El viento llevaba gotas

de agua hasta el umbral y hacía ondear las ropas de la mujer, como si contemplara el océano desde lo alto de un acantilado. Su modo de recubrirse con la estola alrededor del peplo podría haber sugerido que sufría por la baja temperatura o la alta tensión: pero en sus ojos ardía un viejo fuego, demasiadas veces atizado, que no se permitía esas flaquezas humanas. Las cabezas que se hacinaban en la plaza la observaron en un respetuoso mutismo: la adoración y el odio despiertan la misma fascinación. La lluvia tendía cortinas sucesivas delante del pórtico, el sol se escondía cobardemente detrás de las nubes, y por eso su rostro no ofrecía una expresión clara; tal vez el músculo de la mandíbula permanecía rígido bajo el cutis demasiado pálido, y en su boca se empujaban por salir palabras que era mejor seleccionar antes de alzar la voz. Por fin se echó el vuelo del manto sobre el hombro derecho, igual que un alto magistrado antes de dirigirse a la asamblea, y procuró teñir sus frases del debido desprecio para decir:

—Vuestro tumulto de riña tabernaria me impide trabajar con la concentración que necesito y aquí me tenéis, tal y como deseabais. Os confieso que prefiero con mucho el restallar de los truenos a vuestras jeremiadas de gato pisado, y hasta el ulular de la tormenta resulta en comparación música de los astros. Aquí me tenéis, en fin. ¿Puedo saber qué os saca de vuestras zahúrdas para venir a molestar a la gente decente?

Se alzaron nuevos gritos y manos cerradas golpearon el aire, los cuerpos de los soldados se petrificaron en el interior de sus corazas. Allí, sobre la tarima, el eminente Cirilo seguía sosteniendo los huesos con la misma ternura que exige un recién nacido.

—¡Hija de Satanás! —roncó—. Asómbrate de nuestro número y teme el poder del pueblo de Dios, que llega hasta tu puerta en reclamación de justa venganza.

Hipatia hablaba sin aparente esfuerzo, sin forzar la garganta para imponerse a las estridencias simultáneas de la meteorología y de la fe; no obstante, sus sílabas sonaban transparentes y perfectas y no se dejaban apagar.

—Me asombro, sí —dijo—. Me asombro de que estéis todos levantados a esta hora en que la mayoría de vosotros debería encontrarse durmiendo la resaca de la borrachera de anoche o explicando a vuestras mujeres en qué lupanar os gastasteis los cuartos. Me sigo asombrando de la existencia de gente como vosotros, y eso me duele, porque significa que aún no he estudiado lo suficiente. La sabiduría consiste en no pasarse ante nada, ni siquiera ante la imbecilidad profesional.

—Trágate la lengua, serpiente —Cirilo enseñó los dientes—. Ya preguntó el evangelista: Raza de víboras, ¿quién os enseña a huir de la ira que os amenaza?

—Eminente Cirilo, yo no huyo de la ira, sino de la estupidez, que es más común y mucho más dañina, según tú mismo podrás comprobar con sólo mirar a los harapientos que te rodean. ¿Vas a dignarte a informarme de por qué has venido hasta aquí?

—¡Para castigar!

El cayado del obispo produjo una detonación al chocar contra la madera de la tarima, y sus fieles estrecharon todavía más el cerco en torno a la hilera de soldados con zarpazos y palabrotas. En lo alto de la escalinata las sombras que flanqueaban a Hipatia dudaban, quizá preguntándose qué puede suceder cuando un piloto se ríe de las olas que azotan la quilla en medio de la mar gruesa. Pero la directora de la Biblioteca, cuyos pómulos habían adquirido el color de la cera, se limitaba a contemplar aquella furia desatada con temple de filósofo. Yo, que la conocí bien, creo poder adivinar qué es lo que surcaba sus pensamientos entonces; no era temor, ni rabia, ni pesadumbre, sino versos. En concreto la estrofa con que el sapientísimo Lucrecio inicia su segundo libro sobre la naturaleza de las cosas: *Revolviendo los vientos las llanuras del mar, es deleitable desde tierra contemplar el trabajo de otro.*

—Para castigar, dices —rió con acritud—. Entonces estás cumpliendo tu misión a pedir de boca. Nada azota más mi paciencia que las insufribles citas de tu libro sagrado, tan distraídas como el vuelo de un abejorro a la hora de la siesta. ¿No sabéis decir nada por vosotros mismos, los cristianos? ¿Siempre tiene que hacer vuestro Dios de ventrílocuo?

Cirilo rasgó el visillo de la lluvia con la punta del bastón.

—Basta de desvergüenza, mujer. De sobra sabes para qué estamos aquí. Habla: ¿escondes en tu casa al peor hombre que ha visto el sol?

—Dudo mucho que un hombre así se encuentre entre los míos, no admito a gentuza en mi casa. Harías mejor buscando en las iglesias o los seminarios, tú que los conoces bien. ¿Eso es todo?

—Ilustre Hipatia, te lo ruego en nombre de todos —el ilustre Crátulo de Apamea, que se hallaba a su lado, tendió una mano suplicante sobre la estola de Hipatia—. ¿No es mejor medir la lengua? ¿Tiene algún sentido abusar de la imprudencia?

Abajo, los cuerpos jadeaban. De chica, Hipatia había visto comportarse del mismo modo a los lebreles de un amigo de su padre poco antes de iniciar la cacería y salir a recorrer los collados en pos de la presa con un olor a sangre en los hocicos. Los versos de Lucrecio debían de seguir circulándole por las mientes, y pronto llegaría a una interjección que tal vez la hizo cabecear:

¡Oh míseros humanos pensamientos! ¡Oh pechos ciegos! ¡Entre qué tinieblas / y a qué peligros exponéis la vida, tan rápida, tan tenue!

El obispo había vuelto a alzar el paquete envuelto en seda para que la lluvia lustrara debidamente sus despojos. Hubo un trueno más, y otro relámpago reveló la auténtica magnitud de la amenaza que se cernía sobre el viejo templo de las musas.

—¡Mira bien, y no apartes la vista! —chillaba Cirilo—. ¡Mira los huesos del venerabilísimo Adán, que un alma repugnante había aprisionado en tu Biblioteca para impedir que los verdaderos fieles les rindieran la devoción debida! ¡Estremécete ante

la santidad de estas reliquias que humillan al soberbio y confunden los pensamientos de quienes obran el mal!

—Yo no venero huesos —contestó Hipatia con tranquilidad—. Eso es propio de perros: arrójaselos a tu jauría y distráete mirando cómo los roen.

—¡Concubina del demonio! —había espuma en los labios de Cirilo—. ¡Entréganos de una vez al hereje conocido como Onesandro de Cirene!

La mujer sonrió.

—Ah, conque es eso. Puesto que sé que amas las citas, me permitirás ahora recordarte una. ¿No dice tu Dios que no deben ofrecerse margaritas a los cerdos? Mejor será, entonces, que regreséis a vuestra pocilga y me dejéis en paz. Tengo muchas cosas que hacer.

—¡Pedro, amadísimo hijo mío! —Cirilo increpó a uno de los presbíteros que guardaban la tarima—. ¡Es la hora de conducir a las huestes de Cristo a la guerra! ¡Yahvé, vuestro Dios, que va delante de vosotros combatirá en favor vuestro, lo mismo que le habéis visto hacer en Egipto y en el desierto! ¡Así habló el profeta Moisés!

La primera avalancha impactó contra los escudos de la cohorte sin apenas concederles tiempo a desenvainar las armas. Cuando lo lograron, algunos de sus miembros aullaban en el cieno, entre patadas y las primeras riadas de sangre provocadas por las piedras. Llamar batalla a aquello era excederse en la nobleza de los términos: los buitres y los cuervos ignoran las reglas del combate y no cesan hasta derribar a picotazos la espada que intenta ahuyentarlos. Se confundieron las voces, hubo traspies, las corazas produjeron un sonido de cacerola abollada, la mano cortada de un hombre cayó en el barro imitando el pataleo de un alacrán. La cancela comenzó a gemir espantada, en un intento de avisar a los habitantes del Museo de que no podría protegerles por mucho tiempo más. Entonces la tormenta, que seguía ejerciendo de director de escena, decidió una pausa: improvisó un relámpago, luego un trueno y dejó que los combatientes se miraran sin moverse, entre lamentos y respiraciones entrecortadas. Crátilo y los otros habían huido ya del pórtico, entendiéndolo que las razones suelen ser más débiles que los colmillos. En cuanto a Hipatia, incrédula, había palidecido todavía más y se había atrevido a descender la escalinata. Ahora el repique de la lluvia contra los charcos era la única melodía de fondo; el agua resbalaba sobre la carne de la mujer y le pegaba las ropas al cuerpo; las caderas, los senos y las costillas se destacaban obscenamente bajo el tejido del peplo; el pelo se le había pegado al cráneo y bajaba en regueros hasta su garganta, como las vetas de herrumbre en el bronce de una estatua vieja.

—¡Bellaco! —escupió, y por fin pareció que la filosofía la había abandonado—. Animal de la peor especie, ¿qué es lo que pretendes?

El aguacero había alisado también el perfil del obispo, adhiriendo la túnica al esqueleto que palpitaba debajo. Decían a menudo de Cirilo que era indistinto del

báculo que lo sostenía; en ese momento su silueta, alzada sobre la negra mañana en lo alto del estrado, recordaba a un patíbulo.

—Vas a pagar por tu arrogancia, mujer —su voz era sibilante, como la de la serpiente contra la que luchaba—. El preludio de la ruina es el orgullo, nos previene el Libro de los Proverbios; el preludio de la caída, el espíritu altanero.

Hipatia descendió otro peldaño, sin advertir que el final de la escalera conducía al infierno. Quizá sí lo sabía, y no le importaba: prefería la condenación si la gloria estaba poblada de gente como la que se acumulaba en la plaza.

—La arrogancia es propia de hombres —clamó, con un involuntario gallo en la garganta—, y no esa obediencia cerril que tu religión predica para ganarse una parcela en el paraíso. Nación de cobardes, de castrados, de impotentes, eso es lo que sois. No me extraña que tu religión tenga por dios a un ajusticiado y que la mayoría de sus feligreses se reclute entre esclavos manumitidos, costureras y fregonas. Nunca permití que nadie me diera órdenes por ser mujer: menos lo toleraré por ser filósofo.

La tregua había tocado a su fin. Una orden de Cirilo se confundió con el rugido del trueno y la avalancha volvió a sacudir con un nuevo golpe de martillo a los maltrechos componentes de la cohorte. Luchaban desmañadamente, sin mirar, sin esperar nada; las espadas revoloteaban ciegas alrededor de cada uno con el objeto de evitar los proyectiles que rajaban los yelmos y reducían las armaduras a despojos de ferretería. De vez en vez, uno tras otro, los soldados iban derrumbándose; un adoquín más recio que los demás lograba colisionar contra una cimera sumiendo en la inconsciencia a la cabeza que había debajo; el escudo caía con un sonido de vajilla rota, la espada rodaba sobre el barro; un caudal de sombras se abatía sobre la víctima hasta hacerla desaparecer, igual que, según los viajeros, las hormigas caníbales devoran a sus presas en los páramos de África. La cancela se mantuvo firme poco tiempo más; emitió un chillido de angustia y abandonó sus goznes para permitir que la chusma la pisoteara. Los tres o cuatro supervivientes de la cohorte se retiraron hacia los peldaños inferiores de la escalinata, junto con un herido que dejó los sesos en el mármol. Uno de ellos se sorprendió de descubrir que la mujer todavía estaba allí, bloqueada delante del pórtico como si un hechizo le impidiera reaccionar y ponerse a salvo; pero eso era porque no conocía a la hija de Teón, cuyo cráneo, ya creo haberlo dicho, siempre poseyó la dureza proverbial de la piedra ofites, que se usa para moler el granito.

—Atrás —la palabra rechinó entre sus dientes, y pareció que arañaba un plato de loza con el tenedor—. Atrás, manada de bestias.

Se inclinó hacia la espada del soldado caído y la enarboló bajo la lluvia con el mismo ademán con que hubiera sostenido una espumadera. Probablemente se había vuelto loca: es la mejor explicación que cabe para cualquier acto de heroísmo.

—Atrás —repitió—. Ya he soportado demasiado tus majaderías y las de tu caterva de apestados y piojosos. No mancillaréis con vuestras pezuñas esta casa de

conocimiento. Vuestro lugar está en los establos, con el buey y la mula, y no bajo los techos de los hombres.

—Alzan la cabeza los que me rodean —recitó el obispo—; ¡ahóguelos la malicia de sus labios! ¡Llueva Él sobre ellos carbones encendidos, en el abismo hundidos, no se levanten más!

Al desplomarse, la última de las armaduras quedó cruzada en la escalera. La sangre que brotaba del cuerpo parecía ir trazando un signo sobre el mármol, un jeroglífico que Hipatia debía interpretar antes de que la lluvia lo borrara del todo. Comprendiendo súbitamente, despertando de su sueño, ella arrojó la espada sobre el cadáver y se refugió en su estola mojada, como si sintiera un frío que no procedía de la tormenta, sino de un lugar más profundo y fatal. Nunca sus ojos verdes estuvieron más llenos de fuego y de vida; nunca esa lumbre fue más inútil. Levantó un índice en forma de huso para denunciar:

—Tu dios es un dios de estólidos, de sordos, de inútiles que nada quieren saber de lo que comienza más allá de la paja de su jergón. Yo me enorgullezco de haber vivido sin dioses, ni el tuyo ni ningún otro: yo he sido mi dios y yo he sancionado las leyes por las que mi conducta se ha regido. Servirse de dioses es permanecer eternamente en la niñez, dejarse guiar de la mano y aconsejar sobre lo que está bien y lo que está mal, sin preocuparse de indagarlo por uno mismo, ser un ciego que confía mostrencamente en las decisiones del perro que le conduce. Idiotas, salid de vuestro jardín de infancia y atreveos a saber. Si el perro se parece a su amo, el hombre termina por ser igual que el dios al que adora. Tened cuidado: el vuestro es un proscrito al que partieron las piernas y que acabó clavado en una cruz.

Una pedrada, certera, procedente de la nada, alcanzó a Hipatia en la sien sin hacerla caer. Al derramarse hasta los hombros, el caño de sangre se confundió con las hebras rojas de su cabello. En ese momento, quizá porque recordó que deseaba añadir algo, alzó la mano en un gesto impotente. Dicen que una vez el mar obedeció el mandato de un profeta, pero eso sólo sucede en los libros.

Capítulo 6

Puede que me haya apresurado al afirmar que aquello que nos cerraba el paso en mitad del corredor era un hombre. Porque los hombres no suelen medir seis codos de estatura, no ríen con el sonido de la madera serrada, no tienen el brazo izquierdo de hierro: más bien era el tipo de criatura que puebla las pesadillas de los niños. En comparación con él, la otra figura esmirriada que le acompañaba era pura calderilla, material de desecho.

—Óptimo duque Demeas, si no me equivoco —silabeó con un vozarrón que imitaba al viento al penetrar por las oquedades del edificio; acababa de despertarse, o tenía fiebre—. ¿Me reconoces?

El duque alzó la cabeza y allí, en la cima del otro, miró dos ojos como de leche cuajada, teñidos de una pátina gris en que vio una selva azotada por la cellisca, un pantano, una mañana no menos inclemente que la que sucedía detrás de los tragaluces y algo más, algo en el límite del pensamiento y la palabra. La boca se le había secado cuando le tocó responder:

—Una vez tuve un amigo que se parecía a ti, pero ya está muerto. Las apariencias son engañosas. Hay ocasiones en que, en el desierto, la arena se antoja agua y el aire que arde finge palmeras que no existen. Al aproximarse todo es sed y desesperación.

—Lo mismo sucede con la amistad —repuso la pesadilla—. Mirada de cerca, también es arena.

El segundo hombre, cuyo rostro oscurecía una enfermedad antigua, dio un paso atrás para dejar el campo libre y se situó a un lado, igual que hacen los árbitros en las competiciones de pancracio. El arma del gigante, aquella combinación bestial de sable, hacha y garfio, adoptó la posición vertical que anuncia la inminencia del combate; la espada con la que Demeas pretendía oponerse a ella era cómica, como de juguete. Entonces tuvo lugar una extraña danza, sin flautas ni címbalos que marcaran los pasos, pero que sin embargo los espectadores, el desconocido de la enfermedad, Clea y yo, seguíamos incapaces de movernos, hipnotizados por el relampagueo del acero bajo la luz espesa de las linternas. Al hender el aire, el arma del duque silbaba; la del gigante parecía improvisar una música lejana con voz de doncella, una especie de canción de duelo o despedida. A falta de escudo, Demeas se había recubierto el antebrazo con su capa, como si esa inútil prevención fuera a impedir que se lo arrancaran si el filo opuesto se lo proponía con toda su saña; conocía la crueldad de aquel filo, lo había visto traer la muerte a centenares de hombres que habían entregado el alma entre un reguero de vísceras esparcidas, y él mismo llevaba una herida en el hombro mal cicatrizada que podía atestiguar su eficacia. En un principio las armas giraron en las tinieblas, cohibidas, temerosas de tocarse. Luego hubo un acorde de platillo, un empuje, el roce de una hoja contra otra hasta el asomo de las

chispas. Los combatientes acezaban, o eran sus sandalias las que al deslizarse sobre la solería emitían ese quejido de animal sediento. Demeas intentó un ataque al muslo que se perdió en la nada, el brazo de metal de su contrincante lo confundió con un gazapo y trató de atraparlo antes de que se le escurriera entre las piernas; la uña de su instrumento hizo estallar las baldosas al estrellarse en el suelo. Había concluido el primer asalto. Uno y otro se escrutaron desde los dos extremos de una línea invisible; el duque sudaba; el gigante se esforzaba por despertar.

—¡Es inútil que luchéis! —prorrumpió Clea de repente, cuyos nervios se habían convertido en las cuerdas de una lira desafinada—. ¡Encontrar el libro no os servirá de nada! ¡No lo destruiréis! ¡Vuestro amo ha sido desenmascarado y a esta hora estará siendo arrestado! ¡Todo ha terminado!

Pero los dos hombres no podían oírla. En realidad no era una línea lo que separaba a Demeas y el gigante, sino un círculo, un campo que al abarcar a ambos los aislaba de cuanto sucedía a su alrededor y parecía trasladarlos a un espacio y una época remotos, donde se hallaba en juego algo más que la captura de un asesino sin piedad. Las armas ofrecieron su música durante un poco de tiempo más, hasta que el instinto de luchador del duque comprendió que debía buscar el cuerpo a cuerpo, evitar en lo posible la figura que aquella herramienta diabólica dibujaba sobre su cabeza al volar. Arremetió: sus hombros chocaron contra una mole de carne, tejido y remaches, hubo un grito ahogado, la estantería más próxima se estremeció antes de tambalearse y dar con todas sus baldas y un aluvión de rollos en mitad del pasillo. Entre el estruendo y el polvo quedó al descubierto un pasillo contiguo: lo que separaba una galería de otra no eran paredes, sino los muebles atestados de libros.

—No, tú no huirás —dijo Clea reparando en que el individuo de la enfermedad en el rostro buscaba el amparo de las sombras—. Ven aquí, alimaña.

La escaramuza proseguía detrás, en otra parte que las hileras de nichos no permitían concretar con exactitud: se había reducido a una confusa colección de gruñidos, estertores, enseres que se desploman, espadas desorientadas. De un brinco, Clea se había situado junto al segundo intruso y le había retirado la capucha de la capa para aferrarle de los cabellos: el otro la contempló con unos ojos sin luz donde había menos temor que aburrimiento. Esa apatía volvió aún más sorprendente la violencia de su gesto; su codo golpeó pesadamente el mentón de la chica, que gimió, su rodilla le lastimó la ingle obligándola a doblarse. El esfuerzo había sido demasiado exigente para aquel mequetrefe con aspecto de arenque ahumado, al que ahora asaltaba un repentino acceso de tos: necesitó apoyarse un instante en el muro y tomar de una cajita un pellizco de polvo negro que sorbió por la nariz. Enroscada en el suelo como el perro al que han dado un veneno, Clea lo atravesaba con la mirada; el hombre enfermo le replicó con unos ojos mortecinos, indiferentes, en cuyo fondo se entreveía una resolución. Junto a su tobillo, una linterna similar a aquella que había acompañado a la chica y el duque a lo largo de las diversas fases de su extravío emitía todavía un resplandor pálido. La tomó, descubrió la pantalla, asperjó con el

aceite restante el montón de libros del anaquel más próximo. Cuando comprendimos qué se proponía, era demasiado tarde: la llama prendió sobre la historia de la literatura con mayor facilidad que la pira de un holocausto.

Hasta aquel momento, yo no había contado con ocasión de hacer nada. Mis sentidos estaban colapsados, rebosantes, demasiado llenos de estímulos como para entender hacia cuál de ellos volverme primero: después de pasar años enteros conviviendo con los libros y el polvo, cualquier cosa que se moviera más rápido que el sol en una ventana me despertaba confusión y pismo. Sólo al entender lo que aquel bellaco acababa de hacer sentí un hierro candente en el fondo del cerebro y me lancé dando alaridos hacia la estantería: había que evitar que el fuego se propagase, había que salvar la memoria de los hombres de la luz cegadora que la amenazaba. Dominando el dolor de su vientre, Clea había conseguido volver a ponerse en pie y asir la falda de la túnica del arenque ahumado, que ya huía entre toses. Durante unos minutos los dos quedaron enlazados en un revoltijo de manos, pies, mechones de pelo y capas que se descosían. Ella tenía aquella faz de cadáver a pocas pulgadas de sus labios cuando le espetó:

—Necio. ¿Entregas a las llamas obras inmortales?

El aliento del otro olía a pescadería.

—¿Inmortales, dices? —tosió—. Habremos de verlo. El fuego es un árbitro ecuánime. Si no son inmortales, merecen la destrucción por su mediocridad; si lo son, no será el fuego lo que las destruya.

Con el fin de castigar ese comentario sacrílego, Clea intentó meterle la mano en la boca y arrancarle la lengua. El otro la desvió, los dedos de ella arañaron el tejido de la túnica, destrabaron algo a la altura del cinturón, luego hubo un nuevo golpe que redujo la respiración de la muchacha a una agonía. El arenque ahumado desaparecía dando cojetadas en las tinieblas del extremo de la galería; yo había conseguido rescatar dos tomos de una enciclopedia y un tratado sobre remedios para las varices y, convencido de que las bibliotecas del futuro me permitían un segundo de receso, corrí al lado de la joven. Cada vez que inhalaba aire, parecía tragar cristales.

—No te debatas más, niña —le aconsejé—. El canalla ha escapado. Mejor será que nos dediquemos a salvar las migajas de lo que quede aquí. Si no nos damos prisa, los niños de mañana van a tener que aprender a leer en los rótulos de las tabernas.

De su garganta surgió un cloqueo: reía. Abrió la mano y me mostró un papel hecho jirones.

—Ese bastardo está muerto —cada sílaba le dolía en la boca como un diente que no sale—. Éste era el plano del laberinto, y ya no lo tiene con él. Sin saberlo, se ha buscado la perdición.

La hoguera iba creciendo monótona, pacíficamente, apropiándose de nuevos estantes y convirtiendo en brillantes obras que hasta ese día sólo habían conocido la segunda fila: un amanecer ámbar iluminaba la Biblioteca, dejaba al descubierto telarañas, grietas malamente remendadas con una plasta de argamasa, muros que

anunciaban el derrumbe. A dos o tres galerías de distancia, guiándose tan sólo por ese resplandor amarillo y por la luz perezosa que penetraba por los ventanucos, Demeas y el gigante proseguían su ajuste de cuentas privado. La herramienta de matarife dibujaba un semicírculo y se clavaba en la madera de un anaquel para reducirlo a astillas; el arma inofensiva del duque se lanzaba a picotear las piernas del adversario, lo único que podía alcanzar desde su altura, y no tardaba en extraviarse entre montículos de volúmenes derribados. A veces se producía un nuevo forcejeo, pero pronto quedó patente que el brazo de hierro del gigante y sus dientes en forma de sierra eran mejores mirados de lejos. Así que Demeas se puso a buscar una estrategia que no tenía, a perseguir un plan que, más que concederle la victoria, impidiera sencillamente que le aplastaran: quizá iba en pos de él cuando salió a correr por la galería y dobló en una de las esquinas. Si acallaba un poco el ritmo de su respiración y la tamborrada con que el corazón le martilleaba el pecho, podía oír al enemigo ir a su zaga, husmear su rastro por el embaldosado mientras el acero de su hacha, o lo que fuera, se arrastraba por el suelo soltando chispas.

—Dime, Demeas —decía con la misma voz del lobo de los cuentos—, ¿no me has extrañado todos estos años?

Estaba cerca, seguramente al otro lado del tabique que formaban las estanterías. Ahora caminaban en paralelo, sólo separados por la barrera de libros alineados y un odio antiguo.

—No se debe extrañar a los muertos —respondió el duque—: Su compañía es la única en la que de seguro nos encontraremos algún día.

—Yo sí te he extrañado a ti, Demeas. Te he extrañado desde la rabia, desde el deseo de destruir, desde el fuego y la bilis, y luego ese sentimiento insoportable se convirtió en algo peor, se convirtió en nostalgia. Casi podía tolerar pensarte con ira, evocar tu rostro y soñar con reducirlo a pulpa en pago por el brazo que me arrebataste, y por haberme abandonado a merced de los lobos en un bosque que ya endurecía el primer hálito del invierno. Los lestriges, mis hermanos, llegaron antes que las bestias y volvieron a acogerme en su seno. Quizá habría podido quedarme con ellos, como me propusieron, de no ser porque no dejaba de pensar en ti. Entonces recordaba nuestra vieja amistad y las promesas que intercambiamos y todo era mucho peor. Los dioses nos libren del amor: nadie se entristece al recordar el odio que pasó y ya no está.

—¿Por qué has vuelto? —sobre la sien de Demeas resbalaban gotas tibias de sudor o de sangre—. No eres tú. El hombre al que juré lealtad se acabó, igual que el aceite de una lámpara.

Detrás de la literatura, la poesía y los atlas chasqueó una risa amarga.

—No, Demeas, no te das cuenta —dijo el amigo que no era el amigo—. Es el mundo el que se acaba. Todo lo que conocimos se precipita en el abismo y es mejor cambiar de dueño. Sé sabio por una vez, Demeas, y ponte del otro lado, ponte del

lado de la selva. Roma ha perdido, los dioses antiguos han muerto. Esta biblioteca y lo que representa han muerto: es más, desean morir.

—Si algo se ama de veras, no muere —en la mente de Demeas compareció el rostro de la mujer que había vencido a las sombras para volver junto a él—. La única muerte es el olvido.

Ni Clea ni yo podíamos oír un ápice de esta conversación, y de haberla oído sospecho que tampoco habríamos logrado entender demasiado. Corríamos locamente de punta a cabo de las paredes, extrayendo rollos al azar de los nichos, intentando aplazar el destino de las obras humanas, que al fin y al cabo es la ceniza. Mis paseos por la Biblioteca me habían dotado de una noción aproximada de dónde se encontraban ciertos autores, ciertas páginas, ciertas variantes de la felicidad que yo ahora me negaba a abandonar a la voracidad de las llamas. Casi sin pensar me arrojaba sobre un estante, rebuscaba, capturaba con dedos ansiosos el título que había amado, que había aliviado para mí el tedio o la tristeza de una tarde de otoño; de pronto un nuevo recuerdo daba una coz en mi cabeza y necesitaba trepar hasta las baldas superiores y arañar un nuevo tomito cuyas esquinas ya habían comenzado a ennegrecerse. Clea me ayudaba cuando la vejez de mis huesos no me permitía darme toda la prisa que exigía la tarea. Poco a poco, en mitad del pasillo iba creciendo una montaña de libros, para los que el fin se postergaría un poco más. El duque tenía razón: la verdadera muerte está en el olvido.

—Los nueve libros de Safo —leía Clea sobre un cilindro de papiro tostado, al tiempo que yo la sostenía como mejor podía con la endebles de mis hombros.

—¡Sí, por los dioses, sí! Hay que salvar al gorrión de Lesbos.

—Las *Vidas de putas famosas* y *Los defectos físicos de la humanidad*, de Suetonio.

—Obras muy eruditas y aun prudentes, sin las que no sé si nos podremos pasar. Sácalas también.

—*De las cosas antiguas*, de Cleantes de Asso. ¿Era éste el púgil?

—En efecto, él era —Clea poseía la anatomía de una liebre, según he mencionado en diversas ocasiones, pero a mi edad las liebres pesan lo mismo que los búfalos, como comprobaréis en su día—. Murió al dejar de comer por una enfermedad de las encías. No es gran cosa. Pasemos adelante.

Cada vez que ella se ponía de puntillas para alcanzar el fondo del estante, sus pies se me hincaban sobre la clavícula como si tirara de una yunta. A pocos palmos de nosotros, el fuego cabrioleaba, salpicaba las vigas del techo, hacía reventar las juntas de la madera con el estruendo de un barco que no ha podido salvar los escollos.

—*La supersticiosa celebración epicúrea del día vigésimo del mes*, de Menipo de Fenicia.

—Una bagatela. Adelante.

—La *Telegonía* de Eugamón de Cirene. ¿Qué es esto?

—Una objetable continuación de la *Odisea*, apta para paladares poco adiestrados. Cuenta los sucesos en Ítaca hasta la muerte de Ulises, al que asesinó Telégono, el hijo que tuvo con la maga Circe. Quizá la posteridad me maldiga, pero creo que nadie sufrirá demasiado si se queda ahí. Hija mía, ¿qué desayunas que hace tus carnes tan sólidas? Me temo que mi esqueleto no aguantará un segundo más.

—Resiste, abuelo, los lectores futuros nos contemplan. Ya apenas quedan. Sólo uno, en realidad. Es de Aristóteles.

—¿Qué es? —la ansiedad me hizo flaquear aún más y la joven vaciló sobre la pobre fábrica de mi cuerpo.

Detrás, cerca de allí, más cerca de lo que suponíamos, Demeas había cesado de correr en busca de una estrategia para encontrar que no existía ninguna. Se enfrentaba de nuevo cara a cara con el gigante en cuyos ojos se espesaba la niebla de los bosques nórdicos, y le ganó el abandono, la languidez de quien ha comprendido que la puerta está cerrada y no tiene sentido hurgar más en una cerradura que no cederá. En calidad de última tentativa, alzó su espada infantil; el otro se la arrebató con su mano metálica, con el gesto de retirar una pluma, y luego le propinó una bofetada de hierro que le desplomó contra la pila de libros. No había mucho más que hacer, salvo esperar a que el berserk, que era el nombre de aquella arma aberrante, diera pronto con sus órganos vitales.

—Es el segundo libro de la *Retórica*, abuelo —chilló Clea.

—¡El libro sobre la comedia! —el entusiasmo me hizo soltar los pies descalzos a los que hasta entonces había servido de pedestal—. ¡Tómalo, no puede perderse!

He dicho que la chica no era tan ligera como parecía a primera vista, o como el amor había hecho creer a Demeas cuando la aupaba en sus brazos. La estantería lo comprobó por sí misma: al echarse ella adelante para alcanzar el volumen, el mueble entero se fue abajo como un puente levadizo.

Capítulo 7

La noche se había desbordado, había rebasado su cauce para anegar todos los barrios de la ciudad y no existía callejón o patio del que el amanecer se atreviera a apartarla. Tampoco de aquel suburbio astroso, desordenado, que el azote de la lluvia convertía en un cristal empañado. Si el honorable Lámaco hubiera estado menos ocupado en llamar al orden a sus pensamientos y se hubiera asomado al otro lado de la cortina únicamente habría encontrado a su alrededor un cuadro despintado, una página con la tinta corrida en cuya suciedad le habría resultado imposible comprender una sola frase: casas, tejados, umbrales, perros vagabundos eran aproximaciones vagas sobre el indistinto fondo azul y negro. Sólo en la pequeña plaza, encajonada entre media docena de edificios improvisados por un alfarero, la vista podía acogerse a alguna certeza: bultos, cuerpos envueltos en mantos sobre los que brillaba la llama de los cirios, soportaban el aguacero en medio de un murmullo monótono. No se movían; los soldados de la cohorte pasaron entre ellos convencidos de que se trataba de estalagmitas, de accidentes del terreno que no repararían en ellos cuando se detuvieran en la última casa, frente a cuyo porche dos hombres vestidos de blanco velaban. Al descender de la litera, Lámaco quedó impresionado por la escena: el único rasgo de vida en aquellos rostros minerales eran los labios, que rezaban con ensimismamiento bajo la luz vacilante de las velas. No se molestó en presentarse a los dos hombres que guardaban la puerta, que le permitieron el acceso sólo después de dedicarle una mirada de soslayo. Una cortina de cuentas de hueso daba a un cuarto sin ventanas, mal encalado, donde imperaba el olor acre de animales dormidos. La mirada necesitaba pocos movimientos para hacerse cargo de los exiguos detalles: un nicho con libros, una mesa donde rodaban objetos sin importancia, un catre en un lado, frente al que permanecían arrodilladas dos figuras y una tercera, de pie, leía. En la cabecera del lecho, una lámpara a medio consumir clareaba un cráneo blanco como el cuarzo. Por un momento, Lámaco temió estar asistiendo a un velatorio.

—Vosotros sois la sal de la tierra —recitaba el individuo que estaba de pie, con los ojos enrojecidos—. Si la sal se desvirtúa, ¿con qué se salará? Para nada vale ya, sino para que, arrojada fuera, sea pisada por los hombres —entonces alzó la vista y dirigió a Lámaco un gesto de impaciencia—. ¿Quién eres tú?

—Un viejo amigo —suspiró Lámaco, reparando en que tenía el vuelo de la túnica empapado de barro—. Estoy de paso por Alejandría y vengo a hacer una visita de cortesía al venerable Hilario, a quien todos admiramos.

—El venerable se halla postrado en cama y no recibe visitas —el individuo parecía haber leído aquella áspera réplica en el rollo que sostenía entre los dedos—. Los enemigos de Cristo han tratado de quebrar su envoltura carnal, pero su espíritu es fuerte y le mantiene íntegro.

—Alabado sea Dios —Lámaco volvió a suspirar, luchando con todas sus fuerzas por que la paciencia no le abandonase—. No deseo importunarle, sólo quería cambiar unas palabras con él. Estoy seguro de que se alegrará de verme.

En el lecho, un burujo rebulló bajo la burda manta castaña. El cráneo se elevó algunos palmos de la almohada y se oyó una voz resquebrajada gemir:

—Conozco esa voz. ¿Quién eres tú, que así despiertas en mi alma recuerdos que creía dormidos para siempre?

—Soy el pasado —dijo Lámaco—. Dicen que el pasado se asemeja a un arcón cerrado que nunca vuelve a abrirse, pero hay que tener cuidado de dónde guarda uno la llave. Me parece que yo la he descubierto sin querer. ¿Podría hablar contigo, venerable, de lo que he encontrado dentro?

—El venerable no atiende visitas —recalcó el individuo que leía, y sus nudillos apretaron con fiereza el rollo de papiro.

—Va, hijos míos, está bien —del jergón brotó una especie de larva, un ser humano que en lugar de miembros contaba con una cáscara blancuzca—. Es un viejo amigo, en efecto, con el que me aliviará conversar. Salid afuera y seguid elevando himnos por mi alma en compañía del resto de hermanos, mi salud no sufrirá. En caso de necesitar algo sólo tendré que llamaros. Pero nada falta a quien disfruta de la perenne compañía del Señor. En Dios sólo descansa el alma mía, de Él viene mi salud, sólo Él es mi roca, mi auxilio, mi fortaleza, no he de vacilar.

Los dos montículos de ropa mojada que había en el suelo se incorporaron y tomaron el rumbo de la salida; antes de dejar la estancia, el sujeto de los ojos enrojecidos escrutó a Lámaco con recelo, como un niño al que expulsan del parque e impiden seguir disfrutando de sus columpios favoritos. Fuera, el rasgueo de la lluvia se confundía con la salmodia de los devotos reunidos y el ocasional entrechocar de las armas de los soldados, que debían de montar guardia. Lámaco se tomó la libertad de elegir un taburete y lo arrimó al lecho, para dejar caer toda su fatiga y su hartazgo sobre él. Su cabeza había llegado a un grado tal de confusión, de sobrecarga, de desmayo, que las ideas se le habían quedado en blanco y casi se parecían a la cabeza transparente que le seguía desde el lecho, una cosa pelada donde se anticipaba la desnudez de la muerte. Pero había una vida secreta allí dentro, una lumbre que se resistía a cesar; Lámaco se inclinó sobre las córneas del color del nácar y vio sombras que se deslizaban al otro lado.

—Qué grata sorpresa, honorable Lámaco —pronunció el venerable con una voz sorprendentemente firme, mientras los hilos de saliva le manchaban las cerdas de la barbilla—. Había oído que estabas en Alejandría, pero jamás pensé que me honrarías con una visita.

El filósofo volvió la cabeza a un lado y a otro, como si temiera que alguien le atacara por detrás.

—¿Y tu secretario? —inquirió—. Cármides, ¿no es ése su nombre? No suele separarse de ti, por lo que tengo entendido. ¿Dónde se encuentra ahora?

—Se encuentra haciendo un recado para mí, cuidando el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Por fortuna, Dios me ha otorgado una muchedumbre de fieles y cuento con otros que le sustituyan junto a mi lecho. Dichoso de aquel que cuenta con quienes mitiguen su soledad: como en el agua el rostro responde al rostro, así el corazón del hombre responde al hombre. Pero en verdad, Lámaco, me sorprende verte aquí. Creí que habías jurado no volver a poner un pie en esta tierra despreciable.

La jaqueca regresaba: Lámaco sintió sus tuercas apretándose con saña sobre la tapadera de su cráneo.

—Y ahora estoy pagando con creces haber violado ese juramento, créeme bien. Casi había olvidado lo puta y repugnante que esta ciudad puede llegar a ser y el montón de mierda que guarda bajo sus alcantarillas. Están los olores, la cercanía del mar que hace que las calles parezcan llenas de marisco podrido, la luz, el calor y sobre todo los dioses. Me cago en la puta, ¿qué os dan de comer aquí que veis dioses por todas partes? Dioses que descabellan toros, dioses que se emasculan con un fresno, dioses que para demostrar su invulnerabilidad permiten que los aten a una estaca, unos enfrentados a otros, unos conspirando contra otros y dispuestos a hacerse la vida mutuamente imposible como las favoritas de un harén. Dicen que Dios está en todas partes; sobre todo en los manicomios.

La calavera de cristal que ocupaba la almohada emitió un sonido ronco: reía.

—No culpes a Dios de la insania de los hombres —tosió—. Dios no estorba el buen parecer, ni las ideas fructíferas, ni está enemistado con el sentido común, como pretendéis vosotros, los fanáticos de la inteligencia. ¿Qué os da vuestra sabiduría, vuestra sed de conocimiento? Más sed. Dijo Salomón: Me dediqué a conocer la sabiduría y la ciencia, la locura y la necedad, y comprendí que también eso es anhelo de viento. Porque donde hay mucha sabiduría, hay mucha molestia; y quien aumenta la ciencia, aumenta el dolor. Se puede ser filósofo y confiar en Dios. Porque es tesoro inagotable para los hombres, y los que poseen la sabiduría se atraen la amistad de Dios, recomendados por los dones de su instrucción. Así lo creyó el muy ilustre Teón, cuya amistad ambos compartimos.

Los recuerdos recorrían de puntillas el cerebro de Lámaco, intentando esquivar el dolor. Estuvo tentado de abrir de nuevo la cajita de sus píldoras, pero sabía que si sobrepasaba la dosis dejarían de hacer efecto. Cerró los párpados antes de hablar, como en trance.

—El bueno de Teón. Demasiado bueno, en verdad: demasiado bueno para la filosofía, demasiado bueno para creer, demasiado bueno para vivir. De las buenas intenciones sólo sale mala doctrina, igual que el agua demasiado pura equivale a un veneno. Pasó toda su vida intentando una reconciliación entre las escuelas, tratando de convencer a estoicos, académicos y epicúreos de que en el fondo todos estaban de acuerdo, de que la verdad es una pero se presenta bajo diversos prismas a los hombres. Con los dioses le sucedió algo parecido. Esos judíos a los que frecuentaba le habían llenado la cabeza de diarrea y se atrevía a afirmar que todos los dioses son

el mismo, una entidad infinita que él identificaba con la naturaleza. Fuisteis muy amigos, ¿no es cierto? Se os veía juntos por todas partes, lo mismo en el ágora que en las avenidas, y se decía que no teníais secretos el uno para el otro. Curiosa amistad, la del león y la gacela, la araña y la mosca. Tú solías ir a la Biblioteca, y no te importaba que te vieran en público con un defensor de la sustancia, el átomo y el Uno. Incluso fuiste el padrino de su hija, la ilustre Hipatia, a la que tutelaste hasta la adolescencia.

—Todo eso es cierto —el velo que recubría la mirada del venerable Hilario se había vuelto opaco—. La amistad es uno de los mayores dones que Dios ha otorgado a los hombres, para sortear la tristeza y robustecer el carácter. El hierro se aguza con el hierro y el hombre se afina al contacto con su prójimo.

—Vuestra amistad procedía del desierto —prosiguió Lámaco—, igual que los espejismos. Él fue quien te encontró vagando entre las arenas, ciego después de mirar a Dios cara a cara, muerto de sed y de fatiga, mientras viajaba a Naucratis para visitar a unos parientes. Le debías tu vida, y supiste pagársela con tu lealtad. ¿Cuánto hace de aquello? Treinta años lo menos, Hipatia aún se meaba en la cama. ¿En qué año fue exactamente?

—No podría decirlo —el rostro del venerable se había vuelto hacia la salida, como si esperase que la fecha le llegara desde allí—. La memoria de un viejo es recia y seca y da poco fruto.

—No me digas. Sin embargo, para acordarte de tus jodidos versículos y de la verborrea de tus libros es fértil como el vientre de una quinceañera. Sí, fue el año de la muerte del emperador Graciano en la Galia, poco antes de la guerra entre Máximo y Valentiniano. Dos años después de que en el Concilio de Constantinopla tus amigos los obispos condenaran a Arriano a engrosar todavía más el catálogo de herejes con que contaba tu Iglesia. Exactamente, para entendernos, fue el año 1136 de la fundación de Roma, o el 383 del nacimiento de tu Cristo.

—Tus precisiones son prodigiosas —dijo Hilario con una repentina acritud en la voz—. Pero ¿de qué sirve cifrar los días? Dios entregará el pasado a la arena y convertirá en ceniza las estirpes de los hombres.

Del rebozo de su manto Lámaco extrajo el papel plegado en ocho, con el sello del ojo hecho pedazos en el borde. Lo abrió lentamente, sin volver a hablar; desde el catre, los ojos apagados del anciano parecían mirar de soslayo, con la misma expresión con que alguien vigila al escorpión que se le ha subido al hombro.

—Quiero leerte algo —dijo el filósofo presionándose bajo las cejas con la punta de los dedos: la jaqueca se extendía, implacable—. Me temo que no será una cita de esos evangelios con que tus muchachos te ayudan a dormir la siesta, pero creo que te resultará igual de edificante. La verdad está escrita en otras partes aparte de la Biblia —enfiló la primera línea en un tono imperativo—. En el nombre de la autoridad imperial y de la serenísima persona de Graciano, regidor de nuestros destinos, condenamos al forajido conocido como Sinesio, o también el Charlatán, o llamado a

veces Margolis el Profeta, procedente de Alejandría en Egipto, al suplicio en el potro y a recibir cuarenta latigazos y a perder la luz de sus ojos a través del hierro candente y a ser abandonado en el desierto como castigo por sus delitos de hurto, asalto con armas e incendio de edificios públicos y privados que han turbado la paz de los vecinos de esta provincia. Es nuestra voluntad que jamás sea recibido bajo el techo de ninguno de sus habitantes y que quien desoiga este decreto sufra pena de destierro y confiscación de sus bienes, por cohabitación con el malhechor. Y para que así conste lo firmamos nos, Álgido, procurador de la provincia imperial de Mauritania Sitifense, en el decimosexto año del reinado del glorioso Graciano, a quien Dios guíe en la victoria —dejó el papel encima de la colcha, que ahora parecía cubrir a un cadáver—. Por muy yerma que sea tu memoria, Hilario, estoy seguro de que aún guarda algún recuerdo del hereje Margolis, ¿no es verdad?

El cadáver habló al vacío. El aceite se agotaba en la lámpara prendida a la cabecera y las sombras iban comiéndose poco a poco la estancia, dejando a los dos hombres solos en el centro de la nada.

—El abominable Margolis, el peor de los enemigos de Cristo que ha existido —barbotó el venerable—. Afirmaba que este mundo impuro es creación de una divinidad deficiente y que el alma sólo podría liberarse de él cumpliendo cuanto antes la cuota de actos aberrantes que le ha sido impuesta, dándose por sagrada obligación a cuantos crímenes y tropelías se puedan concebir. Mató niños, violó mujeres, dio granjas al fuego en persecución del paraíso.

—El paraíso, todos los paraísos suelen ser lugares regados con sangre: precisamente la de quienes jamás serían admitidos en ellos. La banda de Margolis, los famosos Incendiarios fueron capturados por el duque Arnobio, el predecesor de Demeas, ¿recuerdas? Pero nunca se supo quién de ellos era realmente el cabecilla: todos declararon serlo porque la hoguera era preferible al suplicio. Durante un tiempo se creyó que Margolis había huido al desierto y que probablemente moriría allí, abrasado al sol del mediodía, en compañía de algún acólito desesperado cuyos huesos terminarían blanqueando las dunas. Ahora, este documento nos informa de que sucedió otra cosa.

—Eso parece.

—Margolis cambió de nombre y atravesó el desierto de Libia hasta la Mauritania Sitifense, donde prosiguió sus fechorías, sin el pretexto de revelaciones divinas. Claro, hombre, para qué meter a Dios en estas zarandajas que explican mucho mejor la ambición, la codicia, la lujuria y otras lindezas. Pero por último también fue atrapado allí, en compañía de sus secuaces. En Mauritania la teología importa bastante menos que por estos lares de locos, así que en vez de la hoguera le aguardó un destino más benévolo: latigazos, un hierro al rojo aplicado sobre la vista y el inmenso reino del desierto, que él ya conocía bien. Mira, el decreto de condena que acabo de leerte menciona que aquel forajido también era conocido como Margolis el Profeta, procedente de Alejandría. A mí me parece que el único medio por el que las

autoridades mauritanas podían conocer ese pormenor era a través de uno de los miembros de su propia banda. Yo creo que Margolis fue traicionado, ¿no te parece a ti? ¿Qué pasa, santo varón? ¿Se te ha secado la lengua además de la memoria? ¿Es que no hay frases en tu libro de los cojones para apostillar esta historia? ¿Qué crees que sucedió con ese espléndido hijo de la gran puta?

—Margolis murió —aseguró el venerable con voz de hierro—. Basta de celadas, ser deslenguado. ¿Qué pretendes oír?

El abismo se abrió de nuevo a los pies de Lámaco y él se sintió solo, desamparado, entregado a los buitres. Sus fuerzas no eran ya las de antaño, ni siquiera aquel órgano exigente que transportaba en la cabeza operaba con la misma flexibilidad de otros tiempos y sabía que se aproximaba a él el invierno más crudo, aquel del que ninguna lumbre podría protegerle. Llevaba toda la vida dividiendo a la humanidad en dos bandos, el de los elegidos y el de los idiotas; y ahora le tocaba constatar que muchas veces se había afiliado al grupo equivocado.

—La verdad, quiero la verdad —dijo—. Creía que podía atraparla fácilmente con un cepo y una red, pero hoy he comprobado que es escurridiza y que hay demasiados gatos que corren como liebres.

—Escucha, pues, la verdad, que es a la vez camino y vida —el agonizante pareció recuperar parte de su energía—. Cristo perdonó a quienes le torturaron en la cruz y reservó un puesto en el cielo al buen ladrón, que murió a su lado sobre el Gólgota, y con el pestilente Margolis, cuyos crímenes no fueron menos nefandos, mostró la misma magnanimidad. Pues vagando Margolis por el desierto, cercado por el dolor y la muerte que hubiera sido justo pago por sus atrocidades, Dios resolvió hablarle desde el círculo del cielo. Le ocurrió lo mismo que se cuenta de San Pablo, que un resplandor sobre su cabeza le abatió en las arenas y oyó una voz que le decía: Yo soy Jesús, a quien tú has mancillado. Pero levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer. El sol había duplicado su esplendor; en su corona de fuego se revelaba la potencia del Dios Todopoderoso, que aniquila ciudades con el mismo discernimiento con que redime a los réprobos. Nada existe en la naturaleza más afín al infinito poderío del Altísimo que este astro rey, que agosta las cosechas o las hace verdecer según su criterio inapelable. Canta el Eclesiastés: Se atiza el horno para las obras que requieren calor; el sol abrasa tres veces las montañas; exhalando vapores ardientes, lanzando brillantes rayos, deslumbra los ojos. Grande es el Señor, que lo ha creado, y cuya palabra apresura su carrera. El Señor perdonó las deudas de Margolis y le encomendó la misión de expandir su reino; durante tres días, como el apóstol, él estuvo sin voz, y sin comer ni beber, colmado por el alimento del espíritu. Para nacer como cristiano, Margolis debió morir entonces. Se dijo a los efesios: Debéis despojaros, por lo que mira a vuestro pasado, del hombre viejo, que se corrompe según los deseos depravados del error, y renovaros con el espíritu de vuestra mente y revestiros del hombre nuevo, el creado según Dios, en justicia y santidad verdadera. Entonces Margolis desapareció.

—Eso pensabas, venerable —la jaqueca permitió a Lámaco el alivio de una suave sonrisa—. Pero lo que no desapareció fue el famoso evangelio redactado por él defendiendo todas sus barbaridades y reclamando para sí un puesto por encima de Pedro y el resto de esos pescadores atontados que fueron sus apóstoles; un evangelio atribuido por el propio Margolis nada menos que a Barrabás, otro bandido hijo de puta igual que él que Cristo habría conocido en prisión antes de que lo hicieran picadillo sobre dos vigas cruzadas. Ese *Evangelio de Barrabás* debía de ser apreciado entre los miembros de su cofradía, y no tardaría en convertirse en leyenda no sólo para los Incendiarios, sino para todo hereje, gnóstico o no, a quien los decretos y las prohibiciones de la Iglesia hubieran acabado por tocar excesivamente los huevos. No, las palabras vuelan pero lo escrito queda. Quedaba el evangelio, y quedaba el edicto de condena por el que el procurador de la Mauritania Sitifense expulsaba a Margolis del bando de los hombres y lo sometía a compartir la suerte de los alacranes y las alimañas. Seguramente el discípulo traidor, el mismo que lo había denunciado a las autoridades, conservó ambos documentos, ¿no te parece a ti? Pensó que eran papeles valiosos, aunque no exentos de riesgo, y que en el futuro podían rendirle algún servicio, como de hecho sucedió. ¿Tienes alguna idea de quién pudo ser tu Judas? A mí me parece que sí. A todas luces el más dotado de tus acólitos, aquel que supo aplicar al pie de la letra tu evangelio de rebeldes: si la desobediencia es virtud, Judas y no Cristo es el modelo a seguir.

—Te empeñas en remover excrementos, igual que las ratas.

—¿Sientes que la mierda empieza a salpicarte? —Lámaco se inclinó sobre el lecho—. Pues espera, esto es sólo el principio: pronto tu túnica contará con un ribete mucho más vistoso que la púrpura episcopal. Mira, reconstruyamos un poco lo que sucedió. Pasaron los años, se olvidaron los nombres, las mujeres violadas aprendieron a convivir con sus cicatrices, los niños huérfanos salieron de las inclusas y ocupaciones más urgentes les hicieron soslayar el deber de vengar a sus padres asesinados. Margolis y los Incendiarios fueron convirtiéndose poco a poco en un eco, en una imagen que se desdibuja en la lejanía, en las líneas que la marea borra al avanzar sobre la arena. Y de pronto hete aquí que llega un nuevo carajote, también devoto de Cristo para no ser menos, que se ha echado sobre los hombros la ingente labor de recopilar todas las herejías, despropósitos, cismas, aberraciones y sinsentidos a que ha dado lugar la doctrina contenida en los evangelios. Este pirado, que responde al nombre de Simeón el Amanuense, fatiga el imperio de Roma de arriba abajo, desde la Lusitania hasta el Tigris, visitando bibliotecas y traperos, indagando en librerías de lance y casas de copias, siempre en busca de un insulto insólito contra el Nazareno o una interpretación retorcida de sus sermones para galeotes y presidiarios. Un día, de pura coña, este tipo coincide en una ciudad de Mauritania con un gañán de pésima catadura que, sin darse a conocer, le insinúa que posee material de primera calidad sobre esas herejías que tanto le interesan. El gañán es ni más ni menos que tu Judas particular, venerable Hilario, el que te traicionó, cuyo nombre e

identidad tampoco nos importan en exceso porque, como bien dices, la posteridad se escribe sobre ceniza. El caso es que el gañán, a cambio de un estipendio que podemos suponer sustancioso, entrega a Simeón el *Evangelio de Barrabás* y el edicto de condena. En cuanto Simeón se da cuenta de lo que tiene delante, comprende muchas cosas: la revelación le da un puñetazo en el estómago, no sabe qué hacer con ese material incandescente, se pasa noches enteras sin dormir buscando una salida correcta al atolladero. Ya por entonces habías comenzado a ser famoso de nuevo en Alejandría, pero ahora no con el nombre de Margolis.

—Margolis murió —el cráneo del jergón iba adoptando una tonalidad grisácea, parecida a la del cielo tapiado del que continuaba derramándose la lluvia, fuera.

—Sí, eso ya lo has dicho —el dolor de cabeza arañaba las concavidades del pensamiento de Lámaco y él se resignó con torpeza a buscar su cajita de píldoras—. No pienses ni por un momento que voy a ser yo quien hable todo el jodido rato, porque llevo una mañana de lo más puta y cada palabra me duele como un pinchazo en las almorranas. He sido tonto, o más ciego que tú, durante mucho tiempo, pero mientras venía para acá bajo los truenos y la riada que atasca las calles me he dado cuenta de que el argumento de la comedia puede ponerse en pie sin apenas esfuerzo. Porque resulta que Simeón dona a la Biblioteca de Alejandría el fondo de manuscritos heréticos que había ido reuniendo durante todos aquellos años y se retira al desierto, donde seguro que la voz de Dios se oye más clara, sin distorsionar por imbéciles subidos en púlpitos. Naturalmente, evita donar el dichoso evangelio que tantos problemas podría haberte buscado a ti, venerable Hilario, un varón considerado santo por la mayor parte de Alejandría y cuyas hazañas en materia de bondad ya deslumbran a medio imperio. Me imagino que, de noche, en su cueva, el pobre Simeón duerme mal: unas veces le da por pensar que no tiene derecho a derribar tu mito, que tanto bien ha hecho por la difusión de la doctrina y la conversión de los infieles, que todo hombre puede cambiar el color de su alma si se lo propone, como el pelo de una meretriz; pero otras la verdad, que es mala compañera de cama, le da patadas y le habla al oído y le acusa de miserable, porque frágil es el brazo que necesita de perfidias para sostenerse. La cueva de Simeón, según sabes, se encontraba a pocos estadios de Terenutis, al sur del delta. A menos estadios todavía, una congregación de locos conocidos como los Hermanos Sedientos se dedicaba a buscar a Dios entre el hambre, la sed y el estupor. Resulta que tu amadísimo secretario Epiménides solía retirarse periódicamente a ese convento para meditar y poner en orden las cosas del alma. Poco podía imaginar que al lado, como quien dice, le esperaba la demostración de que el hombre al que adoraba y por el que hubiera entregado su vida era en realidad un burdo cuatrero condenado en dos provincias de Roma.

—Margolis murió —insistía el cráneo gris, con la misma monotonía con que la lluvia percutía sobre los tejados.

—En realidad, fue Epiménides quien murió, y porque tú ordenaste matarlo —le acusó Lámaco con crudeza—. En algún momento, en Terenutis, Epiménides y Simeón tomaron contacto. En algún momento, venciendo sus resquemores, incapaz de callar por más tiempo, Simeón muestra a Epiménides el evangelio, es más, se lo presta para que compruebe por sí mismo hasta dónde llega la inmundicia del hombre al que cree amar. El edicto no, ¿verdad? Epiménides jamás supo nada del edicto —Lámaco hizo un silencio, pero el cráneo gris no replicó—. Bueno, bastaba con el evangelio. Epiménides vuelve a ti desolado, te pregunta si es cierto lo que le han contado, supongo que tú desmientes el pasado o tratas de convencerle estúpidamente, igual que a mí ahora, de que Margolis está más muerto que tu conciencia, en caso de que la tengas. Le pides el evangelio a Epiménides porque deseas destruirlo, y ahí se tuerce todo. Porque este Epiménides, a pesar de su imbecilidad, resulta que cree a pies juntillas en esas tonterías de que la verdad os hará libres y de que cada mentira es un alma que se cubre de brea y te sugiere descubrir tu identidad. Es más, si tú no lo haces él se encargará. Así que tuviste que recurrir a Cármides, quien de seguro halló un matón adecuado en cualquier taberna del barrio negro para quien degollar a un pipiolo especializado en copiar libros no supusiera ningún inconveniente. En tu juventud, tú habías hecho lo mismo infinidad de veces, pero la edad ya no perdona, por no hablar de esos ojos cagados que te tienen metido en un pozo. El pozo del que nunca deberías haber salido, Margolis.

Con una violencia que impidió a Lámaco toda capacidad de reaccionar, una garra brotó de debajo de la colcha y aferró el borde de su manto. La vida había regresado salvajemente a aquel cráneo opaco, que ahora le dedicaba una expresión de odio y de rabia que mataba todas las respuestas en su cerebro. Las venas se repartían en forma de afluentes por las sienes hasta desaparecer como tinta aguada; la baba cubría los pelos erizados del mentón; en los ojos no había nada, una cáscara, albúmina, marfil y nieve, un blanco insondable, el color más terrible y repugnante de todos, la ausencia pura, la negación, el infinito sin dirección ni rumbo. El aliento de aquel cadáver arrancado al sepulcro olía a corral cuando advirtió:

—¡Te he dicho que no vuelvas a invocar ese nombre maldito en mi presencia, perro de la camada de Satanás! ¡Margolis está muerto, murió en el desierto y de sus restos ha nacido un hombre nuevo que no tiene que dar cuenta de sus desmanes! ¡Yo soy un soldado de Cristo! ¿Me oyes? ¡He hecho todo por conservar la fe de quienes me veneran, por no estorbar la difusión de la Palabra, la única meta del discípulo fiel! Si el Señor quebrantó su carne por amor a su grey, ¿no romperé yo mi alma y la someteré a oprobio y oscuridad? Dime tú: ¿qué habrían dicho quienes me siguen al saber que un hombre santo y un demonio comparten la misma envoltura carnal? ¿Quién habría podido convencer a los hombres, que son volubles, de que el pecador murió dentro de la piel del apóstol recién nacido? ¿Debía la Iglesia de Cristo renunciar a la veneración de muchedumbres enteras por los errores superfluos de un ministro en un pasado que ya no le pertenece? Fue dicho a los corintios: Si alguien es

de Cristo, se ha hecho criatura nueva, y lo viejo pasó. ¿No afirmaba uno de tus filósofos que jamás te bañarás dos veces en la misma corriente, no sólo porque las aguas habrán pasado, sino porque tampoco tú serás el mismo?

—Veo que tu amistad con Teón te dio la oportunidad de aprender algo útil — Lámaco volvía a sonreír con asco.

—Una misión me fue dada, y yo la cumplí sin alegría, pero sin vacilación —la garra relajó su presión sobre el vuelo del manto—. Amaba a Epiménides tanto como amo al resto de mi rebaño, y sinceramente luché por hacerle ver la necesidad de su sacrificio, pero él se negó. De manera que Cármides, cuya alma demostró poseer mayor extensión y anchura, buscó al hombre apropiado e hizo lo necesario.

—Es decir, cortarle el cuello como a un ternero al caer la noche, mientras regresaba de la Biblioteca. Pero él no llevaba el evangelio consigo. Así que Cármides y el hombre apropiado estuvieron en su casa y lo resolvieron todo en su búsqueda.

—No quiso escuchar, no entendió que Dios exige pruebas de firmeza y que elige vías tortuosas para revelar sus designios a quienes no pueden entreverlos. No encontramos ese libro impío por ninguna parte, pero en su lugar dimos con un montón de ejemplares de una famosa casa de copias que él frecuentaba. Parecía lógico suponer que había encargado una versión de esa atrocidad que jamás debería haber salido del infierno.

—Y Cármides, que abandonaba el polvo negro de su remedio contra la tos allá adonde iba, y el matarife se encaminaron a El Rinoceronte Azul. Tú les diste instrucciones de que no dejaran testigos, de que no quedara piedra sobre piedra. Por el cielo, ¿no dudaste un instante? ¿No pensaste que podías equivocarte al ordenar masacrar, destripar, prender fuego?

—¿Vacila Dios alguna vez? —las pantallas blancas de los ojos se hicieron más amplias—. ¿Se detiene Él ante la tortura y el dolor, por extremos que sean? En Su infinita sabiduría permitió que Israel aniquilara a los madianitas, y exigió de su pueblo que no cesaran en ejecutar a mujeres y niños. Encargó a Josué remover los cimientos de Jericó hasta el último pilar, y no dejar vivo a ninguno de sus habitantes, sin reparar en edad ni género. ¿No abrió Él la tierra para engullir a Coré, Datán y Abirón con toda su prole y condenarlos a la prisión insoportable del Seol?

La píldora de matricaria había surtido efecto y la tempestad había cesado bajo la frente de Lámaco. Sin embargo no se había marchado, sino que había cambiado simplemente de latitud: ahora la nariz quebrada, que pendía en mitad de sus pómulos como un tubérculo podrido, comenzó a recordarle sus impertinencias del pasado con una molesta punzada.

—Luego seguisteis buscando al copista Tersites por otros lugares, pero no disteis con él. En una de éstas visitasteis el prostíbulo de Antígona, donde se reunía su grupo de gnósticos, y os cruzasteis con el ayudante del duque Demeas, aquel enano lamentable al que también redujisteis a filetes.

—Sabes ya todo de sobra, porque Dios te hizo perspicaz —el cráneo de cuarzo volvía a apaciguarse y regresaba a su posición sobre la almohada—. Sabes que ese necio de Crátilo, el director del Museo, confundió los términos, y, suponiendo que el libro odioso se guardaba en mi casa, nos atacó. Tengo para mí que el mismísimo Señor lo mandó, sin él saberlo. Porque su asalto hizo desviar las sospechas de este pobre servidor de la Palabra, y nadie habría tomado por culpable a quien también era víctima.

—Tersites estaba aterrorizado. Había comprobado lo que sucedía con todos a quienes conocía, cómo aquel libro maldito irradiaba muerte a su alrededor igual que el cólera. Quiso desembarazarse de él y tal vez pensó en quemarlo, pero sintió temor: se le ocurrió abandonarlo en la Biblioteca, donde se traspapelaría entre el resto de volúmenes. Por algunos copistas sabía que existía un acceso oculto, y allí se introdujo en la ignorancia de que el edificio era un laberinto y de que no lograría salir.

—Dios lo castigó por adorar el altar equivocado. Son desdichados y se alimentan de esperanzas en cosas muertas los que llamaron dioses a obras de manos de hombre, dijo Salomón: oro y plata trabajados con arte, figuras de animales, o una piedra inútil, obra de mano antigua.

—Por la muerte de Tersites dedujiste que el libro estaba en la Biblioteca. Y no sólo el libro: suponías que entre sus páginas se hallaba también el edicto que acabo de leerte y que te reconoce como uno de los mayores cabrones que han pisado la Tierra. Te habías cerciorado de ello. Tu Cármides y el matarife habían estado en la cueva de Simeón para hacerle una visita, de la que sólo obtuvieron carne podrida y moscas.

—Dios lo tenga en su gloria.

—Teón te lo contaba todo —la voz de Lámaco iba haciéndose queda, triste, como si hablara solo—. En el pasado, te relató la leyenda del origen de la Biblioteca, la del arquitecto Anacrites y la hija prometida al rey, y tú sabías que el plano de las galerías reproducía la forma de una mano. Saber eso y entender por qué el nubio acompañaba siempre a Hipatia a buscar algún libro era algo tan sencillo como sumar dos y dos. Raptasteis a Zonaras, le disteis una paliza y copiasteis el tatuaje. Y noche a noche habéis ido introduciéndoos en la Biblioteca a ver si dabais con él por azar, incluida esta misma noche, en que supongo que el mamonazo de tu ayudante seguirá dando paseos entre los libros en compañía de un carnicero. Pero será la última noche que lo haga.

—En eso estamos de acuerdo —replicó el anciano con una mueca torva, un gesto horrible que Lámaco no se atrevió a interpretar como una sonrisa.

El silencio estaba hecho de escarcha y hielo. En Alejandría esos caprichos de la meteorología son extraños, pero Lámaco estaba habituado a su contacto en las islas del norte, donde al amanecer el aliento blanquea el aire y las palabras duelen en la garganta como carne mal masticada. La escarcha y el hielo crecían, se extendían por la habitación, recubrían las paredes y el lecho, brotaban de aquel cuerpo diminuto y odioso que parecía empequeñecer más y más bajo el cobertor, como si estuviera

yéndose. Un escalofrío sacudió la médula del filósofo cuando creyó atisbar el significado de la última frase.

—¿Qué has querido decir? —volvió a inclinarse sobre él, sobre el papel con el edicto de condena que aún permanecía encima de la colcha—. Habla, pedazo de hijo de la gran puta, ¿en qué estás de acuerdo?

La baba se escurría entre los pliegues de la barbilla del anciano, empapándole el pellejo de la garganta.

—Nadie leerá ese libro que no debe existir —roncó—. Si la Biblioteca entera debe perecer para que uno de sus volúmenes desaparezca, será la voluntad de Dios. Hay muchos hombres en Alejandría que reducirían a escombros ese pobre monumento de antaño con mucho gusto. Bastará con entregarles algo que mi fiel Cármides ha hallado en el interior de sus pasillos y que demuestra que Hipatia oculta en su casa a quien no debe, al peor sacrílego que han conocido los tiempos modernos. Amo a Hipatia como si fuera mi hija, por el Altísimo te lo juro, pero nada puedo hacer ante la imposición de una voluntad más alta. ¿Tembló acaso la mano de Abraham al colocar la hoja de su cuchillo sobre el cuello de un niño indefenso?

Entonces una ira animal, una cascada de chispas que procedía de lo más profundo de su hartazgo y de su rabia, un sentimiento que un filósofo menos humillado habría luchado por contener entre los límites de la indiferencia se adueñó de Lámaco y le hizo abalanzarse contra el bulto tendido en el catre. Lo habría despedazado con sus propias manos, habría roto en astillas cada mínima pieza de aquella caja achatada y sucia, en cuyo interior se escondía el alma más nauseabunda que había conocido jamás, y él tenía experiencia en ese tipo de asuntos. En el fuego encendido en su corazón ardían muchas cosas: de repente aquella basura era culpable de la pérdida de su juventud, del muchacho que murió ahogado en un día remoto, de sus dolores de cabeza, de los amaneceres en que era preferible morir a ver desaparecer las estrellas, de las incomodidades de su viaje desde el norte, de sus cristales perdidos, ay, sí, sus cristales. Casi reprimiendo un vómito asió la muñeca derecha de Hilario y se sorprendió de su frialdad, propia de un carámbano, y de su solidez: era un cadáver dotado de una salud envidiable.

—Se acabó, mala bestia, buitres, cabrón, hijo de puta. ¿Sabes quién me aguarda ahí fuera? Tengo una pareja de soldados dispuestos a arrestarte. Has ido demasiado lejos y se acabó.

El cuerpecito que tapaba la colcha comenzó a agitarse, a trepidar, a dar sacudidas: pero ese temblor no era de miedo, sino de risa.

—¿Vienes a arrestarme? —de la boca abierta manaba un líquido espeso y blancuzco que ya manchaba la almohada—. ¿En nombre de qué?

La pregunta tomó a Lámaco por sorpresa y su mano no pudo evitar que la muñeca del cadáver cayera inerte sobre el jergón. Responder invocando el nombre de la decencia, la moral, el bien le parecía vacío, demasiado solemne, demasiado cómico: necesitaba algo más a ras del suelo.

—En nombre de la ley —acabó por proclamar, como un alguacil.

El cadáver seguía riendo, casi hasta romperse.

—¿De qué ley? —jadeó.

—La ley de Roma.

—No entiendes nada, lamentable Lámaco —replicó el anciano en mitad de una carcajada—. Dicen que posees un instrumento que te permite observar las estrellas de cerca, y ahora compruebo que es cierto; porque tanto tiempo volando entre las esferas te impide reconocer el terreno que pisas. Ya no hay Roma, pobre de ti, y la ley establecida ha muerto. Existe una nueva ley, la ley de Dios. Dijo San Pablo a los romanos: Hermanos míos, también vosotros habéis muerto a la ley por el cuerpo de Cristo, a fin de pertenecer a otro, al resucitado de entre los muertos, para que llevemos frutos para Dios. En este mundo nuevo cuya aurora contemplamos no existe lugar para Roma, ni para su tribunal mortal y caduco. Roma se desmorona, ¿no lo ves? Confías tu fe a las ruinas. Lo avisó el profeta Isaías: Las fieras del desierto vagarán por allí, los búhos llenarán sus casas, habitarán allí los avestruces y brincarán los sátiros. Las hienas aullarán en sus torres vacías, en sus lujosos palacios los chacales. Su hora está cercana, no se alargarán sus días.

La matricaria había sido inútil: el dolor retornó a la cabeza de Lámaco con energía redoblada, con una orquesta entera de timbales, crótalos y pandeetas. Ahora le dolía todo: el cerebro, la nariz hinchada, los huesos recomidos por la humedad, la conciencia, sobre todo la conciencia, ese órgano interno de cuya posición exacta uno sabe sólo en el momento de la desdicha y del arrepentimiento. Más para consolarse que porque creyera en lo que decía, escupió:

—Pagarás. Las pagarás todas juntas.

El cráneo de piedra blanca cesó de reír y volvió a incorporarse sobre el lecho con un súbito movimiento: en su voz había una advertencia.

—No, tú pagarás si yo lo deseo —le amenazó—. ¿Vienes a arrestarme, dices? ¿Traes contigo un par de soldados de juguete? Pobre necio. Me bastaría con soltar un leve vagido para que toda la multitud agrupada en torno a la puerta de mi casa entrara aquí y te redujera a trizas, como un venado entre una manada de leones. Te encaras a un poder más alto que tú, que no puedes dominar. Mira, le dijo Eliú al santo Job, Dios es sublime en su potencia, ¿quién es señor como él? ¿Quién puede señalarle el camino a seguir, o se atreverá a decirle: Has hecho mal?

Para demostrarle a qué enemigo se enfrentaba, el anciano emitió un gañido lastimero cuyo eco las paredes desnudas amplificaron y llenaron de angustia. En son de respuesta, fuera, el cielo fue sacudido por un trueno: Lámaco giró la cabeza en dirección a la cortina, esperando vérselas con una jauría de perros hambrientos. Cuando volvió la vista de nuevo hacia el lecho, encontró que el papel con el edicto de condena ya no se encontraba encima de la colcha; en su lugar, Hilario masticaba con un visaje repulsivo, dejando que la saliva le bañara las mandíbulas.

—¿Qué has hecho, pedazo de mierda? —balbució, sin sorpresa, sin reprocharse su estupidez.

Y entonces sucedió el milagro de la jornada, algo que nadie habría esperado jamás, y menos aún su protagonista: por última vez en su vida, Lámaco tuvo fe. De repente, algo pareció detenerse en el rostro del venerable, como si hubiera comprendido una cosa, como si hubiera reparado en un detalle inadvertido pero ya irreparable; la respiración dejó de remover las aletas de su nariz; el color blanco del cuarzo fue siendo sustituido por un sospechoso tono violáceo; el pecho, debajo de la colcha, se combaba en busca de un alivio fuera de su alcance: la pelota de papel se había atascado en su garganta y el viejo se estaba asfixiando. Lámaco se arrellanó sobre su taburete para disfrutar hasta el más mínimo detalle de aquel delicioso espectáculo: cómo aquel cabrón sufría hasta que se le hinchaban las órbitas de los ojos, cómo los tendones de su cuello se estiraban dramáticamente por la falta de aire, cómo el cuerpo entero de aquel hijoputa sanguinario y embustero se enroscaba y desenroscaba tratando de evitar la mordedura de la muerte. Con gran perplejidad de su parte, el filósofo se encontró creyendo en un Dios: después de todo iba a ser verdad que alguien vigilaba desde más arriba de las azoteas con la misión de recompensar a los inocentes y estrangular a quienes los escarnecían.

—¡Por Cristo bendito! ¡Padre Hilario! ¿Qué está sucediendo aquí?

El tipo de los ojos enrojecidos había irrumpido en la estancia en compañía de dos mujerucas que dedicaron a Lámaco una mirada de ferocidad. Él se limitó a alzar las manos y a alegar tratando de que la media sonrisa no se perfilase por encima de su barba:

—No sé qué ha sucedido. Su malestar parece haber empeorado repentinamente, vaya por Dios. Suerte que estáis vosotros aquí.

Sólo en el momento en que Lámaco abandonaba la casa para volver a sentir la frialdad de la lluvia y del porvenir, un golpe providencial de su ayudante entre los omóplatos permitió al venerable Hilario respirar de nuevo; el anciano quedó doblado encima del cobertor, bebiéndose el aire de la estancia a grandes boqueadas, como un pez en la red de arrastre: un nuevo argumento a favor del ateísmo. Fuera, las sombras seguían velando, arrodilladas entre las lenguas anaranjadas de sus cirios, y el velo de agua que se derramaba de las nubes se había hecho más denso. Sin embargo, constató Lámaco con un pesar anticipado, el horizonte era del color de la sangre y del rubí. A lo lejos, sobre los tejados, el cielo había comenzado a arder.

Capítulo 8

Una sucesión de puertas que se abren hacia una mañana nublada, una gaviota que grazna en las alturas, allá lejos, una habitación cerrada, sin ventanas, ni dinteles, esa hora de la madrugada en que las cosas dejan de ser sólidas, una caries que socava oscuramente el centro de un diente: en todos esos espejos de la muerte se miró Demeas a medida que, tendido sobre los montones de papel, veía avanzar hacia él el arma más espantosa jamás concebida por un herrero. No tuvo miedo; su educación militar le había enseñado a relegar esa sensación al rango de las incomodidades de la guerra como los piojos, el insomnio o la nostalgia del hogar, y se resignó, con los músculos tensados, a recibir el último golpe que despejaría todas sus dudas. Dicen que, en el instante postrero, la vida circula en la mente del moribundo como a través de una mirilla, resumiendo sus escenas cruciales: el duque vio los tejados de Alejandría bajo la canícula, vio la espalda de una mujer sobre almohadones a la luz de la aurora, vio los ojos vueltos de un soldado que expiraba, se vio a sí mismo jugando con los gorriones en el patio de la casa de su padre, y no sufrió lástima, sino pereza, la fatiga inacabable del corredor que ha dado dos vueltas de más a la pista de competición.

—Sé breve —pidió a su verdugo—. Es de mala educación alargar las visitas, los prólogos y la agonía.

Le costó comprender que entonces, sin avisar, la muerte se retiraba de él y que volvía a encontrarse en una orilla no amenazada por la marea. La imagen final que retuvo antes de cerrar los párpados fue la del hombre que una vez había sido su amigo alzando sobre su cabeza una lámina de metal dentado. Luego, en la oscuridad, vinieron el estruendo, el rumor de guijarros que se precipitan por una ladera, el rugido de un cráter al rasgar la falda de la montaña, un olor a polvo viejo, a caoba quemada y la borrosa presencia de un mar que estaba lejos. Al volver a abrir los ojos habían cambiado varias cosas: no había gigante, ni arma tendida sobre él; a la izquierda, donde había existido una estantería cargada de libros hasta el techo, un hueco del tamaño de un portal dejaba penetrar el esplendor de las llamas; en el suelo, delante de él, la mujer que amaba se sostenía a cuatro patas, como una perra. Parecía desorientada.

—¿Qué ha ocurrido?

—La estantería ha cedido —explicó ella, no muy segura—. El peso era excesivo, y el fuego debe de haber debilitado la madera. ¿Y tu contrincante?

—Debajo de la estantería, supongo. Me has salvado la vida.

—No he sido yo, sino Aristóteles.

Mi corazón estallaba de júbilo cuando la joven me tendió el rollo que contenía el segundo libro de la *Retórica*, una de las obras que más me había hecho disfrutar y

donde el Estagirita afirma que los dioses han inventado la risa para que el hombre pueda soportar mejor los debates políticos y las reuniones de comunidad de vecinos. Mientras tanto, Demeas había ido retirando los restos del mueble abatido para descubrir que en el fondo de los paneles hechos astillas y los rollos de papel el cuerpo del gigante todavía respiraba. Un amago de sonrisa deformaba las puntas de sus dientes, y los ojos, espesos, lácteos, parecían satisfechos de regresar al sopor del que no habían salido del todo. En el pasado, por piedad, el duque había perdonado la vida a aquel monstruo: ahora acababa de entender que el destino había decidido enmendar su error poniéndole de nuevo frente a él. Necesitó las dos manos para empuñar el berserk; la herida de su hombro se resintió al soportar su peso, como si estuviera cargado con todas las muertes y el dolor y el espanto del que era autor. Se trataba de un arma abominable: casi podía sentir el mal fluyendo a través de la empuñadura, emponzoñando su voluntad. Decidió que debía realizar su trabajo y soltarla cuanto antes. En la mano de aquel ser había un objeto dorado que revolvió las tripas del duque: la mitad de una moneda de as.

—No mancilles más el nombre de Festo —le exigió—. Mi amigo jamás se habría rebajado a matar hombres indefensos por un puñado de oro.

—Mi sueldo no es el oro, sino la gloria —espiró el desconocido que había sido Festo—. El hombre santo al que sirvo me ha prometido la salvación de mi alma si colaboraba con él en esta obra piadosa. El paraíso y la condenación no están en los actos; están en los motivos que los alumbran.

Yo apenas oí el golpe seco que siguió, ni el restallar de aquella arma repugnante al ser abandonada en un rincón. Tenía cosas más urgentes de que ocuparme: del pánico, por ejemplo, al comprobar que parte del techo de la galería había cedido y que el montón de libros que Clea y yo habíamos pretendido poner a salvo se encontraba ahora debajo de una avalancha de pavesas, carbunclos y caliche achicharrada. Salimos a correr por el extremo opuesto, acosados por el cansancio, por el miedo y por la tristeza: los sillares iban desfalleciendo detrás de nosotros entre un estrépito de bosque talado y el cielo adquiría paulatinamente los colores de la púrpura y el infierno. Era a mí a quien competía buscar la salida en medio de los caminos cruzados del laberinto; la chica cojeaba, quizá lastimada por la caída de la estantería, el duque Demeas miraba abstraído al frente, como tratando de convencerse de que todo aquello era el decorado de una pesadilla que estaba al filo del desenlace. Pero yo no podía evitar detenerme, no podía presenciar con la sangre quieta cómo el incendio masticaba salvajemente las páginas que me habían hecho creer, a veces, que esta vida merece ser soportada y llevada hasta el final. Aquí y allá hacía una parada frente a un nicho y rebañaba algunos de los estantes amenazados por la catástrofe.

—¿Qué haces, viejo? —aullaba Demeas, sosteniendo a la chica por un brazo—. No es el mejor momento para escoger lecturas. Apresúrate, por el amor del cielo.

—¡*El cuerno de Amaltea*, del clarividente Demócrito de Abdera! —exclamaba yo, y añadía un rollo más al fardo que engarrotaba mis brazos—. ¿Sabes tú, óptimo

duque, que este sabio adivinaba cuándo las mujeres dejan de ser vírgenes y afirmaba que existen mundos infinitos flotando en el vacío?

—El vacío es lo que nos aguarda a nosotros si no te das prisa. ¿Hacia dónde torceremos ahora?

—El próximo desvío a la izquierda. No, al centro, quiero decir. Pero ¡mira esto! ¡Arquitas el arquitecto, no confundir con el músico, de Mitilene, ni con el de Tarento, que era mecánico: *Estas cosas he oído de Teucro, el cartaginés!* ¿No merece sólo por ese título una segunda oportunidad?

Ya no estábamos solos: una riada de ratas huía del fuego por los pasillos, alfombrando las baldosas, encaramándose a las baldas que aún permanecían intactas, descolgándose por las cornisas en busca de una ranura que les ofreciera una última escapatoria. El duque era hombre valiente, pero poco cortés: me agarró de las barbas, obligándome a proseguir el camino, y a dejar tras de mí, no sin un chillido de protesta, parte del acervo de obras inmortales que cargaba bajo las axilas. Después de renquear por dos o tres bifurcaciones alcanzamos una zona en que el aire no abrasaba todavía los pulmones, aminoramos la marcha. Pero el fuego, aparte de filosofía, astronomía y poemas, debía de haber ido alimentándose también de la estructura interior del edificio, royendo sus pilares y minando los cimientos sobre los que se sustentaba, y pronto el mundo entero comenzó a crujir y a rajarse a nuestro alrededor. Hubo un trueno terrorífico sobre nuestras cabezas, tres vigas cayeron al suelo, una cortina de ascuas y chispazos separó definitivamente al duque y la chica de mí. Así que esta crónica debe renunciar, al menos de momento, a la primera persona.

—Mira el plano —Clea tendió a Demeas el papel arrugado donde figuraba el tatuaje del nubio—. Es nuestra única posibilidad de salvación.

El humo hacía llorar el único ojo del duque y volvía confuso el rumbo. El primer corredor que eligieron terminaba en una pared sin salida; el segundo estaba ya bloqueado por unos cascotes sobre los que ardía la obra completa de Sófocles, entre otras minucias; se apresuraron en recorrer el tercero porque desde el tejado les llegaba una colección de chasquidos, un aviso de que la ruina siempre lleva más prisa que quienes pretenden sustraerse a ella. El cuarto se internaba en la oscuridad, sin ofrecer una ruta clara: el ojo del duque intentó vencer los espesos lagrimones para estudiar el plano, pero no obtuvo resultados satisfactorios. Exasperada, apoyándose en el muro para aliviar el dolor de su tobillo, Clea le arrebató el papel. También a ella le costaba interpretar las líneas que se retorcían, se anudaban, se multiplicaban sobre la silueta de una mano abierta.

—A ver —farfulló—. Debemos de estar a medias del anular, en la zona este, por este surco quizá. Si no me equivoco, el extremo norte se partirá en dos vías más; de lo contrario, habría que retroceder en dirección sur. Duque, es mejor que te adelantes un poco y compruebes si el pasillo termina en una bifurcación. El hueso hecho grava que arrastro en la pierna no me permite desplazamientos inútiles.

Demeas obedeció, aunque recelaba de dejar a la chica sola. Avanzó cuatro pasos indecisos, ocho, diez: el túnel no concluía. Recordó lo que Festo, el hombre que no era Festo pero que poseía una versión deformada de su rostro, había dicho: la Biblioteca se moría, la Biblioteca deseaba morir. Entonces escuchó a su espalda un brutal rugido de sufrimiento, el grito con el que las ballenas deben de anunciar el estertor y la cercanía del fin. El terror casi le impedía reconocer lo que encontró al volverse; el techo había caído, en lugar de Clea sólo existía un tapiz de fuego y postes ennegrecidos. Apartó como mejor pudo los escombros, el revoque, las brasas que le quemaron las manos al avanzar: allí, debajo de una viga cruzada, creyó reconocer un cuerpo desbaratado de cabello rubio. Una frontera de lenguas amarillas se interponía entre él y la mujer que estaba a punto de desaparecer, de ser consumida de nuevo por el azar de los desastres y la fortuna adversa. No podía permitirlo. Habría sido un sacrilegio, una bofetada a los dioses o a esa fuerza oscura que gobernaba el funcionamiento de las cosas. Comprendió que se hallaba frente a un reto, frente a una prueba de valía: le había sido otorgada la gracia de recuperar a la persona que daba significado a su vida y ahora tenía que demostrar si era digno de ella, si había sabido apreciar la verdadera magnitud de ese don. De modo que sin permitir que la razón, los pros y los contras atrancaran su decisión, cerró el ojo para impedir que el humo lo cegase y saltó en mitad de la hoguera. Remolcó a la chica de la melena, que parecía una estopa sucia y deshilachada, y consiguió atraerla hacia el lado del pasillo que todavía resistía en pie. No había sentido dolor: sólo al inclinarse sobre ella para cerciorarse de que se encontraba bien, comprobó que parte de la piel de sus brazos era una membrana colorada, que escocía.

—El plano —gimió Clea, mientras él retiraba de sus mejillas los restos de tizne y astillas—. El plano, Demeas, el plano ha ardido. Estamos perdidos.

—No, aún no —el duque apretó los dientes—. Ten valor.

La alzó sobre sus hombros, igual que si condujera un cordero al altar, y siguió el camino que le aconsejaba su instinto. Si los dioses, o el dios borracho y sádico que se complacía en sus desdichas, se habían afanado hasta el momento en preservar la vida de ambos, era porque les reservaba nuevos capítulos, porque había dispuesto para ellos una desembocadura distinta de aquella orgía de carbón y muros destrozados. Sufría espantosamente, y a la vez se decía a sí mismo que era justo porque estaba purgando la inmensidad de sus pecados: cada vez que había maldecido su suerte, cada vez que había odiado la luz de la mañana, cada vez que había pensado que era mejor morder la tierra que respirar; la herida del hombro se estaba abriendo bajo el peso de los miembros de la chica, las quemaduras de los brazos habían dejado de ser un simple escozor testimonial para convertirse en una tortura. Anduvo a tientas, tambaleándose, extraviado en una especie de duermevela. Luego un volcán erupcionó furiosamente sobre su cabeza, hubo un alud de lava y fue la noche.

Al despertar, lamentó haberlo hecho: hubiera sido mucho mejor pasar aquel último trámite, el breve lapso que le separaba de la noche definitiva, sumido en la

inconsciencia. Ya no había biblioteca, ni paredes, ni horizonte, ni futuro: la realidad se reducía a un desorden de travesaños calcinados que dibujaban aspas contra el humo y una gran pira funeraria, la suya. Al volver la vista encontró a Clea junto a él, también derribada contra un rincón, boqueando: no necesitó palabras para comprender todo lo que contenía aquella mirada azul, aquella promesa infinita y deliciosa de otra vida y otros cielos. El calor casi les invitaba a dormir, a soñar: a creer que se encontraban en un jardín atestado de plantas prodigiosas, en compañía de un anciano que les tendía una copa desde el interior de una estatua hueca donde la felicidad era algo más que la vana especulación de los filósofos. Abrazó a la joven, que tembló entre sus músculos como un cachorro. Ahora creía comprender la dádiva que le había sido concedida, la que había suplicado tantas veces en sus noches de embriaguez y desconsuelo: morir junto al ser que amaba, marcharse con él de este circo de incomodidades y tedio que nada podía ofrecer en su ausencia, contar con la posibilidad de que sus almas se liberaran al unísono y encontraran juntas nuevas encarnaciones que compartir. Quizá en el futuro, mañana, el día posterior a aquel en que la famosa Biblioteca de Alejandría era reducida a ruinas y recuerdos de viejos, reanudarían su amor bajo la forma de dos camaradas de armas, de dos cortesanas en un harén, de la cigarra y la hormiga o el rocío y la hoja de laurel, o como cuchillo y tenedor, porque nadie ha negado todavía que también los objetos puedan tener alma.

—Dicen que el tiempo marchita la pasión y fatiga a los amantes —Demeas se esforzó en sonreír—. Al menos, nosotros nos ahorraremos ese inconveniente.

—Nunca se sabe —Clea miraba fijamente a un punto, bajo una de las vigas—. Mira.

Primero era sólo una mancha negra agitándose en el límite de su visión; la mancha descubrió cuatro patas que insinuaban una vía de escape entre los ladrillos desmoronados; finalmente fue Faraón, el gato de Hipatia, quien les sugería que le siguieran desde una mirada teñida de curiosidad y de sorna: era la mirada, supo Demeas de inmediato, con que el dios que tramaba sus desventuras les contemplaba desde las alturas. El gato les aguardó mientras rateaban entre los desechos, hasta alcanzar el extremo de un nuevo corredor que parecía libre de obstáculos. Entonces fue delante con la parsimonia de un guía, volviéndose en ocasiones para asegurarse de que seguían sus pasos e incitándoles a acelerar la marcha con una voz aguda. A rastras, dominando su agotamiento para soportar todas las viejas cicatrices, el viejo dolor y la vieja esperanza, circularon por arrabales de aquel laberinto que aún las llamas no habían podido tocar y que se internaban en una húmeda penumbra sin aire. El animal conocía bien el edificio porque lo había recorrido en multitud de ocasiones, del revés y del derecho, en compañía de su ama, para hacer llegar alguno de sus mensajes a los remotos despachos del ala noble. Por último se detuvo frente a una abertura angosta, casi una huronera, de la que procedía un frescor de piedra mojada, quizá un acceso al hipocausto poco conocido y menos frecuentado. Volvió a

dedicarles una mirada de esos ojos de cerveza que parecían saber tantas cosas y se esfumó de nuevo entre las sombras.

Entonces Demeas supo que había triunfado: había encontrado la salida del laberinto, de todos los laberintos.

Capítulo 9

Te preguntará, lector, qué fue de mí. De lo único de lo que estarás seguro es de que no morí en el incendio, pues de lo contrario no estaría escribiendo estas líneas, y tienes razón, aunque sólo en parte. Mi mitad carnal escapó con bien de aquella encerrona en forma de horno, pero mi espíritu recibió heridas que nunca han conseguido sanar del todo. Después de perder a Demeas y a la joven, vagué perplejo durante minutos o tal vez horas entre estancias que poco a poco iban rindiéndose a la inmisericordia de las llamas. Había comprendido lo inútil de ir recogiendo libros que mis brazos agotados no podían cargar, y huía, esquivando los pasillos atascados por las paredes caídas, con el único consuelo de un volumen de Aristóteles debajo de la túnica, pegado al pecho para protegerlo de las ascuas. No me costó encontrar una vía de salida: mis pies se sabían el camino de memoria y no necesitaron importunar mi aflicción y mi rabia a medida que me desplazaba entre los escombros de la civilización occidental. En cierta encrucijada creí oír un alarido, aunque no estuve seguro de si se trataba de la voz del fuego al elevarse hacia los tragaluces; luego pasé por encima de un bulto incinerado en el que se entreveían restos de una capa que conocía y junto al que reposaba una cajita con un montón de polvo negro esparcido alrededor.

En la zona de los despachos, la hoguera había improvisado monstruosas sombras chinescas sobre los muros. La estatua de Anacrites, incólume en lo alto de la escalinata que descendía hasta el Museo, parecía contemplar con amargura el destino de su obra: era la segunda vez que veía morir entre estertores a su hija más amada. En la planta baja, el fuego había dejado lugar a otras formas del horror más soeces y anárquicas: una manada de búfalos había pasado por las salas del Museo destrozando todo a su paso, embistiendo las vitrinas y despedazando la gloria de las reliquias antiguas bajo sus pezuñas. Recordé cómo se retiraba la marea de la playa de la isla de Faros para dejar al descubierto conchas melladas, restos de botellas, sandalias perdidas y cangrejos que escapan de lado en busca de refugio. Allí esos desperdicios eran vitrinas reducidas a granizo, estatuas despojadas de su nobleza a base de martillazos, animales disecados que exhibían impudicamente sus vísceras de algodón y alambre, orinales que habían sido yelmos y armas de héroes convertidas en cuchillos de cocina. Sentí pedrisco en la garganta y comencé a llorar.

Fuera, la lluvia lavaba la sangre del pórtico y espesaba el lodazal de la plaza sobre la que se apilaban los cadáveres. El ejército había acudido para intentar sofocar el incendio con menos maña que buena voluntad; el vendaval que había traído la tormenta desviaba el contenido de los cubos y las calderas, y arriba, en la orgullosa cúpula a punto de cuartearse, las llamas se reían diabólicamente del agua que las nubes escupían sobre ellas. La confusión era tan espantosa que nadie reparó en mi

silueta cuando me escabullí entre los cuerpos negros que rodeaban el edificio, ya correspondieran a hombres vivos o a muertos. Antes de perderme definitivamente por las calles traseras, dediqué una última mirada a la Biblioteca, el mayor monumento del saber antiguo, y dejé que la lluvia se mezclara con mis lágrimas sobre las barbas teñidas de ceniza. Ésta es la conclusión de mi historia, de todas las historias: no siempre tiene uno la oportunidad de asistir al fin del mundo.

Mi mano tiembla ante la sola idea de reseñar los últimos instantes de la vida de Hipatia. Prefiero que sea una pluma vicaria quien lo haga; esa prosa, burocrática y neutra, posee quizá la capacidad de atenuar el horror, de traducir lo espantoso en frases inofensivas. En la decimotercera sección del séptimo capítulo de su *Crónica Eclesiástica*, el erudito Damián Escolástico refiere que:

Había una mujer en Alejandría llamada Hipatia, hija del filósofo Teón, que consiguió tales logros en literatura y en ciencia como para rebasar a todos los filósofos de su tiempo. Seguidora de la escuela de Platón y de Plotino, ella describía los principios de la filosofía a sus oyentes, algunos de los cuales venían de lejos para asistir a sus lecciones. Debido a su templanza y a la distinción que había adquirido a partir del cultivo de su alma, aparecía en público en presencia de magistrados. No se avergonzaba de concurrir a una asamblea de hombres. Todos tenían gran admiración por ella debido a su dignidad y probada virtud. La ciudad entera la amaba sin lugar a dudas y le profesaba gran veneración, pero los gobernantes la envidiaron desde el principio, algo que frecuentemente ocurría también en Atenas. Pues si la filosofía había perecido, sin embargo, su nombre aún parecía venerable y magnífico a los hombres que ejercían de líderes en el estado.

Algunos de ellos, cuyo cabecilla era un maestro llamado Pedro, corrieron a toda prisa empujados por un ardor salvaje y fanático, la asaltaron cuando ella salía de la casa de las Musas, la sacaron del patio y la llevaron a la iglesia llamada de Cesarión, donde la desnudaron completamente, la golpearon con escombros de tejas y la arrastraron por las calles hasta que murió. Esto sucedía en los días de ayuno. Después de descuartizar su cuerpo llevaron sus trozos a Cenarion y allí los quemaron. Este asunto constituyó un gran oprobio, no sólo para Cirilo, sino para el conjunto de la Iglesia alejandrina.

Esto ocurrió en el mes de marzo durante la Cuaresma, en el cuarto año del episcopado de Cirilo, bajo el décimo consulado de Honorio, y el sexto de Teodosio.

Epílogo

Durante algunos años, anduve por ahí con la intención de morirme, o de desaparecer en un silencio donde los recuerdos no molestaran. Recorrí el mar varias veces, recalé en puertos donde no se hablaba griego ni ningún idioma empleado por el hombre civilizado, visité ciudades cuyo nombre ignoraba y que el olvido, felizmente, me ha hecho volver a ignorar. Adquirí una nueva identidad, porque la otra, la que había dejado en casa, me daba vergüenza, o miedo: hubo un tiempo en que me embriagué con la ilusión de un nuevo comienzo, de un futuro sin estrenar donde no hubiera lugar para el remordimiento ni la nostalgia. En Hispania, cerca del río Betis, fui apuntador en un teatro; en los altos fuertes de la Germania, donde los bárbaros ya no disimulaban su desprecio, fui instructor de palomas mensajeras; en ciudades de la costa ilírica blancas y quemadas por el mediodía trabajé como modelo para escultores, y hay iglesias de pueblo donde San Pedro o el profeta Isaías comparten mis rasgos. Por último, regresé a Alejandría. No puedo alegar motivos razonables para esa tontería, teniendo en cuenta que todavía mi cabeza tenía precio y que la ciudad que había conocido era sólo una imagen que se desteñía en la memoria, precisamente una de las imágenes que me había esforzado con estéril tozudez por borrar. Más que motivos, se me ocurren excusas: la patria es el único lugar donde uno se siente verdaderamente solo; cuando uno comprende que el mundo es menos grande y menos interesante de lo que suponía, hace bien en volver a su cuarto.

Lo que encontré fue un villorrio cansado y ocre, al que su antigua grandeza causaba más pesadumbre que orgullo. Paseando por la Vía Canópica, entre cuyos adoquines habían comenzado a crecer los jaramagos, y por la Vía del Soma, y deteniéndome a observar la piedra desmenuzada que habían sido los templos de Isis y de Serapis se afianzó en mí la certeza de que todo aquello había dejado de existir, de que había vuelto a una urbe fantasma que seguía en pie sólo porque el desierto había decidido perdonarla. En las tabernas y el mercado, me informé sin delatar interés por la fortuna de las personas a las que había frecuentado en otros días. Por lo que oí, el óptimo duque Demeas había dejado de ser óptimo y de ser duque; después de que lo cesaran en su puesto o de que renunciase a él se había marchado al sur en compañía de una joven rubia, con la que se decía que criaba plantas en un jardín; de Lámaco de Éfeso poco era seguro salvo que no existía: según unos había sido apuñalado una noche, mientras meaba en la fachada de una iglesia, según otros pereció en un naufragio rumbo a una isla del norte que ya no pertenecía al imperio; al venerable Hilario lo mató un constipado poco después de aquella mítica tormenta que batió la ciudad durante siete días y siete noches, y luego fue nominado a la santidad, pero otro candidato, no sé qué mártir, le arrebató la plaza en el cielo.

Con mis ahorros alquilé una modesta casita en el barrio de Rakotis, que cuenta con un patio con jazmines y buganvillas al que me vuelvo mientras escribo esto. Por la mañana, temprano, riego los arriates y converso con el lechero, que añora sin faltar los viejos y buenos tiempos, como si en éstos no hubiera otros tiempos mayores y mejores que añorar; por la tarde, después de escribir hasta agotar los diccionarios,

paseo sin querer pensar, otorgando a los pies la libertad de que me lleven a donde mejor les apetezca. Hay recuerdos que se parecen a llagas en el paladar: escuecen, pero la lengua no puede dejar de pasar por ellos. Un atardecer, mentiría si digo sin saber cómo, me encontré en un solar donde había habido una casa. De los muros sólo quedaban unos dientes podridos, que contorneaban las antiguas habitaciones y revelaban a medias la situación del patio; los mosaicos habían sido desollados y en su lugar raleaba la hierba. Un joven vestido con una tosca túnica de lana parda y unos ojos del mismo color merodeaba las ruinas, sin atreverse a dirigirse a mí. Caminaba en una dirección y en otra, como si esperase a alguien, se frotaba sospechosamente las manos debajo del manto con gesto de ocultar un puñal, me miraba de hito en hito y comprendí que trataba de sopesar qué clase de hombre era yo. Por último, se aproximó con pasos de ratón e imitó el tono de un conspirador para preguntarme:

—¿El señor está de visita por Alejandría? ¿Es por ventura un filósofo?

Algunos años atrás el emperador había clausurado por decreto todas las academias y llamarse filósofo no resultaba menos alarmante que cuatrero o estafador. Enseguida quedó patente que el joven me ofrecía algún servicio clandestino, así que asentí sin palabras y él se atrevió a tomarme del brazo. Sabía bien, dijo, lo que me llevaba hasta allí. Los anales habían prohibido su nombre, el edificio no se hallaba consignado en los mapas, pero el amante sincero de la verdad siempre sabía encontrar el camino hasta la casa de la venerabilísima Hipatia.

—Ya habrás oído hablar de sus virtudes, pues no hubo mujer más perfecta en todos los días del imperio, sin que puedan comparársele la famosa Lucrecia ni esas otras santas mojigatas que adornan los altares de los cristianos. Aquí vivió, en efecto. Por sólo dos sólidos te mostraré lo que queda de la mansión y te describiré la vida que aquí llevaba esa campeona de la sabiduría.

La curiosidad me hizo tenderle un puñado de monedas, que no me molesté en contar: quería saber en qué habían convertido el tiempo y la mitología a aquella mujer desdichada. Mientras recorríamos los desperdicios y esquivábamos las colas de las ratas, el joven fue presentando ante mí a una filósofa impecable, un baluarte de la razón enfrentada al oscurantismo de las sectas que no tuvo empacho en dar la vida por la verdad; su amabilidad y generosidad naturales le abrían las puertas en todos los cenáculos de la ciudad y aun del imperio, su afán por compartir conocimientos la llevó a ofrecer al público su biblioteca, ese remanso de paz en el que cualquiera podía consultar cualquier libro si iba guiado por el afán de volverse mejor. En la boca del joven Hipatia era una doncella bellísima, morena, de ojos rasgados y piel de canela, heredera de la estirpe de Cleopatra, que se conservó virgen para no macular su intelecto con los placeres carnales. En cierta ocasión, un discípulo deslumbrado por su dialéctica le confesó que se había enamorado; ella se desnudó delante de sus narices y le replicó: mira, esta materia corrupta es lo que amas, un auténtico filósofo sólo aprecia las cosas imperecederas. La anécdota suele figurar en muchos libros de sentencias, y no sé quién la inventaría.

—¿Tú la conociste? —se me ocurrió preguntar.

—Por supuesto —el joven se estirizó con un gesto de vanidad herida—. Serví en su casa, de lo cual jamás me enorgulleceré lo bastante, y escribí cartas para ella.

Me señaló, equivocándose, la situación del salón, el recibidor, los despachos y el dormitorio. Cuando comenté que corría el rumor de que cada una de las estancias había estado consagrada a un dios, me desmintió categóricamente: la sapientísima Hipatia sólo veneraba la razón y jamás hubiera cometido ese acto de idolatría. Debía de tener poco más de veinte años, así que apenas habría alcanzado la adolescencia cuando Hipatia fue descuartizada bajo la lluvia; habría oído toda aquella historieta a algún pariente, a algún amo sinvergüenza con menos talento que él para sacar cuartos a los turistas. La visita concluyó cuando las sombras ya se alargaban sobre los restos de las tapias. Entonces el joven comenzó a remover la lengua en el interior de los carrillos, como si masticara un alimento amargo: intuí que venían una nueva proposición, un nuevo desembolso.

—Observo que el señor posee un sincero interés por la memoria de esta insigne filósofa —miró a un lado y a otro—. Por sólo dos sólidos más, podría mostrarle algunos objetos que le pertenecieron. No es algo que haga a menudo, uno no sabe con quién trata y esta clase de asuntos no dejan de ser arriesgados, pero se nota a distancia que el señor es distinguido.

Nos alejamos de la casa, del barrio. Por fortuna, el joven habló poco durante el camino: probablemente iba repasando en su fuero interno en qué invertiría el dinero que acababa de conseguir, en pos de qué caballo o de qué prostituta. Las calles se oscurecieron paulatinamente y se llenaron de rapaces desnudos, de hombres sin afeitar que jugaban a los dados en los porches. Llegamos a un trastero que olía a corambre y a hortalizas; del techo pendían arreos de montura y grandes ristras de ajo que parecían los intestinos de un animal. Abrió un cofre de caoba que rápidamente emitió una vaharada de olor a vejez y flores marchitas. Antes de dejarme solo con aquel cementerio para irse a conversar con un vecino que le había mencionado una camada de perros recién nacidos, cometí la estupidez de preguntar:

—¿Cómo ha llegado esto hasta aquí?

—Yo y otros amantes de la filosofía salvamos estos últimos despojos del saqueo —reveló con gravedad—. Los encontramos en el despacho de Hipatia, entre sus posesiones más íntimas. Son joyas de un valor incalculable, según ningún conocedor dejará de apreciar. Sin embargo, si el señor encuentra alguna de su interés podríamos llegar a un acuerdo satisfactorio.

Me encontré interrogándome a mí mismo sobre el ser a quien pudo pertenecer aquel rimerero de objetos contradictorios: no a la Hipatia real, de carne y hueso, trivial y aniquilada que yo había conocido, sino a otra criatura que la reproducía y la amplificaba, que la volvía extrañamente auténtica. Allí había una peluca apulgarada, del estilo de las que usan los actores en los papeles de emperatriz; un estuche con cálamos desmochados; una sandalia cubierta de mugre; ajorcas, algunas apropiadas

para la muñeca de un orangután; una tabla en la que aparecía retratada una muchacha morena con los ojos teñidos de tristeza; dos cosas envueltas en papel. Quienes afirman que sólo el futuro está por hacer y que el pasado es definitivo, yerran: nuevos encuentros y palabras y frases pueden corregir lo que sucedió y alterar una memoria que ya creíamos cerrada. El segundo de aquellos paquetes enmendó a la mujer de mis recuerdos y le otorgó una luz que afilaba sus rasgos. En el primero había un plato de cerámica con un gato pintado en negro sobre rojo y la leyenda: *Faraón*. El segundo contenía cuatro cristales circulares, cuatro lentes sutilmente pulidas que agrandaron las yemas de mis dedos cuando las sostuve. El papel de los envoltorios también tenía algo que revelar. En uno reconocí el párrafo de uno de los escritos en que yo defendía la posibilidad de que la vida en la Tierra procediera de un planeta extranjero, y de que hubiera llegado hasta el nuestro viajando en un meteoro; Hipatia lo había copiado con su caligrafía y lo había firmado, para que nadie dudara de su autoría. El otro comenzaba con las siguientes palabras:

Préstame oídos, tú, devoto de las cosas santas, y no te dejes extraviar por lo que afirman los comunes sobre el Hijo del Hombre. Éste es el Evangelio de Barrabás, donde se recoge la doctrina cierta del Mesías hijo de Dios, según ha podido conocerla Margolis Alejandrino, primero entre los sabios en asuntos sagrados.

Antes de morir, el hombre que había sido Festo dijo a Demeas que los actos carecen de valor, que sólo los motivos importan: y en un vértigo de estupor y de melancolía creí divisar los verdaderos motivos por los que Hipatia, hija de Teón, aquella amazona orgullosa, me había ofrecido asilo en su Biblioteca, había hecho venir a Lámaco desde su isla en el fin del mundo, había muerto destrozada por unas piedras que no entendían de filosofía.

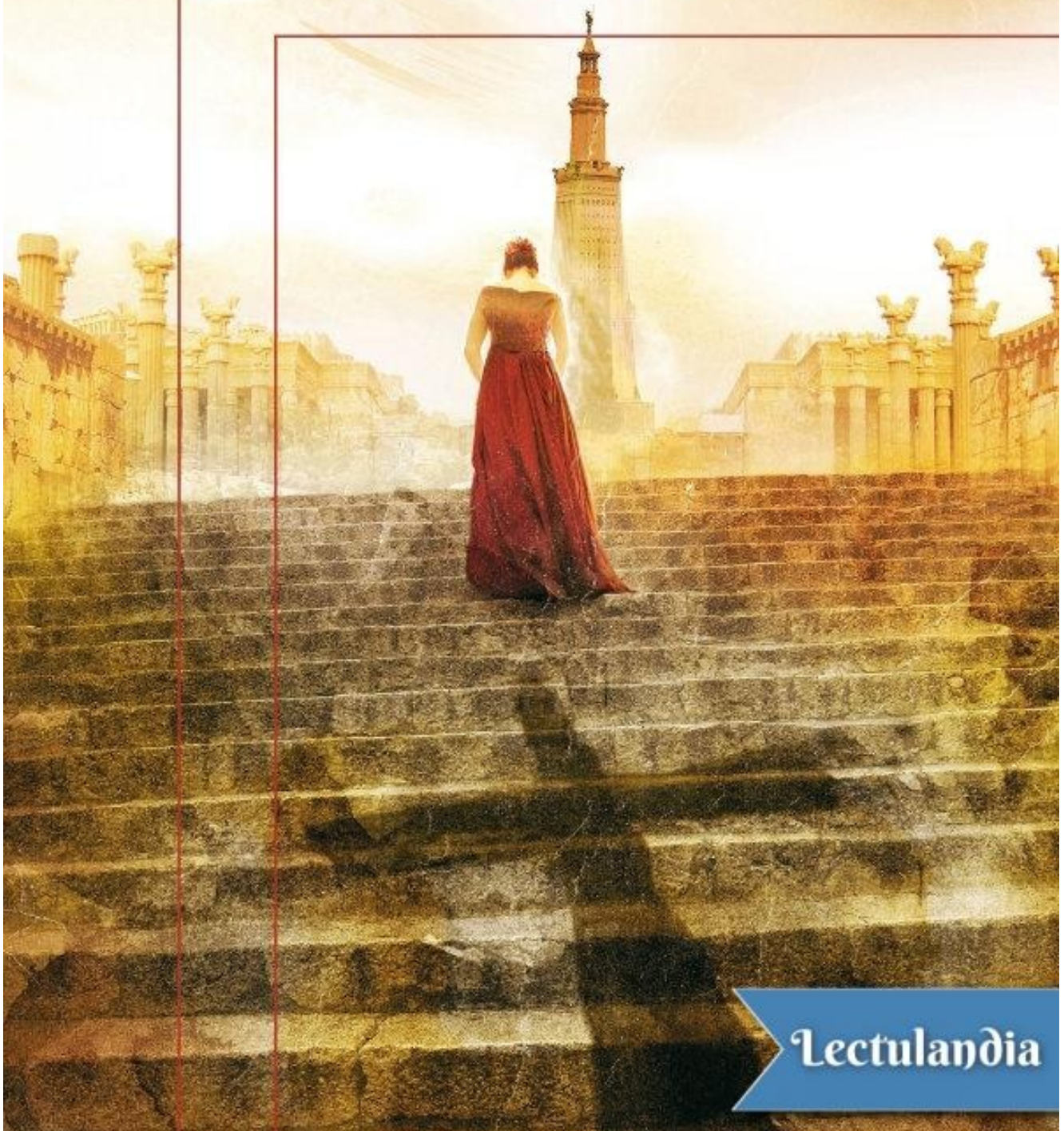
Todos los hombres desean por naturaleza saber, escribe Aristóteles. Yo añado: hasta que saben lo que es preferible ignorar.

*Calañas San Juan de Aznalfarache Rota,
enero de 2007 - octubre de 2008*



Luis Manuel Ruiz

Tormenta sobre Alejandría



Lectulandia

